

EL SÉPTIMO CÍRCULO

EL PESO DE LA PRUEBA

POR
MICHAEL INNES



de

Lectulandia

Un asesinato cometido en una universidad ofrece los heterogéneos agrados de la violencia y de la cultura, del agudo razonamiento y de la pasión elemental. En *El peso de la prueba* la escena es la muy británica Universidad de Nesfield; la víctima, un profesor de bioquímica; el instrumento de la muerte, un aerolito.

Lectulandia

Michael Innes

El peso de la prueba

John Appleby - 09

El séptimo círculo - 55

ePub r1.0

Titivillus 22.12.2018

Título original: *The Weight of the Evidence*
Michael Innes, 1943
Traducción: Alejandro Elola

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

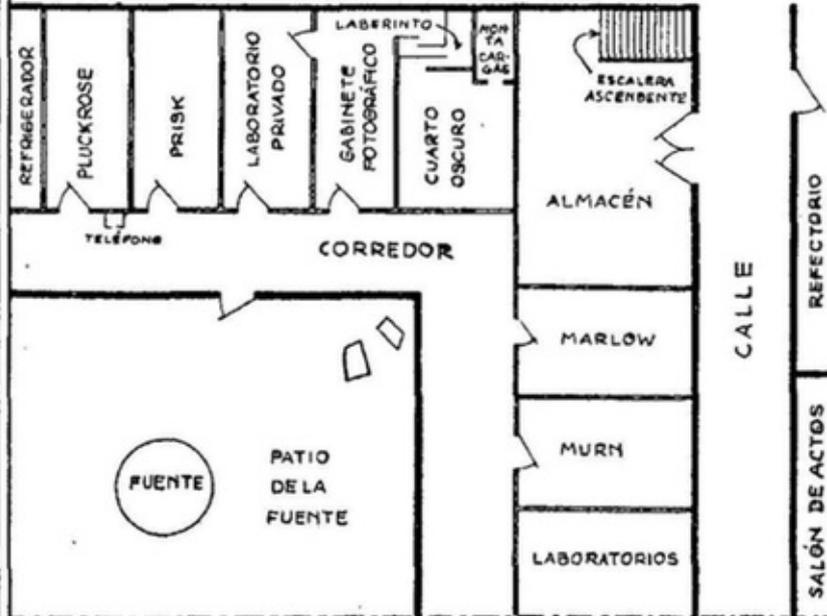
más libros en lectulandia.com

EL SÉPTIMO CÍRCULO

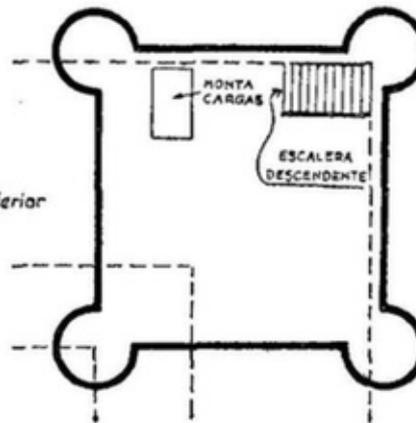


**COLECCIÓN DIRIGIDA POR JORGE LUIS BORGES
Y ADOLFO BIOY CASARES.**

UNIVERSIDAD DE NESFIELD
 PATIO DE LA FUENTE, EDIFICIOS
 COLINDANTES Y LA TORRE



ALMACÉN DE LA TORRE
 (Un almacén, debajo otro almacén y el piso inferior más abajo aún).



CAPÍTULO PRIMERO

RÁPIDAMENTE SE LLEGÓ A LA conclusión de que Pluckrose había sido asesinado. La simple inspección del cadáver patentizaba que sólo había otra posibilidad: la que los abogados llaman intervención divina y, ésta, de una naturaleza abiertamente en contra de todas las leyes naturales. De cuantos tenían relación con el suceso, quizá tan sólo el profesor Prisk consideró la fatalidad tan feliz como para hacer plausible esta explicación. Y sin embargo, entre Prisk y Pluckrose no existía, al menos tal era la opinión general, ningún motivo profundo de animosidad. Simplemente, habían sido obligados a compartir el uso de un teléfono. Así son las antipatías del claustro.

Y no es que el lugar tuviera mucho, literalmente, de claustro. Las universidades provinciales inglesas, si bien frecuentemente conservan un intenso sabor medieval en cuanto a incomodidad arquitectónica, ofrecen poco de la organización habitual en los centros tradicionales de estudio. La «plana mayor» (término que en Oxford o Cambridge podría aplicarse lo mismo al personal de un hotel), no se halla instalada en espaciosas dependencias generales y cómodos gabinetes. A veces dispone de un sótano, donde se sirve a los extravagantes esencia de café a las once en punto; en otras ocasiones, también de un desván con sillas para las reuniones; y a mediodía, pueden conseguir una comida caliente quienes se sirvan con una mano de un mostrador y con la otra de un cesto de cubiertos. Habitan los escolares en remotos suburbios, de ordinario en compañía de dos, tres o cuatro niños y una mujer; y «asisten» tres veces por semana (cuatro según afirman) o cuatro (que pretenden ser cinco). Para templar las sombrías aulas que ocupan vense pequeñas estufas de gas; pero cuidadores invisibles se arrojan sobre ellas con mano implacable, no bien una ausencia de pocos minutos justifica la economía; y no se ha usado nunca el cartelito «¡No tocar la estufa!», repetidos en severos caracteres, para evitar el abuso de tan fríos e insensibles bedeles. En una palabra, cuanto de ameno y agradable posee la vida en colectividad hállase allí reducido a un mínimo, quizá con la esperanza de que los profesores y auxiliares se asomen al exterior y se familiaricen con el mundo. Por desgracia, ni Pluckrose ni Prisk ni muchos de sus colegas tienen deseo ni talento para hacerlo; para ellos, el alumno, como el monje para Chaucer, merece escasa estimación si no mantiene el debido aislamiento profesional. Mas si no fueron capaces de traer de Oxford y de Cambridge su inmemorial organización, a menudo traen esa especie de caridad, un tanto atenuada, que florece en tales sociedades. Y la cuestión del teléfono habíase ido enconando como no se hubiera envenenado en un espacio más amplio.

La muerte de Pluckrose, un embrollo desde el principio, era ya una sensación. Todo el mundo estaba espantado y escandalizado; todos se habían vuelto literatos y el

resultado era la pródiga generalización de esa clase de ingenio por la cual la mente extraviada trata —aseguran los psicólogos— de mantener un peligroso equilibrio.

—*Arrancad la rosa* —murmuraba el joven Rogelio Pinnegar mientras recorría, enfundado en su toga, los sobradamente aireados corredores—, *arrancad la rosa del amor*. —Y—: *Arrancad la rosa del amor mientras todavía es tiempo* —exclamó en alta voz, dirigiéndose a Marlow al pasar bajo el enorme reloj—. *Arrancad la rosa del amor mientras todavía es tiempo de que amando seáis correspondidos con idéntico crimen de amor*.

—*Vivez* —respondió Marlow con rapidez—, *vivez si m'en croyez, n'attendez a demain, cueilliez des aujourd'hui les roses de la vie*.

—*Mitte* —profirió el viejo Tavender, saliendo de improviso del aula de clásicos—, *mitte see tari rosa quo locorum sera moretar*. —Rieron los tres catedráticos, especialmente Marlow y Pinnegar cuyo latín no era muy perfecto—. Y yo sostengo lo mismo —continuó Tavender, agitando su diestra en la que era, probablemente, la dirección de Quinto Horacio Flaco—. Desprendeos de eso. Dejadlo a un lado. Olvidad. Está horriblemente mutilado. En fin, ¡todo sea por Dios!

—¡Sea, rosa del amor! —repitió Pinnegar automáticamente.

—¡Pluckrose se halla ya en la sepultura! —comentó Marlow.

—¡El profesor Pluckrose Picado en Picadillo! —dijo Pinnegar.

—¡El Descubridor Desaparecido Descompónese Dulcemente! —expresó a su vez Marlow—. ¡Los Restos del Bioquímico Florecen en el Polvo!

—¿Picado? —inquirió Tavender bajando la voz—, ¿*verdaderamente* hecho picadillo?

—¡Por completo! —Pinnegar hizo seriamente signos afirmativos—. Y por los marcianos. Eso es lo chocante. Por un terráqueo... quizá. ¿Por qué no? Pluckrose se prestaba para eso. Pero los marcianos, tan injustamente así llamados...

—*Lucus* —afirmó Tavender—, *a non lucendo*.

—... los marcianos, tan impasibles y flemáticos con sus lentos canales, ¿por qué habían de machacar a Pluckrose con su artillería planetaria? ¡Preguntad a Orson Welles!

—En lo tocante a eso —repuso Tavender—, Pluckrose era bastante reservado. ¿Qué se sabe de él? ¡Poco menos que nada!

Pinnegar asintió.

—¡El enigmático e inviolable Pluckrose! ¿Tenía mujer? ¿Se dedicaba por completo a una madre ancianísima? ¿O, acaso, cultivaba alguna curiosa colección privada de...?

Un timbre eléctrico, de calidad ingeniosamente penetrante, sonó en lo alto con estrépito y se produjo un ruidoso abrir de puertas. Los corredores se llenaron de estudiantes. Un tropel de muchachas con gafas cruzó a toda prisa, cargadas de cuadernos, serias. Pasó negligentemente otro grupo, en medio de codazos amistosos, jugueteando, empolvándose. Los varones triscaron ruidosos y aplicáronse a devorar

bocadillos. Desde las cinco mal orientadas alas del edificio de la universidad de Nesfield, abovedada, cincelada a máquina, húmeda y llena de ecos, se derramaron corrientes contrapuestas de adolescente humanidad, muchedumbre de esponjas movientes corriendo atropelladamente de charco en charco de unos conocimientos codificados, aprobados y tasados a horario. Como aislados en medio de las aguas, tres grajos entre una inmensa pollada de pajaritos, Tavender, Marlow y Pinnegar continuaban su particular y esotérica jerigonza. Afuera, en un reducido espacio descubierto, designado con el nombre de *Patio de la Fuente*, Pluckrose, aplastado y quebrado, yacía separado por una lona de un cielo sucio y cargado de humo.

—Hace un par de años me hallaba también investigando otro asesinato en una universidad —dijo Appleby—. Pero era en el sur. En Oxford, creo, o Cambridge. Lo he olvidado ya. ¡Ocurren tantos!

—¡Hum! —admitió el inspector Hobhouse. El tono revelaba que no era muy devoto del humorismo de la Nueva Scotland Yard.

—Me consta, en cambio, que el nombre de la víctima era Umpleby. Un distinguido apellido norteño.

Hobhouse intentó pesadamente una agudeza:

—Sí, efectivamente; hay muchos escoceses que tienen negocios en el sur.

—¡Ciertamente! Bien, me encontraba sentado frente al inspector local, como ahora lo estoy con usted, y él me explicaba el asunto exactamente como usted lo ha venido haciendo. No tan brillantemente, puede ser, pero con sobrada competencia.

—¡Hum! —repitió Hobhouse. Esta vez la inflexión de la voz era muy otra.

—Nos encontrábamos examinando un plano muy semejante a éste. —Appleby golpeó con la punta de los dedos una hoja de papel a su alcance—. Existía, empero, una diferencia: la cerveza.

—¿La cerveza?

—En efecto, nos obsequiaron con cerveza. —La mirada de Appleby recorrió la mesa vacía—. Con dos jarros enormes.

—Pero, ¿es cierto? —Hobhouse se mostraba impresionado aunque indeciso—. ¿No opina usted que eso rebaja un tanto la dignidad de la justicia?

—No, porque lo hicieron como una atención del colegio. Le aseguro que recuerdo la cerveza mucho mejor que los detalles del crimen. Fue algo muy confuso.

—¡Hum! —Hobhouse escudriñó también, momentáneamente deprimido, la gran mesa desierta—. Bien... Supongo que nos encontraremos a la luna del almuerzo.

—¡Estupendo! Mientras tanto juzgo que haríamos bien en volver sobre el problema una vez más. Como usted habrá visto, soy más bien algo tardo.

—¡Ni pizca! —Hobhouse estaba casi cordial—. Pero, si intenta volver sobre los hechos en la forma de antes...

—Pluckrose era un bioquímico bastante destacado. Nadie en el cuerpo científico de aquí raya a su misma altura. Quizá nazca de esto alguna orientación. —Appleby palpó su bolsillo—. ¿Le gustaría encender la pipa?

—¿No estará prohibido? —Hobhouse hizo girar la vista dubitativamente en torno del salón—. No es esto, que digamos, un sitio muy íntimo, ¿eh?

También Appleby miró pensativo a su alrededor, como si pudiera radicar allí la solución del enigma que yacía a pocos metros. El lugar constituía una especie de sala del consejo; a todas luces, los profesores de la universidad, y la junta de notables de la localidad que los fiscalizaba, celebraban aquí sus deliberaciones. Vasta y cuadrada, elevada de techos y sombría, de muros recubiertos de un gris al aceite, de monotonía aliviada apenas por incongruentes afloramientos de piedra desnuda, habría cobrado la apariencia, previamente desamueblada, de uno de esos receptáculos sanitariamente concebidos para alojar los osos polares o los hipopótamos de un parque zoológico del siglo XIX. Al contemplar, cómo ahora y desde adentro, las ventanas góticas, ávidas de exhibir un efecto simétrico al exterior, mostrábanse dispuestas en un confuso caos: vigas y travesaños, obedientes a las necesidades de un dédalo de habitaciones y pasillos superiores, remataban en posiciones que insinuaban, allá arriba, todo un oscuro complejo de afinidades y antipatías; y había también una chimenea, tan grande, que sostenía toda una maciza estantería repleta de calendarios escolares marchitos y memorias anuales atrasadas. Encima de esta última colgaba un lienzo de Burne-Jones de regular tamaño: un asunto de personajes epicenos y ambiguos, perdidos dentro de un laberinto de enrejados y parras. El resto de la pared cubríalo, hasta una altura de unos tres metros una mezcla de carneros degollados o patilludas celebridades en fotograbado, daguerrotipo y al óleo; otras notabilidades análogas, pero más realmente conmemoradas en un resplandeciente mármol blanco, adornaban sobre sus pedestales el contorno del salón, mientras aquí y allá, alguna ninfa o diosa, modelada en el mismo aborrecible material, se inclinaba en postura de fútil pudibundez y alarma. El conjunto evidenciaba ese curioso desconocimiento de los fundamentos más elementales del decoro artístico, a que parecen tan propensos los intelectuales. Era el tal salón algo como un crimen; constituía un torpe ultraje a las más simples reglas del buen gusto; un contraste brutal para una mirada inocente y sencilla.

«Enormemente criminal —cavilaba Appleby, sorprendido— debe ser la gente que tolera una cosa tan horrible. Asesinato... sí. ¿Pero considerado como una de las bellas artes? Seguramente, no. Y, no obstante... —Appleby frunció el ceño—. Sin embargo, matar a un hombre aparentando ejecutarlo desde el espacio interplanetario...». Encendió un fósforo, despidió unas bocanadas y se volvió una vez más hacia Hobhouse.

—¡Un eminente hombre de ciencia! Como usted bien sabe, difícilmente llegan esta clase de personas a esas situaciones que conducen a un final vidrioso. Celos

profesionales a veces, mas no muy a menudo. Carácter irritable, disputas personales; aunque, de ordinario, todo ello superficial.

—¡Ajá! —dijo Hobhouse.

—Quiero decir que todo eso existe solamente en los límites de la mente consciente; en esas márgenes borrosas del mundo físico en que no se acumula *energía* bastante, o atención, o lo que quiera que sea, para determinar reacciones explosivas. Es con otro tipo de individuos (artistas, por ejemplo) con el que nos sorprende la presencia de extraños remanentes de energía en esas zonas del mundo subconsciente. Y entonces, puede usted observar que simples irritaciones y oscuros antagonismos culminan en la violencia o la *vendetta*, o dan lugar a un odio profundo y efectivo. Pero no ocurre así con los hombres de ciencia. Y, además, otra cosa. Comúnmente son, o bien morales (aludo a lo sexual) o inmorales en medida metódica, estudiada e inocua.

Hobhouse miró hacia arriba.

—No pinta usted —exclamó algo inesperadamente— un cuadro muy atractivo que digamos. —Su mirada vagó apagadamente sobre las eminencias de la sala—. Y, a propósito, ¿es esto a lo que llama usted girar sobre los hechos?

Appleby gesticuló, sin ofenderse.

—Es lo que yo llamo girar sobre los hechos o como diría usted, empaparse del asunto.

—Ya lo veo. —Y el interés de Hobhouse trasladose veloz a un detestable reloj de pretensiones góticas, pero en vano, pues el reloj pertenecía a la categoría de los que han trocado, ha mucho, la eternidad por el tiempo actual—. Aguada resultará la cerveza que fermentemos aquí.

—Muy bien. Me había indicado usted que Pluckrose, sabio eminente, fue muerto por un meteorito: un meteorito gigante. Cayó a plomo sobre él ayer por la mañana, mientras descansaba cómodamente en una silla de tijera en el cuadrilátero que llaman Patio de la Fuente. Todo indica que el accidente no fue una fatalidad austral. Una masa, en efecto, que se ha precipitado a través de toda la estratosfera...

—¡Ajá! —aprobó Hobhouse—... que ha cruzado, en efecto, todo el aire desde el espacio exterior, habría, por necesidad, de hallarse muy caliente; y pudo perfectamente incendiarse en el punto donde cayó. Ninguno de esos fenómenos se observó. Forzosamente tenemos que llegar a la conclusión de que alguien se apoderó de este objeto inverosímil y pesado, y que, deliberadamente, lo precipitó sobre la víctima. ¿Por qué?

—¿Por qué, Appleby? ¿Por qué?

—No intento adivinar cuál fue el motivo del crimen en sí, sino por qué se procedió de esa forma. Excluye, o teóricamente hablando, todo excluye el máximo de seguridad que puede lograr un asesino: la apariencia de una muerte natural. Arrojad una albardilla de piedra sobre un hombre, o un fragmento de techumbre de plomo, o una lluvia de tejas, y quedará siempre en pie la posibilidad de un accidente fortuito.

Por el contrario, nada de esto es aplicable al meteorito, porque los meteoritos no son parte del conjunto de un tejado. —Appleby hizo una pausa—. Perdóneme lo evidente de todo esto, en atención a que estamos considerando los hechos. ¿Y qué es lo que, analizándolo en su esencia, constituye los hechos? No es sino la evidencia, diría yo. ¿Conformes?

Hobhouse, desentendiéndose muy oportunamente de esta invitación a la discusión metafísica, movió negativamente la cabeza.

—Usted podría estar subiendo un meteorito a un museo, a un almacén, o a un piso más elevado. Si en estas condiciones el objeto cayese y matara a alguien, seguramente se manifestaría usted tan sorprendido que...

—Admitido. Teóricamente la hipótesis de una simple desgracia no está descartada. Mas, en cuanto a la práctica, ¿pretenderá usted que tales maniobras podrían pasar completamente inadvertidas?

—Respecto a eso, no me consta nada. —Una infinita cautela caracterizaba la línea de conducta de Hobhouse—. Al fin y al cabo, también *aquí* existe una especie de depósito, precisamente en el punto más a propósito. No nos es lícito prescindir de esto. —Y señaló con el mango de su pipa en el plano que tenían a la vista.

—Muy cierto, y en una torre que, indudablemente, corresponde en vertical al lugar en que Pluckrose se sentaba. Pero no aparece por ningún lado nada que permita elevar cuerpos pesados desde el Patio de la Fuente. Lo único existente es una especie de ascensor o montacargas, situado en el interior del edificio. Nadie sería tan habilidoso como para instalar un pesado armatoste de vigas y poleas sobre una fachada exterior, sin llamar la atención. Ni disponiendo del ascensor sería ello razonable.

—A menos que fuera el meteorito demasiado pesado para el montacargas.

—Para estar seguros, supongamos, entonces, que hay en la universidad quien posee un meteorito; que quiera guardarlo; que escoja ese punto de la torre, y que el montacargas sea demasiado pequeño e inútil. ¿No decidiría, lógicamente, el propietario elegir otro lugar más conveniente? O, de perseverar en el primitivo propósito, ¿es admisible que intentara por sí solo la pesada labor, en lugar de encomendarla a mozos o cargadores para quienes proporcionalmente resultaría ligera?

—Pero supongamos, señor Appleby, que se desea mantener cierto secreto. Hay una circunstancia relativa a esa olvidada dependencia de la torre, y es que se visitaba raramente. Supongamos también que el meteorito estuviese destinado a constituir una especie de sorpresa científica, de modo que quien lo consiguió necesitase conservar el secreto por algún tiempo...

—En tal suposición, convenga en que el cuarto almacén no sería un mal punto, a condición de que el objeto pudiera ser subido por el montacargas sin ser visto. Instalar una especie de grúa en una ventana en pleno día...

—No perdamos de vista que el Patio de la Fuente está muy apartado. —Hobhouse era obstinado—. Y al individuo en cuestión pudiera tenerle del todo sin cuidado el ser visto por otro colega descarriado. Contaría con dirigirle una simple señal de inteligencia para que se abstuviera de publicar su inocente sorpresa.

—¡Magnífico! Sin embargo, dígame, ¿no resultaría todo esto algo improbable?

—Sí.

—¿Y no nos vemos forzados a admitir entonces que el sujeto, aterrado por el accidente, se habrá mantenido oculto después por más de veinticuatro horas?

—Sí.

—¿Constituye o no tal hecho, en sí, una nueva improbabilidad?

—Sí.

—¿Y pretender la coincidencia de dos improbabilidades no es, por ventura, establecer una mayor improbabilidad?

Hobhouse arrancó la pipa de la boca y sonrió.

—¿Qué filósofo antiguo era aquél, Appleby, que siempre formulaba preguntas para envolverlo a uno?

—¡Sócrates! Y el método debe haber resultado a menudo sumamente fastidioso, mas yo afirmo que, en esta prueba, la teoría del simple accidente es apenas una posibilidad debilísima.

—O dicho de otro modo: asesinato. Alguien transportó ese meteorito al depósito de lo alto de la torre; esperó a que Pluckrose se colocase debajo y arrojó el bólido por la ventana.

Appleby cabeceó afirmativamente.

—Digamos que reviste apariencia de asesinato, y ahora nos aproximamos a algo muy singular. Actualmente hay... ¿creo que dijo usted cuatro?

—Cuatro.

—Existen cuatro de esos almacenes situados sucesivamente uno encima de otro. Y, aunque casi en desuso, el jefe de obras y el portero mayor no dejan por ello de inspeccionarlos una vez al año. La última oportunidad en que se hizo fue, precisamente, hace unas tres semanas. Y no había ni trazas de meteorito. Nada de extraño en ello. Mas, lo que sí resulta una cómica particularidad es que contenían toda una serie de objetos que bien pudieran haber desempeñado el papel de aquél. En el almacén alto, por ejemplo, se guardaban: un pequeño cofre de acero, dos cajas con documentos, un proyectil de cañón de piedra y una sentina de hierro colado. Y además, una docena de pilares de cemento armado, en miniatura, usados por los que estudian algo llamado *Resistencia de materiales*.

Hobhouse dejó escapar algunas bocanadas de humo en señal de aquiescencia.

—Estupendo, Appleby. Una buena memoria constituye la cualidad más importante de un detective.

—¡Hum! —exclamó dubitativo Appleby.

—Bueno, tal vez en Londres sea diferente, no lo discuto. Y aquí viene lo gracioso del caso. No había necesidad alguna de toda esta historieta del meteorito. Cualquiera de aquellas otras cosas que se hallaban a mano hubiera servido lo mismo. Lo del meteorito fue, al parecer, una maliciosa humorada. ¿Conviene usted en ella? —La ojeada de Hobhouse fue rápida y astuta.

—¡Válgame Dios!, no. Eso sería pecar de apresuramiento... con cerveza aguada o sin ella.

Frunció el ceño Appleby, ausente en la contemplación, a través del salón, de una Afrodita de nariz afilada.

—Posiblemente existió tan escasa premeditación que el sujeto ni siquiera subió antes a fin de inspeccionar. Se limitó a embutirse en el montacargas con su meteorito, sin poseer noción del cofre, la sentina y todo lo demás. O, por otra parte, quién sabe si no vamos totalmente descaminados al imaginar una categoría equivocada de persona. ¡*De acuerdo!*

—Hobhouse meneó la cabeza, tolerante.

—Vamos, vamos, no se trata de cazarnos uno al otro. No lo voy a seguir por tal camino. Admito de buen grado lo del tipo equivocado de persona.

—El meteorito no llegó del espacio. Nos consta porque se hallaba frío y, por añadidura, presenta tenues muestras de un típico cultivo vegetal: un líquen o algo semejante. Ahora bien, la categoría de persona que hasta este momento conceptuamos, *in mente*, como criminal (alumno o maestro), habríase percatado desde un comienzo de lo categórico de una prueba de esta especie. Y análogamente, con muy ligera reflexión, cualquiera medianamente instruido juzgaría como nosotros dos. Mas, ¿y un hombre ignorante? ¿No podría creer que apoderándose y empleando el meteorito estaba edificando arteramente la más indubitable apariencia de desgracia fortuita? ¿No pensaría, en realidad, estar construyendo la más invulnerable de las coartadas? Porque, a buen seguro, nadie puede ser acusado de haberse introducido clandestinamente en las vecindades de Marte o de Saturno.

Hobhouse rió ruidosamente.

—Ni tampoco de Venus, en lo que a arrojar meteoritos se refiere. —Se sacó la pipa de la boca—. Ha dado usted en el clavo de un concepto importantísimo —añadió seriamente.

—Es tan sólo una posibilidad. Y ahora consideremos la disposición topográfica del problema. —Appleby consultó el plano—. ¿Qué representa ese círculo que aparece en el centro del Patio de la Fuente... una aspidistra?

—¡Un cocotero! —afirmó Hobhouse solemnemente.

—¡Ruinas!

—En realidad, se trata de una fuente. Y con un aspecto completamente acuático, para mí; pero tampoco le quedarían mal las hojas. —Hobhouse, ahora en muy buenos términos con el detective londinense, volvió a reír plácidamente—. Y esos cuadrados, junto al ángulo de los muros, son sillas de tijera.

—Indudablemente tenemos, pues, en este croquis un ángulo del piso bajo del edificio principal. Hállase éste dispuesto como una gruesa L con la rama más corta en dirección contraria. En su parte interior se encuentra otra L más fina que corresponde a un corredor. Y más adentro todavía, está el patio con la fuente.

—¿Corre la fuente?

—Comúnmente gotea tan sólo. Pero tiene caudal y puede demostrarlo. Y, cosa curiosa, brotaba con tanta fuerza en el momento de descubrirse el cuerpo que encharcaba el lugar. Nadie sabe quién la abrió.

—¡Ya! —Appleby prosiguió estudiando el plano—. Detengámonos en el corredor. Nada notable en él. Las ventanas que miran hacia el patio...

—No usaría yo el término mirar. Están a unos dos metros del suelo y provistas de vidrios esmerilados. —Hobhouse tampoco, al parecer, carecía de sus reacciones estéticas.

—Ventanas, en efecto, que contribuían a aislar ese rincón del patio. ¿Algo más en relación al corredor? Puertas dobles que dan acceso al patio. —El índice de Appleby ascendió por el papel—. ¿Y este buzón?

—No es un buzón, sino un teléfono dentro de una caja empotrada en la pared.

—¡Qué cosa tan rara!

—¡Economía! Pluckrose debía compartirlo con el vecino de al lado. Al parecer dio origen a molestias.

—Pero, presumiblemente, no al asesinato. ¿Ocupaba Pluckrose el cuarto del extremo?

—Sí. Y a continuación viene Prisk, el profesor de idiomas romances. E inmediato, el laboratorio privado de Pluckrose.

Appleby enarcó fuertemente las cejas, sorprendido.

—¿No se mezcla esta gente de una manera extraña?

—¡Desusada!, es lo que yo diría. No obstante, como ve, la universidad ha crecido muy aprisa —(no era sin orgullo como Hobhouse puntualizaba el hecho)— y simultáneamente, todo el mundo rehusó moverse de sus lugares familiares. Diríase que en materia de esa índole nadie osa violentar en lo mínimo a profesores y auxiliares. Así, aquí tenemos a Pluckrose; aquí a Prisk; luego el laboratorio; más lejos el gabinete fotográfico; y después...

—Permítame. —Appleby señalaba nuevamente con el índice en el croquis—. ¿Qué significa este escondrijo en el rincón?

—¿En ése del laboratorio? —Hobhouse fumaba, satisfecho en extremo—. No lograría usted adivinarlo nunca. Se trata de un laberinto.

—¡Ah!, para la fotografía.

El rostro de Hobhouse se demudó.

—Sí. El cuarto oscuro está inmediato y su único acceso es atravesar en las tinieblas ese pequeño laberinto, para evitar así la penetración accidental... —detúvose Hobhouse admirado de su frase— de luz.

El cuarto oscuro ocupa parte de la anchura del edificio, aquí, y el resto corresponde al montacargas. Pero las puertas principales de éste se abren al otro lado, sobre la otra habitación, que es espaciosa y constituye el ángulo de la casa. Es, a la vez, el almacén que está más abajo. Prosigamos por la rama corta de la L y llegaremos hasta la habitación de un tal Marlow.

—Continuemos, mas no sin previamente tomar nota de que ese depósito tenía solamente dos puertas en el costado más alejado que da sobre la calle: una vía pública, por supuesto, pero que al otro lado sólo tiene edificios universitarios. Aquí tenemos el refectorio y el salón de actos.

—Comprendido. Y ahora llega el turno a Marlow, profesor titular de lengua inglesa, si no recuerdo mal. Muy bien. ¿Y más acá?

—Vive un viejo barbudo, apellidado Mura. Una especie de ayudante de Pluckrose. Y, a continuación, nuevos laboratorios.

—Que es lo que se llama hacer un alto. Olvidamos, sin embargo, que sobre el cuarto grande del ángulo, que sirve de almacén, hay otro almacén y sobre éste otros dos más. Los dos almacenes superiores son ligeramente más grandes que los de abajo. En realidad, sobresalen algo más apoyados en unos saledizos del muro, y en cada ángulo asoma, además, una garita con ventanas, una diminuta torrecilla superpuesta. Alrededor de esta última sutileza arquitectónica gira todo el problema del crimen.

—Precisamente. —Hobhouse encendió un fósforo y lo mantuvo en alto sobre la mesa—. Quiere decirme que Pluckrose, sentado en su silla de tijera, a poca distancia del muro del patio de la fuente, se encontraba directamente bajo una de las ventanas de una garita. —Dejó caer el fósforo—. Es decir, que una vez colocado el meteorito en el alféizar de la ventana la cosa era de una seguridad matemática.

Appleby suspiró.

—Ya era tiempo de que existiera un poquito de seguridad en algo. Juzgo que ahora sería muy oportuna una detallada inspección ocular. Y luego, el almuerzo.

—¿Me harán el honor, caballeros, de compartir mi almuerzo?

Volviéronse. Hobhouse guardó con presteza la pipa en su bolsillo y pisó las cenizas. De pie, en la entrada del lúgubre salón, hallábase un hombre alto, vestido de escarlata y oro.

CAPÍTULO II

EL HOMBRE ALTO SE DESPOJÓ de su manto y lo arrojó sobre una silla. Lo único brillante en él, ahora, eran los ojos, de un azul inquietante y hundidos en órbitas macizas, pero finamente cinceladas. Una peculiaridad singularísima de la improvisada nobleza de Enrique VIII, meditó Appleby, es la forma en que, en sólo cuatro siglos, ha llegado a aproximarse tan fielmente al viejo tipo normando. Todo en el duque de Nesfield era propio de un duque, y él mismo se daba maña en sugerir que tal característica constituía su máspreciado blasón. Claro que bien podía tratarse de una superchería, una especie de actitud hereditaria, de utilidad probada. ¡Aquella mirada fría delataba otras cosas!

—Confiriendo grados —indicó el duque a moda de explicación. Atravesó la sala y, sin bromear, encasquetó su birrete académico en la calva del busto más a mano—. Siempre los entrego personalmente cuando me encuentro aquí. Para eso sirve un rector. Para eso y para llevar una mano en el bolsillo, si le queda alguna libre. ¡Horrible habitación! —Hizo una pausa, y su mirada inquisidora y totalmente alejada de lo intrascendente constituía todavía el rasgo dominante—. ¡Se queda uno como un guacamayo! —Otra pausa e, imprevistamente, sonrió—. ¡Como un guacamayo! —repitió divertido—. ¡Eso es! Señor Appleby, señor Hobhouse, ¿no les parece a ustedes lo mismo?

La imagen era exacta fuera de toda duda. Tan fuera de duda como que constituía un triunfo de eficiencia ducal su prurito de no dirigirse a nadie, ni siquiera por un par de minutos, en un plano de mero anonimato. Automáticamente, habría averiguado de antemano, los nombres de los dos oscuros e impertinentes policías que iba a visitar. Y ahora hacía preciso seguir la conversación, actividad para la que Hobhouse se hallaba, de momento, en inferioridad de condiciones, por lo que Appleby se aventuró:

—En efecto, señor, un poco de plumaje brillante no está del todo mal. Pero aquí, a decir verdad, uno puede difícilmente sentirse a sus anchas, a menos que fuera... digamos, un pingüino cebado.

—Tiene razón —dijo el duque con gravedad, pero sonriendo todavía—. Reviste esto el aspecto de un museo municipal. ¡Si al menos nos fuese dado reconstruirlo en un estilo puro! Opino, como el amigo Pan, que nadie ha superado el estilo de Palladio. Por supuesto que, al vivir en él, puedo ser tachado de jurado parcial.

Palmerston, del palacio de Nesfield... Quizá este nombre contribuyó a su manera a decidir al duque a descubrir lentamente sus cartas. Appleby, que desconfiaba de las clases dirigentes como endémicamente inclinadas al disimulo, reconoció, sin embargo, que la charla frívola había concluido. Reinó un momento de silencio. Y otra vez tomó la palabra el duque:

—¡Como un guacamayo! Y junto a mí el vicerrector con toda la apariencia de un enorme cuervo. Preocupadísimo por si los escolares de grados inferiores se atreverían a fumar o arrojar algo, u ofrecerían otra muestra de mal comportamiento. Y, sin embargo, unos minutos, tan sólo unos minutos antes, me comunicaba que había ocurrido... un asesinato.

Appleby levantó la mirada prestamente. La voz del duque había desfallecido al pronunciar ese final, se había apagado con un estremecimiento que traicionaba a tan avezado hombre de mundo. Tenía que hallarse grandemente afectado. Y quizá más que eso.

Otro breve silencio.

—¡Un catedrático! ¡Y en la propia universidad! El profesor... —hubo una ligerísima vacilación— el profesor Pluckrose.

Eso era, seguramente. El profesor Pluckrose no representaba nada para el duque de Nesfield; no significaba para él más que Hobhouse o Appleby. Pero que un crimen violento hubiera ocurrido entre hombres consagrados a la ciencia, y precisamente allí, en la universidad de Nesfield... Ahí radicaba la causa del estremecimiento. Al menos, era razonable suponerlo. Pero acababa de penetrar un criado con una chaqueta y un sombrero, y era evidente que la cerveza aguada de Hobhouse iba a ser reemplazada por las bebidas que los duques ofrecen a los policías de jerarquía.

Salieron entre los boquiabiertos estudiantes y el solícito amontonarse de porteros; el fotógrafo de un diario, obediente a un ademán complejo, mezcla de afable inclinación de cabeza con enérgicos signos negativos, bajó su máquina resignado. Una enorme, y por demás indiscreta, *limousine* de color limón esperaba a la puerta, y desaparecieron en ella como tragados por las hojas de fresa heráldicas. Ronroneó el vehículo. Detrás quedaba la desperdigada universidad; ostentosa aquí, deslucida allá. Al frente, sinuosa y abandonada, al amparo de una colina alargada y suave, desplegábase la ciudad, no del todo sucia (porque la lana es más limpia que el algodón), mas sí lo suficiente para no defraudar las esperanzas del más exigente pintor del barroso mundo urbano. ¿Cuánto persistiría todo esto?, pensó Appleby, olvidándose del profesor Pluckrose. Dobles líneas de casas contrapuestas se diseminaban en una especie de frágil corrupción entre colinas perforadas y vallecitos que vomitaban ruido... ¿Cuánto duraría todo esto? No mucho, con certeza. Tal era la respuesta pertinente. Eran como una temporal aparición, el brote de una fiebre molesta, mas por ventura pasajera. ¡Desaparecerían! Y desaparecerían también sus moradores; la universidad se haría gigantesca, y habría un universo de alumnos de escuelas superiores e ingenieros, impecablemente vestidos. ¡Ah!, y el hombre que no accediera a reconocer que el nuevo estado era preferible, sería un loco. ¿Desaparecería también el duque de Nesfield? Era más que seguro; y arrastraría con él mucho de la arrogancia del mundo; y de la independencia y originalidad, consecuencias en cierto modo deplorables. De momento, su persona reflejaba escasa

disipación. Quizá dejara pronto de ser dueño del caos que se extendía y proyectaba en torno. Pero seguía cómodamente en el volante.

—¿El club? —dijo el duque como si alguien hubiese preguntado—. Me parece que no. Es un buen sitio el club. Todos los clubs lo son; pero nunca me he refugiado en él. Me dirijo al hotel.

Y fueron al hotel: vasto, de estilo gótico con tinte babilónico o egipcio, como un sueño de opulencia comercial sin alma. Una estación férrea humeaba en su entraña. Cuando comenzara la guerra lo bombardearían; así pues, se hallaba a su vez condenado a desaparecer. Mientras tanto, el duque alquilaba allí su propio departamento y —Appleby lo sospechó en el acto— también su propia bodega. Sirviéronse pan y queso y un oscuro y acre vino de Italia, milagrosamente traído y conservado. Ni un solo criado hizo acto de presencia. El duque mismo preparó café y dijo cuanto tenía que decir.

—¡Sí señores, el viejo Nesfield se va! ¡No sobrevivirá a la próxima guerra! Y, por mi parte, no lo lamentaré. Apenas es una sucia madriguera.

Apoyado, según su costumbre, en el borde de la silla, Hobhouse recibió la observación con los dilatados ojos de un niño asustado. Appleby contemplaba pensativamente la pesada vajilla del hotel: todo ello parecía remoto, completamente ajeno al caso de Pluckrose, pero eran sus mismos presentimientos de media hora antes.

—Y surgirá en su lugar una especie de civilización de perrera. Cada hombre, cada unidad familiar, en una cómoda perrera, que no dará trabajo, toda recién pintada y con una alta verja circundante. ¿No miran ustedes nunca los puestos ambulantes de libros y revistas? ¿Todas esas revistas sobre casas, jardines, refrigeradoras y muebles pulidos? No se trata de un mundo imaginario, como el cinematógrafo. Es una vida a dos dedos de adquirir forma real. Y no es que el hecho encierre en sí nada de malo. Pero sí, en cambio, algo desesperadamente aislador e insociable. La madriguera, al menos, es un sistema en el que hay que vivir hombro con hombro, que cría sentimientos comunes, ideas, descontentos, cuanto permite a la vida individual ser de algún interés. Lo que me asusta es un estancamiento burgués. He ahí por qué nuestra universidad, precisamente esta clase de universidad, tiene tanta importancia.

—Comprendo —dijo Appleby.

—Pues muy pocos lo hacen. Todos estos pequeños Enriques, Tomases y Ricardos —Susana, Josefina y Gladys, también— proceden de las clases trabajadoras y de la clase media; del pueblo que, en dos generaciones más, será absorbido en una amorfa prosperidad material sin clases. No, entiéndalo bien, una prosperidad lindante aquí y allá con la riqueza; sólo una participación pulida y uniforme, y un poquito más para la burocracia que los rija.

—En estas condiciones, ¿de quién podría brotar un pequeño soplo de espíritu en medio de ese ambiente? Únicamente de Enrique y Susana, si usted me lo pregunta. Dios sabe lo que se les enseña; anglosajón, adaptabilidad y disimulo, economía

política... eso es lo de menos. Lo esencial es que durante unos años, y casi adultos, se rozan en corrillos y apreturas, y se sientan, parloteando, en bancos que nunca son pulidos de un año para otro. Además, se encuentran en contacto con hombres de ciencia y profesores: un tipo de persona que a menudo nunca llega a enterarse por completo de si posee una residencia o un jardín. De hecho, estas universidades son capaces de templar el creciente y atractivo materialismo mejor que las capillas y demás fundaciones religiosas; y en su época contribuyeron ya a mitigar el lamentable materialismo de la última centuria. Por eso apoyo siempre cualquier posible ampliación de nuestra institución, incluso a sabiendas de que consista en otra estratagema utilitaria.

—¿En otra estratagema?

—Estratagema de los industriales con el fin de obtener mano de obra ejercitada y práctica en la investigación técnica, fundada en parte a expensas de alguna otra entidad. No obstante, siempre cuenta con mi apoyo. Posee la virtud de lograr que los jóvenes vivan cierto tiempo en algo que, cuando menos, no es una fábrica, ni tiene un capataz. Les brinda una ocasión de madurar las cosas. —Y el duque de Nesfield rió con cierta malicia.

La verdad era, pensó Appleby, que le placía a él mismo ser capataz y que la universidad local formaba parte de su caja de herramientas. Sin duda que los Tomases y las Susanas le adeudaban cierta gratitud; mas resultaba en cambio muy dudoso que gustaran de sus carcajadas y del tono dominante que empleaba. Mientras tanto, quedaba en el aire el curioso problema de lo que el duque intentaba con todo aquello; porque todo su aplomo no era suficiente para disimular que el ofrecimiento del almuerzo constituía algo fuera de lo normal. ¿Acostumbraba a arrastrar periódicamente hasta su mesa a los padres y tíos de Susana y de Tomás para airear sus puntos de vista sobre las universidades provinciales de Inglaterra? Appleby casi juraría que no. Por ello levantose y habló con un tono adusto de conjetura:

—¿Piensa usted, señor, que sería lamentabilísimo que una gran institución en marcha se convirtiese en centro de un escándalo vulgar? ¿Que sería extremadamente afortunado que todo desembocara en un raro accidente?

El duque, a su vez, se había puesto de pie. Lo miró con una mezcla de sorpresa y de alarma, y con un leve gesto divertido.

—¡No, por Dios! Si alguien mató al buen hombre habrá de ser colgado. En todo caso, les deseo acierto para desenredar el nudo. Abajo queda el coche a su disposición. Son ustedes muy amables por haber perdido el tiempo con un hombre tan insignificante.

El duque de Nesfield abrió la puerta y estrechó las manos a sus invitados.

—Y de paso —dijo—, ¿supongo que se trata de... ¡ah! Pluckrose? Buenas tardes.

Frente al hotel se estacionaban ahora dos automóviles y cuatro criados; se acomodaron en el primero y arrancaron.

Hobhouse habló con precaución.

—Huyó el viento de sus velas. —Su voz destilaba una ligera malicia que habría hecho honor a su reciente anfitrión.

—Así parece. Pero desconoce usted todavía lo que cierta clase de personas imaginan haber ocultado celosamente tras una actitud de reserva. —Appleby sonrió, reconociendo en sí un dejo de la pretendida sagacidad del habitante de la gran ciudad —. Y ahora soy yo quien pregunta: ¿supongo que es Pluckrose?

—¿Que si es Pluckrose? ¿Qué diablos quiere usted indicar?

—¿Qué diablos quiso indicar el duque? ¡Ésa es la cuestión! Toda la absurda charla tuvo por único objeto dejar caer esas palabras al final. ¿Qué significaba el profesor Pluckrose para el duque de Nesfield?

—El profesor... ¡ah!... Pluckrose —dijo Hobhouse.

—Eso es. O Pluckrose es tan sólo un nombre para él o está pretendiendo despistar. ¿Y por qué habría de hacerlo? Aun suponiendo en él un efectivo y ufano interés por la vida de esta universidad, de la que es cabeza titular, ¿habría de desempeñar necesariamente un papel por haber sido asesinado un profesor? Y mire que ha gastado saliva.

—¡Un curioso intermedio! —comentó sentenciosamente Hobhouse.

—¿Intermedio? Apenas si hemos comenzado. Un mediano prólogo tan sólo. Y el resultado es que hemos retrocedido hasta preguntarnos todavía si se trata de Pluckrose.

—Por supuesto que es Pluckrose.

—Me congratulo oyéndolo. Recuerde que no he visto aún el cuerpo. Y un meteorito caído de una torre es capaz de desfigurar extraordinariamente. Si fueran los vestidos de Pluckrose en los restos de otro... Son cosas que ocurren.

Hobhouse gruñó.

—Y al lado, la dentadura postiza de la supuesta víctima.

—Claro, claro. —Entre tranvías y postes de alumbrado, el automóvil se deslizaba sin esfuerzo hacia lo alto de la colina, cual si fuese inmaterial. Appleby miró sombríamente mientras recorría la proliferación gris de pizarra y piedra—. Con todo, la línea de separación es tan tenue, en ocasiones, entre estas estafalarias ficciones y un crimen verdadero... ¿Indudablemente Pluckrose?

—¡Sin duda alguna! En parte aplastado y de un modo ostensible. No obstante, sin nada parecido a una desfiguración de las facciones. Todo el mundo lo ha visto. ¡El duque está en la luna! Me sorprende que no lo haya sabido por sir David.

—¿Por el vicerrector? Su Excelencia no ha de volver a vernos; pero con aquéllos a quienes trata habitualmente apuesto a que practica exquisita reserva. Hemos llegado. Lo que ahora nos falta son actores.

Detuviéronse en un aireado vestíbulo exterior, de paredes curiosamente perforadas.

—¿Actores? —inquirió Hobhouse.

—No hay drama sin actores. Y hasta el presente no aparece ninguno... salvo algún jaranero duque extraviado. Me maravilla dónde obtiene ese vino; Montalcino parece...

La atención de Appleby vagaba en torno del amplio pórtico techado con tejas, y poco hospitalario por un ligero rezumar de agua.

—¡Atención! He aquí una pareja de posibles actores. ¡Comencemos con ellos! — Dos figuras togadas, joven y viejo, avanzaban por un corredor—. Levante el telón, Hobhouse, la galería se impacienta.

—Pero no sabemos quiénes son. —Hobhouse miró a Appleby con sobresalto y meditó sobre el poder del oscuro Montalcino—. Lo lógico sería que lo acompañase a ver a sir David.

—A importunarlo. De todos modos, me temo que habrá que interrogar al cuerpo docente en pleno, para llegar al fin. Así, pues, comencemos cuanto antes. —Appleby avanzó dos escalones—. Buenas tardes, señores, —dijo, buscando un trozo cualquiera de papel en su bolsillo.

Los dos togados correspondieron al saludo atentamente.

—Soy el detective inspector Appleby, de Scotland Yard.

Los dos catedráticos, que un instante antes conversaban con aire de mucha dignidad mientras que dirigían al solitario corredor ojeadas cargadas de innecesario rigor, contemplaban ahora a Appleby sin despegar los labios y, al menos, con momentánea turbación.

—Y éste es el inspector Hobhouse, de la policía local. Como supondrán, investigamos la muerte del profesor Pluckrose. —Appleby se dirigió al de más edad de los dos hombres—. ¿El señor Murn?

—Me confunde, señor. —Pareció a la vez ofendido y aliviado—. Mi nombre es Crunkhorn.

Appleby consultó su tira de papel y su rostro se animó con súbito interés.

—¡El señor Crunkhorn! —dijo—. Eso es fundamental. Y me permito suponer que usted será, sin duda...

—Church —completó el más joven, ingenua y gentilmente.

—Exacto. ¿Puedo esperar de ustedes que me concedan unos pocos minutos? Usaremos una de las habitaciones que dan al corredor.

A una inclinación de Crunkhorn se pusieron en marcha hacia el salón en que vimos a Hobhouse primeramente exponer su relato del caso. Appleby, cortésmente, acercó sillas.

—Nos felicitamos de haberlos encontrado a ustedes tan fácilmente —dijo.

Nuevamente el joven apellidado Church pareció sobrecogido. Crunkhorn, por el contrario, ostentaba ahora una expresión de firme severidad.

—Me temo que vamos a perder el tiempo, inspector. Desempeño la cátedra de matemáticas y el señor Church es mi colaborador en esa asignatura. No poseemos conocimiento especial acerca de Pluckrose. En realidad, rara vez hubimos de encontrarnos asociados a él.

—Así es. —Appleby cabeceó asintiendo amablemente—. El inspector Hobhouse y yo hemos estado interrogando al vicerrector.

Hobhouse profirió un murmullo inarticulado y mantuvo la mirada sin pestañear sobre el birrete con borla de oro, que continuaba indiferente en el busto que lo colocó el duque de Nesfield.

—Francamente, estas cosas distaban mucho de merecer aprobación.

—Sir David está muy impresionado y afligido; consideraba al profesor Pluckrose como a un amigo entrañable.

—Verdaderamente —corroboró Crunkhorn algo ceñudo.

—Él nos aconsejó llegar directamente a ustedes, para lo que llamó mi informe objetivo y desapasionado.

—¡Ah! —exclamó Crunkhorn.

—Nadie, pensaba él, sería más capaz de suministrar tales datos. E hizo una o dos observaciones sobre el valor de una preparación matemática que me interesaron grandemente. Me temo que yo mismo sea clásico.

—Ciertamente.

Crunkhorn hablaba con más suavidad.

—Nuestro profesor de clásicos es Hissey.

—¿Cómo? ¿Es posible? —Appleby quedó muy interesado—. Yo solía asistir a sus conferencias cuando era rector de San Antonio.

—¡Válgame Dios! —Crunkhorn, aunque observando todavía un poco impresionado al extraño polizone, se arrellanó apreciablemente en su asiento—. Un maestro muy profundo, según se me ha dicho. Pero un tanto fuera de lugar aquí. Estas universidades, como usted sabe, requieren en su mayor parte hombres técnicos. Aplicados hombres de ciencia.

«¡El viejo mentecato! —pensó Appleby—. Estas universidades no llegarán a tener un alma propia hasta que suban los Ricardos y los Enriques del duque a sus cátedras». Prosiguió ya en alta voz:

—¿Y ahora, tendrán la amabilidad de ayudarnos? El profesor Pluckrose ha sido asesinado, siento mucho decirlo. ¿Existe algún cuadro particular dentro del cual pueda encajar tal hecho? —Detúvose—. Por supuesto, que me hago perfecto cargo de que ustedes pueden muy bien pensar que no conocen ninguna circunstancia merecedora de ser tenida en cuenta.

Hobhouse se revolvió ligeramente en su asiento, como reconociendo a su pesar la madura técnica oculta en esta última observación. Nada tan eficaz como sugerir a un testigo que posiblemente no tenga nada que decir.

El profesor Crunkhorn sí dijo algo. Algo que al menos tuvo la virtud de ser totalmente inesperado.

—Galileo —expresó—; yo asocio lo ocurrido con Galileo.

—¿Cómo?

—Galileo.

Appleby parecía confundido.

—¿Debo suponer que se refiere usted al famoso astrónomo del siglo XVI?

El profesor Crunkhorn se volvió a su colega más joven.

—Church, ¿recuerda usted cuándo nació?

—Temo que no.

—¿La fecha de la muerte?

—No.

—¡Ah! —Crunkhorn movió la cabeza con cómico pesar ante esta confesión de impotencia académica—. ¡Espere! Las fechas acaban de volver a mi memoria. —Sonrió amablemente a su humillado auxiliar—. 1564 a 1642. Haríamos bien, por lo tanto, en referirnos a él como a un astrónomo del siglo XVII.

Hobhouse respiraba pesadamente e indicaba a las claras su convicción de que aquella simulación de correcto proceder policíaco podía conducir únicamente a alguna bufonada. Appleby, sin embargo, contempló admirado a Crunkhorn, como encantado de hallarse ante una mente tan sagaz y sutil.

—Estoy, ciertamente, de acuerdo en que debemos asignar a Galileo al siglo XVII. Y sería muy interesante que resultase complicado en la muerte del profesor Pluckrose. Pero, ¿no podría explicarse un poco más?

—Church sabe ya lo que estoy pensando. Él se lo hará comprender mejor de lo que yo podría. —Era evidente que una de las misiones de este hombre era ser llevado y traído, como una especie de oso amaestrado.

—Se trata de los meteoritos —dijo Church, inseguro y adusto—. Dicen que el viejo fue muerto con un meteorito. —Detúvose un instante, como si se encerrara algo excitante en la idea de un fin tan expedito para un anciano—. Me parece que eso puede lindar con la astronomía, en cierto modo. —Miró de mal talante a Appleby... un joven perspicaz, bien consciente de ser utilizado para exponer algo de tan débil consistencia.

—Desde luego —comentó Crunkhorn—. Su análisis, querido Church, nos trae algo de luz... un *poquito* de luz. Pero es a un experimento preciso de Galileo a lo que me refiero. ¿Sabe usted, Church, algo de las curiosidades arquitectónicas de Pisa?

—Existe una torre inclinada.

—¡Espléndido! Hay en verdad una torre inclinada, y desde ella realizó Galileo uno de sus experimentos más famosos. Lástima que estuviera salpicado de esa frivolidad a que era tan dado. Fue nombrado, como usted sabe, profesor de matemáticas cuando era demasiado joven, y esto parece que le impidió sentar cabeza.

Church, que se proponía también, presumiblemente, llegar a ser más o menos pronto profesor de matemáticas, pareció aún más molesto que antes. Appleby comenzaba a interesarse por él.

—El experimento a que me refiero de Galileo, perseguía el objeto de establecer la ley de la caída de los cuerpos, según la cual todos los cuerpos caen en el vacío con la misma rapidez, y al cabo de un tiempo determinado adquieren una velocidad proporcional al tiempo que llevan cayendo, y han atravesado una distancia proporcional al cuadrado de ese tiempo. —Crunkhorn miró expectantemente a Hobhouse como en espera de su aquiescencia de enterado—. Ahora bien, Aristóteles había opinado de otro modo, y los colegas de Galileo adoptaron el partido de Aristóteles.

—La tiranía de más larga duración que jamás imperó —dijo Church. Tratábase aparentemente de una cita; y el joven, consciente de su lucimiento, se animó durante un instante.

—Sin duda. Y Galileo determinó demostrar en una forma dramática lo verdadero de su punto de vista. Sus colegas tenían la costumbre de cruzar, en una procesión académica diaria, por la base de la torre inclinada. Galileo trepó a la torre con lo que podemos llamar un proyectil de un kilo y otro de diez. Y los dejó caer en lo que consideró el momento apropiado. Aquellos de sus colegas que no resultaron muy perturbados por el milagroso escape de la muerte, viéronse forzados a confesar que los dos proyectiles habían alcanzado el suelo prácticamente a la vez. O, más bien, confesaron que así les pareció. Como Aristóteles no podía equivocarse, era evidente que sus ojos los habían engañado.

—Reviste todo esto el mayor interés. —Appleby se expresaba sin pizca de ironía—. Al fin y al cabo, la torre de aquí no es tan distinta de una inclinada; quiero decir, que posee torrecillas salientes que la convierten en un lugar ideal para experimentos de esa clase; mas sospecho que cuando asocia la muerte del profesor Pluckrose con Galileo debe usted de pensar en algo más concreto.

—Precisamente. Hace tiempo que ha aparecido en la universidad un profano espíritu de ligereza.

Church hizo repentinamente unos visajes.

—Sin embargo, con Galileo parece que fue más un asunto de «gravedad», y con Pluckrose lo mismo.

Crunkhorn enarcó el ceño, pues difícilmente se adaptaba la broma a los buenos cánones universitarios.

—Un espíritu de ligereza entre los miembros más jóvenes del cuerpo docente. Ese tipo de bromas que se atribuyen a los estudiantes en las novelas espurias de la vida universitaria. Es un género de cosas muy molesto. Y me inclino a sospechar quién pueda ser el espíritu instigador. —Crunkhorn miró con franca intención a Church.

—¿Bromas? —interrogó Hobhouse—. No pretenderá que Pluckrose recibió por broma en su cabeza un enorme meteorito.

—Por mi parte —habló Church— no creo recordar tal broma ni siquiera en una novela espuria. Convengo, no obstante, en que se han gastado bromas reales y en que probablemente existe un espíritu instigador, que nos guía directamente a Galileo, ¿no es así? *Eppur si muove*. —Church rió inmoderadamente. Era, a pesar de todo, un hombre muy capaz de velar por sí mismo.

Crunkhorn frunció el entrecejo otra vez.

—De ninguna manera trato de sugerir que Pluckrose fue muerto deliberadamente por broma. Tamaña sugestión sería tan sólo racional si hubiese base para suponer la presencia de un lunático en la universidad. Pero puede muy bien haberse tratado de una farsa violenta y peligrosa, que resultó trágica, lo mismo que habría sucedido con la demostración de Galileo, de haber sobrevenido un accidente. —Crunkhorn pareció dudar—. Realmente no sé si debo llevar mi pensamiento más allá. Mas, preferiría hacer notar que Pluckrose sabía de matemáticas. Era bioquímico e interesado en genética, lo que requiere hoy cierta preparación matemática. Poseía la suficiente para desenvolverse en ciertos entretenimientos. Uno de ellos era la balística. Y sus ideas acerca del tema eran más bien un tanto curiosas.

Hobhouse miraba tristemente al techo. Appleby vino con tacto en su ayuda.

—¿La balística? —dijo—. ¿Quiere decir...?

—La ciencia de los proyectiles. La marina necesita aplicar sus leyes hasta para disparar un simple fusil.

—Leyes —comentó Church— descubiertas por Newton y otros cuando sus amos les ordenaban que los blancos tenían que ser bien acertados. ¡Y a esa especie de comercio de oferta y demanda llaman ciencia!

El profesor Crunkhorn y su auxiliar se miraron con súbita animosidad.

«He ahí —pensó Appleby— una de las llagas vivas entre el viejo y el joven. ¿Es la ciencia la desinteresada procura de conocimientos ofrecida sin retribución al mundo? ¿O es una actividad dependiente como cualquiera otra de demandas económicas y políticas? A cada paso este confuso asunto está planteando nuevos interrogantes».

—Y un meteorito cayendo de una torre —inquirió Hobhouse, práctico—, ¿sería balística?

—En cierto sentido, sí. —Crunkhorn prosiguió, arrugando la frente y midiendo mucho sus palabras—. Supongamos que Pluckrose padece lo que es, para alguien, una manera irritante de cultivar su trabajo. Continuamente habla en tono suave y teórico de granadas y bombas. Considera, contumazmente, estas cosas abominables como objeto de la ciencia, y no como un tema de moral o de imaginación. Hasta que llega el día en que alguien dice para sí mismo: «Voy a demostrarle a qué *sabe* un proyectil cuando cae ante las mismas narices de uno». Me parece, caballeros, que la explicación de la fatalidad puede radicar ahí.

Siguió un silencio. Se puede ser algo exagerado y, sin embargo, hallarse dentro de la verdad. Y Appleby observó a Church. El joven se había tornado algo pálido. Se

prolongó el silencio.

—Habría sido entonces una tragedia —continuó Crunkhorn a esta altura—. Y la ley, creo yo, lo calificaría de homicidio por imprudencia de la especie más grave. Por mi parte juzgaría con la mayor benevolencia una locura tan trágicamente concluida, y no he de ser yo quien afirme que es esto lo más verosímil en la muerte de Pluckrose. Constituye tan sólo una posibilidad, pero una posibilidad que, si el misterio continúa, habría ciertamente que sacar a relucir y escudriñar. Por eso la menciono. Y quizá Church quiera decirnos lo que piensa de ello.

La mirada de Appleby vagó pensativamente de uno a otro hombre. ¿Estaba Crunkhorn acusando oblicuamente a su colega más joven? ¿O intentaba, a despecho de rozamientos de un día y otro que se adivinaban entre ambos, ayudar a quien creía inocente a superar eh primer encontronazo con una sospecha que juzgaba inevitable? Church se hallaba a todas luces asustado. ¿Asustado solamente en la medida de cualquier joven poco experimentado en torno de quien rondasen tan siniestros y desusados hechos? Por unos momentos, nadie pronunció una palabra y podía escucharse el silencio del reloj inmóvil.

—¿Lo que yo pienso? —Church sacó una mano del bolsillo y la observó: una mano serena—. Difícilmente podría saber. Depende de que el meteorito se hallase al alcance de la mano.

—Exactamente. —Appleby decidió que era necesario estimular a Church—. Y no consta que así fuera. El punto de procedencia es aún un misterio.

Church pareció aliviado.

—Entonces, ¿por qué un meteorito? No es nada fácil de obtener; y, por añadidura, no sugiere la idea de bombas y granadas. Una antigua bala de catión hubiese ofrecido, por lo menos, la misma seguridad y sería además mucho más... mucho más a propósito en la situación que Crunkhorn imagina.

Crunkhorn cabeceó, al parecer en señal de aprobación.

—Espero, caballeros, que reconocerán que eso es cierto. Y, sin embargo, puede haberse tratado de una broma tal como la he descrito... y hasta más allá de lo que he sido capaz de describir.

—¡Ajá! —dijo Appleby.

—Supongamos que Pluckrose se hubiera imaginado que sería un placer el que la Providencia le arrojase una bonita bomba en la cabeza. Y supongamos que hubiese replicado con alguna de las frases hechas del racionalismo: «La Providencia no dedica su tiempo, en verdad, a *arrojar* bombas»; «la Providencia no tiene bombas que arrojar... o algo semejante». ¿No sería entonces adecuado un meteorito, según palabras de Church? Algo que llega silbando como un proyectil desde el más allá, bien puede ser mirado como una celestial munición.

—Hipotéticos nos ponemos —dijo Church—. No solamente una disputa hipotética sobre balística, científica o moralmente concebida, sino una dirección hipotética a esa disputa con ciertas palabras y frases específicas y de doble sentido.

Un malintencionado (digamos un abogado en ejercicio) podría hasta insinuar que Crunkhorn pretende a toda costa desarrollar una forzada y un tanto excéntrica teoría de su propia cosecha, una de cuyas principales consecuencias sería atraer la atención sobre posibles rozamientos entre Pluckrose y personas de edad notoriamente desigual.

Se trataba de un contraataque como desquite. Y el más joven de los profesores, como su superior, poseía la habilidad de barajar sus frases en un sentido teórico, pero muy efectivo. No se prestaba a error la intención de su estudiada pieza de sintaxis. Quien se adelanta con fábulas y cuentos de Galileo, bien puede ser sospechoso de tener algo que ocultar...

Ahora Crunkhorn se había puesto de pie. Quizá reconocía que había sido excesivamente ingenioso; quizá se sentía simplemente resentido.

—Lamento —dijo—, que otra cita que debo atender me obligue a poner fin a esta entrevista. Y no digo a esta algo irregular entrevista porque es mi voluntad prestar toda mi ayuda, sin reparar en formas. Buenas tardes.

Y arrastrando su toga, el profesor de matemáticas se retiró.

«Lo que se dice una salida digna —pensó Appleby—. Toda una retirada a tiempo. Y ahora quizá fuera un buen paso ver en persona al vicerrector. O examinar el cuerpo, o bien profundizar en la topografía del misterio: el Patio de la Fuente; la torre; sus pisos; el montacargas».

Pero aún permanecía allí el auxiliar Church, abandonado sobre el respaldo de su silla, mientras se enjugaba con un pañuelo la frente.

—¡Edificante! —exclamó Church—. ¡Vaya una huida vergonzosa! ¡El viejo bastardo!

—Hobhouse —dijo Appleby gravemente—, tome nota. El señor Church sabe también hablar como un ser humano cuando quiere. —Miró severamente al joven—. Y así vamos a seguir hablando. Con Pluckrose... ¿peleó usted alguna vez?

—¡Jamás!

—¿Le daba la lata con bombas y granadas?

—Sí.

—En alguna ocasión, sin llegar a lo que se dice pelear, ¿disputó usted con él?

—Me burlaba de él. Y esta clase de diferencias se ahondan y ahondan cada vez más.

—Comprendo. ¿Usted...?

—No le tiré el meteorito; jamás se me ocurriría gastar tal broma; nunca gasto bromas pesadas. —Detúvose para tomar aliento—. No creo que hayan visto al vicerrector ni que él los haya enviado a Crunkhorn. Ustedes nos eligieron al azar, de una manera del todo arbitraria, y de ahí nacieron todas esas simplezas acerca de Galileo. Ustedes han formado el enredo y ustedes lo desenmarañarán. Yo me voy. — Y Church se enderezó sobre sus rodillas repentinamente transformado en un joven belicoso.

Appleby se levantó también.

—Muy bien. Siento que se marche cuando comenzábamos a hablar sensatamente.

—Captó una chispa de indecisión en el otro—. Esperaba que nos explicase por qué Crunkhorn tomó por una senda tan extraña.

Church profirió algo como un bufido de impaciencia, pero se detuvo en la misma puerta.

—Tomó por *esa* senda porque usted le obligó con sus zalamerías a seguir por *alguna*. Sus aduladoras consideraciones sobre matemáticas e informes objetivos lo cautivaron, y entonces recurrió a Galileo como algo ingenioso e intelectual. Al fin y al cabo, cualquiera tiene alguna loca teoría que ventilar si se le invita a hacerlo.

Hobhouse exhaló un suspiro de desaliento y tamborileó sobre la mesa; consideraba esta última declaración demasiado cierta. Mas, permaneció imperturbable.

—¿Incluso usted, señor Church?

—Yo no tengo nada que ventilar.

—¿Excepto su espíritu belicoso por naturaleza?

—¡Al diablo con todo! —Church mostrábase preso de excitación y su mano soltó el picaporte de la puerta.

—Como guste. —Appleby estaba, asimismo, irritado—. Pero Crunkhorn hizo algo más que elaborar una teoría. Se refería a usted. Y entonces usted le arrojó a la cara otra muy desagradable. Era casi como si mutuamente se acusasen de homicidio. Cosa muy sorprendente que acontezca cuando, como dice, se han elegido dos hombres al azar. ¿Puede usted explicarlo?

—Por supuesto que puedo. —Church, junto a su inclinación al desafío, poseía una dosis bien colmada de arrogancia intelectual—. El vejete halla en mí varios defectos. Parece convencido de que mi mano se esconde tras de estas bromas idiotas. Y, realmente, se le ha metido en la cabeza que pude haber aplastado al pobre Pluckrose en la forma que él apuntó. Apelaba a mí, a su manera, para invitarme a confesarle, si efectivamente era cierto; o quizá, ¿por qué no?, trataba de ponerme en guardia. En ocasiones, se comporta conmigo de una manera paternal. Cree que está haciendo de mí todo un matemático.

—¿Y lo conseguirá?

La indiscreta pregunta desorientó a Church por un instante. Después rió.

—A decir verdad, aquí el matemático soy yo. No es que Crunkhorn posea tan escasa inteligencia, tomado a buena edad y preparado, hubiese hecho un buen secretario privado. —Se detuvo y la pausa tuvo el efecto de advertirle que para aquellos dos extraños su ingeniosidad distaba de ser agradable—. Como quiera que sea, lo aprecio muchísimo.

—¿Y su sugestión de que la charla de él procuraba ocultar algo por propia cuenta?

Church vaciló.

—Eso —dijo seriamente— era una soberana tontería. Buenas tardes.

La puerta se cerró con violencia tras él. Hobhouse respiró hondamente.

—Suponía yo que no podía haber nada más extraño que el asunto del duque. Pero esto...

Appleby sonrió.

—¡Buen grupo de maniáticos nos ha correspondido! No se asemejan a los respetables bribones y asaltantes. Bien... Veremos ahora el cuerpo; leeremos el informe médico; examinaremos las cosas y obtendremos las impresiones digitales. — Dudó—. Y aun creo que se me olvida algo.

—Ver al vicerrector.

—Precisamente.

CAPÍTULO III

SIR DAVID EVANS ERA UN apuesto viejo con pretensiones filosóficas y una gran mata de cabello blanco. Por causa de la filosofía sentábase frente a la inmensa estantería, suspirando bajo Locke, Hartley y Hume; y debido al cabello todos estos sabios hallábanse encerrados en brillantes marcos de cuero oscuro delicadamente repujado en oro. El efecto resultaba encantador, especialmente en presencia del gesto de severa benevolencia que invariablemente registraban las facciones de sir David.

Con intervalos de pocos años debía aparecer un retrato de sir David, trajeado de negro y escarlata, y con Locke y Hume a la espalda, en las exposiciones que nuestros mejores pintores celebraban en Burlington House. De estos lienzos, uno colgaba ya en el salón de actos de la universidad; otro ocupaba un lugar destacado apenas traspasada la entrada de la villa de sir David, y un tercero, convenientemente apartado, hallábase dispuesto para ser ofrecido, cuando llegase el día, a la Galería Nacional de Retratos. Qué fue de los otros, nadie lo sabía. Inglaterra es, en el mejor de los casos, un país semibárbaro, cuya demanda de retratos de profesores jubilados de filosofía es asombrosamente escasa. Se decía que tales reproducciones podían ser halladas en todas las universidades de la India, país en el cual, durante su juventud, como profesor auxiliar, había tratado sir David de difundir la luz de las Ideas Claras y Precisas, Sentidos Exactos y los rasgos generales de aquel celebrado Empirismo Modificado, que en aquel entonces comenzaba a idear para sí mismo.

Mas, quizá esto de los retratos de la India puede que fuera una calumnia, ya que, indudablemente, acerca de sir David circulaban toda clase de infundios. Shergold, el actual profesor de filosofía de Nesfield, sostenía que el vicerrector pertenecía a la infortunada minoría de malas personas que se hacen reprobables y antipáticas. Posiblemente se trataba de un juicio algo *a priori*, procedente del presunto axioma — muy difundido en las universidades al estilo de la de Nesfield— de que un vicerrector, *ipso jacto*, de ningún modo puede ser buena persona.

Sir David, en efecto, era a todas luces un hombre muy discutido. Y alguien podría presumir que el efecto que perseguía con su estantería, su cabellera y su expresión de benévola autoridad, era el de provocar una impresión de rectitud; porque, por más que se recorriera de arriba abajo toda la universidad, no se toparía, en verdad, con un efecto teatral análogo. Los profesores nunca gustaban de la les teatralerías, y sólo accidental e inconscientemente, se les veía ante anaqueles de revueltos libros ajados y papeles en confusión, o ante alguno que otro cuadro polvoriento colgando, ligeramente ladeado, de un clavo. Si existe un inocente placer y hasta cierta ejemplaridad en una cuidadosa presentación, entonces, y en este aspecto al menos, sir David Evans era bien digno de la institución que presidía.

Un débil rayo de sol filtrándose a través de la impecable melena de sir David, se proyectaba sobre el pulido lomo de piel de las *Observaciones sobre el hombre, su constitución, su deber y sus esperanzas*. A tientas, sir David Evans trataba de hacer algunas de estas observaciones por su propia cuenta. Ahora tenía ante él una carta, a cuya lectura se entregaba por segunda vez, con estudiosa concentración.

Estimado sir David:

Me ha apenado profundamente la noticia de un hecho que puede ser motivo de molestia para el apreciado duque, y de considerable *preocupación* para usted. El fallecimiento del señor Pluckrose constituye (indudablemente) una pérdida para la ciencia, y debe ser, además, motivo de seria meditación para todos nosotros, porque ha sido arrebatado sin hallarse preparado y, conociéndolo como lo conocimos, resulta algo aventurado el determinar si nuestro dolor puede encontrar consuelo en una piadosa esperanza. Como mi padre (el difunto sir Horacio Dearlove, K. C. M. G.^[1]) solía afirmar, con la contundencia peculiar de todos sus dichos: *En la plenitud de la vida nos acecha la muerte*.

Usted sabe que el señor Pluckrose ha vivido en mi casa durante unos quince años, y creo que poseo un conocimiento casi íntimo de sus hábitos y ocupaciones. ¿Puede ser útil mi ayuda?

Con mi mayor consideración.

Virginia Carolina Dearlove.

P. S. Mi ama de llaves —persona de toda confianza— me comunica que existe una deuda de treinta y ocho libras, once chelines, cuatro peniques. ¿Quiénes son los testamentarios?

V. C. D

El rayo de sol, trepando diagonalmente en dirección al techo, llegaba ya al *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Un matemático —Crunkhorn o Church, por ejemplo— habría encontrado un agradable pasatiempo en calcular hasta dónde llegaría el reflejo diez minutos después. ¿Sería, acaso, el elegido *Un ensayo sobre la tolerancia*? ¿O bien *La racionalidad del cristianismo*? ¿Revelaríase el rayo tan indiferente como para perderse *El tratado de la naturaleza humana*? Sir David, sin embargo, inmóvil detrás de su escritorio, hallábase completamente ausente de su santo y caledonio tocayo. La señorita Dearlove absorbía toda su atención, y continuó reteniéndola hasta que llamaron a la puerta. Entonces sir David guardó la carta en un cajón, ladeó ligeramente su silla para recuperar la imprescindible aureola solar, y avisó que se podía entrar.

Hobhouse presentó a Appleby. Sir David, sin moverse, les dio una bienvenida tan desagradable que fue casi como verse de pronto ante una mofeta.

Appleby expresó convencionalmente que los traía una triste misión. Sir David, por medio de su silencio, dio a entender que no es costumbre de filósofos formular tan precipitadas conclusiones; y, simultáneamente, continuó demostrando hacia sus visitantes la más benévola cortesía. En vista de ella, Appleby y Hobhouse decidieron que bien podían sentarse. Como respuesta, sir David se levantó y se dirigió hacia una ventana. Appleby y Hobhouse pusiéronse, a su vez, en pie, y Hobhouse tuvo la idea de dejar caer al suelo su sombrero hongo. Sir David, no tan filosóficamente abstraído como para no conceder a estas confusiones una leve compasión, cruzó las manos bajo los faldones de su elegante levita negra y, a continuación, tomó la palabra.

—Es misterioso —afirmó—. Como quiera que sea es misterioso.

Appleby y Hobhouse sorprendiéronse a sí mismos haciendo a dúo signos afirmativos. El vicerrector había pronunciado la palabra exacta. Resultaba esto mucho más evidente que su acento del áspero Gales.

«Debe ser a causa de la posición de su cabeza —pensaba Appleby—. O por su manera de cerrar la boca y apretarse el mentón al terminar las frases. Cosas indispensables, sin duda, para inculcar la filosofía en las duras cabezas de los muchachos», continuaba meditando Appleby.

—¿Conocía bien al profesor Pluckrose? —interrogó.

Era evidente que cualquier otro hombre hubiera levantado la vista; pero el vicerrector plegó los ángulos de los ojos en la más plácida de las sonrisas, como lo haría un amante de los perros al presenciar las cabriolas de un faldero juguetero. Hacer preguntas a sir David era tiempo perdido.

—Deben profundizar en las circunstancias de su muerte —recomendó benévolamente y con autoridad. Sacó una mano de debajo de los faldones de la levita y levantó un dedo—. ¿Traen un cuaderno de notas?

Hobhouse —pero con menos apresuramiento de lo que fuera de esperar— indicó que él tenía uno.

—Cosas a recordar sobre los profesores —dijo sir David, y se detuvo.

«Es una disertación», juzgó Appleby. «Se trata de un dictado», pensó Hobhouse, ignorante de la alta educación.

Appleby escuchó y Hobhouse tomó nota. Sir David mantenía su aire de dominante suficiencia.

—Son ambiciosos. —Sir David inclinó la cabeza como haría cualquiera al referirse compasivamente a la perpetua sinrazón y extraña conducta de los niños—. Todo profesor es ambicioso: ambicioso por llegar a ser profesor de otra parte. —Hizo una pausa y pareció decidir que, para llegar al intelecto de sus oyentes, esto debía ser explicado e ilustrado. Los profesores de Leeds, Sheffield o Hull, ¿comprenden ustedes?, padecen la ambición de ser profesores de Nesfield; y los profesores de Nesfield, la de serlo de Leeds, Sheffield o Hull.

—La ambición —comentó Appleby solemnemente— debiera de ser de un material menos dúctil.

Sir David pareció por un momento tan desconcertado, que demostraba evidentemente que sus interlocutores no solían permitirse con él tales ironías. Luego, tendió una mano afablemente y dio a Appleby una palmada en el hombro para indicarle así que no debía desanimarse, aun en el caso de que hubiera preferido un desatino.

—Es como el redoble de un tambor lejano —dijo—. Muéstrame ansiosos por el traslado, y así abordan tareas que se hallan más allá de su capacidad, como ésta a la que los profesores son muy dados. Se atormentan por la falta, en su cerebro, de ciertos sistemas nerviosos microscópicos que los tornarían más juiciosos de lo que son. ¡Qué insensatez! —Y sir David movió repetidamente de derecha a izquierda la cabeza, lenta y compasivamente, absolutamente convencido de que su propio sistema nervioso era tal y como él lo hubiera deseado—. Así pues, he ahí la primera cosa digna de recordar acerca de los profesores: se atormentan y, como consecuencia, sufren depresiones.

Hobhouse chupó su lápiz, estampó un grueso punto final, y apuntó resueltamente con aquél en dirección a la nariz de sir David.

—Este señor Pluckrose —dijo— ¿...tuvo una depresión?

Esta vez el vicerrector pareció recibir de buen grado la pregunta.

—Ciertamente que Pluckrose experimentó una depresión. De otro modo, fíjese bien, ¿cómo podía haber llegado a esa desintegración?

—¿A des-in-te-grar-se? —dijo Appleby, silabeando involuntariamente la pregunta.

—Primeramente, Pluckrose se deprimió. Luego se desintegró enteramente y cometió el hecho.

—¿Qué cometió? —Hobhouse había bajado el cuaderno de notas y miraba atónito.

—Se mató —concluyó sir David, cerrando la boca y apretándose el mentón.

Era casi como si no quedase a Appleby y su colega otro recurso que tomar los sombreros y retirarse; todo quedaba resuelto y aclarado. Pero a Appleby le restaba todavía una insinuación.

—En tal caso —dijo—, no tiene nada de misterioso.

El efecto de ella fue obligar a sir David a cruzar bruscamente el salón como en busca de algo. Empero, el rayo de sol se hallaba ahora muy arriba e inaccesible; así pues, hubo de contentarse con tomar asiento de nuevo en su escritorio.

—Me confunde usted —explicó pacientemente—. Lo que resultaba misterioso es que escogiera precisamente ese procedimiento.

—¡Ah! —Appleby hizo signos afirmativos de comprensión—. La explicación, señor, no va a ser fácil.

—Y sin embargo, creo tener una idea. —Sir David lanzó una mirada penetrante a los policías, como para captar su habilidad para versar sobre un tema de altura—. ¿Han oído ustedes hablar alguna vez acerca del complejo de Edipo?

—Ciertamente.

—¿Y del complejo de Electra?

—También.

—¿Y del de Sísifo?

Esta vez Appleby negó con la cabeza.

—Creo que no —repuso.

—¡Magnífico! —Sir David quedó encantado—. ¡Muy bien! Realmente, ¿comprende usted?, hasta la fecha no ha existido tal cosa. Acabo de descubrirla yo. Pluckrose sufría del complejo de Sísifo.

Hobhouse refunfuñó. Esto, además de Galileo y la ley de la caída de los cuerpos, ya era demasiado. Olvidó el respeto debido en toda ocasión a las clases elevadas, y se mostró súbitamente agresivo.

—¿Cómo podía Pluckrose sufrir de algo que usted acaba de descubrir? ¡Carece de sentido!

Por un momento desapareció la expresión de amabilidad de las facciones de sir David Evans y predominó, en su lugar, la severidad. Luego sonrió para disculpar, a la vez, la impertinencia y la mala lógica.

—Lo que yo he hecho ha sido individualizar ese estado y darle el nombre. ¿Seguramente sabrán algo de Sísifo?

Appleby decidió que la respuesta podía, igualmente, corresponderle a él.

—Fue Sísifo un rey avaricioso que mereció el castigo del infierno, donde debía empujar un peñasco cuesta arriba, y al llegar a la cima volvía a caer. ¡Exactamente! El peñasco, ¿comprende usted?, superaba el peso de Sísifo. Era una empresa a la que se había lanzado sin poseer suficiente fuerza para llevarla a cabo. Así ocurre con los profesores, que emprenden cosas más allá de sus fuerzas y sufren depresiones. Entonces, conscientes de su impotencia, van desarrollando el complejo de Sísifo. —Era evidente que sir David estaba sumamente satisfecho—. Y esto es lo que ocurrió con Pluckrose con toda seguridad.

Appleby lo miró con asombro.

—¿No pretenderá usted...?

El vicerrector levantó un dedo.

—Cosas a recordar acerca de los mitos —dijo.

Hobhouse guardó el cuaderno en el bolsillo, sin que sir David advirtiera este acto de insubordinación.

—Todo hombre tiene su mito, no lo olviden. Y desde tiempos remotos los mitos se personifican en determinados objetos. —Sir David se detuvo, y discretamente, repitió la difícil frase—: Se personifican en objetos equivalentes de cada una de las posibles situaciones humanas. Tarde o temprano todo hombre instruido descubre su

propio mito. Y Pluckrose averiguó que su mito era el de Sísifo. ¡Nunca llegaría con su piedra a lo alto de la colina! Siempre... ¡zas!, vuelta a empezar. Ya con la obsesión del mito, se produjo la depresión que lo desintegró. En su muerte concretó el mito que lo perseguía. Subió con su peñasco, ¿se dan ustedes cuenta?, y al venirse abajo lo aplastó.

Sir David Evans, al desembarazarse del notable análisis psicológico con gran poder de convicción, casi se derretía en tierna sensibilidad. Indudablemente, no guardaba rencor alguno al finado Pluckrose, como consecuencia de lo perfectamente absurdo de su proceder.

—Pero —afirmó Appleby— Sísifo no fue aplastado. Debió seguir eternamente intentando.

—¡No importa! ¡No importa! ¡Existe la suficiente analogía! Siempre aparece el enorme pedrusco pendiente sobre él, amenazando destrucción. Es decir, en sus pesadillas, ¿comprende usted? Siempre tiene el terrible peso preparado para que caiga y lo aplaste. Y continuamente...

—De modo que... ¿quiere usted decir que él lo *preparó*? —Hobhouse alcanzó tal grado de sorpresa e impresión como para llegar a la interrupción positiva—. ¿Pretende usted que él mismo dispuso el meteorito para que cayera y corrió a *sentarse* debajo?

—Continuamente domina Sísifo en sus ensueños. La gran piedra está siempre presente tanto en sus pesadillas como cuando sueña despierto. Llega a hacerse un hecho muscular que lo oprime. Al andar, lo hace con los hombros hundidos. Cualquier masa, un edificio, un autobús, lo aterroriza. El mito lo asedia. Es su obsesión. —Ya no era sir David el filósofo firme pero benévolo, sino el genuino galés de tipo pasional y poeta. Hallábase efectivamente lanzando en una pieza su mala poesía—. Dominado por la obsesión, un día, paseando por los pantanos... tropieza con el meteorito. ¡Un objeto, ¿comprende?, enviado del cielo! Huye. Mas ha hallado su mito, y regresa una y otra vez contra su voluntad. El objeto se ha convertido en un fetiche. Llega a conocer de memoria hasta el menor de sus detalles. Ahora, en sus ensueños, ya figura una piedra real: aquí un inconfundible reborde dentado, allí un bulto liso semejante a una gran cachiporra. Y al final sobreviene la acción: ¡pretende remover la piedra! La empuja, trata de levantarla, la apalanca. La roca se mueve ligeramente, avanza y vuelve otra vez a su lugar. Ya no hay escape posible. La realidad es que él mismo se ha identificado con Sísifo. Y, entonces, en una noche oscura...

—En una noche tenebrosa, enloquece —interrumpió Appleby cortésmente—. ¿Supongo que lo exigirá así la teoría?

—¡Por supuesto! —afirmó el vicerrector, ligeramente resentido por la interrupción de su efecto dramático—. Es algo que hay que recordar acerca de los profesores. Enloquecen. Y Pluckrose se siente forzado a levantar la piedra... más arriba, más arriba, hasta la torre. Primero es a su coche; luego al montacargas; a

continuación, cada vez más hacia lo alto de la torre. Es preciso que la apalanque hasta el alféizar de la ventana, hasta donde resulte visible desde el patio. Y al día siguiente, estará en su derecho al señalarla con el dedo y gritar: ¡Por fin!

Al llegar aquí, sir David echó atrás su vistosa melena y prorrumpió en carcajadas, tan ruidosas, que hicieron saltar ligeramente a Hobhouse. La entrevista tornábase disparatada y monstruosa, como la lectura de Kafka, Y el último rayo de sol, al desaparecer, ocultaba en la penumbra la tutela de Hume, Locke y Hartley.

—¡Por fin!, exclamará; ¡ved cómo ya Sísifo terminó por levantar la piedra! ¡Jamás nadie la puso tan alta! —Sir David estiraba ahora el cuello en dirección al techo, e involuntariamente, Appleby y Hobhouse se vieron imitando su gesto—. La piedra se encuentra ya peligrosamente apalancada, solamente tendrá que darle un pequeño impulso más... —Sir David simuló con sus brazos forcejear adelante y atrás—. Únicamente un centímetro más, y entonces... ¡zas! —Y los brazos de sir David cayeron dramáticamente a los lados.

Contempláronlo, atónitos.

—¿Pretende usted —Appleby no hallaba palabras adecuadas— que sobrevino un accidente en el momento de preparar su loco efecto de exhibicionismo? ¿Que cayó junto con el meteorito y fue aplastado? ¿Que, después de todo, no se suicidó?

Sir David Evans pareció súbitamente sorprendido, como reconociéndose en una posición inesperada. Mas, inmediatamente, hizo, con fuerte énfasis, signos afirmativos.

—¡Ni qué decir tiene! Trátase de una muerte por accidente. Y en momentos de una de esas depresiones de los profesores. —Tomó aliento y recorrió con la mirada el salón, casi en tinieblas—. ¿Dónde están los periodistas? Hay que comunicarles lo que he descubierto, ¿entienden? ¿Dónde está el jefe de policía? ¡Voy a escribirle inmediatamente! ¡Es preciso que no haya equivocaciones! —Levantó un dedo, un dedo que era ahora conminatorio y amenazador—. ¡Averigüen! ¡Investiguen! ¡Pero no admito equivocaciones!, ¿me comprenden ustedes?; ¡no admito equivocaciones!

—Damocles —sentenció Appleby mientras se alejaban por el corredor.

—¡Hum! —las exclamaciones inarticuladas parecían, por el momento, más a propósito para Hobhouse.

—Si Sísifo, ¿por qué no Damocles? Es verdad que no guarda ninguna relación con piedras ni meteoritos. Mas suspendieron una espada sobre su cabeza, por medio de una crin, y hubo de permanecer tranquilamente bajo ella. ¡A fe mía, cualquiera podría traer a Damocles a colación! ¡Complejo de Damocles!

Hobhouse observó con precaución a sus espaldas como esperando sorprender a sir David Evans siguiéndolos sigilosamente a gatas.

—¿Qué me dice de todo esto? Por lo visto, son los frutos que madura su cerebro; complejos de Sísifo y otros semejantes.

—Estoy seguro de que no es así. He ahí lo extraño. La categoría de catedráticos de filosofía a que pertenece Evans es la de los que consideran a Freud y todo lo

demás como el colmo de la insensatez. Tratábase de una transparente fantasía dedicada a dos policías ignorantes. Admito que, a medida que avanzaba, íbase posesionando del relato. Pero comenzó con el deliberado propósito de mantener una interpretación falsa del problema en conjunto. ¿Por qué?

—Teme el escándalo —Hobhouse movió perspicazmente la cabeza—. Sería preferible que la teoría de un accidente lo encubriera todo, Algo por el estilo de lo que usted juzgaba la intención del duque.

—Pero, es que no lo era.

—Puede ser la de Evans.

—Me maravillaría.

La respuesta de Hobhouse consistió, nuevamente, en otra serie de gruñidos. Apresuráronse por el largo corredor, en un acentuado crepúsculo que se extinguía a medida que avanzaban. Un símbolo, pensó Appleby, del asunto Pluckrose, hasta ahora. El caso hacía cada vez más confuso, sin ganar con ello en realidad. Todos sus elementos eran evasivos. Como el vicerrector había expresado, era, exactamente, misterioso. Y aun el mismo misterio era incorpóreo, apenas penetrante para la mente misma. Exigía un poco más de contemplación y menos charla. Pero la universidad se asemejaba al Templo de la Fama o del Rumor de un poema medieval. Era un Parlamento de Parlanchines, con el benévolo y poderoso sir Evans de presidente... Appleby hizo un alto.

—El cuerpo... ¿lo habrán retirado ya?

—Esperan que se haga de noche.

—Volvamos, entonces.

Pasaban rápidamente estudiantes con jerseys y bufandas; las lámparas eléctricas, débiles, sin pantallas y hostiles, aleteaban y producían una impresión de impaciente despedida. Estaban cerrando; la amabilidad y la luz terminaban por ese día; la investigación se aplazaba hasta la mañana siguiente.

Junto a la consejería, reuníanse mujeres con baldes y escobas; en medio, envuelto en una atmósfera de jabón y polvo, se movía el portero, desabotonado pero autoritario, con un pliego de horarios en la mano. Golpeaban las puertas, y la corriente de estudiantes acrecía: caras sucias, caras ávidas, caras embrutecidas y vencidas ya por la máquina; caras rebosantes de temperamento e inteligencia. Susana, Enrique, Ricardo y Josefina dirigiéndose a casa para tomar el té, para enfrascarse en los libros de texto, o bien para asistir, en familia, a una sección de cine, juntos, cogidos del brazo; Josefina, Ricardo, Enrique, Susana, ignorantes de la sobra de conocimientos del duque de Nesfield, de la conducta peregrina del vicerrector, de los trabajos de Galileo sobre la ley de la caída de los cuerpos. Appleby y Hobhouse pasaron a través de ellos en su camino para buscar el cuerpo caído del que fue Pluckrose. ¡Cuánta juventud y belleza! ¡Qué sabían ellos de muerte! Pasada aquella puerta los esperaba el frío aire de las tardes de abril y el Patio de la Fuente. La abrieron.

Habíase nublado y era casi de noche. La fuente seguía corriendo, invisible; melancólico sonido, minúscula disipación inútil, fútil pérdida de agua. El celo de la policía había improvisado una cubierta de lona impermeable por encima del cuerpo, y Pluckrose semejaba un viajero del desierto vencido a la vista del agua, un explorador ártico pereciendo en un gotear de bloques de hielo.

Trasladando su imaginación hacia el descubrimiento del crimen, Appleby tropezó, se detuvo, prorrumpió en una ligera exclamación y prosiguió. Hobhouse lo seguía, dudando. Llegó del corredor, tras ellos, un último apresuramiento de pasos, un nombre repetido dos veces, un débil grito por respuesta. La torre se remontaba y amenazaba, impresionante en las tinieblas.

—No creo que podamos... —Hobhouse esperó, mientras Appleby encendía una antorcha.

Allí estaban la lona a listas de la silla de tijera y las maderas destrozadas. Un poco más allá el meteorito, hecho a un lado con esfuerzo. Y aquí el cuerpo. Pluckrose triturado, cual un mísero ángel rebelde *huido* de su mansión de luz, cuando el santo huésped, concluida la limpieza de enemigos de las alturas celestiales, habíase retirado a descansar.

Siempre las mismas asociaciones mitológicas... Appleby habló seriamente:

—¿Será posible que él y el meteorito cayeran juntos? Después de todo, no deja de ser una idea.

—Este hombre fue asesinado y nada más. —La voz de Hobhouse, súbitamente agria y en tono de no tolerar bromas, llegó a través de la oscuridad—. Nadie buscaría deliberadamente fin tan disparatado.

—Pero, ¿y de ser cierto lo de la locura? La teoría de Evans ha de ser discutida fríamente. —Appleby hizo una pausa y contempló el cuerpo. Pluckrose, un viejo menudo y canoso de cejas hirsutas, diríase a la vez muy muerto y muy sorprendido. Una jugarreta de los últimos y fútiles presentimientos que se habían precipitado, chocando y confundiéndose, incombustibles, para evaporarse en un caos de nervios y de glándulas. A buen seguro que la propia muerte es el hecho más sorprendente del mundo, aunque generalmente los cadáveres revelan la más completa indiferencia. Appleby arrojó al suelo la antorcha.

—La ley de la gravedad —dijo.

—¡Al diablo con ella! —También el ojo de Hobhouse debía hallarse habituado a aquellos espectáculos; pero el helado amasijo de músculos no dejó de impresionarlo.

—Espere. ¿Qué nos dijo Crunkhorn del experimento de Galileo? Que el proyectil de un kilo y el de diez alcanzaron la base de la torre inclinada, virtualmente, a la vez. Lanzados al vado en este lugar, habrían llegado al suelo al mismo tiempo. Claro que en el caso de Galileo tratábase de cuerpos de idéntico peso específico. Si hubiese lanzado un proyectil de diez kilos, y por ejemplo, un libro abierto de un kilo de peso, el resultado habría sido diferente. ¿Qué ocurriría, pues, con un meteorito y un cuerpo

humano que cayesen desde una considerable altura a través del aire? ¿Acaso el meteorito no llegaría, forzosamente, en primer lugar?

—No, si el cuerpo humano se aferraba a él.

—Por supuesto. Es sólo la resistencia del aire lo que puede proporcionar velocidad distinta a diferentes objetos al caer. Pero, ¿pudo él aferrarse? No, ciertamente, en un trayecto tan largo. Si uno saltase de un aeroplano abrazado a una bomba pronto debería abandonar su compañía, para llegar al suelo unos segundos después, así lo supongo yo.

Hobhouse contempló el cielo negro.

—No es fácil de demostrar para la policía. Ni lo declararán Pluckrose ni el meteorito.

—Es posible, no obstante, abordar a los físicos de la universidad y ver lo que nos dicen. Además, aún queda el recurso de comprobar si ciertamente ocupaba la silla de tijera al caer el objeto. Por más que el patio queda tan aislado...

A la manera de un truco escénico, los inundó la luz. Dardos luminosos, líneas de sombras cubrieron el suelo, tendieron puentes sobre la fuente, y en confusa diversidad se proyectaron sobre el cuerpo y su lona protectora. Volviéronse. Al otro lado del patio, media docena de altas ventanas se habían iluminado con deslumbrante claridad, y a naves de sus mitades superiores se distinguía un sistema de ejes, ruedas y correas que, en aquel momento, empezó a girar con una leve vibración. Así que, después de todo, algo había acontecido en aquella tarde. La vibración creció por momentos; y a través de las partes inferiores de las ventanas, de translúcido vidrio verde marino, movíanse sombras imprecisas.

—Ingeniería —dijo Hobhouse—. Trabajan solamente por la tarde y, nuevamente, durante la noche. Es de suponer que la mayoría de los alumnos desempeñan, a la vez, algún oficio. De todos modos, también ese lado del edificio se halla desocupado durante la mañana. Y aunque alguien se encontrase allí, difícilmente podría ver desde esas ventanas el nivel del suelo.

—Ya lo supongo. —Appleby contemplaba, abstraído, el girar de las ruedas—. ¿No es extraña esta insistencia de la universidad en que nunca sea factible ver desde sus ventanas? La vista se dirige, así, al interior.

—¡Hum! —A Hobhouse no le impresionaba el simbolismo—. Van a venir a retirar el cuerpo. La autopsia, a las diez de la mañana, y el entierro, por la tarde a las dos.

—¿Hay parientes?

—Un primo lejano, nada más. Se guarda en el banco un testamento: y un abogado está escribiendo a cuantos crean poseer algún derecho. Despejado camino el de la ley.

—¿Residencia?

—Se hospedaba en casa de una señorita Dearlove. Aún no la he visto. ¡Qué laberintos son estas muertes y homicidios! Dan mucho más que hacer que cualquier falsificación o asalto.

—Sí. —Appleby miró el cuerpo y convino con ojo profesional—. Un verdadero laberinto.

—Pero el hurto puede ser peor. Y, como siempre digo, los actos casuales son lo peor de todo.

—Estoy de acuerdo.

Hobhouse bajó la voz.

—¿Se le presentó alguna vez el caso de un hombre que tuviese...?

—¡Lo que necesito saber es —la voz de Appleby hízose, de pronto, tajante en la oscuridad—, lo que necesito saber es esto!: ¿Guarda alguien animales por aquí?

CAPÍTULO IV

FUERA DE LA UNIVERSIDAD, LOS tranvías se llenaban al pie de la colina. En estos momentos llevaban gente a las primeras representaciones del *Royal*, el *Kings* y el *Liceum*. A continuación, conducirían público de cine: el *Majestic*, el *Super*, el *Palace*. Y un poco más tarde, nuevos espectadores para las segundas representaciones del *Royal*, el *Kings* y el *Liceum*. Cruzaban los tranvías entre un sonar de campanas, con bamboleante movimiento, más perceptible ahora que semejaban gruesos haces luminosos. Resultaba cómico el entusiasmo con que todos se apretujaban en los incómodos vehículos que en la lejanía, con sus trazos luminosos bamboleantes, oscilantes, parecían trocitos desprendidos de los tubos de neón que resplandecían más allá. Más allá quería decir también allá abajo, para poder ver desde aquí la ciudad que se extendía en una especie de centelleo suave en la oscuridad, y donde podía apreciarse la mancha negra de un parque, y la estación: *con los postes indicadores luminosos frente a ella.*

«Es curioso —pensaba Appleby al separarse de Hobhouse— que de una mente cansada fluya semejante y reciente prosa realista. Es algo más que curioso — meditaba al subir por la escalera del hotel—, es algo más que eso; hasta da que pensar».

Vertió agua helada en una jofaina victoriana e intentó reanudar la lectura de una historia de Hemingway en el pasaje en que la había interrumpido al llegar a los postes indicadores. La inmersión de sus manos en el agua fría despejó sus sentidos por completo; Hemingway perdió todo interés y surgió ante su imaginación Esquilo. Esquilo sí podía resultar de utilidad. Recordó aquello con que había tropezado en la oscuridad del Patio de la Fuente. Lo de Sísifo era estúpido; pero, en cambio, podía encerrarse algo interesante en Esquilo. Cabía que se ocultase algo en Esquilo, si efectivamente aquellas gentes tenían intención de apoyarse en algún velado simbolismo. Dudábalo mucho, sin embargo.

No bien hubo entrado en el comedor y una vez sentada a la mesa, inesperadamente se halló cara a cara con el profesor Hissey, quien en el acto lo reconoció:

—¡Appleby! —exclamó con amable sorpresa—. ¿Qué te trae por aquí? Cuéntame en seguida algo de Williams, Merryweather y Grant. ¿Sigues escribiéndote con Harrison? Yo tuve carta de él hará cosa de un año. Dice que los indígenas se están preocupando —realmente interesados— por Catulo. Lo creo. Merryweather, estoy seguro, es un gran profesor. Harrison, quiero decir. —El profesor Hissey tomó un poco de sopa.

No resultaba nada fácil. Appleby decidió, por fin, comenzar con Grant.

—Grant —dijo.

—Williams, hijo mío —Hissey se inclinó confidencialmente sobre la mesa—. ¿Te acuerdas de Appleby? Me han contado de él una cosa muy rara. Se ha hecho policía.

—Sí, —dijo Appleby—. Me he hecho policía. —Verdaderamente no resultaba nada fácil.

—¿Y te gusta? —El profesor Hissey no revelaba el menor signo de haber advertido el cambio de personas en la conversación—. No recuerdo que hasta el presente ninguno de mis alumnos preferidos se hubiera dedicado a policía. Algunos de los menos aprovechados, sí. —Tomó más sopa—. Es decir, en África. Allí van montados en motocicleta. Cosa muy diferente, por supuesto. Como ves, no hay vino en la mesa. Pero, si te agrada acompañarme después a mi habitación, puedo invitarte con una copa de oporto, mi querido... Appleby. —Y Hissey, sonriendo por primera vez a su antiguo discípulo en inocente triunfo, miró lentamente en torno al comedor, como si le resultara un lugar más bien desconocido. Appleby recordó que Hissey había sido siempre un poco distraído.

—Con mucho gusto aceptaré la copa de oporto. Ignoro si usted sabe que he llegado a Nesfield por causa de todo este negocio, mejor dicho, asunto, del profesor Pluckrose.

Hissey pareció perplejo.

—¿De Pluckrose? —inquirió—. No sabía que Pluckrose tuviera ninguna clase de negocio^[2].

—Me refiero...

—Algunos de los demás, sí que tienen negocios. Lo cual más bien sorprende tratándose de profesores, ¿no te parece? Según dicen, Crunkhorn es dueño de un garaje y lo atiende. Me asombra, lo confieso. Pero respecto a Pluckrose es ya demasiado tarde. Ahora lo recuerdo. Ha muerto.

—De eso se trata precisamente, señor. Pluckrose ha muerto misteriosamente y a mí me han enviado para investigar las circunstancias.

—Eso es. Mas tú *dijiste*, reconócelo, el *negocio*. —Hobhouse reconvenía con suavidad—. Toda precaución es poca con los vagabundos.

—¿Con los vagabundos? —Appleby miró sorprendido a su antiguo maestro.

—Quizá parezcan inocentes y hasta simpáticos; pero, cuando menos se espera, ya están maquinando robarte, dispuestos a la violencia si te resistes. —Hissey hizo un movimiento de cabeza indicando su experiencia de la vida—. Naturalmente que yo nunca negaría a los vagabundos uno o dos chelines si me lo pidieran. Todos afirman que atraviesan una época muy dura, y no sería caritativo negarse. No obstante, para pasear por las afueras llevo siempre conmigo un pesado bastón.

—No está mal pensado. —Appleby vio alejarse la presa—. Y usted cree que Pluckrose...

—¿Pluckrose? —Hissey habló como si se hubiera introducido en la conversación un término completamente nuevo—. ¡Muerto por los vagabundos! ¡Pobre hombre! Supongo que la policía investigará. ¿Sigues comprando todavía la *Revista helénica*?

En el *Royal*, en el *Kings* y el *Liceum* las primeras representaciones hallaríanse en su apogeo. La vida, en efecto, es sumamente complicada. ¡Quién sabe si el proceder más adecuado para navegar en sus problemas no será una absoluta inconsecuencia!

—A veces —repuso Appleby—. ¿Hay muchos que tengan animales en la universidad?

—No —indicó Hissey sin revelar la menor sorpresa—. No creo que sean muchos. —Recapacitó—. El conserje tiene una tortuga.

—Me desconcierta usted profundamente —dijo Appleby.

—Lo siento. En verdad que lo siento. —Hissey contempló benévolamente, al otro lado de la mesa, a aquel extraordinario protector de animales—. Me temo, sin embargo, que habrás de resignarte, porque nadie más tiene...

—Me ha interpretado mal. Lo que me desagrada, precisamente, es que el conserje tenga una tortuga. Juzgaba que pudiera haber alguna relación con Pluckrose... y con Esquilo.

El profesor Hissey, mudo de asombro, dejó caer el cuchillo y el tenedor.

—Pero, mi querido Merryweather, quiero decir Appleby, ni en Nesfield anidan águilas ni Pluckrose era calvo.

Appleby se reconvino a sí mismo. Llevad al buen viejo a su esfera habitual y su cerebro recobrará al instante una admirable lucidez.

—No se trata de eso. En modo alguno vamos a suponer que Pluckrose fuese víctima, como Esquilo, de un águila que dejó caer una tortuga, con el fin de romperla sobre su cráneo calvo, por confundirlo con una piedra. En el presente caso, pensemos en algo mucho más sutil o simbólico.

—¡Válgame Dios! —dijo Hissey.

—Según un oráculo, Esquilo moriría de un golpe llovido del cielo. ¿No es así, profesor? Pluckrose, por desgracia para su interesante teoría de los vagabundos, halló un final, en cierto modo, parecido. Un meteorito gigante lo aplastó. Algo, pues, como un golpe del cielo. Y en el propio patio donde se descubrió el cuerpo tropiezo con esa tortuga. La asociación de ideas surge, entonces, con nítida claridad. Si en tal género de muerte existía alguna intención simbólica, el autor pudo haber desglosado la tortuga de la historia de Esquilo, con el fin de subrayar la idea de un golpe del cielo.

—¡Válgame Dios! —repitió Hissey. Sus facciones expresaron que dudaba ligeramente de la integridad mental de Appleby—. ¡Válgame Dios!

«En el fondo —pensó Appleby—, no le ha impresionado. Sus miras no apuntan en esta dirección. Ni tampoco lo habría hecho yo, probablemente, de no ser por sir David Evans y su Sísifo. ¿Cómo has podido despistarte, Appleby? La muerte de Pluckrose no está envuelta en complejos griegos y latinos, ni en influencias freudianas, como tampoco en la ley de la caída de los cuerpos. Hagámosla girar en los factores habituales: una mujer, chantaje, alcohol, drogas y lo demás. No es muy envidiable que digamos, la función de un policía».

Appleby fijó la mirada en Hissey. Parecía abstraído, como con los ojos fijos en una página de un número invisible de la *Revista helénica*. Con todo, al hablar lo hizo para interrogar muy suavemente.

—¿Tienes alguna pista?

—No sé qué es lo que tengo. Y menos ahora que la tortuga ha desaparecido.

—¿De manera que ha *desaparecido* la tortuga? —El rostro de Hissey reflejó otra vez viva sorpresa.

—Quería decir que se ha descartado la presunción de que la aparición de la tortuga se hallara en relación...

—Te comprendo —cortó Hissey plácidamente. De pronto, pareció desmayarse—. ¡Ay de mí! Me había olvidado por completo de la velada.

—¿De qué velada?

—Es la palabra menos apropiada. —Hissey rompió a reír—. Es la palabra menos indicada, lo confieso. Coloquio, sin duda alguna, sería más exacto. Y no tenemos preparado nada más que café. —Nuevamente estalló en francas carcajadas—. Pero coloquio me resulta un poquito pedante. Apenas si se usa en el inglés actual.

—Desde luego. —Appleby había acabado con un buen trozo de pastel, y se sentía como uno se siente a menudo después de la cena en los hotelitos de provincia—. De ninguna manera puede admitirse coloquio. Es demasiado pedante.

—Evidentemente, tienes razón. —Hissey estaba preocupado. La posibilidad de sustituir velada por coloquio era un asunto que, a no dudarlo, le daba mucho que pensar. Consultó su reloj—. Lo que siento es nuestra copa de oporto, pero he de ocupar la cátedra y tengo que irme. ¿Te agradecería venir conmigo? Estoy seguro de que todo el mundo quedaría encantado de verme entrar en compañía de mis antiguos discípulos.

—Es usted muy amable. —Appleby era precavido—. ¿Asistirá el vicerrector?

—¿Evans? ¡Oh, no! ¡Qué disparate! —Hissey pareció muy extrañado.

—¿Y los profesores Crunkhorn o Church?

—Ni el uno ni el otro, que yo sepa.

—En ese caso iré con mucho gusto. —Appleby pensó que podría serle útil echar una ojeada de conjunto a una sección representativa del mundo universitario de Nesfield. Especialmente si su propia identidad era todavía desconocida para la mayoría.

—Me parece de perlas. —Hissey habíase levantado ágilmente de su silla. Estoy seguro de que te va a agradar. Habrá, cuando menos, una o dos cosas muy interesantes. Prisk llevará un repertorio nuevo de notas sobre los nombres toponímicos de Provenza. El joven Marlow trae un ensayo bibliográfico de análisis de la edición en cuarto, de 1582, del *Mumblechance*. Y Tavender expondrá cierta reciente contribución a la epigrafía.

—Las perspectivas son muy interesantes. Además, espero que usted ha de contribuir con algo.

Hissey se dirigía ya a la puerta. Detúvose y bajando la voz contestó:

—Pues... a decir verdad, encontré casualmente el otro día un pasaje muy interesante del *Teócrito* de Paley...

—¿Del *Teócrito* de Paley? —Appleby estaba sumamente impresionado.

Hissey se había animado de improviso.

—Considero que no está desprovisto de interés, y todavía estoy tentado de no darlo a conocer.

Se hallaban en una especie de incómodo término medio entre un vestíbulo y un amplio portal. Damas de la localidad, palmeras raquílicas, viajeros de comercio y un desvalido fuego en una chimenea compusieron un fondo mientras ellos pasaban. Algo más allá, unos metros hacia lo alto de la colina, pudieron haber visto a Pluckrose transportado en una ambulancia, un coche mortuorio o un furgón. Hissey, envolviéndose en una bufanda, seguía todavía radiante.

—Porque... estoy a punto de publicar un libro.

—¿De veras? No dudo de que todo el mundo lo espera desde hace muchos años. ¿Cuál va a ser el título?

Hissey movió la cabeza; detúvose para encasquetarse un mugriento hongo, y repitió su gesto.

—Encuentro muy difícil decidirme. Mas ha de ser algo muy simple. ¿Qué te parece *Annotatiunculae Criticae*?

—Sería excelente.

Hissey, feliz, indicó el camino en la noche.

El profesor Prisk tenía la cátedra de lenguas romances.

«Pero, ¿por qué —pensaba Appleby— han de tener los profesores *cátedras*^[3]? ¿Por qué no pupitres? ¿O hasta cajas o talegas? Realmente lo que debiera tener Prisk es un saco». Estaba usando ahora una especie de talega invisible. Contenía lo que nuestros antepasados sajones habían llamado su tesoro de palabras. Prisk hurgaba en su invisible talega, sacaba una palabra cualquiera, la manoseaba a conciencia durante unos minutos, la guardaba y extraía otra. Mostrábase tan absolutamente embebido en el contenido del saquito invisible, que Appleby pensó que era, más bien, como una ingeniosa alegoría de la avaricia. Pero, evidentemente, poseer y extasiarse ante aquel tesoro verbal constituía una actividad estimadísima. Todos escuchaban respetuosamente a Prisk; incluso los dos muchachos sentados a espaldas de Appleby, que hubieran sido capaces de burlarse de cualquier otro, ante sus propias barbas. El recinto era subterráneo y el humo de los cigarros asfixiaba, los nombres geográficos de Provenza seguían y seguían, y Appleby maldecía haber venido.

Prisk era un hombre pequeño, robusto y agresivo que vivía en un mundo de palabras. Su cuarto estaba contiguo al de Pluckrose. Y existía un asunto acerca de cierto teléfono...

Desde el corredor de afuera el tintineo de una vajilla prometía que los lugares provenzales no habían de continuar toda la noche. Los jóvenes de atrás cuchicheaban nuevamente. El asiento de Appleby no era cómodo. En una caja, empotrada en la pared de afuera entre los cuartos de Prisk y Pluckrose había un teléfono. Ambos debían compartir su uso a causa de la tacañería de la universidad. Justamente la especie de maliciosa economía que era dado suponer en sir David Evans.

Alguien había interrumpido con una pregunta. Prisk, rápido, se extendió en explicaciones con la *mano* suspendida sobre la talega invisible. Varias personas expresaron acertadas opiniones al discutir una de las palabras de Prisk. Se generalizó una animada controversia. Entonces, Prisk siguió palabra por palabra. El salón entero era un mundo de palabras; por eso resultaba tan difícil para un policía olfatear algo allí. Un día enteramente desafortunado. Toda aquella charla incomprensible del duque de Nesfield... Appleby frunció el ceño con energía, como husmeando una posible ráfaga orientadora en los razonamientos filológicos del laborioso Prisk. ¡El teléfono! Quizá eso era por lo que el duque...

Sacó papel y lápiz. Varias personas más estaban tomando notas. *Soy un policía*, escribió. *¿Cómo distingue Prisk que una llamada telefónica va dirigida a él?* Concluida la nota la pasó a uno de los jóvenes de atrás y volvió toda su atención, en apariencia, a Prisk. A su espalda se produjo una callada sensación. Y le fue devuelto el papel, que decía: *Un timbrado para Pluckrose, dos para Prisk.*

Pudiera existir en ello alguna clave. Appleby guardó la nota en el bolsillo, sabedor de que los nombres de Provenza habían dado fin. Un fin desconcertante, por cuanto careció de toda peroración o culminación efectista. Fue sólo como el cierre de una llave. Media vuelta en dirección contraria, y seguirían saliendo muchos más. Ahora servirían café y a continuación tomaría otro la palabra.

A estas alturas Pluckrose descansaba en su losa de mármol como un pescado sobre el mostrador... Una petaca abierta rodeó el hombro derecho de Appleby y quedó fija en el aire a la altura de su pecho. Pertenecía a uno de los muchachos habladores. A un tiempo ambos jóvenes, haciendo un movimiento de flanqueo, surgieron ante él.

—¿Cigarrillos? —dijo uno.

—¿Café? —ofreció el otro, y desapareció.

En un santiamén Appleby se encontró dentro de un cuarto vacío en la única compañía de dos jóvenes que lo asaltaban con miradas de enorme curiosidad. Era como haber confesado en un corro de niños que uno tiene un tío que ha estado preso o que pertenece al servicio secreto, o que ha visitado el polo Sur.

—Me llamo Marlow —se presentó el primero—. Es la primera vez que encontramos a la autoridad junto al polizone de esta población. ¿Lleva usted la placa detrás de la solapa?

—Marlow no tiene modos —expresó el segundo con acento de indulgente disculpa—. No haremos preguntas y hemos de ser tan mudos como tumbas. Mas le

ofrecemos un modesto consejo. *Cherchez la femme.*

—La mente de Pinnegar —dijo Marlow—, está fija en el sexo y sus imágenes son vulgares. Siga la pista del meteorito.

—La clave es la dueña de una casa de huéspedes. Una dama siniestra apellidada Dearlove.

—Aplíquele tormento a Prisk.

—Detenga al vicerrector.

—¿Ha hablado con el viejo Murn? Póngalo a buen recaudo.

—Averigüe quién colgó el esqueleto dentro del laberinto.

—Drague el río en busca de Lasscock.

—Profundice en el curioso asunto del té de la señora de Tavender.

—¿Y qué ocurrió con la novia de Timoteo Church?

Hubo una pausa. Parecían, no obstante, a punto de recomenzar.

—¡Gracias! —dijo Appleby apresuradamente—. ¡Muchísimas gracias! Se seguirá la pista del meteorito y será descubierta la mujer. Prisk, el vicerrector y la señorita Dearlove serán interrogados; Murn, encerrado si fuera necesario; el problema del esqueleto aclarado, y Lasscock, quien quiera que sea, será hallado. Investigaré la reunión de la señora de Tavender; y, asimismo, la suerte de la novia de Church. —Bajó la taza—. ¿Serían tan amables que me sirvieran algo más de café? Debo conservar despejada la cabeza.

Marlow, de elevada estatura, con una maraña de cabellos castaños, fue por el café. Pinnegar permanecía inmóvil, al parecer impresionado y aun espantado. Del centro de la reunión llegaba un murmullo de conversación, mezclada con gruñidos y siseos a medida que los intelectuales reunidos continuaban compitiendo entre sí sobre los bellos temas de filología. El efecto era, pensaba Appleby, traer a la imaginación de quien lo escuchaba esos parecidos con pájaros y bestias que a menudo sugieren las facciones del hombre. Hallábanse allí los consabidos papagayos, puercos y peces. Eran, después de todo, los tipos habituales. Mas, aquí y allá, descubríase algún ejemplar más *recherché*. Prisk, por ejemplo, con su nariz aplastada en una forma curiosamente emparentada con el monotrema. El gruñido y siseo eran reforzados al presente por silbidos y una especie de rugido sordo como si otra clase de fenómeno fonético ganase la atención de los presentes. La mezcla de ruidos humanos y animales, y las analogías zoológicas que evocaban, otorgaban al conjunto la apariencia de una vasta metamorfosis interrumpida, un espectáculo de magia que hubiese sufrido un tropiezo en mitad de su desarrollo... Pero todo esto eran inútiles reflexiones. ¿Podía decirse otra cosa de la cháchara de estos jóvenes, tan agudos en apariencia? ¿Era para tomarlos lo suficientemente en serio, por ejemplo, para indagar realmente en el curioso asunto del té de la señora de Tavender?

—A propósito del teléfono —Marlow acababa de regresar con café y un plato de bizcochos—, ¿cree usted que, realmente, se intentó que fuera Prisk?

—¡Sí, por Júpiter! —repuso Pinnegar—. Cita con la Muerte, o algo por el estilo.

No eran tontos. Naturalmente que no. Todo el mundo aquí poseía, presumiblemente, una inteligencia superior al término medio; eso era, quizá, lo que imprimía su irritante oblicuidad al conjunto del problema. Parecían aproximarse a las cosas de costado. Si el cangrejo tiene voz, habría que añadirla a los siseos y gruñidos... Appleby consultó consigo mismo. Entre los oblicuos por naturaleza, un poco de derechura podría resultar lo más eficaz.

—¡Evidentemente! —dijo—. Alguien tenía la intención de celebrar una pequeña entrevista con Prisk sentado en aquellas sillas de tijera. Y debido al teléfono, la invitación pudo ir a manos de Pluckrose, en su lugar. No se comprende bien cómo. No obstante, es muy posible. No lo duden. Como en el caso de la novia de Timoteo Church.

Los dos jóvenes estaban intrigados. Mostrábanse, asimismo, sinceramente violentos.

—Quizá —consideró Pinnegar— no debíamos haber mencionado... —Fue interrumpido, al surgir del espacioso fondo zoológico un dominante y único griterío. Al principio, fue meramente como otro pertinaz experimento de fonética y ahora se revelaba como una risa ahogada. Un hombre viejo se aproximaba sonriendo socarronamente y frotándose las manos. Pinnegar acogió su llegada con renovado buen humor.

—¡Tavender! —llamó— he aquí a *Monsieur Dupont*, de la *Sûreté*. —Señaló a Appleby—. Tiene su *dossier* en el bolsillo. Se halla particularmente interesado en su habilidad de epigrafista.

Tavender —su mujer era, probablemente, quien organizó la curiosa reunión del té— se inclinó, hizo oír su peculiar risita, y miró al techo, como esperando que le proporcionara palabras adecuadas. Al no ocurrir así, se limitó a sonreír de nuevo, en apariencia con mucho más regocijo que turbación.

—¡La epigrafía! —gritó Marlow—. ¡Ésa es la clave! Tavender o Hissey leerán las pruebas en el meteorito. Son capaces de descifrar inscripciones de hace miles de años. Permítanles probar ahora su habilidad en algo tan fresco como la pintura.

—Como la sangre —rectificó Pinnegar—. Porque ¿qué es lo que hay grabado en el meteorito? Presumiblemente, partículas de Pluckrose. Partes, trozos, porciones, fragmentos. ¿O sería mejor decir pétalos, marchitada la rosa por la muerte?

—Pétalos de rosa —dijo Marlow—, cuando la rosa ha muerto...

Tavender rió de nuevo, de mejor humor aun que antes. Se trataba, opinó Appleby provisionalmente, de un viejo desagradable, y Marlow y Pinnegar de jóvenes desagradables. Al menos, tal impresión crearían sus palabras, de ser repetidas ante un tribunal. Posiblemente fueran pequeños espíritus impresionables y levemente histéricos. No es muy agradable en los jóvenes, pero tampoco constituye un crimen. Quizá poseyeran un exceso de imaginación y una epidermis demasiado fina, y les repugnaría el asunto de Pluckrose... Appleby que, en efecto, ocultaba un *dossier* siempre creciente en su bolsillo, observó nuevamente a Tavender. Tavender sí gustaba

del caso de Pluckrose. Se solazaría a costa de cuanto ofreciera posibilidades de crear desagrado, malicia y dureza de alma. Para Tavender, tales eran las cosas que hacen marchar el mundo.

«¡Pobre Hissey! —pensó Appleby—. ¡Venir a Nesfield para encontrar semejante auxiliar!».

Mas, por supuesto, todo esto podía estar descaminado. En cuestiones de esa índole, hasta los detectives jóvenes más inteligentes pueden errar.

—*Monsieur Dupont* —dijo Pinnegar— ha averiguado que era a Prisk a quien se pretendía asesinar. La llamada telefónica, sin embargo, se equivocó de destinatario; Pluckrose fue inducido a error y el meteorito se precipitó sobre él con violencia enorme. Trátase ahora de seguir el rastro del proyectil. *Monsieur Dupont* solicitará mañana la colaboración del público por radiotelefonía.

Tavender, puesto que el tono de estas frases era intencionadamente jocoso, dejó inmediatamente de reír y trató de adoptar un aire serio y apesadumbrado.

—No deja de ser una posibilidad —dijo—. El asesino pide comunicación con Prisk y el operador procede a dar dos timbrazos. Pero Pluckrose se halla junto al aparato (quizá a punto de hacer, a su vez, otra llamada); lo descuelga tan pronto como suena y dice: «Hable». Como no hay mucho de característico en un «hable», el asesino cree dirigirse a Prisk. «Salga al patio, vamos a charlar un poco, dice, hace un sol espléndido». «¡Estupendo!», contesta Pluckrose y desconecta. Pluckrose sale y el asesino sube. Pluckrose, al no hallar a nadie, se sienta y espera. El asesino atisba desde la torre; su hombre parece estar allí, y suelta lo que estaba preparado para dejar caer. La teoría es posible y tiene su atractivo.

—¿Su atractivo? —dijo Appleby. Instantáneamente se sintió casi afectuosamente dispuesto hacia Tavender. El hombre hablaba claro, consecuentemente y sin rodeos; lo que, en aquel ambiente tan especial, resultaba tan meritorio como una buena acción en medio de un mundo pervertido.

—¿Su atractivo? —repitió el policía. Mi nombre es Appleby, para servirle. Soy, efectivamente, policía.

Tavender se inclinó, frotándose las manos.

—Quiere decirse —afirmó— que Prisk sigue en la lista. Si a la primera vez no acierta usted, tire, tire de nuevo.

Marlow rió. Pinnegar mantuvo un gesto agrio; si los otros no iban a celebrar sus ocurrencias, él ignoraría las de los demás.

Appleby dirigió una mirada, a través del salón, al profesor de lenguas romances. ¿Hallaríase Prisk realmente amenazado? ¿Lo atarían dentro de su propia talega invisible y lo arrojarían a la fuente? Quizás unos cuantos nombres geográficos provenzales burbujearan hasta la superficie, y ése sería el fin. Appleby frunció el ceño. Los hábitos mentales a que inducía aquel círculo intelectual eran extremadamente frívolos.

—¿No pretenderá —se dirigió a Tavender gravemente— que todo esto es probable?

—Por supuesto que no lo es. Si el asesinato fuese una contingencia probable entre nosotros, eso sería, simplemente, alarmante. Todo esto resulta desatinadamente improbable. ¿Quién hubiera imaginado jamás que nos veríamos en situación de murmurar tachándonos unos a otros de posibles asesinos? —Tavender se frotó las manos con una especie de serena deleitación—. Sin embargo, el hecho se ha producido. Es todo un asesinato, y no nos salpican probabilidades sino realidades. Se aprecia a la legua qué la teoría del teléfono es improbable, mas su posibilidad reposa sobre cierto número de factores que ustedes habrán de investigar. Por ejemplo, la posible confusión en la llamada.

—¡Ah! —dijo Appleby.

—Un timbrazo para uno; dos para el otro. Con frecuencia deben de haber existido confusiones; a decir verdad, todo el mundo es sabedor de que el uso en común del teléfono determinó rozamientos entre ellos. Es de sospechar que tantas veces como cualquiera de ellos descolgase el receptor acudiría inconscientemente a su mente la idea de una probable confusión. Esto aboga en contra de nuestra teoría. Con todo, permanecen abiertas otras posibilidades interesantes.

—Así es —afirmó Appleby, mientras se preguntaba qué otras posibilidades podían ser. Casi se sentía inclinado a creer que, pues Tavender afirmaba la existencia, así debía ser. El personaje era de maneras poco atractivos, pero poseía clarividencia. Appleby observó a Marlow y Pinnegar. Parecían un tanto descontentos, como si el tema de Pluckrose hubiera perdido el interés.

—Por ejemplo —prosiguió Tavender—, hay el antecedente del esqueleto hallado en el interior del laberinto. Uno ve cierta correlación con ello.

—¡Hum! —profirió Appleby. El esqueleto colgado en el laberinto había sido parte del puñado de sugerencias entre las que se encontraba la reunión de la señora Tavender. Diríase una de tantas bromas del género de las que tanto irritaban al profesor Crunkhorn. Pero, aparte de este dato, Appleby ignoraba todo otro detalle. Por ello su ¡hum!, fue todo lo burlón posible, y acompañado de una sonrisa escéptica dirigida a Tavender.

Pero Tavender, fustigador por vocación de la juventud impetuosa, no se iba a achicar.

—¿No cree? —dijo.

—Trato de creer. —Appleby sonrió amablemente—. Y cuanto usted expone es de positivo interés.

—¿De veras? —Tavender se frotó las manos y arrugó la frente sorprendido—. Me temo que no comparto su opinión. Tengo el presentimiento de que mis apreciaciones han carecido de todo interés con relación a la esencia del problema. Naturalmente, usted se encuentra en posición más favorable para juzgar. —Tavender rió y Pinnegar y Marlow recuperaron su buen humor.

—Tavender opina —dijo Marlow— que el esqueleto colgado en el laberinto no es el esqueleto del armario.

—No se para en pelillos por eso^[4] —dijo Pinnegar.

Tavender contuvo la risa y nuevamente contempló a Pinnegar con gesto triste. Y otra vez Pinnegar pareció resentido. Es deprimente, consideró Appleby. Hasta un asesinato en Houndsditch o Soho sería asunto menos enojoso... Pero en este momento se produjo un fuerte ruido de pisadas y correr de sillas en el recinto principal del salón. Los intelectuales retornaban a su tranquila diversión.

Los jóvenes, sin embargo, parecían reacios a volver a sus puestos. Marlow había sacado un rollo de papeles que, presumiblemente, contenía su ensayo sobre el volumen en cuarto, de 1582, de Mumblechance, y daba con él golpecitos en la espalda a Tavender.

—El meteorito —dijo—. Las pruebas contenidas en la piedra. Resuelva este complicado acertijo.

—Pues bien, es creencia generalizada que el meteorito ha de poseer algún significado simbólico. —Y Tavender miró esperanzadamente a Appleby, como aguardando una señal de aprobación.

—De haber sido yo —afirmó Pinnegar— habría empleado la sentina.

—¿Una sentina? —inquirió Marlow.

—Se dice que allá en la torre había, entre otros objetos, una sentina de hierro. ¡Eso habría sido verdadero simbolismo! ¡Un vertedero de iniquidad! ¿Cuál era, en efecto, el mejor símbolo del fallecido profesor? La grasa que en el fondo almacena la sentina. —Y Pinnegar rió severamente, sin cuidarse esta vez de si los demás le acompañaban o no—. ¡Y aun pienso que otro objeto muy semejante hubiera resultado todavía mejor!

No existía, para Appleby, ningún significado especial en tales expresiones. Los agrios comentarios de Pinnegar no reflejaban una animosidad personal en contra del infortunado Pluckrose. Era tan sólo un joven que cultivaba estas actitudes a causa de su singular constitución emotiva. No guardaban, seguramente una relación directa con el caso. O, al menos, así lo parecía; porque siempre cabía la desagradable posibilidad de estar equivocado. Un espíritu sagaz podía disimular una animosidad precisa y resuelta tras semejante postura de severidad... Y Appleby, venteando profesionalmente una artimaña, miró, abstraído, de Pinnegar a Tavender.

Tavender se dirigía hacia la entrada. Pero se detuvo.

—¿Es admisible que un meteorito arrastre algún simbolismo en sí mismo? —interrogó—. Realmente, me parece que no. Algunas imaginaciones calenturientas — señaló con la mano alrededor— podrán, acaso, forjarse tal idea. ¿Qué es, en cambio, lo que un meteorito *arrastra* para todo el mundo? No simbolismo, ¿sino...? —Contemplaba irónicamente a Appleby, como observaría a un alumno distinguido a quien hubiese dirigido una pregunta capaz de sorprenderlo—. Simbolismo, no —repitió—. ¿Sino...?

—¡Asociaciones!

—¡Bueno; bueno! —Tavender dejó escapar una risita, inclinose y prosiguió su camino—. ¡Bueno, bueno, bueno! —seguía diciendo. Y su voz se fue debilitando, en la misma forma que había llegado: entre los murmullos zoológicos de la reunión de los filólogos.

El mortecino fuego estaba más apagado y el sueño, suave embalsamador de la noche quieta, se había apoderado de las damas provincianas y de los viajeros de comercio. Appleby agradeció a Hissey la interesante velada que le había proporcionado y se encerró en su cuarto. Ahora lo necesario era reunir las impresiones del día y eslabonaras, de manera que Hobhouse se encontrara con una gran sorpresa a la mañana siguiente. O quizá aislarlas... Appleby apagó la luz y se acostó.

Comenzaría con el duque de Nesfield. Appleby fijó su mirada en el techo, por el que se movían las luces de los tranvías que conducían hacia casa a los espectadores de las segundas representaciones del *Royal*, el *Kings* y el *Liceum*.

Y de paso, supongo que se trata... ¡ah!... de Pluckrose. ¿Qué es lo que hacía a un hombre preguntar eso? Pensaba que existía alguien tan expuesto al asesinato, que se resistía a creer que no fuera precisamente esa persona la víctima. Y con un objeto tan mortífero como el meteorito podía haber lugar para una decepción o error. Bien podía ser ésta una razón capaz de inclinar al duque a formular su pregunta. Quizá el meteorito estaba dedicado a Prisk, y el teléfono fue la causa de la confusión. Mas, ¿por qué habría derivado el duque hacia tal suposición? Nada de sumar indicios en esto.

En algún punto, al fondo de la calle, las vías debían torcer. Los fascinantes y suaves rayos describían un arco en el techo y se precipitaban luego pared abajo. Parábolas. Balística... era el turno de Crunkhorn. Mas, como Church había hecho notar, una masa desprendida de una ventana difícilmente constituía un proyectil; lo hubiera sido, por el contrario, un meteorito que cayese del espacio. O una estrella fugaz. Pero un objeto que cae, no pasa de ser eso: un objeto que cae... El sueño lo vencía. Los rayos oblicuos, el zumbido de los tranvías que aumentaba lentamente para decaer a continuación, eran de un efecto hipnótico... y explicaban sin duda aquel repentino e ilusorio sentimiento de autoiluminación. Concentró todo su interés en el techo y trató de analizar una certeza que, por un instante, había vislumbrado y que se esfumaba. No era posible. Todas aquellas secuelas del caso —Galileo y demás— constituían sólo un exceso de ropaje intelectual y no cualquiera de las raíces fundamentales del problema. La droga puede hacernos creer que *sabemos*, pero no se trata más que de una ilusión. Lo mismo ocurre en el sueño.

Appleby se sentó en la cama y rodeó con sus brazos las rodillas por debajo de la ropa. No se necesita estar soñoliento. Hay que remover el asunto.

Fue una lástima lo de la tortuga; el animal había desaparecido con incongruente rapidez. Al menos, no volvería a aparecer. Resultaba consoladora hasta esa mínima eliminación. Galileo, Esquilo, Sísifo... todo desechado. Inútiles, asimismo, probablemente, Crunkhorn y Church; su charla había sido extraña, pero no requería aclaración.

Con sir David Evans ya era diferente. Había pretendido, al parecer, desfigurar las cosas a sabiendas. Quizá se trataba tan sólo de su instinto especial de filósofo. Lo dudaba. *Existía casi la certeza de que sir David Evans era parte del caso.*

Nada como un poco de bastardilla, reflexionó Appleby, para fortalecer las convicciones débiles. Adelante con el examen. *Había algo de falso en la actitud de Hissey.*

Eso fue una torpeza. Appleby se extendió nuevamente y miró... Era un pequeño claro de luz borrosa en uno de los ángulos del techo. Cerró los ojos y aun permanecía allí: una mancha púrpura en la retina. Al concentrar en ella la atención se encogía, pero rehusaba extinguirse totalmente. Representaba algo falso en la actitud de Hissey. Sorprendente. No obstante... allí seguía. Aquella afirmación acerca de los vagabundos: *Nunca se puede ser demasiado atento con los vagabundos.* Pasaba de la raya.

Appleby se durmió al fin. Ocho horas de un tirón; despertó avanzada la mañana. El techo era un manantial de luz. Recordó y habló para sí mismo.

—¡Bueno, bueno! —dijo—. Bueno, bueno, bueno.

Y se lanzó a tomar notas.

CAPÍTULO V

ERA EL DÍA DE LA MUJER. Tu primera jornada, le habían enseñado a Appleby, empléala en familiarizarte con el conjunto del caso. Y dedica la segunda a escudriñar a fondo entre las mujeres. Es probable que la mañana del tercer día te sorprenda en el tren de regreso a Londres... Era un tanto teórico; y, en casos especiales, sin ninguna aplicación. Mas, en general, era un proceder cuerdo; sobre todo por haber sido recomendado por el joven Pinnegar la noche precedente. *Cherchez la femme*.

Hisey no había aparecido todavía a la hora en que Appleby terminó el desayuno. Quizá la había emprendido con el *Teócrito* de Paley mientras se afeitaba y, entregado a él, se había olvidado de todo. Pero era preciso recordar que también en el mundo de Hisey existían mujeres, como en el de cualquier otro. No eran demasiado aparentes —pesan sobre el mundo docente los vestigios de una tradición de celibato— mas no por ello menos influyentes...

Levantose Appleby y salió al vestíbulo. El hotel tenía un pequeño vestíbulo con sillas de mimbre, y sobre una de éstas se había ido a posar un insinuante manchón de sol. Appleby se llegó hasta ella y la ocupó. Los ingleses, como afirmaba el doctor Johnson, se ven con más frecuencia obligados a solicitar el sol que a rechazarlo. Quizás les sucede lo mismo con sus mujeres... para recuperarlas. Al menos, tal parece ser el punto de vista continental. Un inglés ha de disipar mucha energía si desea conquistar a la mujer y conservarla. En tierras más felices, por el contrario, cuando el hombre se propone ver algo realizado, una política de juiciosa exclusión debe de ser la regla. Pero eran inútiles reflexiones. Allí, elevándose sobre los tejados de pizarra de la opuesta hilera de villas, hacía acto de presencia la deforme, pero bien descollante torre. Las ventanas de aquellas torrecillas en forma de garitas eran desproporcionadamente grandes; el meteorito podría haber atravesado una de ellas fácilmente.

Detúvose un tranvía en la esquina y vomitó un primer grupo de estudiantes: jóvenes de ambos sexos con y sin sombrero, provistos de carteras, bastones de *hockey* y manojos de libros atados con correas. Otros más descendieron de un tranvía que llegaba en dirección opuesta y, en un instante, la calle rebosó de estudiantes. Avanzaban en todas las combinaciones posibles. Un varón y una muchacha, dos muchachas, tres de éstas, tres muchachas y un varón, dos muchachos, un varón solo, una muchacha y tres varones.

Appleby, recordando que era el Día de la Mujer, estudió atentamente a las jóvenes. Veíase claramente que sus características iban desde la extraordinariamente inhibida a la levemente ninfomaniaca. Es preciso echar mano de todo para edificar un mundo, para mantener un mundo en movimiento... En ese momento había descendido del último tranvía un viejo venerable de barba blanca y bufanda púrpura.

Tras él llegaba otro grupo de muchachas. Acortó el paso y se le adelantaron, sin prestarle atención. Le agradaba mantenerse detrás, placíale contemplar a su antojo una redondez de seda en vivo movimiento y unas piernas con buenas medias. Un viejo de lo más apacible y de aspecto académico; probablemente uno de los profesores. ¿Por qué andaría por las calles con bufanda púrpura? Ceñido de púrpura. Quizá el tapabocas se filtraba a través de una manía de grandezas reprimida; acaso un día se volvería loco (cosas a recordar sobre los profesores: sufren depresiones), y, rasurándose, asegurara ser Napoleón.

Appleby agitó su cabeza y rebuscó en el bolsillo un cuaderno de notas. *Una muchacha*. Eso sí venía a cuento. ¿Qué le sucedió a la novia de Timoteo Church? No, no parecía que la joven fuera digna de una gran atención. Sería necio husmear en torno de la novia de Timoteo Church con tan pobre fundamento como aquella indicación casual del joven Pinnegar. *La dueña de la casa*: muchísimo mejor. *Una dama siniestra apellidada Dearlove*. Appleby fue por el sombrero.

La mañana de abril era tibia. Hallábase el sol alto y había cambiado del rojo a un matiz áureo, como si intentara permanecer así; salpicaba con reflejos de agua los tejados, de cristal de la larga marquesina de la estación férrea; corría a lo largo del canal; enlazaba en un nudo corredizo de luz la tiznada torre de la catedral de Nesfield; y, delicadamente, exploraba las opulentas curvas de los gasómetros municipales. En el fondo de la colina se iba levantando una tenue niebla; la ciudad descubría su velo; era posible percibir que todo lo humano de Nesfield respiraba con fruición la primavera.

Appleby saltó a lo alto de un autobús. Por dos peniques fue paseado por algo entre parque público y privado. Veíanse oscuras pistas grises de tenis y un esbozo de campo de golf. Los vestuarios masculinos y femeninos eran de un ladrillo amarillo barnizado. Había un quiosco de hierro para la música y, dispuestos alrededor, asientos de hierro, con apariencia de hallarse contruidos de madera rústicamente desbastada. Todo aislado entre largas y retorcidas filas de casas, situadas escalonadamente; en efecto, los suburbios altos de la ciudad habíanse contruido de acuerdo al principio de la disposición en zigzag, a fin de reducir la pendiente, a lo largo del sistema de vallecitos que bajaban hasta el casco urbano.

Appleby invirtió un penique en la observación de aquella mezcla de lo vulgar con lo pintoresco; empleó otro penique en ojeadas ocasionales a distantes cañadas; y saltó a tierra, al punto que el autobús alcanzaba el final del recorrido. En torno suyo, ofrecíase ahora la deplorable confusión de una barriada de casas baratas en las primeras etapas de su desenvolvimiento. Cruzó a través de ella durante diez minutos y halase en campo abierto. El crimen, creía Sherlock Holmes, reviste un ropaje muchísimo más terrorífico en las áreas rurales que en el interior de la ciudad. Mas, aquellas vacas, inmóviles en el suave jadear de su aliento vahoso, al otro lado cía una cerca, constituían todo un paisaje de inocencia árcade. Pero ¿existían vacas en la Arcadia, o solamente ovejas y cabras?

Atravesó Appleby puertas macizas, mas ya casi a medio derruir, y se abrió ante él una avenida de olmos. La señorita Dearlove era propietaria de lo que, ambiciosamente, pudiera titularse casa solariega.

La señorita Dearlove poseía también gatos. Una gran cantidad de ellos acompañaban a Appleby en silencio. Constantemente, a medida que avanzaba avenida adelante, se oía un alboroto detrás de él y la fuerza felina aumentaba. Era como si un movimiento de flanqueo fuera dirigido, con gran habilidad táctica, desde el puesto de mando de la casa. Trinó un mirlo. Appleby dobló un recodo y surgieron nuevos gatos al frente, una línea completa adelantándose en orden abierto, por la avenida abajo. Otra vez trinó el mirlo. Y los gatos, del frente, dividiéndose en una doble desbandada a derecha e izquierda, esfumáronse en la maleza. Por último, ya se divisaba la mansión, algo más adelante en línea recta: era grande, grisácea, cuadrada. Si los gatos intentaban cerrarse y atacar, habrían de dejarlo para luego. Resultaba posible distinguir los descascarillados fragmentos de pintura de la puerta principal. Todo reflejaba un estado considerable de abandono. Lugar apacible, quieto, no obstante; y sin ninguna duda, grato a un profesor malparado por la baraúnda de la universidad.

Mas, ahora llegaba de enfrente un murmullo de sonidos confusos. Adormiladas palomas mantenían un estúpido arrullo monótono entre el sinfín de chirridos y gorjeos de una multitud de aves menores, como un enjambre de niñeras canturreando desesperadamente en un vasto dormitorio viviente de niños imbéciles. Sonaba un rumor de agua semejante al que produciría una pequeña cascada. Fuera de la casa comenzó a bramar un toro. Y de pronto, como si todo esto no fuera más que un prelude estallaron un poco más allá primero uno, y luego otro chillido escalofriante. Appleby se vio obligado a detenerse. El grito se elevó por tercera vez, hasta convertirse en un alarido, y se extinguió en un murmullo indescriptible. Appleby hizo una mueca. Hasta los mejor adiestrados gatos de guerrilla tenían sus momentos de silencio. Prosiguió su camino percibiendo el rumor de un motor de aceite pesado que repetía su latido en un cobertizo, a la derecha.

El edificio era de estilo georgiano primitivo y profundizaba en el terreno. La costosa disposición estaba ideada, aparentemente, con el propósito exclusivo de mantener a la servidumbre en una simbólica sujeción.

Appleby subió por una escalera y se encontró en lo alto de un basamento provisto de ventanas fuertemente enrejadas; del fondo troglodítico elevábase una trapisonda de cuchillos, temerariamente manejados al por mayor. Tiró del llamador de una campana, y el resultado, sorprendente en sí mismo, se vio acrecentado por el inmediato ladrido de un perro en algún remoto y resonante rincón de la casa. Estos efectos casi ahogaban al menos enérgico, pero curiosamente desagradable olfateo y baboseo que se oía al otro lado de la puerta. Abriose ésta y apareció una criada anciana; la sirvienta resopló y recibió, en respuesta, el olfateo y baboseo de dos perritos de aguas que daban vueltas alrededor de la mujer.

Appleby fue introducido en un oscuro salón, alumbrado desde muy arriba por una claraboya de cristal púrpura. Un viejo reloj, de los provistos del llamado carillón de Westminster, inició carraspeando, el anuncio de que eran los tres cuartos para las once. Los perros, jadeando y resoplando pavorosamente, arrastráronse hacia los molestos gatos. Una máquina aspiradora rugió en un corredor inmediato; hacía tanto ruido, comparó Appleby casi desesperadamente, como aquella que solía llegar una vez por año, en un furgón, para efectuar la limpieza de primavera, en el atardecer de un solo día...

La criada, después de tomar aliento, anunció que la señorita Dearlove bajaría al momento. Appleby se sentó y sujetó su cabeza entre las manos. Todavía podía escuchar los palomos, el toro y el motor. Y aún le restaban dudas de si no estaba alguien sacrificando un puerco. Mas, quizá esto último representaba sólo un alucinador suma y sigue de la reunión filológica de la noche precedente.

¡Pobre viejo Pluckrose! Este arcángel caído y destrozado había conocido, ciertamente, lo que son las penas de un pandemónium... Appleby levantó la vista y se dio cuenta, no sin cierta alarma, de que un gran fragmento de claraboya se había desprendido y se cernía sobre él de manera lenta pero resuelta. «Balística», pensó al tiempo que percibía que solamente se trataba de una mujer voluminosa, enfundada en púrpura, descendiendo por una escalera sombría.

La señorita Dearlove avanzó, llevando en la mano su tarjeta.

—¿El comandante Appleby? —interrogó. Su voz era a la vez penetrante y modulada en un tono profesionalmente jovial—. ¿Un amigo del estimado almirante, a no dudar? Creo que será posible recibirlo. *Espero* que lo sea. —Y, en la penumbra, la señorita Dearlove sonrió amablemente.

—Inspector Appleby —corrigió el policía.

La señorita Dearlove volvió a leer la tarjeta.

—Aunque, ahora que recuerdo... —Examinó a Appleby, en severa inspección—. Temo que en estos momentos...

—Vengo por causa del fallecido profesor Pluckrose.

—¡Ah! —La señorita Dearlove buscó en sus faldas y sacó un objeto que Appleby imaginó podría ser una bolsita—. Mi ama de llaves me informa que... —Rebuscó un cuaderno de notas y lo abrió—. Treinta y ocho libras, once chelines y cuatro peniques.

—¿Cómo dice?

—Treinta y ocho libras, once chelines. —La señorita Dearlove hizo una pausa—. Y cuatro peniques —agregó rápidamente.

—¿Se refiere a que el profesor Pluckrose le debía...?

—El profesor adeudaba al *establecimiento* esa suma. *Son cuestiones* éstas en la que era, a veces, ligeramente *distraído*.

—Comprendo.

El reloj había comenzado de nuevo y, ahora, operaba a la vez un cuco, mientras en un rincón los perros de aguas se habían enzarzado en una pelea senil, y tal conducta desordenada estaba extendiéndose a gran número de gatos. Las palomas, la aspiradora, el toro, el motor y la cascada eran incansables; el perro, intermitente, pero muy efectivo; el desbarajuste de los cuchillos resonaba un poco amortiguado.

—El pobre sir Archibaldo —explicó la señorita Dearlove— era también algo parecido. Claro que se trataba de un hombre muy anciano... contemporáneo de mi padre, el difunto sir Horacio Dearlove.

—¡Ah! —dijo Appleby respetuosamente.

—K. C. M. G.^[5]

—Mi padre, el fallecido sir Horacio Dearlove, K. C. M. G. Mas no ocurría lo mismo con el estimado general. En estos pequeños detalles, como en otros de mayor importancia, era el más puntilloso de los hombres. —La señorita Dearlove volvió con su mirada al librito de apuntes—. Treinta y ocho libras, once chelines y cuatro peniques.

—Muy bien. Es una deuda que, seguramente, los ejecutores habrán de saldar. Creo del caso aclarar que yo pertenezco a la policía y tengo entendido que el señor Pluckrose había estado...

—Hospedado —aclaró la señorita Dearlove.

—... había estado hospedado en su casa cierto número de años.

—Unos catorce o quince. Tratábase de una persona de hábitos retraídos y gustaba de la tranquilidad del lugar. Somos una familia muy pacífica, aunque temo que existe esta mañana un *ligero* alboroto.

—¿Alboroto?

—Perdone usted. —La señorita Dearlove aproximó su oído izquierdo a Appleby.

—¿Alboroto? —Appleby elevó la voz hasta el nivel de un alarido moderado.

—El afinador de pianos.

—¿Cómo dice?

—El afinador. —La señorita Dearlove, alzando a su vez la voz, gritó tan alto que su rostro, momentáneamente, adquirió el color de su vestido—. Mas creo que en seguida nos va a dejar tranquilos. Ahora puede usted oírle tocar, ajustadamente, una pieza.

Appleby aguzó el oído cuanto le fue posible, pero en vano. El único sonido nuevo capaz de ser oído era un crujido sonoro y periódico... muy intrigante al principio, hasta que se caía en la cuenta de que, en algún lugar al alcance de la mano, un molino de agua se había puesto en movimiento.

—¿Se hallaría usted, naturalmente, familiarizada —interrogó Appleby (tan ruidosamente como si se dirigiera a un viejo magistrado metropolitano en pleno juicio)— con los hábitos del muerto?

—Ciertamente.

—Y quizá usted pueda sugerirme...

—Aunque, es evidente, había aspectos de su personalidad que eran desconocidos para mí.

—Me hago cargo —admitió Appleby.

—El señor Pluckrose era soltero.

—Así es.

—Un *solterón*. —En este punto la señorita Dearlove, sonriendo picarescamente, trató de deslizar una casi ilimitada intención aviesa—. Había asuntos en que yo *no* trataba de inquirir.

La rueda acuática operaba ahora con mayor suavidad y causaba menos ruido. Pero el conjunto del edificio vibraba y sobre la repisa de la chimenea un trabajado aparato de cristal veneciano había comenzado a tintinear.

—Un solterón —convino Appleby sinceramente—. De la misma categoría moral a la que pertenecían una ya más que madura señorita Dearlove y su padre, el desaparecido sir Horacio. Conciencias como vertederos. ¡Qué infinitamente sano era el toro que bramaba! Por supuesto —prosiguió Appleby—, existirían reticencias.

—Precisamente. —La señorita Dearlove bajó su amplia falda púrpura dos o tres centímetros más abajo del tobillo—. ¡Qué alterada ha de hallarse la universidad! ¡Qué turbado, *sobre todo*, el estimado sir David Evans!

—¡Allí! —exclamó Appleby—. Regentando una pensión elegante, esta señorita Dearlove desperdiciaba vergonzosamente sus aptitudes. Como un criminalista, más bien de baja estofa, una fortuna aguardaba a su extraordinario poder de sugestividad. Uno de los perros se restregaba en el pantalón de Appleby. Disimulado, pero nada suave, recibió un golpe. La bulla general, como Appleby había calculado, ahogó el ladrido indignado del can.

—Sir David Evans y el finado, ¿eran amigos íntimos?

—Pudiéramos decir —la señorita Dearlove se interrumpió en busca de la expresión adecuada— que existía un mutuo nervio sensitivo.

—Comprendo. —Appleby elevó nuevamente la voz ante una súbita y renovada gritería de gatos—. ¿Quizá usted pudiera detallar algo más?

—Juzgo que no se hallaban por completo faltos de intereses en común. —La señorita Dearlove cruzó sus manos sobre el regazo mientras continuaba hablando en esta forma velada—. Mas éste es un tema que: vamos a dejar a un lado.

—¿No se aviene a afirmar sino que estos dos hombres poseían intereses comunes?

—*Muy* comunes —terminó la señorita Dearlove.

Durante unos minutos más, la conversación se prolongó en medio de dificultades acústicas. Poca luz brotaba de la penumbra de la imagen reflejada por la señorita Dearlove. Pluckrose, tal y como Appleby había supuesto de antemano, era un entremetido con diversidad de intereses; aparte de su particular cometido científico.

Era aficionado, confesaba él mismo, a *mirar por encima de la cerca*; con lo cual se refería, al parecer, a averiguar lo suficiente con referencia a algún colega, para hacer de él un guiñapo en el sentido argumentador y crítico.

No debía tratarse, reflexionaba Appleby, de una debilidad tan poco frecuente entre intelectuales, y difícilmente conduciría al asesinato. Con todo, también en lugar tan inocente como una universidad, era concebible que un entremetido llegase a ser dueño de ciertos conocimientos perjudiciales para la salud. He ahí, por ejemplo, el caso de las falsificaciones. Existen muy pocas cosas tan sorprendentes como el atractivo que la ejecución de un minucioso proyecto de falsificación, erudita y sin el menor beneficio monetario, ejerce sobre personas cultas y aparentemente de vida intachable. Eminentes profesores shakesperianos han pretendido enfáticamente haber descubierto importantes documentos en escondidas bibliotecas; los han publicado con copiosas notas y se han enfrascado en agrias discusiones sobre su significado con insospechables colaboradores, para ser desenmascarados, al final, como minuciosos inventores de mala fe. Sus motivos son infantiles y apenas delictuosos; gustan de reírse para sus adentros de quienes celebran su erudición. Mas el mundo académico no apetece mucho tales chanzas, cuya publicación sería, indudablemente, demoledora. Supóngase, pues, que este curioso Pluckrose hubiera averiguado que, por ejemplo, Prisk...

El apacible retiro de la señorita Dearlove era, sin embargo, paraje muy poco propicio para llevar adelante uno de tales experimentos de especulación. Appleby se aplicó, pues, a plantear algunas preguntas finales.

—¿No seré indiscreto al querer saber si algún otro miembro del profesorado ha estado hospedado recientemente?

La señorita Dearlove se enderezó en su silla.

—Estuvo el señor Marlow —contestó—. Se fue.

La afirmación, evidentemente, constituía una acusación de infamia; no ya velada, sino proferida en lenguaje llano. Que Pluckrose, sir Archibaldo y el estimado general fueran solterones, y no ofrecieran, por así decir, grandes reparos a las mozas de cualquier villa vecina: eso era una cosa. Mas el joven Marlow se había ido. Y eso era ya algo muy diferente.

—¡Válgame Dios! —dijo Appleby—. ¿Se atrevió a tanto?

—Hace unos meses. Me siento inclinada a suponer que lo trastornó el palacio de Nesfield.

Appleby se estiró como si alguno de los gatos de la señorita Dearlove hubiese clavado un par de garras en su pierna.

—¿La casa del duque de Nesfield?

—Su residencia. No dudo de que allí la vida se verá rodeada de todos los refinamientos del lujo. Es perfectamente explicable y propio de una casa noble. Pero lo más inadmisibles por parte del señor Marlow fue que a su regreso criticó las comodidades que disfrutó en casa de particulares bien nacidos. Solamente le hallo

una justificación. —Y la señorita Dearlove hizo una solemne pausa—. El señor Marlow debe de ser de cuna humilde.

—Es probable —aprobó Appleby prontamente.

—Sólo un jovenzuelo plebeyo sería capaz de perder la cabeza a causa de tan singular experiencia como la residencia temporal entre una familia de alta alcurnia. La excusa que ofreció para abandonarnos fue casi insultantemente infundada. ¡Se quejaba del ruido! —La señorita Dearlove miró severamente a Appleby—, ¡... *del ruido!* —repitió elevando la voz.

—¡Santo cielo! —Appleby pareció sinceramente extrañado—. Y, a propósito, ¿conoce la razón de entrar en la casa del duque?

—Ciertamente. No fue, ni mucho menos, con el propósito de ser admitido entre la alta sociedad del condado. Como habrá observado, y mi padre solía destacar, somos más bien un poquito exclusivos. Recuerdo a la duquesa viuda censurando, en una ocasión, cuando yo era muchacha...

Appleby cortó cruelmente el relato de tales esplendores.

—¿Fue acaso, contratado profesionalmente?

—Así es. El señor Marlow fue tomado como preceptor de vacaciones para el nieto menor del duque, el estimado Gerardo. En realidad, creo que fue uno de los varios preceptores; si bien no tengo la completa certeza. Gerardo es un muchacho encantador. —La señorita Dearlove hizo una pausa—. ¡Pero tan estúpido! —añadió inesperadamente.

—Ha indicado usted la posible colaboración de varios preceptores. ¿Cree que alguno de los profesores de la universidad, de los catedráticos, se prestaría a aceptar tal cargo?

—No sería muy digno. —La señorita Dearlove habló sentenciosamente—. Mas la dignidad es asunto que se presta a interpretación, como pude comprobarlo al adoptar, hace años, mis actuales medios de subsistencia. Desde luego, sería menos molesto para el estimado duque contratar solamente profesores jóvenes. No tendría que esforzarse en ser cortés con ellos.

—La cortesía no es esfuerzo para el duque. —Appleby hizo una pausa—. Bien lo demostró ayer, en la comida que celebramos juntos.

No obstante, la semioscuridad púrpura del vestíbulo de la señorita Dearlove, fue posible distinguir lo sensacional de esta información. Exigía, ante esta circunstancia tan tardíamente revelada, toda una reorientación social de la entrevista, que progresaba. La señorita Dearlove miró detenidamente el gran reloj.

—Estimado Appleby —dijo—. Espero que hoy *nos* acompañará a almorzar.

—Aceptaría encantado. Por desgracia debo regresar a Nesfield en seguida. —Appleby se levantó—. ¿Y es Marlow el único de los universitarios que se ha hospedado aquí?

—Durante los últimos diez años, sí. Excepto, naturalmente, el señor Lasscock. El profesor titular de historia, hombre pacífico y encantador.

Drague el río en busca de Lasscock. Tal había sido una de las recomendaciones de aquellos deplorables jóvenes de la velada de Hissey.

—¿Se halla el señor Lasscock en casa, en este momento? —inquirió Appleby.

—Sí. Como tiene un ligero resfriado, está pasando la mañana en el huerto. Debemos estar ya a mitad de curso.

—¿A mitad de curso?

—El pobre señor Lasscock siempre padece un ligero enfriamiento a mediados del curso académico. Sus vacaciones en esa época constituyen ya una amistosa broma entre nosotros. Solamente el señor Pluckrose, me temo, aludía a ello con sobrada rudeza.

—Comprendo. —Appleby disponíase a marchar—. Sin embargo, todavía no están a mediados de curso. Han transcurrido tan sólo tres semanas.

—¡Qué extraordinario! ¡Pues es cierto! —La señorita Dearlove mostrábase perpleja.

—Quizá se trate..., bien..., quizá sea, esta vez, un catarro de verdad.

—No lo creo. —La señorita Dearlove era categórica—. Vea, el señor Lasscock es hombre especialmente saludable. *Nunca* se acatarra.

Appleby frunció el ceño.

—Entonces, ha de haber alguna otra razón. Me gustaría presentarme a él personalmente. ¿Me permitirá usted salir por aquel lado?

La señorita Dearlove se puso en pie, cruzó con desenvoltura entre un montón de gatos, y tiró majestuosamente del viejo cordón de una campanilla. Luego volvióse.

—Estimado Appleby, hasta la vista. Si desea alguna vez hospedarse...

La rueda hidráulica golpeó pesadamente y el motor continuó machacando. La aspiradora seguía funcionando y, precisamente en ese instante, bramó el toro y ladró el perro. El resto de las palabras de la señorita Dearlove, se perdió en la baraúnda; pero Appleby tenía la sospecha de que se trataba de las tarifas del establecimiento, que le eran explicadas. La dignidad, en efecto, es materia que se presta a interpretación.

La pseudo convalecencia u holgazanería de Lasscock tenía el marco tranquilo de un escenario encantador. Siempre suponiendo, ni qué decir tiene, que Lasscock fuese completamente sordo, pues las características acústicas del huerto de la señorita Dearlove eran tan perturbadoras como agradable resultaba su apariencia visual. Los muros de ladrillo, altos y armoniosos, suavemente acariciados por albaricoqueros y melocotoneros, irradiaban un apacible calor aun en un día como aquél, de temprana primavera. En el interior reinaban los manzanos, dispuestos en líneas irregulares, nudosos y retorcidos, y emanando esa paz de la vejez. Y más adentro todavía, se diseminaba una pródiga variedad de hortalizas: plantitas de fresa y tallos de

frambuesa, arbustos de grosella y parcelas de espárragos, patatas, berzas y coliflores, zanahorias, cebollas, rábanos y guisantes enanos y trepadores.

Hallábase Lasscock sentado contemplándola todo con la expresión, pensaba Appleby, que debió de usar la Divinidad en el séptimo día. Era un viejo sonrosado, de cabello desordenado de un color jengibre, con bata de brocado y una gran bufanda amarilla. Contemplaba los frutos de la tierra con una dulce y benévola atención. Deleitábase viéndolos crecer. No resultaba disparatado pensar que practicaba un poco de la magia simpática, en su afán de ayudar las cosas a marchar. Sí, a no dudar, sentíase a sí mismo entre los rábanos y las coliflores, que abrían voluptuosamente sus hojas al sol...

Appleby, al aproximarse, vio que en realidad, los párpados de Lasscock se encontraban ligeramente cerrados, no con la pesadez del sueño, sino con esa apariencia plácida de un infante repleto sobre el pecho materno. Y el golpeteo del volante del molino y el vibrar de la máquina, la batalla de deseos entre las miríadas de avecillas y palomas, la melancólica pasión del toro bramador, la súbita, felina y espeluznante sexualidad gatuna: todo era como un arrullo para Lasscock. Estaba sentado junto al elevado muro de ladrillos, envuelto en el calor radiante como en un vasto regazo materno. En torno, las ramas salientes de un castaño de Indias, justamente abriéndose en hermosos y enredados pimpollos, proyectaban una tenue y enrejada sombra. Cubría sus rodillas con una manta, y apoyaba sus pies, en zapatillas, sobre un cojín viejo. A su alcance veíase una mesa, sobre la que se alineaban una ponchera, limones, azúcar y una botella de ron.

Lasscock abrió los ojos lentamente al aproximarse Appleby e, inmediatamente, hizo ademán de cerrarlos de nuevo; mas, considerando quizá el innecesario esfuerzo muscular que el acto exigía. Los mantuvo abiertos, con una mirada de interés reposado.

—Precioso día —dijo Lasscock a guisa de saludo.

—Agradable en extremo.

A diferencia del desdichado Marlow, los orígenes de Lasscock no eran, a buen seguro, humildes; su acento resultaba a la vez aristocrático y anticuado en más de una centuria, fenómeno digno de estudio para sus colegas filólogos.

—Encantadoramente tibio para esta época del año. ¿No cree, sin embargo, lamentable tal cantidad de ruido?

—¿Ruido? —Lasscock arrugó levemente la frente como esforzando su percepción sensorial al máximo—. Bien, supongo que han de percibirse algunos.

—Más bien me parece oír un toro. Pero los toros, al fin y al cabo, toros son. —Sonrió, con una especie de generosa y soñolienta tolerancia—. Lo que no puedo tolerar aquí son los ratones. Odiosos, detrás de los zócalos... exactamente odiosos.

—Si hay tantos ratones, he ahí la causa por la que la señorita Dearlove posee tan elevado número de gatos.

Lasscock movió ligeramente la cabeza a uno y otro lado, como quien, cortésmente, da a entender su aversión a la discusión intelectual.

—¿Viene para quedarse? —interrogó—. Discúlpeme si tengo aquí el ron; estoy un poco resfriado. —Lasscock se ajustó la bufanda amarilla y, como de costumbre, se pasó un gran pañuelo de seda por la nariz—. Pero el agua con ron caliente es fundamental en todo tiempo. Apetecible, en cierto modo.

—No, muchas gracias. Además, no he llegado hasta aquí con el propósito de quedarme. Mi nombre es Appleby, soy agente de policía y he venido para indagar la muerte del señor Pluckrose.

Lasscock entreabrió un poco más los ojos.

—¿De Londres? —preguntó.

—¿Cómo?

—¿Londinense?

—¡Oh!... sí, de la Nueva Scotland Yard.

—¿Llegado en tren? ¿Qué opina del desayuno que se sirve?

—¿Del desayuno? Parece muy aceptable.

Lasscock asintió gravemente.

—Mucho más tolerable que el almuerzo. El almuerzo es algo inaceptable. ¿De la muerte de quién?

—De Pluckrose.

—Anteriormente solían añadir un coche comedor donde se podía aspirar, al menos, a una cocina decente. Solución incomparablemente preferible. Lo he sostenido siempre. —Y Lasscock entornó nuevamente los párpados.

Producía el efecto del que, tras haber luchado largamente y a brazo partido con este pequeño mundo, retirase finalmente, en recompensa, a la contemplación interior de paisajes más elevados. ¿Por qué, pretendía adivinar Appleby, había cambiado este apacible historiador la baraúnda del vergel de la señorita Dearlove? ¿Acaso por la comparativa paz del campo de Waterloo? ¿O es que pensaba en las filas de los barones de Runnymede? ¿Intentaba, por ventura, atisbar al famoso Marlborough encerrado con su duquesa? ¿O había surgido en torno de él un impalpable atrio de San Esteban, y observaba la expresión de Francisca Burney, mientras ésta escuchaba la acusación terrible. Quién sabe si, realmente, se trataba tan sólo, como el tenor de sus últimas palabras podía sugerir, de un análisis retrospectivo de su desayuno de la mañana..., eso, o una consideración anticipada del almuerzo?

Appleby tomó asiento en un banco rústico y dejó que esas vanas meditaciones ocuparan su mente; porque existía algo de contagioso e hipnótico en el pesado reposo de Lasscock, semejante a lo que debió de ser la inexpugnable somnolencia del Niño Obeso de Wardle.

—¡Perturbador! —dijo Lasscock, con los ojos todavía cerrados.

Su palabra coincidió con un súbito e intolerablemente penetrante guirigay de estorninos, en una de las extremidades del huerto; y Appleby dirigió su mirada en

aquella dirección. Al volver la cabeza, sorprendió a Lasscock con los ojos abiertos; abiertos pero fijos en una mirada desconcertadamente aguda e inquisitiva. Fue cosa de un instante, y Lasscock siguió contemplando el huerto apaciblemente.

—¡Perturbador! —repitió—. ¡Desaparecer de esa manera odiosa y sucia! Escandalosa situación la de Pluckrose, de quien, en vida, no necesitaba usted ocuparse. Requiere gran esfuerzo perseverar ahora en ese buen hábito. Se incrustaría en la mente tan terrible fin, de no mantenerse uno muy alerta. Lo mismo que el Patio de la Fuente, lugar en el que frecuentemente me sentaba. —Los ojos de Lasscock se mantenían frívolamente fijos en un reyezuelo que había aparecido en lo alto de uno de los manzanos cercanos. El reyezuelo, como era del huerto de la señorita Dearlove, hacía todo el ruido de que era capaz, y podía notarse cómo todo su cuerpecillo temblaba y palpitaba por el esfuerzo. Cosa curiosa, también el cuerpo de Lasscock revelaba una tensión considerable. Para la aguda sensibilidad de Appleby en tales cuestiones, era como si aquellas vagas e indiferentes observaciones que le estaba escuchando, requirieran, en cierto modo, para su expresión, tanta energía nerviosa como el pájaro ponía en su alboroto chillón e inocente...— ¡Enojoso! —añadió Lasscock—. ¡Irritante!

—¿Irritante? Claro que todo misterio es irritante. —Appleby hablaba con amistosa viveza—. Son cosas que dan la impresión de un lugar en el que, necesariamente, hay que escarbar. ¿No se siente usted en ese estado en relación al asunto de Pluckrose... simplemente para llegar a la verdad de los hechos? Más bien como si se hallara uno en presencia de un problema histórico apasionante, o algo por el estilo.

Las facciones plácidas de Lasscock cobraron, momentáneamente, una nueva expresión, que hubiera podido compararse con la de un niño obstinadamente ensimismado, seducido por la contemplación de una picardía. Mas la infantil expresión de seducción se borró tan de improviso como había llegado, y Lasscock movió lentamente la cabeza.

—Faltaría a la verdad si admitiese que siento tal cosa, aunque indudablemente es concebible para usted, o en su profesión. Por mi parte, no he de permitir que Pluckrose se adueñe de mi mente. ¡Singular cuestión la mente! ¡Lea a los colegas de Viena, y verá cómo nunca se es bastante prudente con ella! ¡Primavera temprana! ¡Pronto veremos regresar las primeras aves migratorias!

—Así lo creo.

«Este viejo comodón —pensaba Appleby—, con su manta y su alfombrita, su ron y sus vacaciones a mediados de curso, acaso intenta solamente protegerse de las infinitas perturbaciones carnales. Un sabio, después de todo, encuentra mayor satisfacción en observar a un pájaro o meditar sobre la imperceptible sucesión de las estaciones, que en analizar los pormenores de una muerte violenta. Y atando uno mismo se halla convencido de poseer una mente de esta categoría con la que nunca se es demasiado cuidadoso...».

Sin embargo, fijándose en Lasscock, había algo más que eso u otra cosa, y quizá el factor desconocido podía ser obligado a manifestarse. Los ojos de Lasscock estaban a punto de cerrarse otra vez. Appleby sacó un cuaderno de notas y, rápidamente, apuntándole amenazadoramente con el lápiz al profesor, le habló en estos términos:

—Y ahora, va a tener la amabilidad de decirme cuándo estuvo por última vez en la universidad.

—Con mucho gusto. —Lasscock era completamente cordial—. Estoy a sus órdenes. —Levantando su mano derecha, comenzó a estirar uno por uno los dedos. Luego, como si este modo de contar le resultara demasiado laborioso, enarcó las cejas.

—¿Qué día ocurrió el desagradable asunto de Pluckrose?

—Anteayer, señor Lasscock. El lunes por la mañana.

—En ese caso, no me encontraba allí. No estuve el lunes... ni he vuelto a estar después. ¡Dichoso resfriado! —Y para acentuar su exclamación, dio otra vuelta al tapabocas, se pasó el pañuelo y señaló a la mesa—. Por eso tomo el ron. Es lo mejor que hay, y creo que usted opinará lo mismo, aunque quizá usted no esté acatarrado.

—No, muchas gracias. —Appleby empleaba un tono severo—. Me siento perfectamente bien. En la policía no se estilan las vacaciones a mediados de curso.

Lasscock no pareció acusar la estocada, e incorporándose, se aplicó a la tarea de encender el infiernillo para calentar el licor.

—¡Perfectamente! —dijo—. Celebro que usted se encuentre bien. Éste es un tiempo muy traicionero, pero encantador. ¡Fíjese en los troncos de los olmos!

—Debo tratar de hacerle comprender que mi misión consiste en averiguar cuántos detalles pueden guardar alguna relación con las circunstancias que rodean la muerte del profesor Pluckrose, y usted debe de haber oído que todo hace suponer que es un asesinato. De modo que habremos de dejar para otra ocasión el estudio de la naturaleza. Y ahora...

—Si es así, no debo detenerlo. —Lasscock puso azúcar en un vaso y alcanzó el ron; vertió un poco, añadió más de agua y se recostó en el respaldo de su silla. El retintín de una cuchara de plata seguía sonando monótonamente mientras revolvía, y muy poco a poco, sus ojos se cerraron nuevamente.

Appleby dióse momentáneamente por vencido. Contempláballo como fascinado. Pretender interrogar a Lasscock era tanto como someter a una interpelación a una criatura dentro del claustro materno. A decir verdad, este feto envejecido parecía extender en tomo suyo una atmósfera de esa naturaleza. Quizá su tolerancia inexplicable para el tumulto del huerto de la señorita Dearlove residiera precisamente en eso: en que tales rumores constituían como el latido gigantesco de un enorme corazón cercano.

—Mas, ¡atención! —ahora hablaba Lasscock. Mejor dicho, dejábase oír su voz; porque su personalidad quedaba tan perdida en las profundidades de un mundo

soñoliento, que las palabras sonaban como ecos de un simple automatismo.

»Joven —decía la voz—, Pluckrose está bien muerto. Alguien dejó caer sobre él una terrible roca desde lo alto de la torre. Y yo no sé ni una palabra más. —Lasscock entreabrió un ojo, como para apreciar el efecto de esta categórica noticia; volvió a cerrarlo y terminó diciendo—: Tenga muy buenos días.

Appleby regresó por la misma avenida. Observaba ahora los troncos de los olmos. Otra vez hicieron acto de presencia los gatos de la escolta, pero a sus espaldas. La rueda hidráulica y el motor, el toro, el perro y las palomas, la aspiradora y los cuchillos, cada uno con su carácter peculiar, todavía vibraban en su oído. Necesitó llegar hasta la carretera general antes de que pudiera oír lo que él quería: el espíritu de su propia voz dominando serenamente dentro de su cabeza, y analizando con calma los pobres resultados de toda una mañana de trabajo.

La señorita Dearlove: pretensiones sociales muy variadas; algunas insinuaciones, ninguna mentira. Lasscock: nada de carácter para el desempeño de una gran tarea, sino más bien la genuina demostración de una personalidad decididamente débil; mas una mentira... posiblemente sin importancia.

Appleby meneaba su cabeza al tiempo que marchaba con paso acelerado; era poco alentador, y además, la madeja comenzaba a enmarañarse. Ciertos aspectos del caso guardaban entre sí, por lo menos, cierta enigmática conexión. Así por ejemplo, el duque de Nesfield habíase acercado —extrañamente— a Appleby y Hobhouse; y hacía poco tiempo —no tan extrañamente— el joven Marlow se había trasladado al palacio de Nesfield.

Por esto, supongo que se trata de... ¡ah! Pluckrose. Podía, pues, plantearse la hipótesis de que la singularísima pregunta del duque derivara de un conjunto de circunstancias con las que Marlow, como uno de los preceptores del estúpido Gerardo, tuviese relación casual. Sonrió Appleby a su pedante fraseología. Lo que expresado más sencillamente, dice: *como* ha sido Marlow quien ha parado en el palacio de Nesfield, el duque se ha sorprendido de que el asesinado fuera *Pluckrose*. Ahora sí. Y Appleby clavó su mente en esta idea hasta alcanzar su autobús.

CAPÍTULO VI

HOBHOUSE NO SE ENCONTRABA EN su oficina: había salido, anunció un sargento con cierto empaque, a seguir la pista del meteorito. No, no se trataba de una confidencia, sino que, simplemente, el inspector había tenido una inspiración, al meditar sobre la posible procedencia del objeto, y tras unas breves averiguaciones, comprobó que, al parecer, se hallaba en lo cierto, cosa frecuente en él. Había dejado un mensaje. Parecía probable que la pista del meteorito se hallara a gran altura. A esta vaga chanza el sargento no tenía, o fingía no tener, nada más que añadir. Appleby quedó en llamar más tarde, y salió para procurarse una comida.

El restaurante de la estación era el lugar más próximo, y a él se dirigió. Había allí una mesa grande en forma de herradura; veíanse ollas con callos y fuentes de salchichas, en medio del fuerte golpear de los platos de aluminio; al mismo tiempo, y como de costumbre, varios comensales daban alegre conversación a las camareras que servían. Mas, después del solariego retiro de la señorita Dearlove, cualquier sitio era notablemente tranquilo. Appleby, satisfecha su convencional cuota de chacota, aplicose a sus vituallas y a la meditación.

En otra parte del vasto edificio había almorzado durante la víspera en compañía de un duque interesado en ver que no se incurriera en error acerca de Pluckrose. El policía debe percatarse, ante todo, de cuanto ha cometido el asesino, del mismo modo que debe cerciorarse de cuál ha sido, realmente, su *propósito*. El duque de Nesfield se hallaba doblemente ligado a la universidad. Por una parte era el rector, y tenía a su cargo, en general, bastantes de sus asuntos. Además, era abuelo, y en calidad de tal había contratado a varios miembros del cuerpo docente como preceptores de vacaciones para su nieto. En este segundo y más personal contacto con la vida de la universidad, inclinábase Appleby a vislumbrar una posible relación con el asunto de Pluckrose. Tratábase, bien lo reconocía, de una simple conjetura. Era cierto que el duque se había abstenido de mencionar tal circunstancia, pero eso nada significaba. A lo sumo, serían dos profesores especiales; suponer un equipo completo de éstos en torno de Gerardo hubiera sido absurdo. Evidentemente, Gerardo era un colegial y es de presumir que se trataba de archidotarlo de esos conocimientos profundos que exigen en las universidades de Oxford o de Cambridge para el ingreso de los jóvenes de su clase. Marlow, como profesor auxiliar de lengua inglesa, se hallaba en condiciones de prepararlo en nociones tanto de latín como de alemán o francés.

¿Qué más hacía falta? Matemáticas, Esta conclusión inclinaba a esperar que el segundo preceptor hubiera sido Timoteo Church. Todo esto no era más que pura hipótesis, y quizá cualquier conjetura basada en la irrupción del duque de Nesfield, tenía una importancia secundaria. Y quién sabe si solamente el magnetismo de las hojas de fresa era lo que sugería la existencia en todo esto de un punto de ataque

realmente favorable. Hobhouse corría tras el meteorito, y eso sí era algo positivo. ¿De dónde había venido? ¿Encerraba un destello de verdad la extraordinaria teoría de sir David Evans? ¿O, por el contrario, ignoraba Pluckrose todo lo referente al meteorito hasta que...? Appleby soltó el cuchillo y el tenedor. ¿Hasta qué? Su mirada quedó clavada en la hilera opuesta de personas, aunque sin verlas. Recordaba al antipático Tavender..., sus palabras, algo que había afirmado Tavender acerca del meteorito..., una *tentativa de conclusión* a la cual él, por su parte, había llegado durante la noche. De todos modos, era indispensable examinar y manejar el meteorito, medir las ventanas de la torre, examinar atentamente el montacargas; y quizá repetir el experimento de Galileo. Éste sí, era el camino recto en el asunto, y además, insistir en las averiguaciones referentes a cuantas personas pudieran estar o no envueltas en él.

Veamos, por ejemplo: el té de la señora de Tavender. ¿Podía, en el campo de la investigación, darse algo más impreciso o nebuloso? Una mera insinuación echada al vuelo por un muchacho irresponsable, como lo de dragar el río en busca de Lasscock. Y, sin embargo, no carecía de fundamento. Habíase apoyado en el hecho, posiblemente no del todo trivial, de la aparente ausencia de Lasscock de la universidad, el lunes y martes, días del crimen y de la llegada de Appleby, respectivamente. Tal vez, también hubiera algo en la reunión de té y en algunas de las insinuaciones de Pinnegar y Marlow. He ahí, pongamos por caso, el curioso laberinto entre el cuarto oscuro y el laboratorio privado de Pluckrose, en el que una vez alguien había colgado allí un esqueleto. ¿Era ésa la razón por la cual Marlow —no, había sido Pinnegar— había atraído la atención de Appleby hacia el laboratorio?

Appleby buscó en su bolsillo el plano que Hobhouse había bosquejado para él. Sí, ciertamente, había allí cosas curiosas. El laboratorio de Pluckrose, el laberinto, el cuarto oscuro, el montacargas y el depósito bajo la torre. Éstos, teniendo por un lado a Prisk, por otro a Marlow, y por un tercero el sitio exacto donde el cuerpo fue encontrado. Un conjunto tan compacto y de tan numerosas posibilidades como un escenario bien montado en un teatro abstracto. «Ciertamente —pensó Appleby emprendiéndola con un plato de salchichas—, es preciso abordar todo eso».

Pero era el *Día de la Mujer*. Si bien el elemento femenino revelábase, hasta entonces, muy escaso, no se hallaba ni mucho menos sin representación. Esa señorita Dearlove, que por sí no parecía constituir un elemento activo, deslizó en el curso de su conversación una o dos observaciones que, en cuanto se refería al descubrimiento de la mujer, poseyeron, por así decir, el mérito de levantar la caza. Así, por ejemplo, cuando dijo que Pluckrose y sir David Evans...

Al llegar a esta altura de sus cavilaciones, Appleby, distraídamente, dejó vagar la vista por el ángulo más lejano del salón. Había allí media docena de mesitas. El resto del comedor era algo preponderantemente masculino; sí uno fuese mujer, o acompañase a alguna, lógicamente se vería obligado a acudir a aquel rincón, más o menos aislado. Esa atención de Appleby se detuvo. Aquellos hombros anchos y el cabello en desorden resultaban, evidentemente, familiares; pertenecían al belicoso y

joven matemático Timoteo Church. Enfrente de él hallábase una muchacha de edad parecida, lo que se dice una joven plena de salud —pensaba Appleby— de facciones regulares, modales correctos y lo bastante inteligente. Para un profesor joven, de temperamento un tanto indómito, constituiría la pareja ideal. Desgraciadamente, por el momento, las cosas distaban mucho de marchar sobre ruedas; la muchacha, inclinada hacia él, hablaba rápidamente con lo que, a todas luces, parecía precisa y contenida indignación; Church, recostado en el respaldo de la silla, con las manos en los bolsillos, y sin duda terriblemente enfurruñado, hundía en el pecho su barbilla. Súbitamente hizo crisis la desagradable escena. La joven tomó aliento y afirmó algo muy breve, con particular decisión; Church se puso de pie y, arrojando una moneda de plata sobre la mesa, salió sin volver la cabeza.

Appleby suspiró. ¡El deber! ¡Hay que cumplir con el deber! Tomó su taza de café, atravesó el salón y ocupó, frente a la joven, la silla vacante.

—¿Es usted —preguntó— la novia de Timoteo Church?

La muchacha, que había reanudado sosegadamente su almuerzo, se desprendió del cuchillo y del tenedor.

—¡No sé quién es usted! —dijo—. ¡Haga el favor de retirarse!

Appleby púsose de nuevo en pie.

—¡Perdón! Pero le *aseguro* que soy alguien perfectamente respetable. A decir verdad pertenezco a la policía.

Lo miró con ojos espantados.

—¿Uno de los pulidas que se ocupan del crimen?

—Sí. En realidad, el principal de ellos.

—Puede sentarse, entonces. Yo soy Juana Cavenett.

Appleby se presentó a sí mismo.

«Si la señorita Cavenett no es una caza interesante —juzgó Appleby—, al menos lo parece. Empleada de categoría, secretaria privada de algún personaje. Es una circunstancia propicia. Al fin y al cabo, una joven convencida de la necesidad de hacer frente a la vida. De modo que, primeramente, a escarbar un poquito en su pasado».

—Siento mucho —dijo— que hayan roto sus relaciones. —La miró gravemente—. ¿Se conocían desde hacía mucho tiempo?

—Fuimos compañeros de estudio en Cambridge.

—¡Oh! En tal caso, ¿no cree que valdría la pena dar por terminada la disputa?

—¡No tiene usted por qué hablar de este asunto, ni le interesa!

Juana Cavenett se expresaba con firmeza; empero, Appleby notó que su tono no era realmente hostil.

—Claro que me interesa; aunque naturalmente, no sea muy agradable; pero mi deber es indagar sobre el menor detalle. ¿Es que este disgusto tiene algo que ver con el asunto Pluckrose? ¡Mas qué digo! ¡Por supuesto que no! ¡Se trata de algo más remoto!

—¿Se lo dijo Timoteo? —Ahora lo miraba de una manera apremiante.

—En modo alguno. Ni siquiera la mencionó a usted. Un poco de chismografía vulgar y nada más. Hubo quien se preocupaba por la suerte de usted..., es de suponer que como consecuencia de no habérseles visto juntos.

—¡Oh!, qué cosa tan odiosa. Sería hora de que la gente se ocupara de sus propios asuntos; aunque eso les esté vedado a los policías. —Miró con suspicacia—. ¡Usted no parece policía!

—Sí, soy más bien un nuevo y arriesgado ensayo. Mi formación es parecida a la de ustedes.

—Nada mejoran con ello las cosas. Si he de ser interrogada, prefiero serlo por un hombre de botas altas y casco. Al menos, me sentiría más segura del terreno que pisaba. —Se detuvo—. Créame —dijo—, trataría de dar por terminada mi disputa con él si supiera que había de resultar de utilidad. Sobre todo, después de lo ocurrido. Sé bien que continuamente discutía con el intratable Pluckrose, Y no ignoro que usted supone...

Appleby interrumpió con una sonrisa.

—El señor Church es un joven algo agresivo. ¿Es o no cierto? Quizá usted, más adelante, se convenza de que un temperamento de esa índole arrastra siempre consigo, de una manera apenas esbozada y perfectamente natural, una leve manía persecutoria. Seguramente le habrá contado que tratamos de acorralarlo como a un asesino.

La señorita Cavenett lo contempló, indecisa.

—Algo muy semejante.

—Bien, todo eso no es más que hablar por hablar. Un profesor viejo apellidado Crunkhorn...

—Su jefe. En verdad no es mala persona; pero no está muy fuerte en matemáticas.

Appleby sonrió nuevamente.

—Veo que, realmente, no discrepan ustedes por completo; de lo contrario usted no repetiría los dogmas favoritos de su joven amigo. Así es que este Crunkhorn, a quien él se complace en irritar a menudo, parece haber concebido la idea de que, posiblemente, una broma de Church, fatalmente desgraciada, haya originado la muerte de Pluckrose. Sin embargo, no hay nada de esto y Timoteo Church no es ni más ni menos sospechoso que el duque de Nesfield; de modo que quíteselo usted de la cabeza.

Juana, a la vez con desconfianza e inmensamente aliviada, miró rápidamente a Appleby.

—Entonces...

—Entonces, en lo que a esto se refiere, pueden continuar peleando cuanto tiempo les plazca; aunque es tan necio como innecesario.

—Pero no es ése el motivo.

—¡Ah! ¿Sería otra la causa? —Appleby tomó un sorbo de café y esperó. Una mujer inteligente, aunque presa de una gran tensión. Doble contra sencillo a que todo saldría.

—No se trata de una disputa caprichosa. No somos unos niños. Quiere que... —Vaciló.

Appleby bebió otro sorbo de café, exteriormente imperturbable. Alguna desavenencia íntima, a buen seguro, y sin ningún significado. En verdad que el papel de policía...

—Quiere que... que incurra en bigamia —reveló Juana.

—¡Vaya, vaya! —dijo Appleby—. No es nada tan grave. Hay cosas muchísimo peores. Así pues, cálmese.

—¿Peores que la bigamia? ¿Y afirma eso un policía? Es algo horrible y estúpido, que hasta los diarios relegan a las columnas más disimuladas.

Appleby movió seriamente la cabeza.

—Muy penoso, sin duda, aunque tiene la ventaja de ser perfectamente concreto y claro. Las riñas entre enamorados sólo revisten verdaderamente gravedad cuando no se conocen bien las causas. —Hizo una pausa tras esta muestra de sabiduría doméstica y miró a la señorita Cavenett con expresión ligeramente maliciosa—. ¿Y puede saberse —dijo— qué le ocurre con su actual marido?

La joven abrió la boca como para decir algo verdaderamente resuelto; pero cambió de idea y rió suavemente.

—¿Va usted a hacer el papel del tío benévolo que lo compone todo? —interrogó—. ¿Pretende, acaso, aliviar las tribulaciones de la gente joven con bromas cariñosas? Usted se da cuenta perfectamente de que es Timoteo quien está casado.

—Me he convertido en tío porque, lamentablemente, no tengo alma de policía. —Appleby sonrió alentadoramente—. De todos modos, también puede contármelo.

—No hay nada que contar. Quiero decir, que eso es todo cuanto sé. Una vez, hablando de casarnos, Timoteo, como sin darle importancia, expresó que ello sería bigamia. Y no volvió a despegar los labios acerca de tal cosa.

—Conducta del todo irrazonable. Apuesto, no obstante, a que usted, por su parte, cometió una torpeza imperdonable. Se encolerizaría y le hablaría como si fuera un libro de moral.

—Perfectamente cierto. —Juana Cavenett, concluido el almuerzo, se recostó con estudiada compostura en el respaldo de su silla—. Pero él no dio su brazo a torcer, actitud que parece completamente necia. Dice que es una cuestión que no me atañe y esto es absurdo, y lo es mucho más porque para él no tiene importancia. Al proponerle entablar el divorcio, adujo que era sumamente difícil y que sería mejor que no pensara más en ello.

—Y juzgo que era un buen consejo.

—¿Y ser... bigama? —Clavó en él los ojos aterrada.

—Si usted lo quiere, yo haría caso omiso de cualquier obstáculo que se atravesara en el camino. Es probable que todo se aclarara con el tiempo. —La miraba otra vez maliciosamente—. ¿Y no le ha dicho qué número le corresponde?

—¿De qué número habla?

—¿Tercera, cuarta, quinta? Me explicaré: ¿ignora *cuántas* esposas posee ya? Juana se levantó.

—¡Es horrible! ¡Y yo que pensaba que usted trataba de mostrarse amable!

—¿Supongo que se ausenta con frecuencia? —Appleby hablaba amistosamente y la miraba con firmeza desde la mesa.

—¡Sí! —Volvió a sentarse, súbitamente deprimida y desalentada—. ¡Parece que usted sabe muchas cosas!

—En nuestra profesión hemos de pasarnos la vida adivinando. Y creo que ahora estoy en lo cierto. Su Timoteo se va afuera para casarse y espero que todo saldrá bien, enteramente bien, señorita Cavenett.

—¡Bien! ¡Dice usted bien! —Echaba llamaradas por los ojos—. ¡Se conduce como el más bajo de los rufianes! ¡Si estaba casado...!

—Otra vez vuelve a expresarse como un libro. En cuanto a él, nada tiene su conducta de rufianesca, sino todo lo contrario. Se está portando como un verdadero caballero.

—¿Eso no salió también de un libro?

—Es posible. Pero es la verdad.

Quedó silenciosa por un momento y Appleby observó que temblaba.

—¡Por favor, explíquese! —añadió con desmayo.

—Será mejor que no... a pesar de que haya adivinado. Véalo de nuevo y dígame que le tiene sin cuidado el que sea un Barba Azul.

—¡Pero no es así!

—Amiga mía, todos los hombres somos niños. Hay que decirnos las verdades. Mas añádale, a la vez, que un amigo suyo le ha afirmado que le consta que es un perfecto caballero. Usted se asombrará de ver cuán sorprendido y embobado queda. Y dígame, a continuación, que la misma persona cree que el asunto puede ser solucionado. Que es necesario obrar con precaución, pero que constituye también una empresa atractivamente romántica. Recomiéndele consultar con su jefe.

—¿Con su jefe? ¿Con Crunkhorn?

Appleby se había puesto de pie. Rió en voz alta.

—¿Crunkhorn? Me parece que no. Mas, a veces, hay tantas sorpresas...

Salió. El cielo era delicadamente gris detrás de los oscuros edificios. Los vendedores de periódicos los voceaban y Appleby compró uno. Leyó que sir Neville Henderson acababa de revelar haber sostenido una entrevista con Hitler. Appleby se metió el diario en el bolsillo y, sin pronosticar nada bueno para el porvenir, cruzó la calle.

En el centro de un pequeño espacio rodeado por una verja, una reina Victoria lo contemplaba adusta desde lo alto de su pedestal: una señora de edad, agobiada por la necesidad de empuñar al mismo tiempo el cetro y algo parecido a un pastel de ciruelas. ¿Qué habría pensado ella de todo esto, se preguntaba Appleby? ¿Qué opinión le habrían merecido los procedimientos de Timoteo Church? Gladstone los desaprobaba, pero luego el conde de Beaconsfield —un hombre mucho más comprensivo— habría de mostrarse entusiasmado. Sus razones tendría para hacerlo así, pensaba ásperamente Appleby. La opinión del príncipe consorte hubiera sido la única inobjetable; pero lo único más seguro, desgraciadamente, era que había muerto sin dejar un memorándum sobre tan inverosímiles cuestiones.

Appleby se detuvo. Sonaban las trompetas, y se veía subir por la escalinata del Ayuntamiento de Nesfield una figura revestida de escarlata. Reuníanse los tribunales. Quién sabe si la próxima vez tendría que ocuparse el juez del caso del profesor Pluckrose. Ya era hora, pues, de dedicarse a este asunto, porque la cuestión de Timoteo Church y la señorita Cavenett, si bien apasionante y extraña en sí misma, carecía de toda conexión con él. ¿Y si no fuera así? Supongamos que el profesor Pluckrose fuera el jefe de esta misteriosa actividad que había descubierto. ¿Y si tal actividad se hallase organizada en gran escala? ¿No habría en esa jefatura algún peligro, aunque de carácter melodramático no por ello menos cierto? Empero, ninguna de estas suposiciones parecían armonizar con el conocido modo de ser de Pluckrose. Tampoco era probable que la peculiar forma de bigamia de Church tuviera nada que ver; ni era, igualmente, de esperar que lo tuviera el té de la señora de Tavender. No obstante, esta mujer figuraba en primer lugar en la lista de Appleby. Para eso era todavía el Día de la Mujer. Appleby saltó a un tranvía.

Los Tavender habitaban en un barrio muy tranquilo. En toda la larga carretera arbolada que conducía a su residencia, solamente era visible una figura humana: un hombre de sombrero hongo que llevaba a Appleby unos cien metros de ventaja. En aquel momento la figura se detuvo; siguió unos pasos más e hizo otro alto. Ahora miraba hacia el cielo, como si esperase —pensaba Appleby— recibir de él alguna inspiración. Efectivamente, era el profesor Hissey. Quizá trataba de dar forma a algún pasaje interesante de las *Annotiatunculae Criticae*. Appleby se adelantó hasta colocarse a su altura.

—Buenas tardes, señor —saludó.

Hissey cesó en su contemplación de las alturas y miró a Appleby con recelo. Presumiblemente lo había confundido con uno de esos vagabundos peligrosos, para defenderse de los cuales es recomendable usar un pesado bastón. Mas, ahora, aclarada su mente, se había descubierto. Appleby, un poco olvidado ya de los modales académicos, hubo de hacer rápidamente lo propio.

—¡Mi querido Shrubsole! —exclamó Hissey—. ¿Qué tal estás?

—Bien, muchas gracias. —«Williams, Merryweather y Grant —reflexionó Appleby— podían pasar; pero Shrubsole ya era otra cosa»—. ¡Preciosa tarde para un

buen paseo!

—Lo es, lo es. —Hissey parecía algo intrigado—. Sin embargo, ¿sabes que me parece que no he venido con este objeto? —Volvió a buscar inspiración en el cielo—. Juraría que había salido con algún propósito definido.

—Yo también. Me propongo visitar a la señora de Tavender.

—¡Qué curioso, lo mismo que yo! —Hissey rió divertidísimo—. Precisamente ahora tenía un poco perdida la memoria. Por supuesto, hoy recibe la señora de Tavender. Así, pues, sigamos adelante, hijo mío. O, como tan singularmente lo hubiera expresado Scott, apartémonos.

—Así hubiera también hablado Shakespeare: ¡Aparta, aparta, muerte!

—¡Válgame Dios! ¡Qué extraordinariamente interesante! ¿Acaso sería Shakespeare escocés? Que era galés y alemán, ha sido demostrado plena y concluyentemente. Y recientemente, creo que también italiano. ¿Sabes que podría escribirse el ensayo más divertido sobre el peculiarísimo sentido de la evidencia de los historiadores ingleses? —Hissey, encantado con tal sutil y erudita humorada, le dio el brazo a Appleby—. Y, a propósito, qué estupidez la mía llamarte Shrubsole, mi querido...

—Appleby.

—Bueno, mi querido amigo. ¡Soy una calamidad para los apellidos! Aunque todo lo contrario cuando se trata de móviles humanos, créeme. Siempre sé lo que pretende un individuo; aunque me sea imposible distinguirlo por su nombre. ¿Cómo marcha hoy la guerra contra el atacante del pobre Pluckrose? —Hissey sonrió inocentemente, orgulloso de su conocimiento de las cosas del mundo—. Pero ya hemos llegado. Bonita casa. ¿No te parece? La mujer de Tavender es persona de posibles, según dicen. Una mujer superior e interesada en las bellas artes.

La señora de Tavender era grande, vehemente y algo indefinida. Sus téis casi tenían las mismas cualidades, de modo que fue fácil para Appleby deslizarse en la reunión, una vez más, con una simple presentación de Hissey.

«Cómo se aprende a entrometerse», pensó, y procedió a mezclarse hábilmente en el conjunto. Para ir de un lado a otro del salón, basta con un correcto y constreñido movimiento de hombros, con el que se simula quiere uno acercarse a un amigo en el extremo opuesto. Como nadie le presta atención, recoge a su paso frases entrecortadas de las conversaciones.

Estas reuniones de la señora de Tavender se celebraban en dos habitaciones alargadas y un vestíbulo cuya disposición era algo incómoda para las relaciones cultas y artísticas de Nesfield, Colgaban de las paredes cuadros dispuestos en ringleras y filas, como en una exposición de pintura. Había composiciones surrealistas cuyos fragmentos más notables probaban que eran trozos de fotograbados en color, hábilmente unidos; se veían cuadros formados por billetes de tranvía; y también había desnudos que, de cintura abajo, eran sólo una gran masa de salmón. Y sobre pedestales, al pie de las paredes, había esculturas y objetos curiosos; éstos

últimos más bien conjuntos de piedrecillas recogidas por artistas curiosos en su última excursión al mar. Figuraban también algunas «construcciones», hechas con mangos de escoba, cucharas de madera, esferitas de goma teñidas de colores brillantes y suspendidas de cordones, y rollos de alambre de púas cromado. En medio de esta profusión estética, los invitados ejecutaban algo intermedio entre una carrera de obstáculos y una zarabanda. La señora de Tavender los estimulaba. Lucía sobre el pecho un enorme collar que movía de un lado al otro como para imprimir un ritmo más rápido a la asamblea. En un rincón, Tavender, con su risa aguda y desagradable, lo vigilaba todo con placer evidente.

Appleby, después de procurarse una taza de té y un bocadillo, ligeramente rizado por los extremos, observó atentamente a los contertulios. Los artistas comían más que los intelectuales; para algunos la ocasión constituía claramente un buen atracón. Se veían jóvenes con melena y americana de terciopelo; otros, que visitaron París últimamente, mostrábase cuidadosa, discreta y propiamente vestidos. Los artistas miraban a los otros invitados sin apenas pronunciar palabras. Los demás invitados contemplaban los objetos expuestos y parecían hacer cuestión de honor el hablar incansable y animadamente. Si se nos encargase la preparación de lo que pudiera llamarse una frívola ficción —pensaba Appleby— éste sería el resultado. Mas, para quien se interesara en la agobiadora realidad de un meteorito errante y letal, el significado de todo ello resultaba depresivamente difícil de discernir...

Fue en ese instante cuando una señora se acercó a Appleby y le estrechó la mano. Una dama de pequeña estatura y de gentil apariencia, modificada por un enorme sombrero; en realidad, se dijo Appleby para sí mismo, una especie de centauro artístico-profesoral. Le estrechaba la mano firme y amistosamente, como si hubiera advertido las maniobras del movimiento de hombros y lo juzgase demasiado solitario.

Luego habló así:

—*Pata pata, ko-ko-ko. Rondi rondi rípalo.*

Así sonaba aproximadamente. Y procediendo de fuente que hacía prometer una comunicación inteligente, resultó de lo más desconcertante. Appleby se aventuró, con cierta precaución:

—¿Cómo está usted? —dijo.

El centauro lo miró con sorpresa y quizá con aire de reproche.

—¿Va usted a pretender —gritó— que *no* es uno de esos interesantes rusos modernos?

—Temo no serlo; realmente, ni siquiera soy ruso. —Appleby empleaba un razonable tono de disculpa—. ¿Y podría saberse por qué supuso...?

El centauro sonrió tranquilamente, y con gran dominio de sí misma.

—Será a causa de que no mete las manos en los bolsillos. ¿Nunca oyó eso aplicado a los rusos? A todo ruso bien nacido ni siquiera le cruzaría por las mientes la posibilidad de permanecer en un salón con las manos dentro de los bolsillos. ¿Interesante pueblo, no cree?

Appleby convino de buen grado en que los rusos eran interesantes. El centauro lo contempló inquisitivamente un momento; mientras buscaba, con seguridad algún otro tema.

—¿Ha trabajado con mucha intensidad últimamente?

—Pues bien... sí. Algo muy complicado. Un asesinato en Bermondsey.

—¡Interesantísimo!

—Y una mujer que intentó envenenar a su propia abuela en Bow.

—¿De veras? Créame que me encantaría verlas algún día.

Appleby quedó nuevamente helado.

—¡Oh, sí! —dijo vagamente—. Mucho.

—Me interesa en extremo la nueva escuela anecdótica. En pintura es algo que nos ha faltado durante mucho tiempo. Soy profunda admiradora de Firth, así como de Tissot; y mi padre era amigo personal de Holman Hunt. Debemos confesar que hemos sido injustos con esa generación durante muchos años. Particularmente me agradaría ver su envenenamiento.

No sin algún esfuerzo, Appleby recuperó el equilibrio en medio de aquel parloteo.

—Lo siento, pero se trata de un error. El asesinato y el envenenamiento fueron completamente reales. Soy policía, no pintor. Mi nombre es Appleby.

El centauro, fue impresionante observarlo, ni siquiera pestañeó.

—Eso —dijo jovialmente— es más interesante todavía. Se trata del pobre Pluckrose, no puede ser de otra manera. Y usted es el alto funcionario de quien todo el mundo habla. Y amigo de nuestro estimado duque.

Jamás se había visto Appleby tratar de alto funcionario. Era casi tan extraño como ser tomado por un ruso moderno.

—¿El duque de Nesfield? —dijo—. Ayer lo conocí por vez primera.

El centauro sonrió... misteriosamente.

—Ya sabía yo desde el primer momento que existían curiosísimos entretelones detrás de este asunto. No me sorprende en absoluto que hayan llegado las salpicaduras hasta el Ministerio de Relaciones Exteriores.

—¡El Ministerio de Relaciones Exteriores! —Appleby se sobresaltó.

—No hablemos más de ello. Será usted policía, si así lo afirma. —La voz del centauro era ahora a un tiempo conspiradora e intencionada—. Ha de saber que mi nombre es Isabel Godkin. Soy la directora del internado para señoritas de Santa Cecilia. Doscientas muchachas, señor Appleby. Doscientas jóvenes *ingenuas* a las que tengo que formar. —La señorita Godkin prorrumpió en estudiada y corta risa, expresiva de *cómico* desaliento—. Un poco de música, algo de deporte, algo de lo que no debe ignorar una dama. Le aseguro que es labor interesantísima. Una especie de escuela de retoque que ha de comenzar desde el principio. —Era ya suficiente y la señorita Godkin no habló más de esto—. Es arduo pero importante, absolutamente tan importante como sus estudios propiamente dichos. Espero que un día vendrá a visitarnos.

—Me sería muy grato. —Appleby miró gravemente a la temible mujer—. Y no dudo de que se trata de una labor dura. En algunas ocasiones, experimentará usted, con desaliento, que todo su trabajo es solamente una orgía de snobismo.

Esta vez el centauro abrió unos ojos enormes.

—¡Jamás me habían dicho...!

—Ha de ser algo parecido, sin duda, a lo que sucede con las cajas de ahorros.

—¡Con las cajas de ahorros!

—Consiste en conseguir que el pueblo deposite en ellas una pequeña suma de dinero; inmediatamente, se sienten preocupados por una serie de intereses económicos. De una manera parecida, ustedes enseñan a sus muchachas a decir merienda *dinner* en lugar de merienda té; y enseguida, se sienten ligadas, por una atadura invisible, al posible equivalente de Mayfair en Nesfield. Recuerdo que el cardenal Newman observó esfuerzos similares en Birmingham. Los denominó, si la memoria me es fiel, imitaciones pintorescas de la impiedad del gran mundo. —Appleby sonrió de la manera más amable a la señorita Godkin. Neciamente, se había colocado entre la espada y la pared, y con toda seguridad la directora de Santa Cecilia exigiría su inmediata expulsión de la reunión de la señora de Tavender...

Pero la señorita Godkin seguía sonriendo del modo más amistoso.

—¡El *mismísimo* duque! —comentó—. ¡Un *gran* conversador! ¿No cree que lo es? Por mi parte, me interesan extraordinariamente las ideas radicales. Algunos amigos de mi padre pertenecían a la Sociedad Fabiana. Hombres de luengas barbas, y famosos en la economía y otras actividades. No deje de visitarnos. Será *beneficioso* para las jóvenes saber también que en el Ministerio de Relaciones Exteriores existen mentalidades *progresivas*. Temo que algunas de ellas se sientan un tanto inclinadas hacia el socialismo.

«Nada logra superar —reflexionaba Appleby— a una mujer convencida y falta de lógica». Sólo quedaba huir de la señorita Godkin lo más rápidamente posible, pero un pensamiento le asaltó. ¿Por qué había supuesto que existían *entretelones* en el caso de Pluckrose? ¿Y por qué se le había metido en la cabeza que de todos los lugares posibles, él era un enviado del Ministerio de Relaciones Exteriores? Mientras se hacía estas preguntas, surgió en su recuerdo la imagen de Juana Cavenett relatándole su extraña historia del bígamo Church. ¿Sería posible que...? Appleby se volvió nuevamente a la señorita Godkin.

—¿Supongo —preguntó— que la mayoría de las jóvenes serán de la localidad?

—Casi todas son de la región y de la zona que abarca la universidad. Cuando una muchacha no tiene familiares en Nesfield, forzosamente debe alojarse en el internado. Albergarse por su cuenta ya no se les permite a las muchachas. Excelente medida, como usted convendrá.

—Siempre es grato oír hablar de cosas que ya no se permiten. —Appleby miraba seriamente a la señorita Godkin—. Pero ¿no hay también algunas otras? ¿Muchachas extranjeras, por ejemplo?

—¡Ah! —Otra vez el tono de la señorita Godkin era conspirador, al mismo tiempo que se mostraba notablemente indecisa. Appleby tuvo la impresión de que había algo que la intrigaba grandemente—. Hemos tenido cierto número de ellas. Alemanas, la mayoría. Y algunas, de familias muy distinguidas. Durante cierto tiempo, sir David... —La señorita Godkin vaciló—, aunque supongo que probablemente usted está mejor informado que yo.

Era algo misterioso y delicado. Appleby decidió insistir.

—¿De manera que sir David Evans tiene relación con...?

Una voz alegre lo interrumpió, a sus espaldas, y una mano se apoyó en su hombro.

—Vaya, vaya —dijo la voz—. Exactamente el lugar donde se esperaría hallar al sabueso en funciones.

Se trataba del joven Pinnegar. Como la señorita Godkin, parecía haber modificado su atuendo en atención al carácter estético de la reunión, pues usaba una llamativa chaqueta de pana de color naranja.

—Y ahora que recuerdo —dijo—, veo que ha seguido mi consejo.

Appleby asintió.

—Así es.

—Vaya, vaya. —Pinnegar cogió un trozo de mostachón de almendra y apuntó con él a la señorita Godkin—. Es el señor Appleby... un polizonte. Y yo soy el delator. Yo di el soplo acerca de la desordenada casa de la señora de Tavender.

La señorita Godkin, mirando muy fríamente el mostachón, dio a entender que la broma era desagradable.

—Frase inadecuada, si se recapacita. ¿Por qué desordenada? Tengo entendido que tales lugares poseen una especie de conveniencias indeterminadas y un decoro propio. Lo que, evidentemente, busca Appleby es el busto. Pluckrose, que pretendió deteriorar el busto, resultó deteriorado.

—Posiblemente. —La señorita Godkin, observó Appleby, aunque parecía desaprobador, no revelaba desconocimiento. Debía ocultar, por tanto, algún sentido aquella jerigonza—. ¿Dónde está el busto? —inquirió—. ¿Puede verse?

Pinnegar asintió con la cabeza.

—Está en el vestíbulo. Por aquí. —Y comenzó a repartir codazos. Appleby seguía, y también la señorita Godkin. Ahora veían una efigie en mármol de sir David Evans. Aunque ejecutada en un estilo muy moderno, el material era la piedra blanca, tan popular en la época victoriana. El cutis de sir David, tan rubicundo y hasta rojo en el original, se revestía, aquí, de una palidez mortal. Mas lo verdaderamente extraño era que el cabello de sir David, níveo en el hombre real, estaba pintado del verde más fuerte.

—Se está decolorando —expresó la señorita Godkin—. Realmente, no es posible haber ideado cosa más excéntrica.

—¿No será —interrogó Pinnegar— que pretende demostrar alguna relación con los hechiceros? ¿Tenían el pelo verde? No recuerdo. Quizá toda la intención es ésta: Evans no es de mayor categoría que un hechicero. Se hace a la mar en un cascarón de nuez. Sus poleas y aparejos intelectuales búllanse en grotesca desproporción con las empresas de altos vuelos filosóficos que acomete. Reconózcame, al menos, el mérito de una nueva interpretación.

—Pero, ¿y el profesor Hissey? —dijo la señorita Godkin—. El hecho ocurrió, en realidad, durante una discusión entre Pluckrose y Hissey. Me encontraba muy cerca y puedo atestiguarlo. En tal caso, habríamos de admitir que Hissey recriminaba a Pluckrose por su propósito de transformar al pobre sir David en un hechicero. Y no sé si lo hubiera hecho. Estoy convencido de que Pluckrose hubiera podido pintar a rayas todo el cuerpo de sir David en persona, sin que Hissey moviera un dedo de la mano.

—Se dice —comentó Pinnegar— que Lasscock también intervino. Me refiero a la discusión. Se le oyó perfectamente instar a Pluckrose para que desistiera. Inusitado despliegue de energía por parte de Lasscock.

La señorita Godkin aprobó.

—Es muy cierto. Yo misma vi al señor Lasscock que pretendía arrancar el frasco de la mano de Pluckrose.

—¿El frasco? —Appleby enterado a medias, miraba de la señorita Godkin a Pinnegar—. ¿Quiere decirse que Pluckrose, en el curso de una de estas reuniones, vació una botella de pintura verde sobre el busto de sir David Evans?

Pinnegar movió la cabeza indulgentemente.

—¡Inspector, inspector —dijo—, qué precipitadas conclusiones! La señorita Godkin es testigo de que su reconstrucción del crimen es asombrosamente equivocada. ¡No vació el frasco, sino que lo rompió! Vea cuánto más dramático fue el suceso. Y no se trataba tampoco de pintura verde. Era un líquido incoloro contenido en un recipiente de cristal. Hay quien está dispuesto a jurarlo. Lo derramó con un golpe violento, e instantáneamente, la cabeza del busto se tornó verde. Lo que se dice una exhibición de química de salón. Si bien, como dice la señorita Godkin, el efecto se está desvaneciendo. Todo esto sucedió hace quince días.

—Comprendo. —Appleby con profunda tristeza, clavó su mirada en el busto. Si podía concebirse un proceder más extraño que la bigamia de Timoteo Church, era seguramente aquella demostración del hombre asesinado. Ahora que la existencia de algún nexo entre ambos asuntos o con el drama central del meteorito era problemático. Appleby volvióse otra vez a Pinnegar—. ¿No se buscó ninguna explicación? Al fin y al cabo, era algo completamente desusado en el salón de una dama. ¿Qué disculpa ofreció Pluckrose?

—Absolutamente ninguna, que yo sepa. Simplemente, se retiró. Por supuesto, lo consideraron como una grave incorrección; aunque Pluckrose era conocido por sus excentricidades.

—¿Sufría depresiones? —Appleby recordaba la teoría de sir David Evans—. Quiero decir, ¿caía a veces en estados inequívocamente neuróticos?

—No puedo decir que lo haya sorprendido nunca comiendo hierba o trepando por las cortinas. ¿Y usted, señorita Godkin?

—Tampoco. Y nunca me llamó la atención como hombre particularmente inestable. Indiscutiblemente, era un entremetido. Siempre que concurría a los tés lo hacía para explicarme cómo entendía que debía gobernarse Santa Cecilia. Confieso que me desagradaba, porque después de todo, hace ya tiempo que estoy en el cargo y creo que he aprendido a hacer las cosas propiamente. Son muchos los que han observado que mis pupilas saben comportarse tanto en la calle como en un salón; cuándo y por cuánto tiempo pueden mirar a usted; no pasarse la vida comprando medias muy caras; y usar...

—¡De acuerdo! —Para ser la primera vez, pensaba Appleby, ya era suficiente—. Es lógico que se resintiera de la injerencia de Pluckrose. Pero, ¿acaso sus observaciones se basaban en una experiencia personal? Es decir...

—Comprendo lo que usted quiere decir. —Asintió vivamente la señorita Godkin—. Poseía esa experiencia. Lo que resultaba más fastidioso en Pluckrose era que siempre planteaba el tema. Aducía el ejemplo de un moderno colegio femenino de Oslo... o algo así.

—Era su sistema para molestar a todo el mundo. —Pinnegar había regresado de su partida en busca de más mostachones de almendras—. Primeramente se enteraba de su asunto con toda calma y luego pretendía enredarla en él. Una costumbre desagradable, que no dejaba de ser académica, aun cuando fuese mezquina, incorrecta y vulgar.

—¿Supongo que lo sucedido llegaría a oídos de sir David?

Pinnegar sonrió socarronamente.

—¡Pero hombre de Dios!, se encontraba aquí mismo. Cuando se acercó para despedirse de la señora de Tavender, se vio frente a frente con el busto. Debo reconocer que el muy demonio se comportó soberbiamente. Lo miró y no se contrajo ni un músculo de su cara. Dio las buenas tardes con su habitual y benévola altanería, y se encaminó hacia el coche con su paso corto y rápido. Fue al día siguiente cuando tuvo conocimiento de lo ocurrido, a través de Tavender, a quien había invitado a almorzar.

—¿Cree usted que sería capaz de albergar resentimiento contra Pluckrose a causa de la ofensa?

Pinnegar hizo una mueca.

—¿Y de arrojarle una roca? Estoy seguro de que no deja de ser una bella teoría para usted; pero no me parece muy verosímil. ¿No cree, señorita Godkin?

—En absoluto; y además, la actitud de sir David hacia los profesores es peculiar. Diríase que se toma el más caro interés por verles cometer disparates, porque

cualquier necesidad de aquéllos contribuye a reforzar alguna de sus propias teorías. Ignoro de qué teoría se trata, pero estoy convencida de que existe.

—Los auxiliares quedan totalmente excluidos de ella. —Pinnegar daba término feliz a su último mostachón—. Nada más que a los catedráticos. —Miró en torno del salón—. Como si se propusiera irritar hasta al más inofensivo de ellos: incluso al mismo Hissey.

Appleby miró también en derredor. Recordaba que se había sorprendido al plácido y distraído Hissey en cierta discusión con Pluckrose, un momento antes de ser embadurnado el busto. Quizá se le pudiera sacar algo. Escudriñó en vano a la concurrencia, que todavía se apretujaba. Hissey debía de haberse retirado. Para cualquier aclaración que pudiese suministrar era necesario esperar hasta el anochecer, en el hotel. Oscurecía y ya era hora de encontrar a Hobhouse, y averiguar si, en efecto, había hallada el rastro del meteorito.

La señora de Tavender permanecía al lado de la puerta. Appleby se aproximó y estrechó su mano.

—Encantada —dijo en una voz a un tiempo ausente y emotiva. Fueron las únicas palabras que oiría de su boca; con seguridad, no era una de las mujeres del caso.

Moviéndose involuntariamente al ritmo de las cuentas del collar, pasó a un vestíbulo exterior. De pie en la escalera hallábase Tavender: un satélite en la obra de su mujer, se habría pensado de él. Y, sin embargo, Tavender no carecía de personalidad. Aproximábase ahora con su andar vacilante, su risita y frotándose las manos fuertemente: de un modo extraño, un hombre formidable. Quizá escondía cualidades especiales de voluntad o de inteligencia; acaso era maravillosamente perspicaz. Detúvose ante Appleby con una mueca incierta.

—¿Sobre la pista? —preguntó; y enlazó sus manos en una actitud desconcertante, más bien como invocando a invisibles genios o monstruos malignos.

—Despistado, completamente despistado. —Appleby, inclinado misteriosamente a esta pequeña exageración, movió la cabeza con pesimismo.

Tavender disfrutaba visiblemente. Su reír hízose francamente amistoso; se balanceaba sobre las puntas de los pies, como un locutor ante el micrófono.

—Bien, bien —dijo—. Y ahora que recuerdo: ¿cuándo menos habrá examinado nuestro busto?

—Lo he visto.

—Una verdadera vergüenza, ¿no le parece? Por otra parte, un busto completamente nuevo.

—¿Nuevo?

—Nuevo, amigo mío... y exquisitamente artístico, de aceptarse el criterio de mi mujer. —Tavender rió... conoedor, malicioso, alegre—. Ya lo sabrá todo... a su debido tiempo.

Appleby permaneció callado.

«Yo debiera —se decía— sentirme molesto, y, sin embargo, más bien estoy agradecido; cosa rara. ¿Quién sabe?... Quizá resultará posible pagar a Tavender en su irónica moneda».

—Señor Tavender —preguntó en voz alta—, ¿cree usted que existe ahora mucha bigamia en la universidad?

Por un momento, Tavender lo contempló francamente sorprendido. A continuación su buen humor se desbordó.

—¡Enhorabuena! —exclamó—. ¡Todo un éxito! No afirmaré que por ese camino se llegue a parte alguna; o, mejor dicho, no se habrá de llegar, mas no deja de constituir toda una hazaña. —Se interrumpió, y quedó brusca y extrañamente inmóvil—. ¿Es usted aficionado a la lectura? —preguntó.

Appleby sonrió.

—Un poco. Cuando me queda tiempo.

—Lea *Zuleika Dobson*. Lea *Zuleika Dobson*, del incomparable Max.

CAPÍTULO VII

«NADA TAN ENFADOSO COMO LOS consejos criptográficos», rumiaba Appleby al salir por la puerta principal de los Tavender.

Zuleika Dobson era una obra maestra de fantasía, escrita precisamente para los universitarios. Pero ¿en qué forma la crónica del catastrófico suceso acaecido en Oxford a una mujer adorable podía iluminar estos jeroglíficos de bustos embadurnados y meteoritos destructores? ¿Y por qué...?

—Acritocromacia —exclamó una voz casi al oído de Appleby, que se volvió al instante. No se veía a nadie y, sin embargo, la voz habló otra vez—, Acroasis —dijo —; acroama, acroático, acroanático. —Hubo una pausa—, Acronarcótico —prosiguió la voz, elevándose como en son de triunfo—; acronicto, acrofonía, acrocordón. —Hubo otra pausa—. Acróbata —siguió la voz, ahora como desanimada. La puerta de los Tavender se abrió de nuevo para dejar paso al profesor Prisk—. Acre —exclamó—. Acre —repitió en tono de súbita y desconcertante repugnancia—. Una formación irregular y reciente. —Avanzó por el sendero y Appleby observó que se hallaba solo. O más exactamente, él y su manantial de palabras se retiraban juntos de la reunión.

Appleby esperó.

—Muy buenas tardes —saludó.

Interrumpidas así sus meditaciones filológicas, se detuvo Prisk y dirigió una mirada recelosa, bajo su nariz aguileña. Luego, correspondió al saludo con una evidente intención incisiva:

—¿Cómo está usted? Supongo que lo habrá pasado bien en nuestra reunión de anoche. Aunque más bien se me ha dado a entender que su verdadero propósito...

—Es muy cierto, señor. Me ocupo de la muerte de Pluckrose.

Prisk echó a andar.

—¿Y se puede saber si es una pista lo que le ha guiado hasta la reunión de los artistas?

—No diría yo tanto. —Appleby vaciló—. Algo he oído sobre el curioso caso del busto de sir David Evans.

—¡Ah! —De pronto Prisk quedó clavado en el suelo—. Aero cómico —expresó—. ¿Le resulta familiar la voz?

—Ciertamente no, señor.

—Ni le resultará tampoco de ahora en adelante. Nunca fue encontrado ese vocablo.

—No lo dudo. Muy bien, en ese caso...

—Pero Cockeram lo cita en 1626. ¿Conoce a Cockeram?

—Me temo que no.

—*El intérprete de los términos raros del inglés*. Interesante libro. Y la palabra significa «dotado de largos cabellos». Su indicación acerca del busto del vicerrector me puso en camino de ella. —Mientras derramaba esta erudita charla, pensaba Appleby, se iba enredando en una especie de tema incongruente.

En notable contraste con el distraído Hissey, Appleby sabía exactamente a dónde iba. Quizá, también, sabía cabalmente lo que estaba diciendo, lo mismo que...

—*Yao* —dijo Prisk de repente.

—¿Cómo?

—¿De dónde cree usted que sacó eso Swift? De Houyhnhnm, es evidente: se trata de un simple relincho. ¿Pero, por qué *yao*?

—Es una palabra correcta —consideró Appleby.

—Pues claro que lo es. Y lo curioso es que ha acudido a mi mente a causa de Pluckrose. Pluckrose era un *Yao*. No deje de consignarlo en el informe. —Y Prisk avivó el paso.

«Enteramente feroz —reflexionaba Appleby—. Y pone lo mejor de su ferocidad en machacar, flagelar y torturar palabras. ¿Es concebible que esta curiosa forma de sublimación cesara a ratos, y que hubiera permitido a Prisk suficiente libertad de movimientos como para liquidar al colega aborrecido? Suposición completamente fantástica. Pero, acaso, el meteorito y el busto ¿no lo son en menor grado?». Appleby observó atentamente la figura que a su lado se escapaba.

—¿No es capaz de tratar de Pluckrose sin apasionamiento?

—Jerga —repuso Prisk.

—¿Cómo ha dicho?

—Eso de sus apasionamientos es jerga. Pero no lo pronuncie. Y en cuanto a Pluckrose, era un ser infrahumano.

—¿Es jerga también eso?

—Puede ser. —Rió de buena gana—. Pero es la purísima verdad.

—Ya me hago cargo. Por supuesto, existía el hecho del teléfono.

—¡Ah! ¿También ha llegado hasta usted la noticia? —Prisk se ladeó tan de improviso al doblar la esquina, que su hombro y el de Appleby chocaron—. ¿Compartiría usted de buen grado su cepillo de dientes con todo un *Yao*? Naturalmente, no. Entonces, ¿por qué había yo de compartir un teléfono con Pluckrose? No di el brazo a torcer. Usted podría quizá considerarlo como motivo para el asesinato.

—Todo será tenido en cuenta. —Appleby comprobó que casi se encontraba sin aliento—. Lo que puedo decirle es que de vez en cuando los incidentes insignificantes han conducido al homicidio.

—Subhomicidio. Infrahomicidio. Mas, ¿por qué, discurriendo ahora seriamente, había alguien de pensar en desembarazarse de Pluckrose?

—¿Por qué, en efecto? —La entonación de Appleby era de sincera coincidencia—. ¿O por qué habría alguien de pensar en asesinarlo a usted?

—Pero, señor mío, nadie se ha propuesto matarme. —Prisk hablábale como a un niño sin uso de razón—. En cuanto a eso, Pluckrose era una víctima mucho más indicada que yo. Él se metía en las vidas de las gentes, mientras que yo podría ser presentado como el más inofensivo y apacible de los hombres. —Y Prisk prorrumpió en su extrañamente agresiva y siniestra risa. Una risa sensual, para Appleby—. Un hombre que, además, no posee fortuna; que sólo atesora un poquito de filología sin ningún valor cotizante.

—A no dudar, señor. De todas maneras, resulta interesante el hecho de que usted haya considerado tal probabilidad. La posibilidad, me refiero a ello, de que haya existido un error. Una confusión telefónica o algo semejante. —Appleby se detuvo, pero Prisk no se dio por aludido—. Algunos de sus colegas lo han venido discutiendo. Una teoría más bien enojosa, pero que no carece de su faz favorable. Si el asesinato de Pluckrose representa el fracaso de un plan en el que usted era la víctima elegida, es evidente que usted no puede ser el asesino de Pluckrose.

—¡Menos mal! —Prisk rió nuevamente—. Esto es lo que se llama deducción. Y aún agregaré que la muerte de Pluckrose difícilmente puede ser la imprevista consecuencia de un intento mío de suicidio.

—Inobjetable. Si el asesino iba a la caza de usted, usted no ha de ser el asesino. —Appleby calló, como recreándose en la lógica irrefutable de tal conclusión—. Aunque desde luego queda todavía otro aspecto parcial de la cuestión; y no tan favorable ni mucho menos. Lo expresó a la perfección nuestro reciente anfitrión.

—¿Tavender? —La voz de Prisk se animó.

—Precisamente. Parece persona muy inteligente. Lo que dijo fue esto: *Tire, tire de nuevo.*

—¡Ah! —observó Prisk—. El adagio.

—Eso es. O, si lo prefiere, el apotegma. Si al principio no logras el éxito, persevera, persevera hasta el fin. Suponiendo a Pluckrose la víctima propiciatoria, es evidente que un meteorito fue bastante. Mas si el verdadero objetivo era usted y sobrevino la confusión, es admisible que pudiera seguir otro. O, en otras palabras, que su vida quizá se halle en peligro. He ahí el lado desagradable a que aludía.

—¡Hum! —fue la respuesta de Prisk. Habían llegado a una calle principal e hizo alto en la parada de un tranvía—. Todo esto es absurdo. No me es posible concebir a dónde quiere llegar. —Miró intencionadamente a Appleby—. Estos interrogatorios tan irregulares no parecen un procedimiento policíaco muy correcto. Ahora, he de concurrir a una comida; así que le ruego me excuse. —Dio dos o tres zancadas en medio de la calle y saltó con cierta agilidad a un tranvía en marcha.

Era una despedida semejante a la del indignado Crunkhorn de la tarde anterior. Solamente que Crunkhorn se había despachado antes a su gusto, mientras que Prisk mantuvo su reserva. Su profunda aversión hacia Pluckrose era de todos conocida y, virtualmente, ésta fue la única expansión que se permitió. Por lo demás, era cierto que la conversación había tenido mucho de irregular.

«¿Es de esperar —preguntábase Appleby, al tiempo que subía a otro tranvía— que dé sus frutos más adelante?».

—El palacio de Nesfield —exclamó Hobhouse triunfante—. El objeto letal, señor Appleby, salió del mismísimo palacio de Nesfield. Y allí es a donde vamos ahora mismo.

—Conformes. Sólo que juzgo que está aún demasiado reciente el anterior para celebrar otro convite con el duque. ¿Qué tal si buscásemos, primero, algo que cenar por nuestra cuenta, y probáramos esa cerveza aguada? —Consultó su reloj—. Bueno, será una visita de sobremesa.

Salieron y comieron solomillo asado y pastel de Yorkshire. O para ser exactos —Hobhouse era un purista en esta materia— comenzaron por el pastel de Yorkshire, luego el jugo de la carne, y, finalmente ésta.

Hobhouse relató la forma en que siguió la pista del meteorito. Comenzó por los museos y centros culturales; pero obtuvo el más rotundo fracaso. Directores y custodios fueron unánimes en sus manifestaciones; la mayoría nunca había poseído un meteorito digno de tal nombre; y los que los poseían continuaban en el goce de su propiedad. Por otra parte, aquéllos le proporcionaron una lista de las personas cuyas inclinaciones científicas permitían suponer que fueran dueñas de semejante objeto: otro fracaso.

A estas alturas, Hobhouse pensó que las cosas grandes suelen tener algo como su propio museo. El primer turno le correspondió al palacio de Nesfield. Hobhouse, habilidosamente entró en contacto con el administrador del duque en la ciudad. Tras un sinfín de conversaciones telefónicas entre las misteriosas autoridades que integraban la mayordomía de la noble casa, llegó la noticia de que, efectivamente, había existido un meteorito, y que ese meteorito había desaparecido. Al saberse esto Hobhouse anunció firmemente que funcionarios de la policía se presentarían esa misma tarde en el palacio de Nesfield para ulteriores pesquisas. A lo cual respondió el jefe de policía local, quien hasta entonces no había dado muestras del menor interés por el asunto, que el protocolo requería que él formara parte del grupo de los agentes. Pero Hobhouse, como resultado de un derroche de tacto de cuyos pormenores haría gracia ahora a Appleby, hubo de persuadirlo de que era suficiente con que enviase el coche.

Como consecuencia de esta curiosa muestra de lógica social, instantes después Appleby y su actual colega ronroneaban cómodamente hacia las afueras. Unos treinta kilómetros separaban el palacio de Nesfield de la ciudad; y, salvado el tránsito intenso, no exigiría más de media hora recorrerlos.

Hobhouse se acomodó en su asiento.

—¿Y qué tal —inquirió—, un día provechoso?

Era una pregunta inocente; con seguridad los pequeños de Hobhouse la escuchaban más de una vez a su regreso del colegio. Appleby encendió la pipa y recapacitó.

—Veamos —dijo—. No del todo malo, aunque un poco mezclado. He averiguado los pormenores de un pequeño acto de vandalismo contra una obra de arte. Digamos cinco libras o doce días de arresto. He obtenido una virtual prueba contra un tal Lasscock, culpable de fingirse enfermo y amodorrarse al sol. ¿Castigo? Tal vez una discreta expresión del deseo de sir David Evans, para que mejore su salud. Aunque diré que antes de esto tuve que intervenir en un pequeño asunto de bigamia que en sí reviste todas las apariencias dramáticas. Hechura del Club de los Bígamos.

—¿De quiénes?

—La Sociedad para el Fomento de la Bigamia. Y aún no estoy seguro de si no le correspondería lo de Real Sociedad, porque existen ciertas sospechas de que nuestro ilustre amigo sir David resulte complicado. Lo cual rechaza de antemano, ante tan respetable patronato, la posibilidad de algo delictuoso. Interesante, de cualquier modo. ¿No lo cree?

En la penumbra de la *limousine* podía oírse a Hobhouse respirar pesadamente.

—Tratándose de la cuestión de Pluckrose... —comenzó con pesada ironía.

—Estar seguro. Y mañana será mucho mejor. Abandonaremos estos preámbulos y abordaremos el fondo del problema. El proceso se precipitará. Alcanzaremos el punto culminante. Maniobraremos en el Patio de la Fuente y se hará la reconstrucción del crimen.

—Se me antoja que no será posible. —Hobhouse pareció repentinamente aprensivo—. Mi jefe...

Appleby se divertía.

—No es preciso forzar a todos los sospechosos a tomar parte en una especie de representación teatral. Trátase sólo de la mecánica del drama. ¿Cree usted poder conseguir un cadáver? Un cadáver reciente, por supuesto. Y sin aplastar.

—¡Ciertamente, no! —La voz de Hobhouse era tan resuelta como escandalizada.

—¿No sería fácil que en el hospital? Después de todo vendría a ser solamente a modo de una breve segunda autopsia.

—¡No sería nada de eso! —La lógica vino en auxilio de Hobhouse—. La autopsia se practica para poner en claro la causa de la muerte del cuerpo en cuestión. En lo que usted sugiere, el cadáver sería el de otro, y no el del caso... La decencia es la decencia, Appleby.

—Quizá esté en lo cierto. —Appleby guardó unos momentos de silencio—. Y de paso, lo que le aseguro es esto. Va a ponerse de manifiesto un gran contenido sexual en el asunto de Pluckrose. La patrona de Pluckrose, por ejemplo, me indicó casi sin eufemismos que se trataba de un hombre de hábitos inmorales. Y que nada menos que sir David Evans era su rival en estos disolutos amoríos.

Hobhouse se incorporó de un salto.

—¡Así se habla! —exclamó—. Lo repito mil veces: investigúese el problema sexual y se hallará lo que se busca. Lo voy a probar con un caso significativo...

El coche corría en la noche. Una jornada instructiva, ya que no edificante.

Habían cruzado ante una casa, iluminada con neón, de la que salían acordes musicales; alcanzaron a una pequeña columna de camiones de carga, mal olientes y desconsiderados, habían atravesado también grandes portones apenas perceptibles y ahora, al cruzar el coto de Nesfield, salía la luna, asomándose en el horizonte cual si quisiera sorprender, sin ser notada, el relato de Hobhouse. Durante un momento brilló diáfana en el firmamento, súbitamente indiferente y remota. A la izquierda reflejábase fríamente sobre una superficie de agua bordeada por una balaustrada que parecía interminable. A la derecha, se descubría en la oscuridad un gran grupo irregular de árboles y bosquecillos y manchones redondeados o en punta sobre una alfombra de césped limpio y segado a ras del suelo.

Cruzaron luego un puente, y vieron beber agua a unos venados. El camino corría al borde del arroyo. Enfrente, bien situadas entre arboledas y aguas mansas, se veían las ruinas de la abadía de Nesfield: una silueta de arcos rotos y colgantes, prendidos por la mano oculta de la naturaleza que, invisible, los sostenía desde el aire; tesoro de decadencia embalsamada.

El coche adelantó algo más con sus ronquidos, describió un círculo y se detuvo. Se hallaban ante un elevado muro de piedra, con puertas de hierro forjado, flanqueadas por monstruos altivos: cachorros de león, como guardianes, pensó Appleby, recordando a Tennyson. El conductor hizo sonar discretamente la bocina y hubo movimiento en la puerta de la casa del guarda.

—El parque —dijo Hobhouse con el tono apagado con que se habla en la iglesia—. Fue su abuelo quien lo acotó tan bien para la caza.

Nuevamente el automóvil se puso en marcha, ahora avenida abajo.

La gran avenida de olmos corría ante ellos como una flecha recta y estriada en sus costados. A la velocidad que llevaba el coche, era como precipitarse, a lo largo de la nave de un templo interminable, al encuentro de misterios imprevistos.

«Es interesante —pensaba Appleby— el ser plebeyo; nada se da por previsto y se logra la máxima emoción».

La avenida describía una curva, tornaba a ser derecha y torcía una vez más. Aquí entraron en el espacio abierto, iluminado por la claridad de la luna. Fue lo mismo que remar alrededor de un punto en un bote y toparse con un acorazado anclado de proa.

A ambos lados el palacio de Nesfield se movía en la distancia, o mejor dicho, lo habría hecho de no hallarse cuidadosamente sostenido, contra toda estimación estética, por las macizas y perpendiculares columnas corintias que se elevaban en una sucesión de frontis, o distribuidas militarmente, por pelotones y compañías, en pórticos y columnatas simétricamente dispuestos. Al fondo de todo esto se distinguía

una multitud de escalinatas avanzando y retirándose unas de otras como en una danza sobre el hielo; y más al fondo todavía, un sistema de terrazas, a un mismo tiempo severas y amplias, matemáticamente embellecidas con escultura clásica: sabuesos y verracos, sátiros y ninfas; Laocoonte, Hércules y Niobe, todos deteriorados.

Appleby lo contemplaba todo mientras el vehículo acortaba la marcha. Habla una gran cantidad y a buen seguro que estaban allí desde hacía mucho tiempo, y así habrían de seguir, aun cuando Inglaterra entera se transformase en el paraíso perruno del duque. Aun después de perdida la memoria de la existencia de obreros extenuados e infantes imbéciles, se mantendría en pie, continuaría expresándose en su propio lenguaje y no en la jerga de los nuevos tiempos. Al instante, la imagen de Pluckrose se hizo diminuta; ante aquella vasta fachada de piedra, la pobre figura encogíase progresivamente hasta alcanzar la dimensión del hálito negro de una araña aplastada entre las páginas de un libro de texto. ¡Cuán curiosa, sin embargo, la potencia de los escrúpulos morales! ¡Cuán curioso que los tribunales de esta moderna Inglaterra, sin clases y materialista, no vacilaran en autorizar el derribo de todo aquel palacio de Nesfield, piedra por piedra, si llegase a demostrarse que el enigma de la muerte del oscuro profesor habría de descifrarse solamente así!

El coche se detuvo ante una bifurcación del camino. Appleby observó el gesto de interrogación de Hobhouse, sonrió, y le dijo:

—¿Cómo cree usted que llegaremos?

—¿Cómo llegar? —replicó Hobhouse, mientras contemplaba indeciso las perspectivas de piedra pálida, iluminada por la luna—. Dirigiéndonos a la puerta principal, naturalmente. ¡Adelante!

Reanudaron la marcha en dirección a las últimas escalinatas, desiertas y hurañas. Diríase que más bien escudriñaban alrededor del buque de guerra en procura de una escala. De pronto, el motor del coche enfiló hacia arriba; un tramo de escalera cerraba el paso, y subieron por una rampa de piedra. Pararon. Envueltos en las tinieblas nuevamente se hallaban sobre terreno llano. Alzábanse enormes pilares en derredor, por los que aquí y allá se filtraban tímidos rayos de luna. Era como haberse extraviado en un bosque de olmos inmemoriales. Se apearon del coche y ojearon, más bien con desaliento, en la espesa sombra.

—Bueno —exclamó Appleby—, creo que no cabe duda de que ésta es la entrada principal. ¿Qué le parece si tocamos el timbre? ¿O será tal vez preferible golpear con los nudillos?

—Hobhouse no parecía dispuesto a retroceder.

—Quizá... yo creo que está usted en lo cierto, pero es probable que solamente la utilicen para la familia real. ¿No sería mejor que buscáramos por otra parte?

Nuevamente el coche en marcha enfiló hacia abajo y los interminables escalones, terrazas y balaustradas fueron desfilando en sentido opuesto. Doblaron una esquina.

—¿Sabe? —expresó Appleby—, tengo la impresión de que era precisamente un lado de la casa, porque continúa mucho más lejos por aquí.

—Si fuera un taxi habría marcado ya más de un chelín completo. —Hobhouse se estaba poniendo terco—. Y todavía no se ha visto ni una luz. Tendría gracia que estuviera deshabitado.

—Es probable que lo esté en sus nueve décimas partes. Mas creo distinguir un pórtico, algo más adelante. Vayamos hacia allí.

El pórtico en cuestión resultó de las dimensiones aproximadas de un túnel. Al atravesarlo, surgió ante ellos, por todos lados, el edificio. Ni el menor rayo de luz aún. Altos muros, lisos o con ventanas de postigos, aparecían intermitentemente. Rastrearón inciertamente a través de túneles sucesivos y rodaron lentamente por patios^[6] en pos del desierto palacio.

—Parece un sueño —comentó Hobhouse llanamente, y luego—: ¡Luces! —gritó en tono dramático, como el náufrago que divisa la vela de un barco.

Ahora los edificios eran bajos y menos regulares y al frente, en línea recta, se apareció un conjunto de luces. Rodó el coche un poco más hasta hacer alto. Un haz de luz quebró la oscuridad al abrirse y cerrarse una puerta. Otra, abierta de par en par, conducía a un corredor vacío y enlosado.

—Servicios —observó Appleby—. Lavaderos, armerías, caballerizas y sabe Dios qué más. Más bien una desilusión después de un acceso tan ostentoso. No obstante, la compañía humana es algo. Salgamos. Y no olvide guardar el debido respeto al palafrenero mayor.

Hobhouse movió negativamente su cabeza.

—Sigamos —dijo firmemente.

—Pero, ¿no cree usted?

—Señor Appleby, hemos de mantener a toda costa la dignidad de la justicia. Y esto no sería... No sería propio.

A una seña de Appleby el automóvil reanudó la marcha.

—Hobhouse —preguntó de repente— ¿por quién vamos a preguntar?

—¿Preguntar? —Hobhouse parecía no haber considerado este punto.

—Suponiendo que en media hora más lleguemos a la entrada a propósito para la justicia, ¿por quién vamos a preguntar..., por el duque o el alcalde?

—Más bien es asunto de solución difícil. Sin embargo, si se encontrase aquí el alcalde de Nesfield, le haría comparecer, sin duda.

—¿Y si hubiera un barón por estas cercanías?

—Pediría ver al barón.

—¿Y si en su lugar se tratase de un conde? —Los edificios volvían a destacarse ahora, y las ventanas iluminadas eran más grandes y mostraban cortinas de un color crema uniforme—. ¿O un marqués, digamos?

Hobhouse movía la cabeza confuso.

—¡Hay tanta gente alrededor de ellos! ¿Qué opina si preguntáramos por el secretario de su excelencia?

—Juzgo preferible que pregunte usted por el mayordomo.

—Me parece algo ridículo, Appleby.

Appleby rió.

—Y lo es. Pruebe, entonces, el intendente.

—¿Será caballero el intendente? —Hobhouse había bajado confidencialmente el tono de voz.

—En el sentido que usted pregunta, no.

—Entonces no lo haremos. Tanto más llegando en el coche particular del jefe local de policía. —Hobhouse recapacitó—. ¿Y si no preguntáramos por nadie? ¿Y si dijera sólo: «Soy el inspector Hobhouse, de la policía local», y esperara tranquilamente los acontecimientos?

—Eso sería fundamental.

«Un paraje que paraliza», pensaba Appleby en el momento en que el coche, con un frenazo, quedó fijo definitivamente. Acababan de llegar de improviso a una reproducción más pequeña de la entrada que presencié su primer intento de asalto: otra rampa ascendente y un zaguán. Únicamente que aquí colgaban luces del techo y derramaban claridad los marcos de las ventanas que encuadraban una puerta cerrada.

Descendieron y se llevó a cabo una rápida exploración.

—No hay timbre —dijo Hobhouse, súbitamente aplanado.

—¿Timbre? Sin duda no ha de haberlo. No puede calificarse de entrada este paraje. Apenas si servirá para dejar el gato afuera. Pruebe a llamar con los nudillos.

Hobhouse golpeó. Y volvió a golpear sin resultado.

—Parece que tampoco hay nadie —dijo.

—Eso no puede ser. Mire las luces. —Ahora era Appleby el impaciente—. Empuje la puerta, si cede, entraremos.

—¡Entrar! —Hobhouse manifestóse escandalizado.

—En ningún caso avasallaremos a un portero ni a un lacayo. Entre.

Con gran indecisión, Hobhouse empujó la puerta y penetraron en un vestíbulo decorado con esmalte verde pálido y en estilo chippendale chino. Al fondo, unas puertas de cristales con visillos por los que se filtraba la luz. Hobhouse lanzó una mirada en torno de él como si juzgara la suntuosidad y extrañeza del lugar. Avanzó hacia las puertas de cristales, abrió una hoja, y prosiguió sin detenerse. Inopinadamente dio un salto atrás, chocó violentamente con Appleby y cerró la puerta con fuerza.

—Hobhouse, por vida de...

—Alguien me ha disparado. —La mano de Hobhouse buscó en el bolsillo de la americana mientras su mirada, sobresaltada, vigilaba la puerta.

—¿Un disparo? Absurdo. No se ha oído ninguna detonación.

—Le digo que ha pasado junto a mi oído. Me ha rozado.

—Querido Hobhouse... —Appleby se detuvo y se quedó atónito. De la oreja izquierda de Hobhouse brotaba una gota de sangre.

Y entonces la puerta se abrió nuevamente y apareció ante ellos la alta figura del duque de Nesfield cortésmente curiosa.

—¿Espero —deseó— que no se hallará herido? Quizá no es lugar adecuado para el tiro, mas como nadie llega en esta dirección... —Se adelantó y dio unas palmadas, sin pretender demostrar sorpresa alguna al reconocer la personalidad de sus inesperados huéspedes—. Mis amigos y yo nos aficionamos a los dardos unos meses ha y celebrábamos esta noche una pequeña partida. ¿Practican ustedes el juego? —Cedió el paso y penetraron en lo que resultó ser una sala de billar—. Más café, Tomás. —Lanzó una mirada a Hobhouse—. Y un frasco de yodo.

Appleby observó en torno suyo. Efectivamente, allí estaba la tabla para clavar los dardos. Colgaba de la pared al lado de la puerta. Y de pie junto a ella, como quien estudia la estrategia de los menores detalles del juego, hallábase el joven Marlow. Y apoyado en una mesa de billar y examinando a los recién llegados con franco desagrado, el agrio y severo filólogo de romance, el profesor Prisk.

CAPÍTULO VIII

MARLOW —AFIRMÓ EL DUQUE— NOS lleva la ventaja. Tiene a su favor un adiestramiento periódico en un salón de la ciudad. Algo, desgraciadamente, que me está vedado, porque constituiría una afectación, del mismo modo que sería impropio de un catedrático.

—Indigno sería un calificativo mejor. —Prisk tomó puntería cuidadosamente—. Y pienso que excéntrico todavía sería un vocablo más correcto. Quizá empiece yo ahora a ocuparme del juego. Pluckrose era nuestro catedrático excéntrico, como el señor Appleby, aquí presente, ha puesto de relieve; y ahora, alguien ha de ocupar su habitación.

—A propósito de la habitación de Pluckrose... —comenzó Marlow.

—¿Whisky? —El duque se había adelantado hacia una gran bandeja de plata en la cual se alineaban unas cuantas garrafas y en ese instante, el tono de su voz al dirigirse a los presentes, era más bien seco.

Prisk y Marlow, parecían a Appleby, eran juguetes, una vez más, del capricho del duque, que celebraba tales pequeñas reuniones con algún propósito definido; y éste se relacionaba, seguramente, con el misterioso asunto de Pluckrose. Con todo, el duque no parecía muy dispuesto a dejar circular, así como así, el nombre de Pluckrose. De momento, al menos, había hecho creer que la visita de Hobhouse y Appleby era casual y forzaba a Marlow a callar sobre el tema.

—¿Whisky? —repitió—. Aunque una partida de dardos, realmente, debía acompañarse con cerveza.

—Diría usted mejor con cerveza fuerte —corrigió Prisk con energía—. La cerveza fuerte es la bebida natural del inglés, siempre que no sea ni compacta ni espumosa, que no deja ningún residuo o poso. La cerveza, en cambio, es la bebida normal del holandés. —Alzó un dardo, accionándolo como si se hallara en clase delante de la pizarra—. E invoco nada menos que la autoridad del *Régimen de salud*, del doctor Andrés Borde, un trabajo publicado en 1557, que constituye un verdadero jalón de dietética. El doctor Borde, que profesaba órdenes sagradas, murió en prisión poco tiempo después de ser encarcelado por su obispo, que lo acusó de ocultar tres ramerías o prostitutas en su celda de Winchester.

Luego que se hubo desembarazado de este viejo chisme, Prisk volvió a jugar, aunque, como súbitamente le pareció a Appleby, con aire vacilante.

A decir verdad, Prisk se hallaba algo bebido; o, como hubiera dicho el doctor Borde, desfigurado en licor. ¡Y el licor era del duque! Acaso el propósito de esta reunión pudiera vislumbrarse en ese detalle, y quién sabe si el duque utilizaba los agradables recursos de sus bodegas para adelantar voladamente un poquito más en el asunto de Pluckrose. Pero Marlow no estaba alterado por la bebida; antes al contrario,

causaba la impresión de mantenerse conscientemente sereno y contemplaba a Prisk no sin cierta calculada malicia.

—¿Borde? —comentó Marlow—. Yo creo que Prisk hallaría mejor consejo en Platt. En *El arte y la naturaleza adorno del hogar*, de sir Hugo Platt. Recomienda aceite de oliva. Un buen trago de aceite de oliva flota sobre el vino que se ingiere, e impide al espíritu de éste llegar hasta el cerebro.

¡Oh, qué bárbaro! —Prisk arrojó un dardo, con tan escasa puntería que Appleby temió por la otra oreja de Hobhouse. El resultado pareció descorazonarlo, y retirándose, fue a sentarse cómodamente en una silla, y allí comenzó a recitar solemnemente:

*A aquel que intenta ceñirse de laureles
y pretende amedrentar con amenazas:
frugal sea su pan, libe en pródigas tazas
cual Febo; el sabio, en las báquicas mieles.
Lo que el vino de mi cerebro en las cortezas
funde las sombras, llama viva en las nieves.*

Se detuvo y arrugó las cejas, como si hubiera perdido el hilo de su canto triunfal.

—Duque —dijo pesadamente—, si estuviese Gerardo, la noche sería completa.

—Exactamente, profesor. —El duque también se había sentado y desprendía la faja de un cigarro—. Pero Gerardo está ya admitido en Oxford, gracias a usted.

Así había sido. Prisk era el segundo de los preceptores dedicados a llenar de ciencia a Gerardo. Prisk y Marlow. Y ahora, después de la muerte de Pluckrose, he aquí al duque realizando una disimulada investigación que no lo era para Marlow, cuya actitud cautelosa demostraba que sospechaba el terreno resbaladizo que pisaba. En cambio sí lo era para Prisk, más agresivo y menos perspicaz, a menos que fuera un actor incomparable...

En ese instante Prisk elevaba, a la vez, su voz y su vaso:

*¡Oh, si mis sienes fueran por el vino teñidas
Y por guirnaldas de esa silvestre hiedra ceñidas!*

Nuevamente hizo una pausa.

—Un pasaje epifonemático —explicó cuidadosamente.

Ya era demasiado para Hobhouse. Abrió la boca como para anunciar que no había llegado en busca de las musas, sino del meteorito. Appleby consiguió contenerlo discretamente. El meteorito, o *más bien*, la ausencia del meteorito, bien podía aguardar. Había en marcha algo de mucho más inmediato interés. El duque se había embarcado en un relato que las damas del rey Eduardo habrían calificado de historia de salón de fumar.

En cierto modo, no ofrecía nada de extraordinario. Sir Roberto Walpole, contemporáneo de los mayores del duque que edificaron el palacio de Nesfield, fomentaba las conversaciones escabrosas basándose en que son las únicas que agradan a todos. Y en estos momentos el duque debía entretener a un grupo muy dispar. Mas con relación a Hobhouse, al menos, no le acompañaba la fortuna. El celoso representante de la autoridad, que sólo unos minutos antes explicaba a Appleby los más detallados pormenores de uno de los hallazgos más delicados de su vida de policía, hallábase como petrificado en su asiento. A otros tiempos, otras maneras. De ninguna manera era ésta la conducta que el siglo xx esperaba de sus nobles.

Mientras Hobhouse se encastillaba en una actitud de respetuosa desaprobación, Prisk se abría como una flor. Resultaba obvio que no portaba una sola talega invisible, sino dos; su tesoro verbal y el que pudiéramos llamar su tesoro amoroso. Y ambas ofrecían esto en común: un contenido curioso, refinado y pulido con el uso. No se manifestaba Prisk como un simple coleccionista de anécdotas pecaminosas; mucho de cuanto tenía que contar revestía la forma de reminiscencias personales. En una palabra —dedujo Appleby—, un verdadero viejo verde. Era un dato complementario para la filología del romance.

El duque servía whisky y era todo oídos. Escuchaba tan atentamente que Appleby percibió en el acto que no constituía el propio Prisk el norte de su atención. Apenas miraba a Marlow; no obstante, éste era el blanco de algún oscuro experimento. ¿Cuál era la reacción de Marlow con tal motivo? No estaba disgustado, como Hobhouse, sino furioso. O por mejor decir, las reminiscencias de Prisk provocaban en él una ira fría que toda su prudencia no era suficiente a encubrir, y era eso lo que el duque quería aquilatar. Marlow, en efecto, debía ser agujoneado hasta que sobreviniera el estallido. Tal era el plan, y el duque no tenía la menor intención de verlo interrumpido a causa de la llegada de una pareja de policías.

¿De qué se trataba? ¿Por qué lo desarrollaba el duque personalmente? Porque aquellos dos hombres habían sido sus huéspedes, sus empleados si se quiere. Porque en la universidad, que era uno de sus entretenimientos, un profesor había sido muerto en las circunstancias más extraordinarias. Y porque a causa de algo que sabía, o de alguna mira especulativa, habíase visto tentado el día anterior a desorientar a la policía, para deslizarse al final en un murmullo: «Y de paso. Supongo que se trata de... ¡ah!, Pluckrose». Sí, éstos eran los motivos.

Y he aquí al joven Marlow: pálido y retorciendo sus dedos en los brazos de la silla. ¿Por qué esa rabia contenida? De ordinario, los jóvenes, de no inhibirlos la religión u otras influencias, se entregan naturalmente a las conversaciones rabelesianas entre ellos. Por otra parte, les desagrada y molesta mucho el sorprender análogas charlas en hombres notablemente de más edad. Es un extraño aunque incontestable fenómeno psicológico. No obstante, ¿explicaba suficientemente la actual situación? De ninguna manera. Las reacciones de Marlow, sofocadas y todo,

superaban en exceso a cuantas pudiesen cobijarse bajo el manto de aquella hipótesis. En realidad, no quedaba más que una justificación razonable... Appleby frunció el ceño. No; existían todavía otras dos hipótesis razonables. Consideremos, por ejemplo, la afirmación de que, con Gerardo presente, la «noche» hubiera sido completa...

Por añadidura, era evidente el hecho de que el duque distaba mucho de disfrutar de la velada. Sobre su rostro se dibujaba una contracción no acusada la víspera. Pretendía salir al encuentro de la verdad; mas, en el fondo, la temía, y posiblemente trataba de llegar a ella por su único esfuerzo. Quizá había llegado a la creencia de que su profunda insinuación a los detectives fue un error. Ciertamente, no se mostraba inclinado a reconocer en ese momento y lugar la existencia profesional de Hobbouse y Appleby.

El duque sentía aversión por el problema, y por Prisk. Esto podía observarse en el tono con que le llamaba «profesor» y en el desdén con que le alargaba el vaso. Por el contrario, no era difícil apreciar su simpatía por Marlow. Todo lo cual se ajustaría bastante bien...

«Sólo que hay mucho que ajustar —meditaba Appleby ante su vaso intacto—. Por ejemplo, el busto de sir David y la bigamia de Timoteo Church. ¿Cómo hacerlos coincidir con lo que vagamente se gesta ahora en mi presencia? Y al meteorito, ¿qué colocación hay que asignarle? Y queda todavía el sentimental Lasscock que tiene por costumbre tomar el sol con frecuencia en el Patio de la Fuente. Luego, la señorita Godkin, directora de Santa Cecilia, la presunta dama política del día, murmurando misteriosamente del Ministerio de Relaciones Exteriores. Hay que ordenar todo esto, y aún falta la muy desconocida mecánica del crimen. Una sierra de vaivén no despreciable, y quizá sin disponer de una base para construir a su alrededor».

Appleby bebió el sorbo de whisky de rigor y contempló a Marlow por enésima vez. El joven daba al principio una penosa impresión. Se le hubiera descrito como petulante, difícil, despreciativo, vano, y, por ende, indigno de atención. Empero, todo ello era, quizá, una máscara para ocultar su fortaleza, y temeroso de sus verdaderos y, como tales, ignominiosos impulsos. En el momento presente se le podría calificar de joven y tolerable y notablemente idealista. Su juicio captaba ahora lo mejor de sus emociones. Si bien intensamente alérgico hacia Prisk en su actual disposición, había alcanzado el hecho esencial de que en todo el asunto existía algo artificial o maquinado. A buen seguro él no sería arrastrado. Podía percibirse como disminuía lentamente su tensión. Quizá, como el doctor Johnson en ocasión muy distinta, había salido airoso pensando en Tomás Tumba^[7]. Si el maquiavelismo del duque había combinado que Marlow aclarase la situación arrojándose sobre Prisk y atacándolo con los bolos de billar, su pequeña farsa teatral había fracasado.

El hecho es que la reunión, ya confusamente en un callejón sin salida, estaba sobre ascuas. Prisk había pasado repentinamente de un estado de impúdica volubilidad, a otro de mal humor y desconfianza; y la inquietud de Hobbouse era evidente. Era el momento propicio para abordar el asunto del meteorito.

—El objeto que cayó sobre Pluckrose —dijo Appleby aprovechando el primer silencio— resulta que procede del palacio de Nesfield, y a esto se debe que el inspector Hobhouse y yo nos hayamos decidido a visitarlo nuevamente. —Miró ingenuamente al duque—. ¿Sería también la causa de su amable interés por nosotros, ayer tarde?

El duque parecía estudiar un Canaletto grande y triste que pendía sobre la chimenea. Sin distraer la atención de las verdes aguas del cuadro, hizo un leve y negativo movimiento de cabeza.

—No —respondió—, están equivocados. Ignoraba todo lo referente a él hasta esta tarde. Realmente, aún no sé nada en concreto. Únicamente me han enviado un mensaje al recibir la llamada de su gente.

Hobhouse, con habilidad suma, sacó instantáneamente un libro de notas.

—¿Sabía Su Excelencia —inquirió severamente— que tal objeto hubiese sido robado?

El duque sonrió gentilmente.

—Realmente temo que no, inspector. No formaba parte de mis chucherías. Incluso el decidir si era o no posesión mía crearía un interesante debate filosófico. ¿Cuál es su punto de vista, profesor? ¿Puede afirmarse que poseo algo cuya existencia desconozco?

Prisk negó con la cabeza.

—En el palacio de Nesfield —dijo ponderativamente—, debe de haber muchas cosas, duque, de las que se ha apropiado sin saberlo.

—Exactamente. —El duque hizo repetidos signos de afirmación, como si hubiera escuchado una sagacísima frase—. Además, es difícil estar en todo aun cuando se tenga idea de su existencia. —Con un ademán vago y de excusa, pareció abarcar el conjunto de la grotesca profusión del edificio en que se hallaban—. No. —Dirigíase a Marlow por su nombre de pila—. Usted solía rondar mucho por ese sitio; ¿tenía conocimiento de algo?

¿Había, esperaba Appleby, algún propósito en la pregunta? ¿O representaba tan sólo el hábito cortés del duque de hacer intervenir a todos, a su vez, en la conversación?

Marlow negó.

—No, señor. Existen, por lo menos, tres museos independientes en estos alrededores. Y un sinfín de colecciones, curiosidades y rarezas distribuidas aquí y allá.

—Muy cierto. —El duque seguía disculpándose—. Varios miembros de mi familia tuvieron la manía de hacer colecciones de cuando en cuando. Mi abuelo prefería carruajes; se conservan alrededor de ochenta en el viejo naranjal. Mi tío Huberto reunía decoraciones de teatro; deben de andar todavía por ahí. Y uno se resiste a deshacerse de tales cosas. Después de todo, lo que sobra es espacio. —Levantose—. ¿Haríamos bien en ir a ver? Collins ha de hallarse enterado y no creo

que sea demasiado tarde para molestarlo. —El duque hizo sonar un timbre—. Tomás —explicó cuidadosamente al criado que acudió—, saluda en mi nombre al señor Collins y pregúntale si puedo ir allá con unos amigos. —Sentóse nuevamente—. Hay que conceder a Tomás una buena ventaja. —Miró irónicamente a Appleby y sonrió—. Démosle cien metros.

—Angélica Kauffmann —dijo el duque de Nesfield. Sujetando a Hobhouse y Appleby, a cada uno por un brazo, les obligó a detenerse; entonces levantó la cabeza hasta que la autoritaria nariz señaló el techo—. Se diría que esa mujer era una especie de mosca humana. No hay lugar como éste que no posea alguna obra suya. También hizo las puertas. Acérquense, observen ésta. ¿No les recuerda un delicado arabesco?

Prisk y Marlow marchaban adelante; y ahora, como resultado del celo del duque en su calidad de cicerone, perdiéronse de vista en algún corredor más alejado. Ningún ansia demostró su huésped por alcanzarlos en el curso de aquella peregrinación hacia Collins; unos pasos más y se había detenido nuevamente ante un retrato clavado en la pared.

—Lady Carolina Lamb —dijo—. Uno de sus retratos con ropas de paje. Hoy se la llamaría una máscara. Mi bisabuelo se sintió muy atraído hacia ella durante un tiempo. Eso fue después de Byron. ¿Qué opina usted de Byron? —El duque se había vuelto amablemente hacia Hobhouse—. A mí me tiene sin cuidado.

—¿Le tiene también sin cuidado Prisk? —Appleby dejó caer la pregunta al acaso, mientras estudiaba respetuosamente los rasgos de lady Carolina.

El duque pareció levemente sorprendido.

—¡Válgame Dios! —dijo—, ¿qué he hecho yo para dar motivo a esta pregunta?

—Preparar las cosas para irritar al joven Marlow y despacharlos juntos hacia un corredor solitario. Y esto, después de exponer sus dudas de que Pluckrose fuera el verdadero blanco del meteorito. Es evidente, señor, que está tratando de probar la fuerza de la animadversión de Marlow. ¿Llegará hasta lo positivamente homicida? El experimento me parece más bien arriesgado.

Por unos momentos el duque guardó silencio; avanzaron por el corredor hasta pasar a un salón débilmente alumbrado y tapizado de seda azul pálido.

—Inspector —interrogó al cabo—, ¿qué es esto que ha metido usted en la cabeza de su colega?

Hobhouse, precavido y alarmado, no replicó. Acababan de penetrar en otro corredor, blanco y frío, y avanzaban entre dos filas interminables de bronce, alojados en nichos a ambos lados.

—Sí —confesó el duque lentamente—. No espero que se llegue al asesinato a pocos pasos de nosotros; pero, en general, está en lo cierto. Si Martín Marlow fuera tan apasionado que tratase de matar a Prisk, empezaría a descubrirse la verdad. Se me ocurrió que al ponerlos frente a frente una vez más, quizá la verdad saliera a la

superficie. Ninguno de los dos sabía que yo citaba al otro para esta noche. Pero, ¿sería indiscreto preguntarle qué motivos encuentra usted en todo esto?

Habían doblado un ángulo y tenían ante sí los tramos de una gran escalera, por la que comenzaron a subir.

—Quizá una muchacha —expresó Appleby—. Ambos vivieron aquí juntos, durante algún tiempo.

Acaso Marlow tratara a una muchacha: una muchacha pura o que él creía que lo era. Es posible que entonces Prisk, que indudablemente tiene ciertas aficiones galantes...

—No es una mala teoría. —El duque, llegado a lo alto de la escalera, aceleró el paso—. Lamentablemente, tampoco es la verdad.

—Por desgracia, la verdad tiene que ver con su nieto Gerardo, para cuya preparación se hizo venir a estos dos hombres.

—Completamente cierto. —La monstruosa casa seguía desfilando tras ellos, interminable en sus salones y pasillos—. Completamente cierto. Es Gerardo el más agradable de los jóvenes, y lo que se dice de muy buenas costumbres. Marlow se aficionó extraordinariamente a él; quizá de una manera sentimental, pero no inconveniente. Prisk, a quien siempre lamento haber retenido, concibió entonces la idea de divertirse haciendo de Gerardo lo que él llama, un «hombre». Una especie de macho joven a lo regencia. Llevó a Gerardo a la ciudad y lo relacionó con mujeres de mala reputación. No habría habido grave daño en ello —(la atención del duque se concentró un momento en el impresionable Hobhouse)—; aunque era una conducta impropia de un profesor colocado en un puesto de cierta confianza. Mas, infelizmente, Gerardo no pertenecía a esa clase de muchachos. Su reacción ante aquellas estúpidas, pero tan comunes experiencias, fue una explosión neurótica que determinó en él irracionales sentimientos de culpabilidad y algo más. Y no es que eso sea de difícil remedio. En mis días, siempre había uno o dos obispos a quienes acudían los padres para resolver tales problemas. Hoy son los psicólogos, y Gerardo está sometido a uno. No es que atribuya gran importancia, en sí, al asunto, pero Marlow quedó profundamente impresionado. Veía, supongo que ve todavía, el porvenir de Gerardo destrozado por el disoluto Prisk, pero lo que destrozó es su propio porvenir, si el pobre muchacho ha matado a Pluckrose. Quién sabe si solamente se proponía dar a Prisk un horroroso susto y el resultado fue peor de lo intentado. Es posible que todo esto no sea más que pura hipótesis. Nadie lo celebraría más que yo. Después de todo sería inverosímil haber equivocado la víctima. —Parose el duque y miró esperanzado a Appleby—. ¿No lo cree usted así?

—Hasta cierto punto, ya que se da el caso de que Pluckrose y Prisk habían de compartir un teléfono. De haber usado tal medio para atraer la víctima, el error gana en probabilidades. —Appleby arrugó el entrecejo—. ¿Sabe Prisk que usted se halla enterado de todo esto?

—Ni lo sospecha. Difícilmente imaginaría que Gerardo me lo ha confesado todo. De otro modo, no veo cómo podría sentarse tranquilamente a la mesa conmigo.

El duque de Nesfield poseía quizá algo de la constitución de su nieto. La caída de Gerardo en un camino descarriado le había afectado mucho más de lo que aparentaba admitir y, ciertamente, hallábase muy lejos de haber perdonado al poco recomendable Prisk...

Aunque ya era imposible que las profundidades del palacio de Nesfield ocultaran por mucho tiempo a Collins, Appleby deseaba todavía plantear otra serie de preguntas.

—Y ahora, señor duque, hablando del meteorito; si, como es de presumir lo robaron de aquí, ¿tuvieron ocasión de hacerlo Marlow o Prisk?

—Probablemente. Pero, ¿por qué cualquiera de ellos dos había de...?

—Eso es, señor. ¿Por qué robar un meteorito? Me siento inclinado a ver en eso la clave del asunto. ¿Existe alguna razón concebible para que un hombre robe tal objeto con el propósito de arrojarlo sobre otro, o cerca de él? Se nos ha sugerido una posible intención simbólica, y podría ser una apreciación interesante. Sería una «teoría doble», por así decir. Por un lado, el meteorito podía ser atractivo o apropiado en virtud de su significado simbólico *general*: las asociaciones que tal objeto provoca en cualquiera. Mas, posiblemente, era atractivo y apropiado en virtud de cierto simbolismo *particular*: alguna especial asociación de ideas, común al asesino, a la víctima y, quizá, a otros determinados personajes. No olvidemos, sin embargo, lo siguiente. Es indudable que el meteorito fue robado; es indudable que aplastó a Pluckrose. No se deduce forzosamente de ello que el trozo de roca fuera robado precisamente *con esas miras*. Habremos, también, de preguntarnos: ¿Hay alguna razón para justificar que un hombre robe un meteorito? Exclusivamente eso, como un problema en absoluto independiente del asesinato. Por ejemplo, ¿puede tal objeto contener en su interior metales preciosos? ¿Puede encerrar un alto grado de interés científico?

El duque sonrió.

—Mi querido señor. Es agradable escuchar una pregunta a la cual se puede contestar sin esfuerzo. El meteorito podía poseer un elevado interés científico solamente para un *hombre de ciencia*; y en tal caso, éste no ignoraría, seguramente, mi buena disposición para desprenderme del objeto, para satisfacer cualquier justificado anhelo científico. O en otras palabras, un hombre de ciencia no necesitaría *robarlo*. La idea del metal precioso es más razonable; pero no creo que el oro ni el platino se encuentren en los meteoritos. Consultaremos la opinión de Collins. Hemos llegado.

—¿Permitirá que formule una pregunta más, antes de reunirnos con los otros? Es también referente al meteorito. Admitamos que ni Marlow ni Prisk fueron los autores del robo. ¿Hubo ocasión de que otros universitarios... tuvieran oportunidad de advertir, se entiende, su existencia? Depende del lugar donde se hallase colocado. No

obstante, puede decirse que la mayoría de ellos tuvieron tantas ocasiones como Prisk o Marlow, ofrezco una reunión general dos veces al año y, durante ellas, quedan en la más plena libertad de movimientos.

—Comprendo.

En vida de mi madre no podían entrar. —El tiiuque sonrió con su gesto habitual de discreta arrogancia—. Los tenía anotados en un registro titulado *Reuniones de jardín solamente*, junto con los concejales de la ciudad, los médicos de la zona y el clero inferior. ¡Qué tiempos tan lejanos! —La mano del duque se hallaba sobre la puerta que tenían delante. Prosiguió con cortés ironía—: Ahora les permito la entrada dos veces al año, ¿y qué hacen?, me roban los meteoritos. —Abrió—. Collins —exclamó amablemente—, traigo a la policía.

La sala, calculó Appleby con una comparación vulgar, era de las dimensiones de un pequeño cine. Por doquiera se ostentaba el lujo y el oro; incluyendo la mayor parte de las decenas de miles de libros que cubrían los muros. Pilares jónicos sostenían el techo, que era una arremolinada batalla mitológica; también flanqueaban pilares jónicos la chimenea de mármol verde, en la que ardía un enorme tronco. Delante, de pie, se hallaba el señor Collins, un anciano de sonrosada faz, que vestía una chaqueta de trencilla y fumaba en una pipa de sacristán. Tenía a Prisk y Marlow confortablemente sentados a ambos lados, y manipulaba sobre una mesa una ponchera de plata.

—Señor duque —dijo, tras saludar a Appleby y Hobhouse—, creo que lo único que faltan son limones. ¿Conocen ustedes el origen del título de la revista *Punch*^[8]? Es debido a que su primer editor fue Marcos Lemon^[9]. Lo conocí muy bien, señor Appleby; un sujeto de infinita gracia, de la más excelente fantasía. Los amigos le llamaban tío Marcos. *Tempus ferax*, ¡ay!, mi querido profesor. —Collins revolvió en la ponchera—. *Tempus edax rerum*. Señor Hobhouse, ¿se halla a sus anchas? Aquí tiene una silla más baja y más cómoda. Las costumbres y los muebles descienden a la vez, según dicen. Tesis muy sugestiva, Marlow, mi joven amigo, para su docta pluma. Acérquense, caballeros, acérquense. Señor duque, ha transcurrido casi una semana desde que asistió al último ponche. Ordinariamente, vengo todas las tardes. —Collins observó el salón en derredor—. Es mucho más acogedor en el comienzo de la primavera, créame; de haber esperado su visita, habría preparado más fuego en la biblioteca. —Acababa de sorprender a Hobhouse dirigiendo una ojeada de sorpresa a todos los ángulos del salón, y sonrió—. ¡Ah señor Hobhouse!, siempre recuerdo al señor duque la frase de Coleridge cuando se hospedaba en un palacio abandonado, en Malta. «Vivía —dijo— cual un ratón en una catedral». ¡Admirable frase! Y aquí en Nesfield, estamos todos como ratones en una catedral... y temiendo la aparición del gato. —Collins sonrió de nuevo y empuñó una larga cuchara de plata—. ¿Será un gato de Cheshire^[10]? Quién sabe, la canalla no se distingue sino por sus alaridos...

¿Será el gato de Ricardo Whittington^[11]? Si lo es, no será muy compasivo con Londres. ¿Será el Gato con Botas? ¡Ah señores!, puede que tenga botas, pero, seguramente, no usará pantalones. El gato del duque es un descamisado. Un gato sanguinario y socialista. Mientras tanto, el ratón puede corretear y el ponche está en su punto. ¿Un vaso, por favor, profesor? *Nunc est bibendum*, Marlow, *nunc est bibendum*. Y si *pede libero pus anda tellus* han de ser sojuzgados en los próximos años, sirvámonos cuando menos una buena ración. —Y Collins, habiendo repartido el ponche a su satisfacción, tenía todo el aspecto de estar a punto de romper a cantar.

«Lo que suele llamarse sobremesa, —pensó Appleby—. Quizá después lo redacte por escrito y algún día lo reúna en un libro. *Charlas de sobremesa*, por Don Dash Collins, bibliotecario de S. E. el duque de Nesfield, K. G.^[12]».

—Hablando de gatos —dijo derechamente el duque—, hay uno que se ha salido del saco. El meteorito, Collins, el meteorito. Mis amigos han descubierto que salió de aquí y vienen a averiguar. Por mi parte, no recuerdo haberlo visto nunca.

—Ni lo vio, probablemente. —Collins abandonó su posición de canto y se recostó cómodamente junto al fuego—. Ni lo vio, muy probablemente, señor duque. Lo compró hace unos meses, cuando era un recién llegado a este turbio lugar llamado Tierra. —Collins hizo una pausa como para gustar a un tiempo, del sabor de esta cita y del ponche—. Fue Hammond quien se lo hizo comprar.

—¿Hammond? —se preguntó el duque, más bien desorientado. Y en el mismo instante se animó—. ¡Ah sí!, Hammond, por supuesto. Hammond es nuestro hombre, entonces... y persona muy simpática. Tomás, ten la amabilidad de saludar en mi nombre al señor Hammond y...

Collins hizo un signo negativo con la cabeza.

—Olvida, señor duque, que Hammond se marchó ya, después de haber catalogado la cerámica...

—Cierto, la cerámica. Recuerdo que vino para eso.

—Vino con el fin de estudiar la colección Pickering.

—¿La colección Pickering? —El duque asintió ligeramente con la cabeza, y volviéndose a Appleby dijo—. Armaduras. Interesante tema.

Collins movió también la cabeza con aire indulgente.

—Instrumentos científicos primitivos —corrigió—. Y al finalizar Hammond su labor y darle Borrow una mano en las; piezas de cerámica...

—¡Ah! Borrow —exclamó el duque con acento resuelto—. El de la barba y la manía de los espárragos.

—Precisamente. Como decía, Hammond se reincorporó al Museo Británico, pues solamente vino con carácter transitorio.

—Una lástima. ¿Y Borrow también está de paso?

Collins rió de buena gana.

—Temo que no. Mas quizá pudiera usted cederlo a otro lugar; de lo contrario habremos de ampliar los macizos de espárragos. Y, ahora que recuerdo, pensaba

sugerir que los melocotones...

Appleby captó la expresión de Hobhouse y creyó oportuno interrumpir.

—Es probable, señor Collins, que haya llegado a sus oídos que un profesor de la universidad ha sido muerto. Alguien le tiró ese meteorito desde lo alto de una torre. Nuestra investigación es, pues, de cierta gravedad y debemos concluirla cuanto antes.

—¡Válgame Dios! —Collins retiró la pipa de la boca y pareció muy afectado—. ¿Puede saberse quién fue el infortunado?

—Su nombre era Pluckrose.

—Me sorprende usted. —Deliberadamente se levantó y removi6 el leño de la chimenea—. Sé muy poco del señor Pluckrose... y, en realidad, de todos los demás profesores; salvo nuestros dos amigos aquí presentes. —Al decir esto, se inclinó ceremoniosamente ante Prisk y Marlow—. Sin embargo, no podría usted haber pronunciado un nombre que me ocasionara mayor sorpresa. Su excelencia —y Collins, a quien el ponche inclinaba al parecer a las antiguas formas de cortesía, hizo otra profunda reverencia—, su excelencia —repitió— carece de la necesaria información para sobresaltarse, mas no faltan motivos. —Hizo una pausa y miró dudando al duque—. Posiblemente era necesaria la presencia de un hombre versado. Confieso que me muevo en un terreno poco familiar y delicado.

Por primera vez el duque pareció algo impaciente.

—Adelante, hombre, adelante. Los abogados no van a ayudarnos.

—Lo que digo, entonces, es esto. —Collins chupó la pipa. ¿Observaba con aprensión a Marlow, se preguntaba Appleby? Si así fue, duró sólo un instante, pues ahora sus ojos seguían una bocanada de humo en su ascensión hacia el amplio techo pintado—. Lo que me creo en el deber de decir es esto: Sé quién robó el meteorito. A decir verdad, me hallaba presente al ocurrir el hecho.

—¡Increíble! —El duque contempló at6nito a su bibliotecario—. ¿Cómo no lo impidió?

—Porque las circunstancias eran tales que forzosamente tenía que llegar a la conclusión de que no constituía un robo lo que se estaba realizando ante mis ojos. —Frunció el ceño; quizá la frase le resultó vulgarmente expresada—. El meteorito fue trasladado, ¿cómo diría?, con los más respetables auspicios, Tal considero la autoridad de Marlow.

El duque giró en redondo.

—¿Cómo es eso, Martín? ¿Sabía...?

—No sabía absolutamente nada. Ignoro de qué habla Collins. —Marlow miraba, a la vez, con gesto duro y de sorpresa.

—Pienso que así puede ser, en efecto. Nada se opone a ello, dadas las circunstancias, como ustedes verán. —Collins se dirigía atropelladamente a Appleby—. Cuando Hammond adquirió por cuenta del duque el meteorito, fue almacenado en cualquier lugar de la casa. Con posterioridad se transportó a algún centro científico con el fin de someterlo a estudio; fue pesado y fotografiado; así como analizado, sin

duda, por otros procedimientos técnicos. Acaso resultó que carecía de un interés particular, aunque lo ignoro. El hecho es que, al traerlo nuevamente, Hammond lo depositó fuera de la casa, bajo una de las pequeñas columnatas que bordean la entrada de los carruajes, al pie de las tenazas que dan al Este. Paseaba una mañana por allí cuando, de un automóvil descubierto, descendió una figura que me era vagamente familiar. Aun cuando no lograba identificarla en mis recuerdos, me constaba haberla conocido en alguna reunión social. Aproximóse hasta el meteorito, lo examinó y requirió la presencia del jardinero que trabajaba cerca. Oí distintamente sus palabras. «Buen hombre —dijo—, ¿me haría el favor de buscar ayuda y subir esta gran piedra a mi coche?». Hemos de suponer ahora que el jardinero, a su vez, habría visto al hombre en alguna ocasión entre unos u otros invitados. Como quiera que sea, accedió sin vacilar a lo que se le indicaba. Eso es lo cierto, y también lo es que el tono imperativo, seguramente, lo inclinó a obedecer; aparte de que el objeto debió revelársele carente de valor. Cargado el meteorito, salió en su coche el nuevo propietario. —Collins bebió un sorbo de ponche, *como* para reponerse del largo esfuerzo narrativo—. Espero que, ahora, Marlow sabrá ya a qué me refería y confirmará el relato.

—Creo que puedo hacerlo. —Marlow, apreció Appleby, parecía experimentar al mismo tiempo alivio y turbación—. Pero no percibí, como Collins parece haber supuesto, que sacasen en el coche el meteorito. Yo, precisamente, no lo noté. De hecho, érame totalmente ignorado tal objeto. Jamás supe de su existencia, y supongo que nunca pasé por aquel lugar, desde que lo pusieron allí. Cuanto observé es (debo señalar, desde luego, que casualmente paseaba tras de Collins y hube de alcanzarlo al arrancar el vehículo), quién era el conductor. Collins me preguntó, señalándolo: «¿Sabe quién es?». Y se lo dije. Después, creo recordar, proseguimos con una conversación indiferente.

Collins asintió.

—Exactamente. Marlow me dijo quién era el individuo, y su nombre hubiese disipado cualquier duda mía. El meteorito carecía de interés para mí, y creo que no he vuelto a recordarlo hasta esta tarde, al filtrarse los rumores de la investigación. Mal podía sospechar que aquella persona se llevaba algo que serviría para asesinar al infortunado Pluckrose.

Appleby se revolvió en su silla.

—¿Y el individuo era...?

Collins sonrió complacido, como el orador que ha conseguido un efecto notable de expectación.

—¡Ah! —exclamó—, no otro que el mismo Pluckrose. He ahí lo raro.

CAPÍTULO IX

PLUCKROSE HABÍA SUSTRÁIDO EL METEORITO. Pluckrose había embadurnado el busto de sir David Evans. Ambas conductas revelaban excentricidad. O mejor dicho — reflexionaba Appleby— extravagancia; éste sería el término adecuado. Toda dase de cuestiones se planteaban ahora. ¿Conocía Marlow, pese a sus protestas, la existencia del meteorito, y asistió a su desaparición? ¿Había llegado el incidente, de algún modo, a oídos de Prisk, residente en aquel entonces en el palacio de Nesfield? Mas el enigma principal lo constituía el mismo Pluckrose. ¿Era su proceder —lo que de éste había salido a la luz— susceptible de alguna explicación racional? ¿O hallábase en lo cierto el vicerrector? Una cosa a recordar sobre los profesores: Se vuelven locos.

Pero Marlow se había levantado para retirarse. Marlow, que no quedaba libre de la sospecha de haber intentado asesinar o aterrorizar a Prisk, en un raptó de pasión indignada por lo sucedido a Gerardo. Era un motivo; un motivo real si se admitía cierto grado de inestabilidad emotiva en el causante. Falta de equilibrio. Eso es lo que, finalmente, el mismo meteorito habría demostrado.

Appleby miraba ceñudamente el resplandor y las llamas del confortable fuego de Collins. Cuando la mente comienza a entretenerse con tan pequeñas distracciones, es hora de levantar el campo hasta el día siguiente. El caso es que el duque había salido para acompañar amablemente a Marlow —quizá se sentía algo contrito por la celada con que intentó enredarlo—, y Collins se disponía a continuar haciendo los honores a los invitados. En sustitución del agotado ponche estaba sirviendo whisky y soda.

Luego, Collins elevó la mirada, pensativo.

—¿Me pregunto —dijo—, si podríamos aventurarnos sobre algo un poco más interesante? No ignoro que el whisky se bebe mucho hoy día; mas confieso que para mí sigue asociado a las comidas de los aldeanos. Y ya que el señor Appleby ha conseguido de nosotros cuanta información deseaba, ¿no vamos a permitirnos un ligero exceso? —Sacó a continuación un espléndido juego de copas de licor—. *Antehac nefas depromere Caecubum.* —Su jovialidad era a un tiempo la de un borrachín y la de una persona agradable—. Sin embargo, creo que bien podríamos disfrutarlo *ahora*. —Y sacó una botella de coñac añejo.

Hacía mucho tiempo que en Nesfield habían dejado de rechinar los tranvías; las pantallas plateadas de los cines hallábanse tan vacías como la mente tras un sueño olvidado. El salón subterráneo en que los universitarios habían celebrado su deplorable velada la noche precedente pertenecía ya a las arañas y las ratas; y en su hotel el profesor Hissey, emparedado como un bocadillo entre damas solitarias y viajantes de comercio, quemaba su lámpara de medianoche sobre las páginas de *Annotatiunculae Criticae...*

Appleby oprimía su copa entre las palmas de las manos entrecruzadas, mientras contemplaba ora al cauto Hobhouse, ora al áspero Prisk. Aquella tarde se había dado sepultura a Pluckrose. En su hermosa cabeza blanca, sir David Evans lució un bello sombrero negro de seda. Mientras tanto, aquí este viejo y leído parásito seguía sirviendo coñac entre cantos horádanos, y el duque de Nesfield se retrasaba inusitadamente en su despedida a Martín Marlow. Las incontables andanzas, cavilaba Appleby somnoliento, de la vida humana. Las, deshonrosas andanzas del profesor Prisk, el hombre de las dos talegas invisibles.

Appleby se puso de pie. Entre el mundo académico esa segunda talega había, necesariamente, de seguir invisible. Muy poco para la tolerancia que se dispensa a las andanzas deshonrosas. Un buen chismorreo de franco escándalo y la expulsión. Pero Pluckrose había sido un entremetido y un malicioso. ¿Y si hubiese descubierto algo extraordinariamente desagradable en la vida privada de Prisk? Probablemente, había en todo esto más de la turbulencia de la pasión humana, rectificaba Appleby, que en la hipótesis de la falsedad literaria, o en la que había considerado hasta entonces. Supóngase, por ejemplo, que a oídos de Pluckrose hubiera llegado el caso de Gerardo, o algo mucho más escabroso. ¿No se juzgaría Prisk ya en la calle? Era, pues, otro motivo, si bien esta vez, puramente especulativo. Luego, ¿había tenido Prisk la oportunidad material de asesinar a Pluckrose? Y a propósito de esto, ¿habíanla tenido Marlow, Church, Hissey, sir David Evans o la señorita Godkin? ¿O —igualmente— su excelencia el duque de Nesfield? La respuesta había de quedar para el día siguiente. El de hoy se había dedicado a las *Dramatis personae*; mañana, al Dónde y Cuándo. ¿Dónde se encontraban todos cuando ocurrió? ¿Dónde, pongamos por caso, se hallaba el soñoliento Lasscock; Lasscock, tan amante de la soledad del Patio de la Fuente como del vergel de la señorita Dearlove? Appleby se dio cuenta de que Collins tenía clavada, ansiosamente en él, su mirada.

Aquella mirada tan pronto se fijaba en Appleby como en la botella de coñac.

—¿Espero —dijo— que no estará perdiendo calidad? Por supuesto, es un gran error creer que, incluso un buen coñac, ha de durar siempre. Mas éste que tenemos aquí...

—Jamás la perderá. —Appleby se había apresurado a ofrecer pruebas de admiración y aprecio. Con lo cual Collins, tranquilizado, hizo como si se dispusiera a volver a llenar las copas.

—Querido profesor —se dirigió a Prisk—, ¿quiere otra...? —Por una fracción de segundo vaciló—, ¿otro cigarro? —Abrió un estuche de plata—. ¡Lástima que no vaya a pasar la noche en nuestra compañía! Pero, al menos, tendrá una hermosa luna para regresar.

«Es una elegante manera —pensó Appleby— de sugerir a Prisk que su participación en el festín de la noche ha llegado hasta donde era de desear. Y, ciertamente, si el hombre tiene que conducir él mismo de regreso a Nesfield ya hay bastante. Bastante y sin utilidad alguna —añadió Appleby para su capote».

Como el silencio se cernía sobre Prisk, nada salía de él, ni siquiera un suspiro de información filológica. Sólo Collins continuaba hablando... Sobremesa..., el chillido de un ratón en la catedral... *Charlas de sobremesa de Samuel Taylor Coleridge*: había un precioso cartón de Max Beerbohm llamado así... *Zuleika Dobson*... Tavender..., el busto de sir David..., las idas y venidas de Hammond, del Museo Británico, un hombre de ciencia... Meras lucubraciones. Y, sin embargo, entre ellas contábanse elementos que, ciertamente, pugnaban por llegar a fundirse. Appleby alzó su copa y la última gota de coñac se evaporó bajo su nariz; ya era hora para que se retiraran Hobhouse y él. En tal momento volvía el duque y era Prisk quien se iba, mientras Collins proseguía impertérrito su discurso: sobre el vino de Oporto, sobre el drama japonés, la caza del zorro, sobre conquiliología, el tabaco, los pintores de la escuela de Umbría. Appleby se recostó nuevamente, resignado. Sin embargo, confusamente distinguía desde los largos corredores y soberbios salones del palacio, así como a través de las amplias terrazas y debajo de las interminables avenidas del palacio de Nesfield, y en cada kilómetro de la desierta cinta que a la luz de la luna los unía a la ciudad, una apremiante señal de *ahora*.

El duque se hallaba otra vez en el salón.

—Desearía —dijo— poder encontrar en mi corazón suficiente interés para compartir la preocupación por nuestro amigo el profesor. Hasta Marlow se muestra inquieto.

—¿Marlow, inquieto? —Appleby, mientras repetía las palabras púsose rápidamente de pie—. ¿Había llamado Marlow deliberadamente su atención hacia lo peligroso que sería para Prisk conducir su coche, en el estado en que se hallaba?

—En efecto, y posiblemente sea cierto. Caigo en la cuenta de que no debí de permitirle conducir. —Movi6 su cabeza dubitativamente; y, según Appleby, sin ninguna apariencia de pesar.

—¿Salió primero Marlow?

—Sí, montaba una motocicleta.

—¿Transcurrió algún intervalo desde que dejó a Marlow hasta su regreso aquí y la marcha de Prisk? ¿Sabe, señor, si alguien cuidaba el coche de este último?

—Permanentemente, no; que yo sepa. Por supuesto, un chófer lo trajo y esperó hasta perderlo de vista. Para entonces hacía tiempo que se había ido Marlow, o así es de presumir. Que alguien haya vigilado durante ese intervalo el coche de Prisk, es más bien improbable. —El duque se hallaba a punto de servirse una copa del coñac de Collins, pero no lo hizo al ver que Hobhouse se había levantado—. ¿Creen que deben seguirlos? —añadió—. Bien, comprendo su punto de vista.

—¿Que me aspen si entiendo *su* punto de vista! —Hobhouse se expresaba con impaciencia, mientras el automóvil del jefe de policía tomaba la primera curva de la carretera—. Me parece que siente una gran simpatía por el joven.

—¿Marlow? Todo lo hace sospechar. Muy al contrario que por Prisk. A buen seguro que no se inmutaría si lo viera desaparecer; lo cual es inmoral indudablemente. Y opina que la culpabilidad por dos asesinatos no sería mayor que por la de uno. He ahí un punto discutible. —Appleby avizoraba hacia adelante, a la luz de la luna—. Diríase que el duque razonaba de esta guisa: Si Marlow mató a Pluckrose en lugar de a Prisk, está perdido; nada cuenta la vida para él, a no ser, quizá, la satisfacción de entendedérselas con su enemigo verdadero antes de ser colgado. Mas si es teoría equivocada y Marlow no pensó matar a Prisk, *entonces* tampoco lo hará *ahora*, por mucho que lo deteste. En cierto modo, el duque trata de aclarar la situación de Marlow. Presenta a Prisk en su forma más odiosa y, a continuación, los empuja a un corredor apartado o a una carretera solitaria. Si Marlow en estas condiciones no aprovecha...

—¡Es cabalmente atroz! —La indignación llevó a Hobhouse a una interrupción brusca—. ¡Es absolutamente feudal!

—¿Feudal?

—Considera su propia ley superior a la del rey. Expone a Prisk a un terrible riesgo, sin invocar mejor razón que la de ser... persona de hábitos inmorales.

Appleby sonrió, sin desviar, la vista de la cinta del camino.

—Reconozco que tiene algo de arbitrario derecho señorial. ¿Habría acaso sometido a Prisk a un riesgo si Gerardo hubiese sido hijo de su abogado, o del pastor, o de su jardinero? Satisfaga en eso su indignación igualitaria, Hobhouse. Pero, entretanto, tenga los ojos bien abiertos.

Atravesaban el parque, blanqueado por la luna. Los añosos árboles —aislados, en bosquecillos, formando arboledas— se habían apelotonado en sombras compactas; era como navegar en medio de un gran archipiélago de aguas quietas, plateadas y silenciosas. Una vez, al subir una pequeña cuesta, un hato poco numeroso de corzos cruzó el camino en fila india, misteriosos en alguna búsqueda nocturna; otra vez, en el fondo, a la derecha, captaron una instantánea de la gran mansión, primorosa como la casa de muñecas en el cuarto de los niños de algún millonario. Finalmente, las verjas del parque cerraron el paso al vehículo. Un hombre y una mujer salieron juntos de la casilla para abrirlas. Hobhouse llamó por una ventanilla. El hombre se aproximó.

—¿Quién ha pasado recientemente; a última hora me refiero?

—El caballero de la motocicleta, señor. Después un automóvil.

—¿Con mucha diferencia de tiempo entre uno y otro?

—No, señor. El automóvil llegó antes de tener tiempo de cerrar la verja.

—¿Ha observado algo de particular en la forma de conducir el coche?

—No, señor. —La voz del hombre era firme y discreta. Hobhouse se recostó y el coche aceleró su marcha a través del coto de caza.

—Marlow debería ir más adelantado —comentó—. Supongamos que después de despedirse del duque...

—Precisamente. —Appleby estaba fatigado y algo impaciente—. No hagamos, sin embargo, deducciones prematuras. Pudo quedarse brevemente contemplando el parque, los ciervos, el edificio. Diga al chófer que corra más. Ahora no hay obstáculos que temer.

—¿Y los ciervos?

—No pueden cruzar por aquí. Observe las cunetas a ambos lados, y el alambrado. Trasladó Hobhouse la indicación.

—¡Lindo lugar para caer en él! Mas ya llegamos a la carretera principal. He ahí la abadía... ¡Alto!

Frenó el coche; se desvió y paró. Justamente delante y a su izquierda, un bulto oscuro llenaba la cuneta. Sobresalía su silueta como un monstruo agazapado, con sus orejas aguzadas y presto para saltar. Un caballo se habría espantado. Casi fue ésta la reacción del chófer del jefe de policía.

—¡Cielo santo! —gritó—. ¡Qué bicharraco!

Era un automóvil con las ruedas traseras al aire.

En un santiamén se encontraron ante un coche descubierto con la capota baja, que dando tumbos había caído en el foso. A lo largo de la cuneta corría una alambrada con sus delgados postes de cemento armado. Uno de ellos se había doblado sobre el chasis, en tal forma que el vehículo se hallaba como un escarabajo invertido, con la cabeza hincada en el suelo. Bien visible en la noche clara, unos metros más allá, dando la impresión de una antena o ala amputada, yacía boca abajo un cuerpo humano.

Appleby se agachó y volvió el cuerpo.

—Es Prisk —dijo.

Prisk, en decúbito supino, tenía los ojos dilatados en la luna.

—Muerto —juzgó Hobhouse.

Los labios de Prisk se entreabrieron.

—Selenítico —murmuró—. Senologista. Selenotrópico. Selenógrafo.

El chófer del jefe de policía se descubrió.

—¡Cielo santo! —exclamó—. Un extranjero. Y llamando a su madre, a lo que parece.

Appleby, que por debajo de la camisa, había puesto su mano sobre el pecho de Prisk, hizo signos negativos.

—Sólo un poquito de filología lunar. Y no está muy herido. —La mirada de Hobhouse pasó repetidas veces de Prisk al vehículo destrozado—. Se acercó demasiado —explicó.

—¡Hum! —exclamó Appleby.

CAPÍTULO X

EL PROFESOR HISSEY LEVANTÓ LA cafetera.

—Appleby, hijo mío —ofreció—, ¿más café?

—Gracias. —Appleby empujó su taza a través de la mesa—. ¿Querrá usted contarme ahora lo de Pluckrose y el busto del vicerrector?

—Vaya, vaya. —Hissey empuñó un cuchillo de pescado y lo pasó vagamente por su jamón con huevos—. Cualquiera sospecharía que escribes un sainete a base de las anécdotas sabrosas de la universidad. Y, a propósito de sabroso, ¿te paso la salsa de Worcester?

—No, gracias —dijo Appleby, mordiéndose una tostada recubierta de mermelada—. No juzgue mis palabras como producto de una vana curiosidad. Cualquier orientación suya puede ser de una gran ayuda.

Hissey cabeceó pensativamente.

—Prisk —comenzó— no se pudo apuntar con ello ningún tanto. En realidad, su origen es enteramente obscuro. Lo único que se conoce, desde luego, es que se halla relacionado con una naranja.

—¿Con una naranja? —Appleby se quedó perplejo—. ¿El asunto de Pluckrose y el busto tienen alguna relación con una naranja?

—¡A fe mía que no! Me refiero al vocablo sainete. Al parecer, procede del portugués a través del francés. Nada en común tiene lo del busto con naranjas; pudiera, en cambio, decirse que sí lo tiene con uvas.

—¡Con uvas! —dijo Appleby—. Ya veo que...

—Uvas verdes. —Hissey rió inocentemente su agudeza—. Verás. Hace algún tiempo fue elegido Prisk miembro correspondiente de la Academia de Prusia. Evans pensó que la distinción más bien la merecía él. Fue algo muy chocante e inexcusable. Evans pecó en esta ocasión de imprudente. Pluckrose que, siento confesarlo, era aficionado a embarullarlo todo, sostenía que esta rivalidad dañaba seriamente la armonía de la universidad. Una tarde, en la reunión de la señora de Tavender, insistió en sus razonamientos. Discutí con él. Nos hallábamos al pie del busto de Evans. «Le digo —exclamó— que el hombre está verde de envidia». Y, uniendo la acción a la palabra, sacó el frasco del bolsillo y lo rompió en la cabeza del busto. Y he allí a Evans, por así decir, todo lo verde que gustes. —Hissey cogió una cucharilla, y describió algunos círculos por encima de su taza—. Francamente —agregó pensativo—, no es posible negar que Pluckrose era algo excéntrico.

—Es evidente. En realidad se me ha manifestado ya así en una o dos ocasiones. Mas, ésta, indudablemente, se lleva el premio.

—¿El premio? —Hissey inspeccionó metódicamente toda la superficie de la mesa—. ¡Ahí..., te comprendo! La expresión está justificada. Fue un gesto muy extraño.

¡Quién sabe si el asunto de la Academia de Prusia era algo más serio! Pero podrías preguntárselo a Prisk.

—Por ahora, desgraciadamente, Prisk no puede sernos de la menor utilidad. Le ocurrió anoche un accidente de automóvil y se halla postrado en cama. Accidente podemos llamarlo por ahora. En realidad, parece como si alguien se hubiera entretenido con la dirección.

—¡Válgame Dios! Muchas bromas se han llevado a cabo en la universidad en los últimos años, supongo habrá llegado a tus oídos; mas de ninguna manera puedo creer que nadie...

—Tal es mi opinión. Guardaba mucha mayor semejanza con una tentativa de asesinato. Y como existe la posibilidad de que la muerte de Pluckrose fuese consecuencia de una confusión, por ser Prisk la verdadera víctima elegida, el asunto de la dirección estropeada revestiría los caracteres de un segundo intento. Tavender, persona muy aguda al parecer, entrevió algo de esto. Si la primera vez no logras el éxito, tira, tira de nuevo. Con la única diferencia de que esta vez no consistió en un tiro con un meteorito. Bastaron una o dos vueltas rápidas con una llave inglesa.

Hisey se había echado hacia atrás en su asiento y miraba pensativamente a Appleby. Cogió una rebanada de pan tostado y la untó de manteca con desusada precisión.

—¿Y no se te ha ocurrido —interrogó suavemente— pensar en alguna otra explicación?

—Por supuesto. —Appleby sonrió—. En mi oficio hay que pasarse la vida inventando explicaciones. No puede descartarse la posibilidad de que ambos asuntos no guarden ni sombra de relación. Prisk, que parece ser persona de conducta bastante irregular...

—¿Qué me dices? —Hisey suspendió las operaciones sobre la tostada para expresar un pesar conveniente—. No tenía la menor noción de ello. Es decir, la menor noción *clara*. —Y prosiguió comiendo reposadamente.

—Estas cosas pueden crear enemigos; ahora bien pudiera no haber mucha relación entre esos dos hechos. El espectáculo de la violencia ejercida sobre un profesor ha podido sugerir la idea de hacer lo mismo con otro.

—¿No se ocultará en el fondo de todo alguna tenebrosa conspiración de índole política? —Hisey miraba con gran agudeza—. Ya sabes que en el continente la persecución a los hombres de estudio... —Hisey se interrumpió; súbitamente su expresión de penetración se acentuó—. ¡Prisk mismo pudo haberlo preparado todo!

—¡Ah!

—Supongamos que fue él quien mató a Pluckrose. Sería interesantísimo para Prisk dar pábulo a la suposición de que, en realidad, la víctima propiciatoria en tal ocasión había sido él mismo. Interpretado así, la penetración del segundo tiro, como lo llamas, habría de librarlo definitivamente de sospechas. Mas esto no es todo. —Hisey balanceaba su cuchillo dramáticamente en el aire—. No perdamos de vista la

posibilidad de algo mucho más sutil. Partamos de la hipótesis de que el meteorito se precipitase en busca del verdadero blanco, y que Prisk *no* fuese el ejecutor. Entonces puede suponerse que el atentado contra Prisk es un esfuerzo tendiente a despistar. Hemos de considerar, pues, la posibilidad de un Prisk culpable que trata, ingeniosamente, de salvarse en la forma en que he aludido. Mas no perdamos de vista, tampoco, la otra posibilidad. —Hissey hizo una pausa, con la solemnidad propia del momento. De pronto se puso radiante, como si la conversación hubiera vuelto al tema de las *Annotatiunculae Criticae*—. Empiezo a comprender —dijo— que el campo de la investigación criminal encierra, en potencia, una admirable fuente de delectación intelectual. Todas las facultades de análisis encuentran ocasión en qué emplearse. Es algo completamente nuevo para mí.

Appleby sonrió.

—¿Nunca lee novelas de detectives, señor?

Hissey pareció del todo sorprendido.

—¿Novelas de detectives? —inquirió—. ¡Ah!, sí, por supuesto. Imágenes ficticias que, me parece recordar, eran muy del agrado de Merryweather, o de Grant.

—Imágenes ficticias que nos darían una relación lógica entre el meteorito de Pluckrose y el busto del vicerrector. Un mundo envidiable. —Appleby suspiró—. Entre un meteorito verde de mohó y un vicerrector verde de envidia...

—¿De envidia?

Era Hobhouse quien había interrumpido. Se había precipitado en el pequeño comedor y ocupó una silla entre Appleby y Hissey.

—¿De envidia? Habrá querido decir verde de miedo. Acabo de hacer una visita a sir David. Consideraba conveniente enterarlo cuanto antes del atentado contra Prisk. Se lo comuniqué. ¿Y qué creerán ustedes que ocurrió? ¡Se puso verde del susto!

Appleby suspiró.

—Algo a recordar sobre los vicerrectores —dijo—. El miedo los pone verdes.

—La madeja se enreda. —Hissey tomó otra tostada—. ¿Se dispone alguien a arrojar otro meteorito sobre Evans? Sangriento asunto. Obliga a recordar la frase de Shakespeare.

—¿De Shakespeare? —exclamó Appleby.

Hissey asintió plácidamente, y agregó:

—Haciendo el verde, uno se tiñe de rojo.

Mientras bajaba la escalera del hotel, Hobhouse sacó un pañuelo y se enjugó la frente.

—Broma pesada, la de Shakespeare. Bien rojo estaba Pluckrose.

Nunca hubiera creído que un cuerpo humano pudiera producir tal zafarrancho. Poca confianza me merece quien gasta tales bromas.

—Mi querido Hobhouse, no podemos permitirnos el lujo de confiar en nadie. Quién sabe si no resultará *Macbeth* lo más a propósito. *Macbeth*, que como usted sabe no era un temperamento criminal, viose envuelta en un crimen..., y una vez cometido, no podía ya retroceder. Nuestro asunto pudiera ser del mismo modelo. ¿Considera a Hissey capaz de haber asesinado a Pluckrose?

—¿Capaz? —Hobhouse murmuró impacientemente—. Es hora ya de que aclaremos todo eso. El día de hoy corresponde al dónde y cuándo de cada personaje. Ahora bien, si usted se refiere a su carácter, contestaré que sí. Cientos de horribles crímenes han sido cometidos por tales apacibles hombrecillos.

—Sin duda alguna. Sin embargo, no puedo hacerme a la idea de sorprender a Hissey en el acto de asesinar a Pluckrose. A decir verdad, no puedo hacerme a la idea de ver a ninguno de los demás en el papel de asesino, si se exceptúa, quizá, a Prisk.

—Restan todavía uno o dos personajes por conocer. Un tal Mura, por ejemplo, el auxiliar de Pluckrose. Aparentemente es hombre de edad. Cascarrabias, probablemente; lo cual podría constituir un dato interesante. —Hobhouse no parecía muy esperanzado—. ¡Qué diablos! ¡Alguien ha de haber sido, después de todo! A menos que sir David se hallase en lo cierto y el propio Pluckrose se hubiera arrojado de la torre, con meteorito y todo.

—Para luego proceder a complicar las cosas interponiéndose en espíritu en el camino del automóvil de Prisk.

Hobhouse volvió a dejar escapar una especie de gruñido.

—De quien no puedo dejar de sospechar es de ese joven Church, aquel a quien el viejo molestó con Galileo.

—Comparto su opinión. Espero, sin embargo, poco de sustancial por este lado. Ahonde ligeramente en un paraje como éste, y las cosas más peregrinas saldrán a la superficie. Lo que interesa es enterrar de nuevo, lo antes posible, cuantas carezcan de interés directo, antes de que huelan mal. No juraría que los asuntos de Church sean de éstos. Es posible que hayan de exhumarse antes de mucho. Y casi me aventuraría a asignarles su verdadera colocación en los lindes del caso.

—¿Del caso? —Hobhouse era acentuadamente sarcástico—. ¡Y todavía le llama usted así! Califíquelo de misterio. El misterio de Pluckrose. —A diferencia de Grant, o quizá de Merryweather, Hobhouse no sentía predilección alguna por las versiones románticas de su profesión—. Hemos llegado. Subamos a la torre. Hace tiempo que el montacargas, el almacén y lo demás debieran haber sido inspeccionados por usted.

—Lo reconozco. Desearía, sin embargo, dirigir una ojeada final al Patio de la Fuente. Un lugar tranquilo propicio para ordenar los pensamientos... —Appleby calló para encender la pipa—, sobre el Misterioso Asunto de Nesfield.

Otra vez recorrían los sombríos corredores de la universidad, entre el jolgorio de los estudiantes y el arrastrar de las togas.

—Bulla por todas partes —observó Hobhouse, y abrió la puerta de acceso al Patio de la Fuente—. ¡Lo que faltaba! ¿Y dijo usted tranquilo?

La fuente corría dulcemente, aunque en medio del zumbar y rechinar de las máquinas de los talleres de ingeniería, que estaban en frente. Appleby sonrió.

—¡Luz! —exclamó—. ¡Luz acerca de Lasscock! Con razón es éste su lugar favorito en la universidad —hablaba a Hobhouse—, ¿sabe usted? Mas algo me torturaba en este aspecto. Demasiado silencioso para él después del huerto de la señorita Dearlove. Ahora todo cambia: con estos tornos y taladros y máquinas en marcha transfórmase en su lugar ideal. Hogareño, por así decir. Se explican perfectamente sus siestas. Y, de hallarse avanzada la convalecencia, es de esperar se encuentre en la universidad. Me gustaría que lo conociese.

—Hay alguien debajo de la torre. —Hobhouse necesitó forzar la voz—. Es..., ¿cómo se llama?... Galileo.

El profesor Crunkhorn ocupaba exactamente el lugar donde habían estado las sillas de tijera. De hallarse reclinado en una de ellas, probablemente habría encontrado gran alivio físico. Porque su cuello se encontraba tan retorcido hacia atrás, que la mirada apuntaba directamente a lo alto de la torre.

—Detective aficionado en funciones —comentó Appleby—. Con una lente en un bolsillo y en el otro el bigote postizo. A buen seguro que nos habrá dejado muy atrás. Además, ahora va a proporcionarnos ciertas informaciones científicas.

Avanzaron sobre Crunkhorn, amortiguados sus pasos por el golpeteo y rechinar de ruedas.

—Buenos días —deseó Appleby—. ¿Todavía pensando en Galileo?

Crunkhorn se estremeció como un delincuente sorprendido en flagrante. Mas esto era, sin duda, el resultado de haber sido interrumpido en alguna profunda abstracción científica.

—¿Galileo? —inquirió—; ah, sí... claro. Sería oportuno preguntarnos qué pensaría Galileo del asunto de Pluckrose. En su aspecto científico, por supuesto. Ante todo se habría interesado por saber que el peso del meteorito está entre cincuenta y noventa kilos. Y habría puntualizado el hecho de que todos los cuerpos próximos a la Tierra aceleran su velocidad, al caer sobre ella, a razón de unos diez metros por segundo, si nada se opone a su progreso. Aún la mecánica estática de Arquímedes...

Hobhouse, no muy atento a este jeroglífico, miraba hacia arriba, a las ventanas de la torre, mientras se rascaba la cabeza.

—¿Supongo —interrumpió— que si alguien se las compusiera para subir el objeto al alféizar de aquella ventana saliente y, después, lo empujase, la caída sería completamente a plomo?

—Caería, naturalmente, en lo que para, propósitos prácticos podría considerarse como una línea recta. Si damos por supuesto que la silla de Pluckrose había sido situada en el lugar preciso —y un experimento preliminar con un proyectil en miniatura habría proporcionado esa seguridad—, entonces: el procedimiento, como técnica de asesinato, era infalible. —Crunkhorn frunció el ceño—. No deja de ser sorprendente, sin embargo.

Appleby observaba curiosamente al matemático.

—¿Sorprendente? —dijo—. Es curioso desde más de un ángulo.

—Sin duda, aunque la figura de lenguaje es pobre, como un momento de reflexión sobre la naturaleza de los ángulos le haría comprender. Pero el sentido de su observación es evidente. Un verdadero... —Crunkhorn, considerando sus expresiones demasiado pedantes, dio, al parecer, una zambullida en el lenguaje familiar—: un verdadero revoltijo.

—¿Y todavía sigue firme en su creencia de que pudo tratarse de una broma desgraciada?

—Ahora más que nunca. Y confieso que me causaba intranquilidad la idea de que mi colega Church pudiera ser el autor. En ocasiones da muestras de un humor brutal, que detesto. Mas, después de meditarlo largamente, he llegado a la conclusión de que esas bromas pesadas no son propias de él. Pero hay un joven llamado Pinnegar que...

—¿El auxiliar de Prisk?

—Él mismo.

—¿Está en buena armonía con Prisk?

—Lo dudo mucho.

—¿Es, en realidad, una sospecha?

Crunkhorn pareció inesperadamente apenado.

—Parece mi triste suerte, señor Appleby, hacer a la gente sospechosa. Y nada más lejos de mi ánimo. Pero considero obligación moral mencionar cualquier circunstancia de significación.

Las matemáticas y el embuste no parecen ir juntos, calculaba Appleby por las apariencias, las protestas de Crunkhorn eran completamente honradas. Y existían varios puntos dudosos en los que su colaboración podía resultar muy provechosa.

—Desearía, señor, conocer su opinión sobre algo muy extraño. Se ha comprobado que el meteorito era de la propiedad del duque de Nesfield. Lo compró hace algún tiempo, por indicación de cierta persona relacionada con el Museo Británico, en la suposición de que encerraba interés científico. Y fue sometido, aparentemente, a un minucioso estudio. Quizá más adelante hayamos de volver sobre esto. Mas ahora mi preocupación es ésta: Pluckrose en persona sacó el meteorito del palacio de Nesfield. ¿Se explica usted por qué?

—Ciertamente, no. —Crunkhorn era terminante—. No creo que Pluckrose tuviese ningún interés de esa especie. Era, por supuesto, hombre curioso en numerosos campos del saber, pero tan pronto se entusiasmaba con algo habíamos, invariablemente, de hacerlo nosotros también, o poco menos. Era un charlatán inveterado y gran amigo de la controversia.

—¿Acaso el meteorito poseería un valor intrínseco: un contenido de metales preciosos que lo convirtiese en objeto capaz de excitar la codicia?

—Apostaría a que no. El oro, platino y plata nunca figuran entre los integrantes de los meteoritos, excepto en cantidades despreciables. Por añadidura, este meteorito,

que tuve ocasión de ver rápidamente en la tarde de ayer, es de la especie pétreo común: es improbable un alto contenido metálico: de lo contrario resultaría mucho más pesado. Pregunte, sin embargo, a los físicos, que lo tienen ahora bajo su custodia.

Appleby hizo signos de aquiescencia. Hobhouse, que había permanecido durante el anterior diálogo contemplando ceñudamente la fuente, volvióse para formular, a su vez, una pregunta.

—¿No sería valioso o interesante por el tamaño?

—¡No por cierto! —Crunkhorn se hallaba divertido—. En México se guarda un meteorito cuyo peso excede las cincuenta toneladas.

Hobhouse suspiró.

—Cuando menos —dijo—, no será posible arrojarle *eso* a un hombre.

—Así lo creo. Mas si alguien... —Crunkhorn se detuvo y arrugó la frente—. Hay algo que haría de un meteorito vulgar un objeto de inmensa importancia: la presencia en él de materia orgánica.

Appleby levantó la mirada prestamente.

—¿Vida?

—Precisamente. Ni que decir tiene que muchos han sido ya seccionados y examinados en detalle, en busca de cualquier indicio de materia orgánica más allá de este planeta. Empero, el resultado ha sido siempre negativo.

—Eso es. —La voz de Appleby fue, al pronto, extrañamente indiferente y lejana. Porque súbitamente se sentía intentando dar forma a sus más oscuros presentimientos del caso; era nada menos que la verdad, tal como pugnaba ya por constituirse en lo más profundo de su mente. Ya en otra ocasión había conocido la misma sensación en el asunto de Pluckrose: dos noches antes en el hotel, cuando se hallaba acostado, y meditando sobre la posible solución, acudió a su memoria la oculta alusión de Tavender a las asociaciones de los meteoritos. Y ahora miraba de Crunkhorn a Hobhouse.

—¿Cómo sabemos que se trata de un meteorito?

Hobhouse pareció momentáneamente desorientado.

—¿Cómo? ¡Caramba! Antes de la llegada de usted estuvieron el profesor de física, un auxiliar de geología y un experto del museo de la ciudad.

—¡Por supuesto que es un meteorito! —Crunkhorn intervino con impaciencia—. Basta mirarlo para...

—¡Le bastará mirarlo a *usted*!

—Presenta, además, restos de la característica corteza.

—Sin duda, sin duda. —Appleby se paseaba incesantemente arriba y abajo. Volvióse a Hobhouse—. Mas para *usted* y para *mí*..., no pasa de ser una piedra de gran tamaño... —Hizo una pausa, con cómico pesar—: Yo mismo no sé bien lo que me digo —comentó.

Crunkhorn enarcó las cejas. Hobhouse profirió una especie de gruñido de franca desaprobación y se volvió, como disponiéndose a abandonar el Patio de la Fuente

Entonces se detuvo.

—Alguien viene —dijo.

Todos se volvieron hacia la puerta, por la que habían cruzado un momento antes. Habíase abierto suavemente. Por un momento nada más aconteció. Después, apareció algo grande cubierto de flores y sin forma. Era un cojín, y tras él, con paso incierto y plácidamente, un robusto y satisfecho viejo.

—Lasscock —dijo Appleby.

De la mecedora de Pluckrose no quedaban más que algunas astillas, demasiado pequeñas para que los policías las hubieran amontonado y llevado. La segunda de las sillas que había estado colocada debajo de la torre había sido trasladada a uno de los lados del patio. Hacia esta segunda se dirigió ahora Lasscock, cachazuda y negligentemente. Dejó caer su cojín en ella, y cogiéndola se encaminó hacia los tres espectadores. Al constante zumbido y confusión de los talleres de ingeniería, se había sumado ahora el lamento intermitente de una especie de pulidora mecánica y el ruido sordo y las vibraciones de lo que bien podía ser un martillo pilón.

Quizá porque el estrépito convertía un razonamiento hablado en algo demasiado extenuante, o bien porque, en realidad, no viera necesidad de decir cosa alguna, Lasscock no despegó los labios. Limitóse a una cortés inclinación de cabeza y, disponiendo la silla directamente debajo de la torre, ahuecó con una palmada el cojín, sacó de su bolsillo un número del *Times* y se sentó cómodamente al sol.

Los talleres vibraban y saltaban: eran exactamente las diez y sonó un timbre. A través de las altas ventanas del corredor lindante por este lado con el patio, irrumpió el bullicio y gritería de los alumnos, que corrían de una a otra aula. Era algo sorprendentemente similar al huerto de la señorita Dearlove. Y Lasscock cerró los ojos. Luego, como consciente siempre de las menores exigencias de la buena crianza, los abrió nuevamente; hizo una segunda —y definitiva— inclinación; los cerró otra vez; y extendió el diario desplegado por encima de su cara. Ofrecía toda la apariencia de hallarse dormido.

—¡Ésta sí que es buena! —Hobhouse, que no se hallaba familiarizado con los hábitos de la versión universitaria del Niño Obeso, lo contempló atónito. Luego, su mirada fue ascendiendo, piso por piso, hasta llegar a lo alto de la torre—. ¡El sitio más indicado para una tranquila siesta! —Su voz era positivamente inquieta, como temiendo que, de un momento a otro, un segundo mensajero celestial se precipitara, en medio de un trueno, desde una de las ventanas superiores—. ¡Y no parece tampoco muy conveniente que digamos!

Hobhouse tuvo, forzosamente, que expresarse en alta voz, a fin de que su indignación pudiera ser percibida. Y Lasscock, engañosamente soñoliento, al parecer oyó también; porque su voz llegó también suavemente desde detrás de las anchas páginas del *Times*.

—Vamos, vamos, señor mío —reconvino la voz—. Bien se ve que es persona sensible y todo lo demás. Pero es perjudicial discurrir sobre asociaciones morbosas. La muerte de Pluckrose es un asunto triste y peligroso si se le permite albergarse en la mente. Lo que los médicos llaman hoy traumático. No pretendo actuar como si el asunto me concerniera de un modo directo. Ni levantar el campo, por supuesto.

—¡Hum! —Hobhouse miró a Lasscock, o mejor dicho a las mansiones y hotelitos desalquilados de la última página del *Times*, con enérgica desaprobación—. ¿Y siempre duerme aquí?

—¿Dormir? —La voz de Lasscock revelaba indulgente sorpresa—. Comúnmente acudo aquí a meditar cuando estoy un poco desocupado. —Para Lasscock, desocupado rimaba con capturado, lo que daba un sabor especialmente oportuno al vocablo—, mas, ¡líbreme Dios de meditar sobre Pluckrose! Asunto del londinense... y suyo, de su competencia.

—¡Y bien que lo es! —La indignación de Hobhouse subió de punto—. ¿Se puede saber...?

—... días.

—¿Cómo dice?

—Tenga muy buenos días.

Y el *Times* crujió suavemente, como arrastrado por una profunda inspiración.

Subieron por la estrecha escalera que, aparte del montacargas, era la única comunicación entre los cuatro almacenes de la torre. Hobhouse jadeaba, pero no exclusivamente por el esfuerzo de la subida.

—¡Vergonzoso! —musitó—. Falta de corazón, lo llamo yo. ¿Un historiador, dijo usted? ¡No querría sino que fuera un testigo presencial y me encargasen de tomarle declaración: ésa iba a ser la historia! —Hobhouse puso algo como veneno en esa oscura amenaza—. ¡Tenga muy buenos días!

Appleby rió.

—Pues es un testigo presencial. Debió de permanecer allí durante todo el tiempo. Hobhouse se detuvo bruscamente.

—¡No me diga!

—No vacilo en afirmarlo. Apostaría doble sencillo a que ese día concurrió a la universidad como de costumbre... y, después, huyó a casa de la señorita Dearlove y contrajo prematuramente su catarro, confiado en que nadie recordaría su presencia en Nesfield. El hecho se desarrolló en sus propias narices. O más bien, a la vista del *Times*. La distinción es importante, por desgracia.

—¿Quiere decir...?

—Que al levantarse de su asiento habitual, allí estaba Pluckrose hecho trizas y aplastado. Un feo susto. Peligroso. Odioso. Mas ya se cuidaría él de no permitirle penetrar en su mente.

—¡Basta! —Hobhouse casi estallaba de indignación—. ¡Es escandaloso! ¡Se ha convertido en cómplice de...!

—Posiblemente. Su actitud es, por cierto, de extrema reserva. Sin embargo, aparte de su determinación de no ser molestado, me dio a entender lo que podría constituir la realidad, más o menos aproximadamente. Recuerdo con precisión sus palabras: «Alguien dejó caer sobre él una terrible roca desde lo alto de la torre. Y yo no sé de él ni una palabra más». Suponiendo que se hallase despierto, eso no constituiría, realmente, todo cuanto sabe. Simplemente, ha suprimido el hecho de que se encontraba presente, que contempló con sus propios ojos a Pluckrose terriblemente destrozado, y que quedó espantado. Pero es que... era menester evitar todo traumatismo.

Hobhouse se volvió.

—¡Constituye delito! —afirmó—. ¡Vámonos, traeremos un mandamiento judicial y lo detendremos!

—¡Querido Hobhouse, ha estado intentando usted, y con sobrada razón, conducirme a esta torre desde hace dos días! ¡Basta, pues, de duques en el caso, por lo que más quiera!

—¿De duques?

—Primero, el noble duque de Nesfield, y ahora, el noble duque de York. Avancemos hasta lo más alto de la torre y andando...

Hobhouse se volvió nuevamente, resignado.

—¡Bah! —dijo—. Ya apareció la literatura.

—¿Literatura? —Appleby, trepando de nuevo, se dio una palmada en el muslo—. Eso me recuerda que había olvidado totalmente a *Zuleika Dobson*. Aunque, a decir verdad, quizá no resulte tan importante. *Las aventuras de Pickwick* encajan mucho mejor dentro del cuadro.

—¿De Pickwick? —Hobhouse se mostraba repentinamente interesado—. Conozco ese libro como la palma de mi mano.

—Recordará, entonces, el famoso momento... —Appleby cuchicheó unas palabras al oído de Hobhouse—. ¿Ve usted? —concluyó rápidamente.

Pero Hobhouse movió negativamente la cabeza.

—No le encuentro sentido —dijo—. Y diré más. A veces creo que se halla usted un tanto despistado. —Continuó ascendiendo en silencio y, en un momento dado, se detuvo y remedó a Lasscock—. Londres —dijo—. Ésa es la causa. Londinense. —Y rió inmoderadamente.

—Treinta y nueve —terminó Appleby.

—¿Eh?

—Treinta y nueve escalones.

—¡Bah! Más literatura.

—Es decir unos siete metros. Así, pues, el piso que nos interesa debe de hallarse bastante alto. Más de lo que aparenta desde abajo. —Appleby miró a su alrededor—.

Comencemos nuestra inspección aquí.

Habían ascendido desde la planta baja de la torre al primer piso. Aquí las ventanas se empotraban directamente en la pared, y con ello el lugar no pasaba de ser una gran caja cuadrada y lisa, inhospitalariamente blanqueada con cal y llena de una serie de variados armatostes: montones de cubos y estropajos, las dos mitades de una escalera de mano, pizarras enormes y un montón de fotografías de tamaño natural con marcos, seguramente antiguos graduados de la universidad cuya escasa distinción mereció este trato.

—Parece más amplio que el de abajo —comentó Appleby.

—Lo es. Ocupa, en efecto, todo el área de la torre. Por el contrario, abajo parte del espacio corresponde al lugar ocupado por el cuarto oscuro; y también por el montacargas, aunque separado por tabiques incompletos. Aquí, como puede ver, el montacargas forma parte del suelo. Y es, por cierto, sobradamente amplio para el meteorito.

—Podría contener dos a la vez. —Appleby dio la vuelta a la plataforma del montacargas y, luego, se colocó sobre ella con precaución. En el mismo plano que el suelo, como al presente se encontraba, apenas simulaba más que una especie de trampa, salvo que sus cuatro ángulos se deslizaban por columnas verticales metálicas, que desaparecían por el hueco correspondiente, practicado en el techo—. Recuerda a esas carretillas de las estaciones, excepto que no puede correr lateralmente. Cuando la plataforma se encuentre abajo, quien se halle en los pisos superiores habrá de vigilar mucho sus pasos.

Hobhouse hizo repetidos signos afirmativos.

—Probablemente, prohibido. Al parecer, existía cierta protección, que los mozos habrán arrancado para mayor comodidad en la carga y descarga. En raras ocasiones, naturalmente, ha de ser usado el montacargas hasta este nivel; únicamente cuando hayan de almacenarse cachivaches de gran tamaño.

—¿Cómo conservan entonces tan perfectamente en orden el complicado cuadro eléctrico de manejo?

—Entre el piso bajo y los sótanos se utiliza en gran escala el montacargas. Ya sabe que, así como se abre al piso bajo, comunica a la vez con el cuarto oscuro. Una multitud de menudos objetos son enviados desde éste a los sótanos para su limpieza.

—Ahora me hago cargo. —Appleby miró hacia arriba a través del hueco cuadrado del techo—. ¿Y llega el montacargas al final?

—Precisamente hasta el piso más alto de debajo del tejado. Las poleas se alojan entre las vigas del tejado. Las ventanas de ese aposento superior son, sin embargo, reducidísimas. Así, pues, el que tenemos encima es el local de la tragedia.

—¡Arriba, entonces! ¿Y por qué no aprovechar el montacargas? Como un dios en el epílogo de un drama.

Hobhouse pareció intrigado. Sin duda aquella clase de dramas le resultaban algo extraños.

—Bien, puedo enviarlo a usted arriba, o usted a mí. De colocarnos juntos, no podremos alcanzar el conmutador.

Appleby se situó en medio de la pequeña plataforma.

—Bueno —dijo—. ¡Hasta la vista! —Vio a Hobhouse vacilando, y luego, con suma precaución, hacer girar el conmutador.

El montacargas tembló ligeramente bajo sus plantas y se elevó con suavidad. Causaba una sensación extraña. Por un momento permaneció suspendido entre ambos pisos, después la plataforma quedó a nivel del suelo del piso superior y se detuvo. Appleby miró a su alrededor. La primera impresión fue suficiente. El lugar contenía objetos letales en abundancia. Allí, al alcance de la mano, junto al montacargas, estaba la sentina de hierro. Junto a la pared, el cofre y las cajas de actas, y al otro lado, los cortos pilares de cemento armado que en la sección de ingeniería se rompían a golpes para estudiar la resistencia de materiales. El proyectil de cañón no quedaba a la vista; pero, sin duda, se hallaba oculto en medio de aquel marmagnum. Y Appleby se volvió para recibir a Hobhouse que, resoplando, subía los últimos escalones.

—Sobra de material. ¿Qué tal un pequeño experimento sobre su amigo Lasscock, desde aquí?

—¿Le parece oportuno...? —Hobhouse se dejó vencer un momento por la tentación, mas inmediatamente hizo signos negativos con la cabeza—. No es posible, Appleby, no es posible. Podría dar motivo a una querrela judicial. Por supuesto, si nos hallásemos tomando notas acodados sobre la ventana, nada impediría que un lápiz cayese casualmente.

—Sí, pero puede tener un corazón débil, y la impresión sería excesiva. —Appleby cruzó el cuarto—. ¿Es ésa la ventana que domina el patio? Sobresale lo bastante; estas torrecillas son proporcionales, lo mismo que las ventanas. Según veo, se abren fácilmente. El alféizar no se halla a más de veinticinco centímetros del suelo. —Appleby se asomó—. ¿Cabe la posibilidad de confundir a un hombre con otro, ambos situados allá abajo?? Me parece que sí, especialmente si el observador se hallaba embarazosamente atareado. Es claro que Lasscock resulta, por supuesto, inconfundible. Allá lo tiene usted. Cubierto por su *Times*.

Hobhouse miró también en dirección al patio.

—¡Buena pieza! ¿Cómo sabe él que no fue un maniático, que podría deslizarse hasta la torre y repetirlo? ¿No cree que pueda haber sido Lasscock? Pudo tener la humorada de volver después a su silla.

—En cuanto cabe, afirmaríala inocencia de Lasscock. Cuando el hecho ocurrió, estaba sentado a menos de dos metros de donde lo está ahora. —Appleby volvió al interior del almacén—. ¿Medidas, fotografías e impresiones digitales?

—Sí.

—¿Qué hay de la sentina? Hay raspaduras en el suelo, indicadoras de que fue recientemente removida.

—Es evidente. Se fotografió para el caso de que resultara de interés. Puedo asegurar que tal traslado no fue obra de ninguno de mis hombres. Y a propósito, se apreciaron varias manchas de humedad en la escalera y un pequeño charco en un lugar. ¿Será posible que encaje ese detalle en la teoría de una broma trágicamente terminada? El meteorito arrojado sobre alguien y, a continuación, un cubo de agua en plena cara.

—¡Hum! Arriesgado y necio; no necesariamente imposible, sin embargo. Mas, ¿por qué, precisamente, el meteorito? He ahí la pregunta decisiva.

Hobhouse se sentó sobre el cofre y levantó el índice de su mano derecha; parecía dominado por un considerable esfuerzo de lógica.

—Nos consta que Pluckrose sustrajo el meteorito. ¿Qué hace una persona con los bienes robados? Los oculta. Y él lo ocultó aquí, precisamente; un divertido juego debió resultarle trasladarlo al montacargas. Con posterioridad, alguien tomó el meteorito y lo dejó caer a plomo sobre Pluckrose; otra pequeña diversión, que tampoco se halla al alcance de cualquiera.

—Transportarlo del automóvil hasta el montacargas no habría de ser tan complicado, ya que la puerta de la planta baja corresponde al nivel exacto de la calle. Mas elevarlo por encima del suelo, incluso a la escasa altura del borde de esta ventana... —Appleby lanzó una ojeada en torno suyo—. Bien, de todos modos hay aquí tableros, barras y más cosas y admito que también fuese factible.

—Pero ¿por qué, precisamente, el meteorito? La sentina era mucho más manejable. No encuentro más que una respuesta razonable, que sirve a la vez para excluir la teoría de una broma. Existió un asesino y se propuso atentar contra alguien que no era Pluckrose..., digamos Prisk. Empleando como medio algo que podía ser demostrado que Pluckrose robó y ocultó, se conseguía hacer recaer todas las sospechas sobre este último.

Appleby se encontraba de nuevo sobre el montacargas, y miraba a través del agujero del suelo del piso superior.

—¿Nada allá arriba? —preguntó sin interés.

—En absoluto. Son, además, tan estrechas las ventanas que no podría arrojarse por ellas ni un balón de fútbol. La cosa ocurrió aquí. Observe los arañazos en el antepecho.

—Conforme. No está totalmente desprovista de color su teoría. ¿Y dice que en la planta baja se llega al montacargas desde el cuarto oscuro?

—Así es. Y también desde el interior de estos cuatro almacenes por donde comenzamos a subir.

—El cuarto oscuro es, pues, la clave del asunto.

—¡Caramba! ¡Caramba!

—Cuando se piensa asesinar a un hombre, dos son las preocupaciones principales: rapidez y una coartada. Y tenemos aquí, evidentemente, un cuarto oscuro

con un laberinto a un lado y un montacargas al otro. Un montacargas en el cual acabo de hacer un veloz y cómodo viaje de un nivel a otro de la torre.

Hobhouse parecía escuchar solemnemente.

—¿Sabe que creo adónde va a parar? Prosiga...

—Todo consiste en trasladarse aquí en el menor tiempo posible, arrojar el meteorito y regresar... llevando algo como una coartada. Veamos. El asesino entra en el cuarto oscuro en unión de alguien. Envía afuera al acompañante con un recado que exigirá, por ejemplo, tres minutos. Se introduce luego en el montacargas...

—Maravilloso. —Hobhouse era más solemne todavía—. Lástima que exista un obstáculo. Todo lo que puede penetrar en ese pequeño ascensor es un gato, o un perro faldero. Fíjese, el montacargas fue proyectado simplemente para el servicio de los almacenes, y su comunicación con el cuarto oscuro fue idea posterior. Se limitaron a practicar un gran agujero suficiente para el paso de su cacharrería y demás. Para pasar *usted* del cuarto oscuro al montacargas, veríase obligado a recorrer un largo pasillo, salir a la calle, y llegar al más bajo de los depósitos por la misma puerta que nosotros entramos. Lo cual demuestra... —Hobhouse aconsejaba solamente—, que queda aún algo por inspeccionar. O al menos —ahora reprochaba enérgicamente— que debía haber sido estudiado cierto plano que yo hice. No es que afirme que el visitar a la señorita Dearlove fuera tiempo perdido. Mas eso no impedía... —Hobhouse se interrumpió bruscamente mirando al rostro de Appleby—. ¡Maldita sea! ¡Lo sabía usted ya!

—Querido Hobhouse, su plano es tan perfecto que demuestra claramente lo del perro y el gato. No me negará, sin embargo, que sería una hermosa teoría la mía, caso de ser factible. Perdón por haberle tirado un poquito de la lengua.

—¡Hum! Esa gatera es una inutilidad. Y el cuarto oscuro mismo, poco menos.

Appleby movió negativamente la cabeza.

—No diría yo tanto. —Sacó de su bolsillo el plano de Hobhouse—. Ya conocemos algo acerca de los principales complicados; su temperamento y sus relaciones mutuas. Analicemos ahora todos sus movimientos. Y, mediante el estudio de los tiempos, consigamos enjaularlos aquí dentro. —Sacudió el papel—. Mientras tanto, dediquemos una ojeada final al piso bajo. —Se detuvo—. Y a propósito de tiempos, ¿qué hora es?

Hobhouse consultó su reloj.

—Las once en punto. —Antes de que terminara de decirlo empezó a sonar un timbre en algún punto de la planta baja.

Appleby cruzó de nuevo hasta la ventana y miró al patio. Había cesado el ruido del taller de ingeniería; el característico bullicio de los escolares al salir de sus aulas ascendía lentamente, amortiguado. Lasscock se movía, se levantaba, y plegaba cuidadosamente el *Times*. Ya de pie, puso el cojín bajo el brazo y echó a andar con su paso incierto.

Appleby sonrió.

—Todo un muchacho ordenado. Meditando, y, sin duda, en las más amplias perspectivas históricas. Ahora va a entregar a sus discípulos el fruto de su esfuerzo. Y, como Bernardo, es siempre puntual.

—¡Bah! —comentó Hobhouse.

CAPÍTULO XI

EL PROFESOR ATHELSTAN MURN, QUE había llegado a la universidad cómodamente, con dos horas de tiempo para el almuerzo, se desembarazó de la bufanda púrpura que cubría su venerable barba y la colgó, en unión del sombrero y de la americana, en la percha de la puerta de su cuarto. Finalizada esta familiar operación, atrajo su mirada un objeto igualmente familiar: una fotografía colocada en un marco, que pendía sobre un estante en desorden. Representaba al fallecido jefe de Murn, el profesor Pluckrose, revestido con todas sus galas académicas y elegantemente colocado entre un microscopio y una fila de tubos de ensayo. Murn contempló por algunos segundos, plácidamente, la fotografía; luego, también plácidamente, la sacó de su clavo, cruzó la estancia y arrojó el retrato al cesto de los papeles.

A continuación, como si tal obra en sí misma constituyese suficiente haber para una mañana de trabajo, Murn encendió la pipa y se arrellanó en una silla, al lado de la ventana. Desde aquí Murn (que tras cincuenta años de tubos de ensayo y microscopios había llegado a experimentar una reposada satisfacción en la ociosa contemplación de los caprichos de la conducta de sus semejantes), hallábase en situación de observar, no solamente las cercanías de la universidad junto con cuantas personas rondaban esos alrededores, sino todo el panorama del luminoso Nesfield, que se extendía más abajo. En tal moderada contemplación, Murn, en una vejez florida, había llegado a vislumbrar en qué consiste la suma de la sabiduría. Gustaba mirar a Nesfield y reflexionar; inquisitivo, complacía en seguir con la vista a los viandantes; y se deleitaba, especialmente, contemplando a las muchachas, vírgenes y núbiles a un tiempo, sintiendo... que resultaban dulcemente agradables de ver.

Hacia estas inofensivas —y hasta filosóficas— inclinaciones, prometíase Murn una mayor medida de indulgencia en el futuro. La Peste —que así era como Murn designaba, desde antiguo, en privado, a su jefe— había ya comparecido ante su Juez. Una gran proporción de labor científica inútil podía, en consecuencia, ser abandonada.

Y sin embargo, Murn distaba de considerarse libre, por el momento, en su nuevo mundo. Hallábase turbado en su espíritu y preocupado, sobre todo, acerca de una cosa, relacionada con el cuarto oscuro. Lo confundía la chocante popularidad de que el cuarto oscuro había disfrutado, precisamente, alrededor de la hora de la muerte de Pluckrose...

Hisey lo había frecuentado, por supuesto, durante años; era bien conocido como especialista en textos y epigrafista. En el curso de una copiosa correspondencia con hombres eminentes de otras partes, necesitaba constantemente reproducciones fotográficas de tal o cual inscripción. Era una pena que Hisey, tan obstinadamente, fiase en su habilidad para bastarse a sí mismo; con ello daba lugar a confusiones,

derroche de papel y de numerosas placas. De todos modos el que Hissey enredara por el cuarto oscuro, era siempre explicable.

El joven Marlow, por el contrario, constituía un visitante desusado; de tarde en tarde solicitaba al auxiliar del laboratorio que le hiciese algún rotógrafo o fotóstato; mas rara vez intentaba hacerlo por su mano. Allí, sin embargo, había estado. Y allí, asimismo, se encontraba el compañero habitual de Marlow, Pinnegar. A no dudarlo, una regular cantidad de testigos..., pero testigos ¿de qué? Y Murn, olvidado de su vigilante misión matinal sobre Nesfield, enderezó su mirada cautamente en dirección a la mesa. Ya lo había hecho varias veces y, en cada nueva ocasión, un observador hubiera apreciado que sus ojeadas eran, progresivamente, más inquietas.

El profesor acariciaba su barba, pero enseguida, como si lo juzgara desconcertante; o hasta —pudiera haber interpretado el observador— peligroso, dejó de hacerlo. Levantose y se llegó hasta su escritorio, en uno de cuyos dos cajones hizo ademán de introducir su mano; mas vaciló y retornó a la silla. Ceñudamente, observó el exterior por la ventana. Dos muchachas vistiendo blusas vaporosas y pantalón corto de sport cruzaban la calle en dirección al refectorio. Murn debiera de haberse mostrado agradablemente atraído por cuatro pantorrillas y el nacimiento de un muslo. No obstante, aunque la mirada de Murn fue obediente, hallábase abstraída; en aquel instante, sentía una vez más la atracción de la mesa.

Transcurrieron unos segundos, y nuevamente Murn se vio de pie. Ahora, sin embargo, enderezó sus pasos hacia el cesto de los papeles. Se detuvo, extrajo al profesor Pluckrose y volvió a colgarlo del clavo. Retirose, a fin de apreciar el efecto. Era evidente que lo detestaba enormemente. Murn exhaló un suspiro de resignación y regresó a su sitio. Casi no había tenido materialmente, tiempo de sentarse, cuando llamaron a la puerta.

—Adelante —gritó Murn. Y trató de poner la mayor cantidad posible de optimismo en la orden.

El profesor Murn, instintivamente, sabía que había llegado el momento temido.

—Una gran pérdida —explicó Murn—. Una gran pérdida para la ciencia. Y, por supuesto, una pérdida irreparable para mí, no necesito añadirlo. Y Murn dirigió una mirada llena de ternura a una fotografía del difunto profesor Pluckrose, colocada en la pared del lado opuesto de la habitación, sobre un estante revuelto.

—Así es. —Appleby hablaba con el gesto grave de las circunstancias—. A decir verdad, entiendo que el señor Pluckrose era hombre que se hacía querer de todos aquellos con quienes se relacionaba.

—Sin duda alguna. —La mano de Murn se movió hacia su barba; pero, súbitamente, se detuvo—. No se podía haber expresado mejor la idea, ni siquiera en una gacetilla necrológica. —En un momento de descuido, el auxiliar del profesor desaparecido pareció desconcertantemente alegre—. Ha sido un golpe terrible. —Y Murn, corriendo al otro extremo, sacó un pañuelo del bolsillo y enjugó una lágrima venerable y varonil.

—Nos ha parecido indispensable efectuar una confrontación bastante exacta de los movimientos de cuantos se encontraban en esta parte del edificio al sobrevenir el hecho. Mi colega el inspector Hobhouse, de la policía local, ocúpase de ello en estos momentos. —Appleby se detuvo a fin de aumentar el efecto de sus palabras—. Pero hallándose usted, señor Murn, tan íntimamente relacionado con la víctima, sospeché que posiblemente pudiese decirnos algo más importante.

—Ciertamente... en lo que yo pueda, cuenten conmigo; ahora, ¿debo deducir más bien, de sus palabras, que el asunto permanece todavía en el misterio?

—Todavía en un completo misterio. Se ha hecho algún ligero progreso aquí y allá; pero las circunstancias son aun extremadamente oscuras.

—¡Qué lástima! Lamento muchísimo que sea así. —Murn se acomodó, más aliviado, en su silla—. Y dígame, ¿nadie lo presenció?

—Que sepamos hasta ahora, no.

—¿Nadie, pongamos por caso, vio las facciones del agresor en la ventana de la torre?

—Temo que no. —Appleby observó curiosamente a Murn, que, por su parte, miraba en dirección a la mesa con expresión de cierta ansiedad—. Sospecho que existe un testigo que pudo, posiblemente, haberse hallado en condiciones de hacerlo; mas, al parecer, su atención permanecía ocupada en otros pensamientos.

—¡Ah! Por mi parte, he llegado a convencerme de que el exceso de análisis constituye un error. Me siento inclinado a recomendar el ejercicio superior de la contemplación. Casi me atrevería a afirmar que la vida contemplativa produce el mejor tono nervioso.

—Será posible. No creo, sin embargo, que en mi profesión resultara de suficiente utilidad. Quizá usted pueda indicarme algo referente a las relaciones de Pluckrose y sus colegas. ¿Podrían, por ejemplo, ser descritas como invariablemente cordiales?

—¿Cordiales? —La atención de Murn parecía abstraída y contestó imprudentemente—. ¡Pluckrose era una peste!

—¿Cómo dice?

Murn pestañeó.

—Iba a decir que Pluckrose era un pestalociano; o sea que, como educador, aplicaba el sistema del celebrado reformador de Zúrich. Mas, en cierto modo, mi indicación carece de utilidad práctica.

—A mi juicio, carece totalmente. Aunque es un dato curioso.

—En cuanto a las relaciones de Pluckrose con sus colegas, hay que reconocer que ocasionalmente se enturbiaban, aun cuando era una buena persona, como usted comprenderá. Se apasionaba por avanzar en el campo del saber... y frecuentemente invadía el de sus otros colegas. Y eso, por supuesto, originaba querellas de vez en cuando. En una ocasión, soliviantó, completamente a Hissey con un templo tártaro.

—¿A causa de un templo tártaro?

—Coma lo oye. Un asunto que no era de la incumbencia de Pluckrose, hay que reconocerlo. Un arqueólogo alemán, llamado Münchhausen (lo recuerdo perfectamente), descubrió en un lugar inverosímil un templo con inscripciones romanas. Provocaron un mar de discusiones. Algunas, creo, se conservan en Cambridge. Pluckrose sostenía que todo era una patraña. Hissey, que es muy amigo de Münchhausen, se indignó muchísimo. Y de ese tipo, muchos otros razonamientos, y aun por motivos más triviales. Sin duda habrá llegado a sus oídos el asunto de Prisk y el teléfono.

—¿El teléfono que compartían Prisk y Pluckrose? En efecto, ya supimos de eso.

—Temo tener que decir que Pluckrose, a pesar de ser una excelente persona, en algunas ocasiones fomentaba querellas; a tal punto, lo hago presente, que resultaba envuelto en ellas. Así se dio lugar, hace algún tiempo, a cierto resentimiento entre Prisk y el vicerrector, sir David Evans. Fue a consecuencia de cierta distinción honorífica conferida por la Academia de Prusia.

—También tenemos referencia de eso.

—Pues bien, mucho me temo que Pluckrose hizo lo posible por exacerbarlo. Sobre todo, sin duda, a causa de su aversión hacia Evans. De hecho, me consta que entre Pluckrose y Evans se interponía un desacuerdo más bien serio.

—¿Puedo preguntar de qué se trata?

Murn pareció muy incómodo.

—Es algo realmente muy delicado; o, mejor dicho, indelicado. Entre jóvenes..., bien. Pero cuando se llega a cierta edad, y en hombres de destacada situación...

Appleby no perdía sílaba.

—¡Por favor! ¡No me diga que era una mujer!

—Temo que sí. —Athelstan Murn miró por la ventana—. A decir verdad, puede decirse que era una muchacha. Me hallo firmemente persuadido de que uno no se debe mezclar directamente con ellas. Admirarlas... sí. Pero cuando se llega positivamente a...

—Comprendo. Se evitaría mucho trabajo si usted convenciese a todo el mundo de lo acertado de su punto de vista. —Appleby hizo una pausa. Habían acudido a su memoria las hábiles insinuaciones de la señorita Dearlove—. ¿Realmente pretende usted decirme que sir David Evans y el profesor Pluckrose estaban chiflados por una muchacha?

—Pues bien, sí. Ya que usted lo ha insinuado con su pregunta, yo se lo confirmo. —Murn parecía reprochárselo—. No olvide que es poco conocido. Ocurre que... En todo caso, la señorita Godkin podría proporcionarle más detalles que yo, si hace recaer, con cuidado, la conversación sobre ese asunto. Aunque supongo que se hallará habituado a esas indagaciones.

—¿La señorita Godkin? —Appleby se sobresaltó—. ¿Será posible que la muchacha fuera una *estudiante*..., una estudiante de aquella residencia Santa...?, ¿cuál es el nombre?

—Santa Cecilia. No obstante, no se trata de algo tan grave, y me agrada decirlo. La joven ha estado residiendo en Santa Cecilia, pero no es una estudianta de la universidad. Se trata de una alemana, temporalmente al cuidado de la señorita Godkin... —Calló Murn unos segundos—. ¡Algo asombroso!

—¿Cómo dice? —Appleby se hallaba, si era posible, más sorprendido aún.

—¡Si viera usted sus piernas! —Murn se recostó cómodamente en el respaldo de la silla—. ¡Y su... su busto!

—¡Ay amigo mío! Toda una seductora. —De pronto, Appleby dejó escapar un gesto de satisfacción—. *Zuleika Dobson* —exclamó.

Murn negó con la cabeza.

—Creo que no. Su nombre creo que es Elsa Schmauch.

—Seguramente. Mas *Zuleika Dobson* era una joven por quien toda una universidad anduvo de cabeza. ¿Es que por ventura se daría aquí una situación algo semejante?

—La señorita Schmauch ha constituido, ciertamente, una verdadera sensación. Aunque debo hacer notar que su conversación...

—¿La conoce usted, pues? —Appleby miró intencionadamente a Murn.

—¡Conocerla, sí; pero no tengo amistad! A veces como en compañía de la señorita Godkin, en Santa Cecilia. Hay allí..., ¡hum!..., una colección de frescos interesantísimos que me agrada siempre volver a contemplar. Así es como conocí a la señorita Schmauch.

—¿No sería indiscreto inquirir si también *usted* ha estado chiflado por ella?

Murn, atacado tan de improviso, se tiró nerviosamente de la barba; pero la soltó al instante como si se tratase de un manojo de ortigas.

—Señor mío...

—Me ha proporcionado usted cierto número de hechos, que en conjunto o individualmente pueden resultar preciosos, y que, en efecto, sugieren más de un motivo para el crimen que aquí ha ocurrido. —Appleby miró a Murn de la manera más amable—. ¡Quién sabe si alguno de sus colegas, igualmente servicial, no hará conocer algunos otros rozamientos en que usted se haya visto envuelto!

Appleby, presionando, en esta forma a Murn, no hada otra cosa que seguir, de manera rutinaria, las desagradables exigencias de la profesión. Nada hacía suponer que el maduro espectador de la comedia humana poseyera un secreto ulterior que descubrir. Constituyó una sorpresa, por tanto, y una recompensa, que Mura se echara las manos a la cabeza con un gesto de desesperación.

—¡Le llamé víbora! —exclamó—. ¡A pesar de ser una persona encantadora le llamé víbora horrible!

Appleby movió severamente la cabeza.

—Mal asunto, realmente un mal asunto, señor Murn.

—Tuvimos una pequeña desavenencia con motivo de un trabajo de investigación bioquímica. Se me había dado a entender que estábamos considerados como actuando

en colaboración. Y entonces Pluckrose, como tal (aun siendo excelente, pero llevado por su ímpetu), comunicó el resultado a una revista científica, sin tan siquiera mencionar mi nombre. Y lo que fue peor, me consideré agraviado, ¡entonces le llamé víbora!

Appleby sacó su cuaderno.

—¿Y qué es una víbora? Algo que..., ¿cómo diría yo?... ¡algo que se aplasta!

Murn suspiró.

—¡Y eso es precisamente lo que dije! ¡Ya veo que usted lo sabe todo! Varios de mis colegas estuvieron presentes. Le dije que era una víbora a quien mi mayor placer sería aplastar con mi propio pie. —Murn volvió a suspirar—. ¡Oh, qué gran desgracia! ¡Cómo lo he echado a perder todo!

—¿Todo?

—Mi querido señor, Pluckrose ha muerto. Es un suceso grato. —Miraba a Appleby con una especie de candorosa inocencia en extremo convincente—. Lo he esperado durante años. Y ahora, todo perdido por esta terrible angustia; por esta diabólica maquinación para causar mi ruina. ¿Está *seguro* de que nadie fue visto en la ventana de la torrecilla?

—Naturalmente, no existe la certeza absoluta; aunque, hasta ahora no hay la menor prueba.

Con agilidad sorprendente en persona tan anciana, Murn se levantó y corrió al escritorio.

—Confío en usted —dijo, y abrió uno de los cajones inferiores—. Tengo aquí algo... algo que descubrí, oculto en el cuarto oscuro, poco después de ser hallado el cuerpo de Pluckrose. Dejo en sus manos determinar el probable significado.

Murn calló, retiró algo del cajón, lo puso encima de la mesa y se hizo atrás. Appleby avanzó, miró... y giró en redondo hacia Murn, como sospechando que éste había ejecutado un truco de prestidigitación. Murn, sin embargo, era exactamente el mismo de antes.

Appleby volvió los ojos a la mesa. Lo que se extendía encima era una barba larga, blanca y venerable.

Appleby examinó detenidamente la barba.

—¿Y dice que la encontró? —interrogó.

—En un armario del cuarto oscuro. No iba yo a *comprar* una barba. —Y Murn se las compuso para aparentar, durante un momento, una alegre sorpresa—. De todos modos, es algo extraordinariamente intranquilizador dadas las circunstancias, como usted habrá de convenir conmigo.

—La considero en extremo interesante. —Appleby había sacado una magnífica lente y estaba ofreciendo una exhibición de la más ortodoxa técnica criminal—. Tiene polvo... si es el mismo del armario, ganaría en verosimilitud su historia. —Levantó la cabeza—. Y añadiré que constituye casi nuestra primera prueba de convicción, de un género tangible; de ésas que se pueden someter al más incrédulo jurado. Esto, la

fotografía de un trozo de pavimento machacado y una sentina de hierro. ¿Tiene algún inconveniente en acompañarme ahora, para mostrarme el lugar exacto en que la descubrió? —Encamináronse a la puerta. Mas al pasar ante el retrato de Pluckrose, Appleby se detuvo—. ¿Vio usted el cuerpo? —inquirió bruscamente.

Murn pegó un salto.

—¿El cuerpo? ¡No! Quiero decir, nadie me invitó...

—No se parecía mucho a eso. Vamos.

Murn profirió una especie de gemido de congoja y salió del cuarto tras Appleby. Tomaron por la derecha y continuaron luego por el corredor. A través de las altas ventanas de la izquierda penetraba la claridad del Patio de la Fuente.

—A propósito —dijo Appleby—, ¿conoce la fuente, señor Murn? Corría a caño libre cuando se encontró, el cuerpo. ¿Es eso lo ordinario?

—Todo lo contrario. —Murn pareció agradecer este pedido de colaboración—. La fuente se proyectó para un espacio mucho más amplio, y fue trasladada al patio cuando se edificó la nueva biblioteca. Corriendo libremente formaría un barrizal del diablo.

—Que es lo que ocurrió, aproximadamente. ¿Encuentra usted alguna explicación de este detalle?

Murn recapacitó.

—Creo que sí. Como ustedes ya saben, los talleres de ingeniería quedan al otro lado, y durante casi toda la mañana hay alguien trabajando en el interior. Calculo que el patio no ha de ser observable desde allí, debido a la disposición especial de las ventanas. Pero es posible... —Calló—. Podríamos salir y ver.

Doblaron ahora hacia la izquierda por la prolongación del corredor y, tras rebasar el problemático cuarto oscuro, atravesaron la puerta de acceso al Patio de la Fuente.

Murn acarició su barba, algo más confiado.

—Sí —dijo— es más bien como yo me figuraba. Los ingenieros, vea, se comunican por una puerta con el Patio; ábrese allá, en el ángulo opuesto a la torre. Creo que corresponde a la forja, que es una dependencia poco frecuentada. Claro que siempre existe la posibilidad de que alguien estuviera cerca de allí. Así que para proteger el otro rincón de toda indiscreción, nada mejor que dejar correr totalmente la fuente. Seguramente la llave de paso no está lejos de aquí.

—¿Ignora usted exactamente dónde?

Murn se sobresaltó ante lo brusco de la pregunta. Y luego sonrió.

—Señor Appleby —dijo—, he venido de Norfolk y le responderé en el dialecto propio de la región. No me lo va a poder endosar. Con barba o sin ella, no me lo va a poder endosar.

—Parece, no obstante, que alguien se ha propuesto hacerlo. Podíamos intentar un pequeño experimento. Usted se quedaría aquí abajo mientras yo me pondría la barba y me asomaría a la ventana de la torrecilla. Y usted decidiría de mi probable parecido.

—Haría mejor en elegir otro para decidir.

La confesión y esta pequeña investigación sobre la fuente parecían haber calmado los nervios de Murn. Miró plácidamente a lo alto de la torre. Luego, y del mismo modo, abajo, al lugar que ocupó la silla de Pluckrose; finalmente retrocedió hacia el corredor. Tomaron en dirección a la derecha e hicieron alto en la segunda puerta.

—Supongo, señor Appleby, que ya conoce las exageraciones del país. Llaman a esto el gabinete fotográfico, y la única entrada al cuarto oscuro está al fondo de él, a la derecha. El laboratorio privado de Pluckrose, que no hay que confundir, naturalmente, con su habitación particular, se halla tabique por medio con el gabinete fotográfico. Aquélla se halla más adelante, sobre el corredor, exactamente una vez pasado el teléfono que él compartía con Prisk. Es de esperar que no habrá nadie aquí.

Entraron. El gabinete fotográfico era estrecho y alargado, provisto de bancos, cubetas, anaqueles y armarios. Al fondo y a la izquierda, una puerta daba paso al laboratorio privado; opuesto a ella, una abertura en la pared sin puerta daba presumiblemente, entrada al laboratorio.

Hallábase Murn en un error al suponer la habitación desocupada; Hobhouse, sentado tras una mesita, recibía un informe de un auxiliar del laboratorio, vestido de blanco. La indagación había, aparentemente, concluido, pues el hombre se levantó y ganó la puerta del laboratorio. Hobhouse miró de Appleby a Murn... y de Murn a la barba postiza que Appleby aun apretaba en su mano.

—¿Un equipo de recambio? —preguntó.

Appleby afirmó.

—Equipo de repuesto, al menos para alguien. Es el señor Murn, y viene a enseñarnos en qué lugar del cuarto oscuro encontró la barba. ¿Cómo van las cosas?

—No del todo mal, no del todo mal al fin y al cabo. La información se va completando lentamente. —Quizá en obsequio de Murn, Hobhouse se expresaba circunspecta y hábilmente—. Juzgo que hemos logrado aclarar los movimientos de la mayoría de las personas afectadas, y a no dudar, el señor Murn nos informará, ahora, de los suyos.

—Encantado —repuso Murn— para todo lo que ayude a seguir la pista del agresor de Pluckrose. ¡Tan excelente persona como era el infeliz! —Y Murn paseó una mirada grave de Hobhouse a Appleby, mientras se acariciaba la barba.

—Pinnegar esa otro en blanco todavía. —Hobhouse consultaba las notas—. Ha salido para Londres. En modo alguno una partida irregular; lo reclamó allá cierto trabajo y ha dejado la dirección: un hotel junto al Museo Británico. Y, a propósito del museo, llamamos a ese Hammond que le hizo adquirir el meteorito al duque. El objeto cayó en una granja de Lancashire hace dos meses y por milagro no mató a un campesino. De modo que podemos decir que Pluckrose fue el segundo blanco. Entonces Hammond hizo que el duque pagara algo al granjero por la piedra, aunque ignoro si el hombre era propietario legal. Fue examinada minuciosamente sin encontrar nada de interés suficiente. Luego fue devuelta al palacio de Nesfield y allí permaneció hasta que Pluckrose se la llevó.

—¿Que Pluckrose se la llevó? ¡Qué extraordinariamente raro! —Murn se mostraba encantado con tal noticia—. ¿Ven ustedes?, eso es lo que desconcierta en la ciencia: todo tiene continuidad en la forma más estúpida. Mientras que, al estudiar a las gentes, surge un universo pleno de sorpresas. No es que me agrade, de ningún modo, que se vea envuelto en ello, sino que lo considero meramente como un espectáculo.

—Esperemos que usted no se vea envuelto en *esto*. —Hobhouse recalcó la indirecta señalando con el lápiz severamente a Mura—. ¿Será capaz de explicarnos qué hizo el lunes, desde las diez y cuarto hasta las once y media de la mañana?

Appleby interrumpió.

—¿Son ésas, exactamente, las horas?

—Sí, tengo la mayor seguridad. Pluckrose dio clase de nueve a diez y recibió en su habitación a dos estudiantes. Uno de ellos tuvo que correr para llegar a otra cita a las diez y cuarto. Nadie admite haber visto a Pluckrose después. La otra hora está también perfectamente determinada. Un bedel recorría el pasillo y creyó escuchar un fuerte ruido del agua. Asomó la cabeza por la puerta y vio cómo corría la fuente a todo escape. Salió al patio, y allí estaba el cuerpo. Consultó el reloj; eran las once y media, en punto.

Appleby asintió.

—Lo tengo anotado.

—Se fue directamente al conserje, y éste llamó a un médico y a la policía. Tan pronto como lo hizo, consultó su reloj y anotó el hecho. Yo mismo he visto la anotación: *Once y treinta y cuatro... accidente en el Patio de la Fuente*.

—Muy verosímil. Pero setenta y cinco minutos son mucho tiempo que cubrir.

—Así es. Mas probablemente ha de disminuir cuando hayamos hecho hablar a cierto caballero.

Hobhouse pronunció estas palabras con tan aviesa mirada hacia Mura, que Appleby creyose obligado a aclarar.

—Debo decir que Hobhouse se refiere al señor Lasscock. Existen razones para suponer que Lasscock se encontraba en el patio, y que, quizá, despertaba de sus cabezadas matinales en el preciso momento de caer la piedra.

—¡Válgame Dios! —Mura estaba realmente atónito—. Pero, ¿qué dice Lasscock?

—Simplemente, que no se acercó a la universidad el lunes; no obstante, sospecho que solamente está tratando de evitar lo que considera verse envuelto en algo muy enojoso. —Appleby contempló irónicamente a Mura—. Menciono esto a pesar de la evidente desaprobación del inspector Hobhouse, o a causa de sus temores de aparecer complicado también. Parece que usted sabe algo de la intención de Lasscock.

—Nunca trataré de evadirme de nada a costa de una mentira categórica. —Mura, que poco antes había compuesto tan primoroso cuadro descriptivo de su debilidad por el colega muerto, movió severamente su virtuosa barba—. Y, a decir verdad, mi respuesta a la pregunta original es bien sencilla. Permanecí en el cuarto oscuro el

lunes por la mañana, desde antes de las diez hasta recibir la noticia del accidente; y me imagino que Atkinson, el auxiliar del laboratorio a quien usted acaba de interrogar, puede corroborarlo. Su obligación era permanecer aquí, en el gabinete de fotografía, durante ese período. Y, por supuesto, la única salida del cuarto oscuro es por el laberinto y atravesando esta habitación.

—Excepto —añadió Appleby— una pequeña abertura para el montacargas. ¿Y estuvo solo, señor Murn, en el cuarto oscuro?

—¡Caramba, no! Hubo allí varias personas de cuando en cuando. Y aun creo que Graves, el segundo auxiliar, permaneció allí sin moverse; aunque frecuentemente no se advierte a los demás bajo una débil luz violeta.

Hobhouse puso con pesimismo sus manos sobre las notas.

—Todo eso parece ser cierto. El señor Murn permaneció allí continuamente, salvo el tiempo preciso para ir al refrigerador una o dos veces. Y bien allí, o donde ahora nos hallamos, había varias personas más en uno u otro momento. El tal Atkinson parece recordarlo todo al detalle. Lo que no deja de tener su gracia. Estas dos habitaciones parecen haber sido un verdadero foco para todos los personajes del problema. Hissey, Marlow, Pinnegar, Tavender, aunque Tavender entró cuando ya todo había terminado, merodeando por los alrededores por una u otra razón. Y Atkinson enterándose de todas sus idas y venidas; y Graves, más o menos sabedor de ellos, allá dentro Hobhouse señaló con la cabeza en la dirección del cuarto oscuro; como si el todo fuera una especie de aparato científico para la fabricación de coartadas.

Appleby sonrió.

—Quizá lo fuese. Aquí tenemos al señor Murn. En varias ocasiones, según dice, se escabulló para acudir al refrigerador...

—En busca de ciertos fluidos volátiles —aclaró Murn tranquilamente.

—Sin duda. Mas si yo voy regularmente al refrigerador, y de ordinario invierto en ello dos minutos, en ese caso, para un Atkinson, que no atiende deliberadamente a lo que ocurre a su alrededor, ¿no podrían seis, y aun ocho minutos, contar tan sólo como dos? Eso es psicología.

Murn sonrió.

—Pero no es una prueba. No podría someterse a un jurado incrédulo, para emplear su frase. Aunque, de todos modos, no estoy tan seguro de que no me haga sentir cierta inquietud.

—Existen toda clase de posibilidades. —Appleby estaba cruzando la estancia en dirección al laberinto—. Este cuarto oscuro se asemeja a una especie de caja. Desconfíe siempre de las cajas. ¿Conoce ésas que una serie de cuerdas y nudos atan por todos lados, de un modo tan perfecto que parecen imposibles de abrir? Realmente, uno de los lados es una puerta giratoria con la cuerda por eje. La bella joven escapa y... ¡listo!... la caja está vacía. —Appleby hizo un ademán en el aire—. Y ahora, ¡allá vamos! Señor Murn, he aquí un triunfo de Hobhouse. Me ha

persuadido de ir directamente al grano; sin perder tiempo platicando con personas que, como usted, nada definitivo han de aportar.

—Cuidado, señor Appleby. A la derecha, a la izquierda, a la derecha y a la izquierda, y se encontrará adentro. Mas, le recomiendo que lleve las manos adelante.

Ya Appleby había dado la primera vuelta dentro del laberinto, dio la siguiente y se encontró en una profunda oscuridad.

—¿Y aquí fue donde apareció colgado un esqueleto?

—A mitad de camino. —La voz de Murn llegaba muy próxima—. Y pintado con una sustancia luminosa. Una travesura bien infantil, tal como podría figurar en una historia de colegio. Confieso, sin embargo, que casi me hizo retroceder.

—¿Fue usted quién lo descubrió? ¿Qué hizo?

Murn rió, y la risa se estrelló extrañamente contra el contorno del pequeño laberinto.

—Me llevé a Atkinson y a Graves para que no privaran a Pluckrose del beneficio del experimento. Éste dio un fuerte chillido.

—Es de suponer que se molestaría.

—Extraordinariamente. Y su reacción, cosa frecuente en él, fue muy excéntrica. La mayoría cree que el joven Pinnegar es el responsable de tales picardías. Pluckrose, no obstante, insistió en que el esqueleto había sido colgado por el vicerrector.

Appleby detúvose en la oscuridad.

—¿Por sir David Evans? ¡Qué idea más peregrina!

—Ciertamente que no es una costumbre como para atribuirle a viejos filósofos; pero sí lo era en Pluckrose afirmar que Evans estaba un poquito desequilibrado.

—Me consta que sir David, por su parte, cree algo por el estilo de los profesores, en general. —Appleby había entrado ahora al cuarto oscuro. Nada resultaba visible; el lugar parecía completamente oscuro—. ¿Admite usted que Pluckrose realmente...?

—Es inconcebible que juzgase de buena fe que Evans lo hizo. Aunque, por supuesto, pudo haberlo asociado mentalmente con la delicada situación existente entre ellos dos.

—¿Con relación a la bella señorita Schmauch? Éste es otro asunto que, realmente, toma un poco de vuelo. ¡Hola!..., hay algo de luz, después de todo. —Los detalles del cuarto oscuro comenzaban a hacerse visibles bajo una especie de resplandor violáceo; era un conjunto de cubetas y bancos, cámaras y huecos en las paredes para efectos personales, ideado con el aparente propósito de que varias personas pudieran trabajar independientemente al mismo tiempo. El lugar constituía un digno centro, pensó Appleby, para el siniestro juego de escondite en que parecía irse transformando el asunto Pluckrose.

—Supongo que la vista de una persona se acomodará antes a la oscuridad con la práctica; sólo ahora comienzo yo a distinguir algo.

—Verdaderamente, no es una luz tan mala. —Murn hallábase ahora junto a Appleby y Hobhouse asomaba por la salida del laberinto—. Casi todos los objetos

pueden percibirse sin excesivo esfuerzo de la vista. He aquí el armario de que hablé. Es un armario vacío que...

Pero Appleby estaba ya en el otro extremo del cuarto.

—¿Y ésta es la ventanilla que da sobre el montacargas? —Escudriñaba una pequeña abertura en el muro, cerrada por una especie de puerta corrediza o tapa. ¡Es de lo más incómodamente reducida! Diría que no alcanza mucho más de treinta centímetros en cuadro.

Murn asintió con la cabeza.

—Imagino que temían la penetración de la luz por el hueco. Es, empero, suficiente para las pocas cosas que, a veces, se enviaban abajo. Y aquí tiene el conmutador; un botón de subida y otro de bajada. ¡Permítame, ahora! El armario donde encontré la barba...

—A propósito de la barba —interrumpió Hobhouse—; ahí tiene usted algo que puede pasar con bastante holgura por la ventanilla. Le sería fácil enviar la barba arriba... y abajo.

Appleby que, en compañía de Murn, se dirigía al armario, se volvió en redondo.

—¡Magnífico, Hobhouse! ¡Asombrosa penetración! La barba sube. ¿A dónde nos conduce?

—Presumiblemente, otra vez al almacén. —Hobhouse, encaramándose en un taburete, levantó su dedo indicador—. Un falso Murn entra en este cuarto oscuro. Envía la barba a lo alto de la torre. Sale, ya no es un falso Murn. Sube a la torre y se transforma otra vez en fingido Murn. Envía la barba, una vez más, abajo, y regresa al cuarto oscuro, nuevamente distinto de un falso Murn. Recupera la barba y abandona definitivamente el cuarto oscuro...

—Una vez más como un fingido Murn. —Appleby se volvió a la venerable estampa del auxiliar del difunto Pluckrose—. Ya ha visto cómo discurre la policía.

—Debo reconocer que es una engañosa teoría. —Murn agarró su barba como temeroso de verla también arrebatada milagrosamente por el montacargas—. Sólo que no aseguraré que el procedimiento que bosqueja el inspector Hobhouse no sea innecesariamente complicado. La persona, cuyas misteriosas actividades trata de seguir, podría poner la barba en su bolsillo y llevarla en tal forma a la torre.

Hobhouse hizo signos negativos.

—Se trata de una larga barba; una preciosa barba, si queremos calificarla así. Se deterioraría guardándola en el bolsillo, y podría echar a perder todo el efecto del disfraz. Si realmente existía un complot para hacer aparecer al señor Murn en la ventana, en el acto de arrojar el meteorito, sigo sosteniendo la oportunidad de mi idea. No diré que resulta perfecta en todos los detalles —el tono de Hobhouse era apropiadamente modesto—; presumo, sin embargo, que bien podría ser complementada.

—No afirmaré, ni mucho menos, que se haya apuntado un gran éxito. —Appleby, que había dejado antes la barba postiza sobre un banco, la tenía ahora en sus manos y

la contemplaba pensativamente a la débil luz—. Sostengo más bien la objeción del señor Murn acerca de la naturaleza del objeto, que permitiría ocultarlo fácilmente en el bolsillo, y no creo que en diez minutos sufriera mucho deterioro. Mas si supone usted la existencia de dos personas en complot para caracterizar al señor Murn...

—¡Válgame Dios! —Murn sonrió amablemente—. Nunca creí que pudiera llegar a gozar de tal popularidad.

—Si admitimos dos individuos y una barba entre ellos, en ese caso la reducida entrada al montacargas cobraría especial utilidad.

—¿Y por qué no proveerse de dos barbas? —Hobhouse estaba extraordinariamente serio—. Cuando se lleva entre manos un asesinato, un pequeño gasto adicional...

Appleby arrojó nuevamente la barba sobre el banco.

—La cosa toma todo el cariz de una farsa teatral. Personajes que, disfrazados como si fueran otros, entran y salen tranquilamente por el foro. Esperemos que sea una comedia bien montada.

—Lo dudo mucho. —Hobhouse movió la cabeza con pesimismo—. Si le interesa mi opinión, le diré que hay exceso de material. El busto del vicerrector, el joven a quien usted atribuye la bigamia; este asunto de la barba, Prisk y su automóvil; luego las desavenencias a causa del nieto del duque, la Academia de Prusia, o de esa Zuleika..., ¿cuál es su nombre?..., bien, va a resultar difícil combinarlos.

—Indudablemente. Pero el señor Murn no nos ha mostrado todavía el armario.

Murn movió afirmativamente la cabeza.

—Se trata de un armario vacío que abrí imprevistamente el lunes por la tarde. Contenía la barba... y nada más.

—Conforme —dijo Appleby—. En este caso no se dirá que hay exceso de material.

—Lo abrí y metí la mano para apreciar el espacio de que podía disponer para guardar algunas placas. —Y Murn siguió con la acción a la palabra y abrió la puerta del armario—. Cuál no sería mi sorpresa...

La voz de Murn se ahogó en su garganta; en la oscuridad violácea su rostro pareció transfigurado. Lentamente, se vio surgir la mano. Pero esta vez no sujetaba una, sino dos largas barbas, blancas y venerables.

CAPÍTULO XII

HOBHOUSE, CON UN MANOJO DE barbas postizas debajo del brazo, cerró tras él la puerta del gabinete fotográfico.

—Siento abandonar el cuarto oscuro —dijo—. Me gustaba. Al menos, uno sabe dónde se encuentra. Pienso que tal vez fue una lástima que no mataran allí a Pluckrose.

Appleby meneó la cabeza.

—Se trata de una caja —repitió—. Desconfíe de los asesinatos en las cajas. A menos que la tapa esté levantada, claro está.

—¿Y usted opina que en este caso lo está?

—Ciertamente. La posición no es de las que pudieran llamarse de tipo aislado. La víctima no se halla completamente encerrada en una caja. Con tantas personas, una o varias de las cuales han de ser responsables del crimen. A Pluckrose pudo asesinarlo cualquiera de los habitantes de Nesfield; lo mismo que una persona que habitara en la Luna.

—Ésa sí que sería particularmente sospechosa. —Y Hobhouse rió, encantado con esta audaz muestra de fantasía.

—Es, pues, sencillísimo. Basta con elegir al más sospechoso para las primeras averiguaciones. Si fracasa, al siguiente. Y así, de menos en menos sospechosos, hasta llegar al obispo y al alcalde de Nesfield...

—Y al duque de Nesfield. Y luego retiramos a vivir de las pensiones y entregar las insignias a nuestros sucesores. Mientras tanto...

—Mientras tanto, hablábamos de cajas. Vamos, por tanto, a inspeccionar un pequeño ejemplar al final de este corredor. Entre los cuartos de Prisk y de Pluckrose. Hela aquí. ¿No es muy extraño compartir un teléfono en esta forma?

Hobhouse asintió con la cabeza.

—Aparentemente, sí. Existen, distribuidas por la universidad, cierto número de cajas de esta clase. Todas bajo llave con el fin de poner los instrumentos fuera del alcance de cualquier persona que pase por el corredor.

—¿Qué clase de cerraduras?

—Malísimas. —Y probablemente una misma llave abrirá varias cajas.

Appleby probó la tapa de la pequeña caja empotrada en la pared.

—Está cerrada. ¿Qué dice la telefonista?

—Tiene, forzosamente, que enterarse de dónde vienen las llamadas. Y, por supuesto, de la hora. Naturalmente, no se lleva ningún registro de las comunicaciones interiores. —Hobhouse buscó un cuaderno y volvió toscamente unas páginas con el pulgar—. La mañana del lunes la telefonista recuerda, precisamente, dos comunicaciones por este teléfono. No precisa la hora, pero le consta que fue antes del

revuelo que siguió a la muerte de Pluckrose. La primera fue una llamada para este aparato; alguien preguntaba por Prisk. No recuerda de dónde procedía la llamada, ni tampoco cree haber reconocido la voz.

—¿Una llamada telefónica para Prisk? Entonces tuvieron que dar dos timbrazos y una pausa; nuevamente dos timbrazos y una pausa; y así hasta obtener una respuesta, o hasta que resultara evidente que nadie atendería.

—Exactamente.

—¿Recuerda la señorita la contestación de Prisk?

—Recuerda que alguien respondió, pero no así si fue él.

—¿Y si la llamada fue atendida rápidamente o no?

—No lo recuerda tampoco.

Appleby dio unos golpea tos, pensativamente, sobre la caja.

—La posibilidad de error es evidente. Pluckrose se halla ante la caja abierta, a punto de hacer una llamada. Suena el timbre: el primero de los dos timbrazos para Prisk. Pero Pluckrose, impaciente o distraído, descuelga el receptor, y si el mensaje es breve y claro puede suponerlo dirigido a él mismo.

—Muy bien. Y existe aún, en favor de esa idea, una particularidad que no conocíamos al considerarla por primera vez. La segunda llamada por medio de este teléfono fue precisamente una llamada de Pluckrose; pudo ser, pues, la que se preparaba a efectuar al sonar el timbre. Era pidiendo comunicación con el vicerrector. —Hobhouse se detuvo, evidentemente se disponía a revelar algo importante. Sólo que el vicerrector lo niega. Bien, ¿no le sorprende?

—No mucho. —Appleby miró seriamente a su colega—. Ya le he dicho que sir David Evans es uno de los factores del problema. Sea cualquiera la opinión que nos merezca la escandalosa historia de él, Pluckrose y una determinada mujer, o muchacha...

—¿Hay alguna diferencia?

—La hay, desde el punto de vista de Murn. Como quiera que sea, digo que Evans es uno de los complicados. De ahí su comedia cuando nos entrevistamos con él, y, a no dudarlo, ésta sería la razón del temor que tenía después.

—Ese temor sobrevino al tener noticia del atentado contra Prisk... si es que lo hubo. Cuando lo visité posteriormente para hablar de este asunto del teléfono, se mostró completamente lacónico. A estilo de Lasscock, un «Tenga muy buenos días».

—Le llega el turno a Lasscock. La confesión total e incondicional de Lasscock es un pagaré ya vencido hace tiempo. Pero, volviendo a la llamada, ¿está segura la telefonista?

—Se halla un tanto violenta ahora que Evans niega el hecho; mas, a pesar de todo, segura. Se trataba de una llamada de Evans desde este teléfono que...

—¿Recibe él directamente las comunicaciones?

—Normalmente, no. Lo que sucede es que el lunes se hallaba enferma su secretaria y no había sido sustituida. La llamada, si la hubo, llegó a él en persona.

Alguien preguntaba por el vicerrector desde este teléfono y fue conectado. Evans dijo «sir David Evans al habla», y su interlocutor, «Aquí Pluckrose». Y en ese momento la telefonista sacó su clavija.

—¿Está segura de que se trata de Pluckrose?

—No, no lo está. Es un detalle interesante. Está segura de Evans. Pero no de la otra voz. Y tanto más curioso cuanto que si la otra voz dijo «Aquí Pluckrose», era lógico que, al recordar, creyera que la había reconocido. Psicología, como usted diría. Pero prefiero las impresiones digitales y ya he encargado tomarlas.

—¿Y después?

—Bien, ni que decir tiene, que no vamos a comenzar exigiendo impresiones digitales a diestro y siniestro como sabuesos de novela; sería tanto como jugarlos el empleo. Pero, sin salir de este escenario, es posible recoger discretamente unas pocas de los objetos de propiedad personal. ¿Qué impresiones esperaría encontrar en este receptor, además de las de Prisk y Pluckrose?

Appleby recapacitó.

—Las de Marlow —dijo—. Las de Marlow o las de Pinnegar.

—Y ahora vayamos a los tiempos y lugares.

Hobhouse, que parecía dispuesto a convertir el corredor en la sucursal de una comisaría, se apoyó contra la caja de teléfono y otra vez rebuscó en su libreta.

—Y a las distancias. Por ejemplo, de haber recibido Evans una llamada en la que se le rogase acudir a la habitación de Pluckrose, ¿qué camino probable seguiría?

—Habría de dar la vuelta al edificio. —Hobhouse recapacitó—. No. Podía atravesar por la sección de ingeniería y salir al patio por la puerta de la fragua, y cruzar a continuación el patio hasta este corredor.

Appleby hizo signos afirmativos.

—Parece como si el tiempo fuese un factor importante; no hay que descuidar, pues, tales detalles. ¿Y dice que los tiene bien estudiados a casi todos?

—No del todo mal. —Hobhouse sacó una hoja suelta de papel—. Aquí están los pasos de todos ellos entre las diez y cuarto y las once y media. Si logramos que Lasscock fije la hora exacta con cierta aproximación no saldremos mal librados. Faltan, sin embargo, los movimientos del hombre que habitaba en la Luna al ocurrir el atentado.

—Se completarán consultando un almanaque astronómico. —Appleby tomó la hoja de manos de Hobhouse—. ¿Incluye solamente a quienes parecen haber estado más en el asunto?

—Precisamente, comenzando por Pluckrose. El resto por orden alfabético. Si el criminal es un desconocido X, nos acercaremos a él eliminando a estos sospechosos.

Appleby estudió la lista.

- *Pluckrose, Enrique Alberto*. Dio clase de nueve a diez; costumbre normal. Recibió estudiantes en su habitación hasta las diez y cuarto; costumbre

normal. Movimientos subsiguientes desconocidos.

- *Church, Timoteo*. Preparando estudiantes en su habitación hasta las once menos cinco. Solo en ella hasta las once y diez. Preparando de nuevo alumnos hasta las doce menos cinco.
- *Crunkhorn, Ricardo Meredith*. Permaneció toda la mañana en su habitación sin recibir a nadie. Ninguna comprobación posible.
- *Evans, sir David*. Llegó a la universidad poco después de las diez. Secretaria ausente. Visitado a las diez y cinco por el profesor de filosofía; entrevista terminada a las diez y veinte. Afirma haber permanecido en su habitación hasta poco antes de las once. Entonces decidió, como es costumbre suya, ir al refectorio a beber una taza de café. En el camino se entretuvo unos minutos tomando el sol. Ante lo caluroso del día volvió a su habitación y cambió de americana. Dirigióse después directamente al refectorio, donde fue visto alrededor de las once y cuarto. Paseó al sol, confirmado por el conserje que divisó a sir David doblando la esquina del edificio principal; inseguro, sin embargo, en cuanto a la hora. Permaneció en el refectorio hasta unirse a él Hissey (ver a continuación).
- *Hissey, Stanley Rutgersius*. Consultando con el bibliotecario hasta las diez y veinte (confirmado). Vuelto al hotel por un libro (no confirmado todavía). Recordó que el libro no se hallaba en el hotel, sino en la universidad. Regresó a la universidad. Recordó algunos positivos dejados en el cuarto oscuro. Fue al gabinete fotográfico. Preguntó a Atkinson la hora, pues debía acudir a una cita a las once y diez. Eran las diez y cincuenta. Encontró a Graves revelando algunas de sus placas. Permaneció ayudándole hasta las once y veinticinco. Entonces recordó la cita y se hallaba a punto de salir cuando llegó la nueva de la muerte de Pluckrose. Comunicó la noticia a sir David Evans en el refectorio, después regresó a su habitación.
- *Lasscock, Teodoro Almeric de la Tour*. Afirma no haber estado en la universidad. Faltó a su clase de las once y no envió nota de ausencia. De haber llegado a eso de las diez, de haberse dirigido en derecha al Patio de la Fuente y de haberse retirado alrededor de las once, pudo muy bien haber pasado inadvertido. Pueden ser hallados testigos de su presencia (conductor del autobús, estudiantes ociosos, alguien que atravesara el patio).
- *Marlow, Martín Cristóbal*. En el cuarto oscuro desde las diez y cuarto hasta conocerse la noticia del accidente. Confirmado por Atkinson.
- *Murn, A testan*. Como Marlow, pero hizo varias breves salidas al refrigerador.
- *Pinnegar, Rogelio*. Salió de viaje para Londres antes de iniciarse la presente fase de la investigación. Visto en el gabinete fotográfico y cuarto oscuro a las diez y cuarto aproximadamente. Encontrado por dos estudiantes en la calle próxima a la torre en el momento preciso en que uno de ellos preguntaba al otro la hora. Eran las diez y veinte. Los estudiantes creen que el reloj

marchaba exactamente. Probablemente Pinnegar se encaminaba al refectorio, pues se le observó allí leyendo y tomando café a eso de las once menos veinte. Continuó en el refectorio y fue visto hablando cortésmente con sir David Evans (ver más arriba) alrededor de las once y veinticinco.

- *Prisk, Pedro Patterson.* Agotamiento nervioso consecutivo al accidente de automóvil ocurrido antes de emprenderse esta parte de la investigación (nada de lesiones físicas, pero el médico responde de la legitimidad del colapso subsiguiente). Se le vio llegar a la universidad a las diez aproximadamente. No tenía ocupaciones académicas en toda la mañana. Créese permaneció continuamente en su habitación y no consta que se le viese en parte alguna, excepto momentos antes de las once, hora en que preguntó por su auxiliar, Pinnegar, en el gabinete fotográfico y cuarto oscuro.
- *Tavender, Huberto Guillermo.* Pasó la primera parte de la mañana en la ciudad, negociando con un vendedor de cuadros en nombre de su mujer. Llegó a la universidad a eso de las once y se dirigió primero al refectorio para tomar una taza de café (dato confirmado). Cruzó a las once y cuarto, aproximadamente, la calle formada por el edificio principal, y recuerda haber visto abierta la puerta del piso bajo de la torre. Acudió directamente al aula y se reunió con los alumnos a las once y veinte (con un retraso de cinco minutos). Explicó la cátedra hasta la una menos cuarto. No posee más información (*Hobhouse: ¿No tiene nada más que decirme? Tavender: Nada... o nada que pudiera ser creído por ningún juez o jurado del mundo; lo cual debe ser lo mismo con arreglo a su punto de vista. Hobhouse: Se trata de un asunto muy serio, señor Tavender. ¿Está seguro de que no tiene nada que añadir? Tavender: Nada, lo juro solemnemente. Hobhouse: No le pido un juramento. No se trata todavía de una declaración formal. Tavender: No obstante, amigo mío, lo juro... ¡por las barbas del profeta!*).

Appleby devolvió la lista a Hobhouse.

—Un buen trabajo. Y con un precioso adorno al final.

—¿Lo de las barbas? —Hobhouse movió la cabeza—. Coincidencia, supongo. Pero tengo para mi capote que el tal Tavender es un trapacero. ¿A qué se refería con lo del juez y el jurado?

—Presumiblemente posee información de un carácter tan fantástico que no se creería aunque la divulgase.

Hobhouse arrugó la frente.

—¿Tanto como eso?

—Bien, podría consistir en una circunstancia fantástica en sí misma; o en una circunstancia fantástica solamente en virtud del carácter de la persona o personas afectadas. Por ejemplo, si se sorprendiese a Pinnegar llenando de barbas postizas el armario, sería un hecho fantástico de primera categoría. Pero si los sorprendidos

fuesen Crunkhorn o Evans, el mismo hecho pertenecería a la segunda categoría. Y, como quiera que sea, aunque Tavender pueda ser un irresponsable, no se trata, ni mucho menos, de un necio. Cuando gasta una broma, hay que adivinar a dónde quiere ir con su segunda intención. —Appleby consultó su reloj—. Y ahora voy a organizar un pequeño convite.

Hobhouse guardó los papeles en el bolsillo con cierta alegría.

—Bien, por mi parte me conformaría con un asado a punto. Pero será a costa de su bolsillo y no del mío.

—Pero es que usted no está invitado. He dicho organizar y no ofrecer. Y como se trata de un aviso muy breve, vamos a ganar tiempo... —Appleby, sacando un pequeño instrumento del bolsillo, comenzó a manipular en la tapa de la caja del teléfono—. Poca llave. —La tapa había cedido; descolgó una guía, la consultó y se acercó al receptor—. Central, por favor —pidió.

Media hora más tarde Appleby se encaramaba en la imperial de un autobús y, adelantándose hasta el asiento delantero, se acomodaba al lado de Timoteo Church.

—¡Hola! —dijo—. ¿En esta dirección?

Church, que se hallaba sumido en alguna melancólica reflexión, experimentó un perceptible sobresalto.

—¡Sorprendente! —dijo con ironía—. Es realmente asombroso cómo se las componen ustedes para averiguarlo todo. Lo confieso. Voy en esta dirección.

—Nada mejor que una pequeña confesión para descargar el ánimo.

—Preferiría descargar el autobús. A usted los tranvías le parecen muy cómodos. Y los taxis, ¿no se usan en Scotland Yard? Hay quien se mareo en lo alto de un autobús. —Church hizo una pausa fugaz después de estos despropósitos—. ¿Cómo anda su desagradable asesinato? —preguntó.

—No del todo mal. Las murallas del misterio comienzan a ceder. Por otra parte, a cada paso brotan nuevas complicaciones. Barbas, por ejemplo.

—¿Barbas?

—En el cuarto oscuro hay un armario que produce barbas. En su interior, desde luego. Barbas postizas idénticas a la de Murn. Ya ha proporcionado tres de ellas. Me agradecería conocer su opinión. —Y Appleby miró inquisitivamente al auxiliar de Crunkhorn.

—Gracias a Dios, no me veo en la necesidad de formar opinión de una historia tan necia. —Church sacaba furiosamente una larga pipa—. Y, si desea saberlo de una vez, el asunto del aplastado Pluckrose es un callejón sin salida... ¿Está seguro de que el autobús no le hace sentirse ligeramente mareado?

—Segurísimo, muchas gracias. No crea que dejo de pensar en el almuerzo.

—¿En el almuerzo? —Church, momentáneamente suspicaz, miró vivamente a Appleby—. ¿Dónde está su colega local?

—Ocupándose de otros aspectos del caso.

—¡Al diablo con el caso! Ya no pueden recomponer a Pluckrose. Más vale dejarlo en paz.

—¡Qué curioso! La misma opinión de ese singular Tavender, hombre muy irresponsable.

—No es nada de eso. —Church se expresaba con súbita impaciencia intelectual—. Si Tavender recomienda dejar esas cosas en paz, será porque tiene alguna seria razón para decirlo.

Appleby observó curiosamente al joven sentado junto a él.

—¿Qué razón sería puede existir, Church, para ignorar un crimen gravísimo?

—Ninguna, realmente... supongo. —Church respondió rápidamente a la pregunta de Appleby—. Mas, con un criterio realista, hay mucho de injusto en la justicia retributiva. Tavender puede conocer algo que sugiera que la verdad ocasionaría mayor escándalo del que fuera de desear. Una universidad, después de todo, es un lugar importante, y el público es muy necio.

—Un lugar demasiado importante para permitir en ella a un asesino campar por sus respetos. Y, de paso, ese propósito que usted atribuye a Tavender, ya me inclinó en un momento dado a atribuírselo a Evans.

—¡Oh!, él. —Church expresó mucho en los monosílabos.

—Un deseo de disimular las cosas. Por otro lado, si tal es el sentir de Tavender, reconozcamos que no es conmigo mismo muy lógico. En más de una ocasión me ha proporcionado indicaciones muy valiosas.

—Instinto deportivo. —Church hallábase nuevamente sombrío—. ¡Al diablo todo el asunto! Es como a veces con el método de los cuadrados mínimos. No me es posible despreocuparme de él.

—Comprendo. Especialmente cuando ya se tienen suficientes problemas personales.

—Exacto. —Church se irguió, súbitamente inquieto—. ¿Qué quiere usted decir?

—Que la señora de Church, supongo, debe de constituir uno algo fastidioso. —Appleby hablaba como de un modo casual—. Sobre todo en lo que se relaciona con la señorita Cavenett.

Church se puso de pie.

—Lo siento —dijo—. Debo bajarme aquí.

Appleby se levantó a su vez.

—¿Aquí? ¡Qué casualidad!, yo también he llegado a mi destino. —Siguió a Church escaleras abajo—. Las señoras de Church, debí decir.

Descendieron del vehículo y continuaron, en silencio, por una calle lateral. Solamente a mitad de camino habló Appleby.

—Oiga, Church —interrogó curiosamente. ¿Tuvo relaciones íntimas con alguna de ellas?

Church no respondió, y siguieron andando en silencio.

«Indiscreta pregunta. Pero el hombre —reflexionaba Appleby— es un ser muy extraño. Y uno tiene el instinto de investigar donde puede».

En los jardines del internado de Santa Cecilia unas cuantas damas jóvenes, con tijeras de podar y guantes, cortaban flores. ¡Otras!, paseaban por la terraza los perros de la señorita Godkin. Otros grupos dibujaban al pie de los árboles. Y por las ventanas abiertas, y a través del prado, fluían los acordes de los violines y arpas, pianos y violoncelos, arrancados por damitas en los ejercicios musicales dispuestos por la señorita Godkin.

Echábase de ver en seguida que en el internado reinaban el refinado buen humor y la culta alegría. A decir verdad, tales cualidades, junto con puntualidad, labores de aguja, alguna que otra ojeada a *Costumbres del país* y *La reina*, uñas sin pintar, conversación instruida y el uso del inglés oficial, eran severamente exigidos desde las ocho y cuarto de la mañana hasta las diez en punto de la noche, por la señorita Godkin.

Damas jóvenes deseosas de transformarse nuevamente en simples muchachas para entregarse a la lectura de revistas de cine, hacer pequeñas apuestas sobre caballos, mezclarse con muchachos y muchachas, tostar arenques en la llama del gas, consumir productos ultramarinos, bailar al aire libre, cantar, pellizcarse, llorar, atracarse de bombones de chocolate y contarse de sus hogares y de sus vecinos, de las tribulaciones de sus madres con la subida de alquileres y los triunfos de sus padres con los perros —tan recalcitrantes elementos—, únicamente podían tolerarse en su reincidencia en el retiro nocturno de los reducidos, pero delicados y púdicos, cubículos con que la señorita Godkin las había dotado.

Durante el día, la vida en Santa Cecilia era elegante y ordenada; combinaba, la señorita Godkin acostumbraba recordarlo, la variedad y el encanto de una noble familia del Renacimiento con la dignidad y el reposo de una casa solariega inglesa. Y algunas de las muchachas habían de permanecer allí tres años.

La misma señorita Godkin era una figura prominente de la escena, tal como se ofrecía a las miradas de Appleby y Church, mientras se adelantaban por la entrada de coches. Hallábase, bajo un cedro, dando instrucciones a dos jardineros de edad decorosamente madura. Acompañábanla dos jóvenes que aprendían así cómo hablar a los jardineros. Dado que el lugar señalado para ellas en la vida era el de maestras de una escuela de primeras letras en alguna ciudad industrial, resultaba más que seguro que tales conocimientos especiales no habían de ser llevados a la práctica. Mas, como la señorita Godkin gustaba de repetir, una nunca puede pronunciar la palabra *jamás*, y por tal razón, dos de sus pupilas eran elegidas diariamente para disfrutar de las más íntimas experiencias de la vida de la alta sociedad. Acompañaban a la señorita Godkin a su mesa, y usaban cubiertos de plata de Georgia y copas Crown Derby. La plata no resultaba, después de todo, tan mala; se hubiera requerido un mordisco

inusitadamente salvaje para grabar en ella una marca permanente. Mas las copas Crown Derby, desde que uno las tomaba en sus dedos hasta el último sorbo, eran pura agonía.

—¡Estimado señor Appleby, qué bondad la suya al llegar hasta aquí! —La señorita Godkin avanzaba con lo que pudiéramos calificar desenvoltura; a lo que se añadía, sin embargo, un leve aire de misterio y de propósito definido—. Encantadas de verlo, señor Church. —La señorita Godkin volvióse con amable gesto hacia el auxiliar de Crunkhorn, mezcla de cordialidad y benévola condescendencia—. He aquí a las señoritas Bearup y Fisher.

La señorita Godkin procedió a presentar primeramente a las señoritas Bearup y Fisher a Appleby, y, luego, hizo la presentación de Church a aquéllas. De lo que dedujo Appleby que la curiosa abeja del ministerio de Relaciones Exteriores todavía zumbaba en los oídos de la señorita Godkin. De otro modo, en efecto, difícilmente hubiera conseguido concertar con la algo confundida dama una comida bajo sus propias condiciones.

—Y ahora, me pregunto, ¿dónde está nuestra querida Elsa? Tengo entendido, señor Church, que es gran amiga de usted. A no dudarlo, no puede tardar. Va a oírse la campana de un momento a otro y es la más puntual de las jóvenes. —La señorita Godkin hizo una pausa al llegar a esta altura y miró intencionadamente a sus dos pensionistas—. Y aquí llega otro de nuestros invitados. —Y la señorita Godkin avanzó por el césped—. ¿La señorita Cavenett? —saludó—. ¿Cómo está usted?

La señorita Cavenett había señalado la particularidad del momento —no del todo festiva— llegando en taxi; ahora soportaba las presentaciones con una calma fatal. Se oyó a Church murmurar algo acerca de haberla conocido antes. La señorita Cavenett, tras recibir de Appleby, por teléfono, la vaga impresión de que se la invitaba al corazón del harén de su prometido, trató a las señoritas Fisher y Bearup con una especie de refrigeración instantánea, cuyo helado soplo, a buen seguro, se podría percibir a mitad de distancia del extenso prado de Santa Cecilia. Esto resultó desconcertante para las señoritas Fisher y Bearup, que esperaban dar la nota de buen tono, por cuanto la señorita Cavenett se comportaba con toda la horrible libertad y recursos de una gran señora. Aun en las más cordiales circunstancias, habrían tenido ellas ciertas dificultades con sus manos y pies; la señorita Cavenett ni siquiera se preocupaba del mucho más trascendental asunto de fijarse en el atavío; probablemente, ni siquiera habría oído nombrar el inglés oficial.

Al encaminarse hacia la casa, y aunque sin duda le correspondía haberse colocado al lado de la señorita Godkin, Appleby consiguió situarse entre las dos infortunadas jóvenes.

—Considero —dijo— que viven en un magnífico lugar.

La señorita Bearup hizo girar su cabeza cuidadosamente hasta alcanzar una posición en la que, presumiblemente, le era factible vislumbrar el extremo de la nariz de Appleby.

—Muy agradable —dijo—. ¡Es tan espacioso y tranquilo!

A esto Appleby no respondió; y, cosa extraña, la señorita Bearup pareció cobrar confianza con su silencio.

—A decir verdad —añadió en algo como un murmullo—, a veces demasiado *tranquilo*. Si usted me entiende.

—Creo que sí. —Con el rabillo del ojo Appleby pudo distinguir a la señorita Godkin hablando con Juana Cavenett; y a Church, ceñudo y apartado—. Por ahora, sin embargo, espero que todo irá bien.

—Precisamente —convino la señorita Bearup, al tiempo que con la señorita Fisher contemplaba con súbita admiración a un desconocido de tal penetración filosófica—. Y reconozco que siempre se aprende algo. Pantomimas y un poco de teatro de aficionados, y qué hacer con los tallos de las flores. Espero que nos resulte útil. Y a pronunciar con claridad. No es que la gente no me entendiera antes perfectamente bien, por supuesto.

—Y las Realidades de la Vida —añadió la señorita Fisher imprudentemente.

La señorita Bearup sonrió con agrado, juzgó Appleby.

—La señorita Godkin dicta pequeñas charlas sobre eso. Y a veces hay en ellas a mi juicio, algo referente a cosas realmente útiles. Pero el resto, podríamos decir, requiere buen estómago. —La señorita Bearup miraba ahora, insistentemente a Appleby; sus pasos se hicieron más firmes sobre el césped—. Si me ha de creer —dijo—, a veces es terrible ser mujer.

—Me pregunto —la señorita Fisher era también, ahora, una aliada— por qué esa muchacha nos miraba de tal modo al serle presentada. ¿Tan distinguida es?

—No creo. Me inclino a suponer que las ha confundido con otras.

—¡Es extraño! —La señorita Fisher miró disimuladamente por encima del hombro—. Ocurren, desde hace algún tiempo, cosas extrañas en Santa Cecilia. Particularmente desde que esas extranjeras comenzaron a llegar.

—¿Las alemanas? —Appleby dejó deslizar suave la pregunta—. ¿Qué opinión les merecen?

La señorita Fisher miró a la señorita Bearup, como si se tratara de una materia complicada que requiriese el talento superior de su amiga. Y la señorita Bearup dibujó en su rostro un gesto de enfado de una franqueza tal que hubiese espantado a la señorita Godkin.

—¡Ellas sí que conocen las realidades de la vida! —afirmó—. Desenfrenadas realidades de muerte e infierno. Y son buenas muchachas, aunque un tanto soliviantadas por las cosas que han vivido. Realmente no las tratamos mucho porque, a decir verdad, casi no viven en el internado. La señorita Godkin se las lleva a cada dos por tres.

—Huéspedes de la sala de visitas —añadió la señorita Fisher.

La señorita Bearup permaneció seria.

—No me agradaría que llegara algún día en que en mi propio país recibiera la impresión que me causan algunas de ellas. A todo eso habría que cerrarle el paso sin remedio. ¿No cree?

—¿La Alemania de Hitler? —afirmó Appleby—. Ciertamente.

La señorita Fisher arrugó la frente.

—Para eso será forzoso que nuestros hombres mueran, que los niños sean bombardeados y que nosotras mismas debamos acudir a las fábricas.

—Sí —afirmó Appleby—. Será preciso todo eso.

—No se me oculta... A pesar de todo, hay que cerrarle el paso. —La señorita Bearup arrancó de un puntapié unas porciones de césped con tal habilidad colérica que habría helado la sangre de la señorita Godkin—. ¡Hola!, ¿aquí está?

—La última —señaló la señorita Fisher—. Es algo distinta de las otras. En realidad una perfecta..., bien, usted mismo verá.

Appleby ya veía. No tenía necesidad de que nadie le dijera que la muchacha de la blusa negra, que esperaba la llegada del grupo junto a la puerta de cristales, era la señorita Schmauch. Ni tampoco necesitaba que le dijeran que era a la vez, Zuleika Dobson.

No es el fuerte de los alemanes la producción de mujeres fatales, pero de vez en cuando se presentan con una obra maestra como la señorita Schmauch. Era alta y perfectamente proporcionada; de facciones regulares, su piel era marfil, y los ojos y el cabello de una gran negrura. Mas estos y otros encantos eran, a todas luces, solamente otros tantos *points d'appui* sobre los que se asentaba el total e indescriptible efecto que la señorita Schmauch producía a malquiera. Encontrarla, equivalía a tener que adoptar una decisión definitiva, u obligar cuidadosamente a nuestros pensamientos a discurrir por caminos opuestos, o la resignación a un rápido y arrollador estallido de la más genuina obsesión amorosa. Mientras tanto, probablemente la señorita Schmauch no prestaría la menor atención. El que esta indiferencia fuera la del tipo satisfecho o hija de la más pura e inmaculada ingenuidad, habría de quedar en el secreto; porque de todos los atributos de la señorita Schmauch, no era el menor una enorme inescrutabilidad.

Todo esto —y algo más— lo apreció en seguida la señorita Cavenett. Y si bien para ella, tal observación tuvo el efecto de relegar a las señoritas Fisher y Bearup a un simpático segundo plano, hallábase muy lejos de contribuir al fácil desarrollo del almuerzo que se siguió. Éste se celebró sobre un tablado, desde el cual la señorita Godkin vigilaba al conjunto de sus pupilas, que sentadas en estrechas mesas, hablaban discretamente a través de una barrera de flores ordenadas con buen gusto.

La señorita Godkin, sin dejar de mantener una mirada de águila sobre toda la escena, dirigía por cauces artísticos la conversación de sus comensales inmediatos. Las señoritas Fisher y Bearup debieron demostrar sus conocimientos de Pasmore y Duncan Grant; la señorita Schmauch habló de Ernst y Klee. La señorita Schmauch tenía muy poco que decir; circunstancia más bien afortunada, pues su voz, no bien

despegaba los labios, tenía un timbre bajo y ronco que repercutía de manera espantosa sobre la columna vertebral.

Church, de quien pudiera haberse pronosticado un ceñudo y embarazoso silencio, mostrábase inesperadamente alegre, elevado su espíritu, probablemente, por el sentido de una rápida decisión sobre su suerte. Mas, con todo, fue una comida triste, y se notó un alivio general al levantarse la señorita Godkin para la acción de gracias.

—Querida Elsa —la señorita Godkin dirigió una mirada de inteligencia a Appleby—, me agradaría que mostrases el nuevo huerto a la señorita Cavenett y al señor Church; se ha puesto magnífico.

Y vosotras, queridas —se volvió a las señoritas Bearup y Fisher— ya sé que estáis ocupadas. —Era, evidentemente, una fórmula convenida para que se retiraran.

Las dos víctimas del día de la señorita Godkin se alejaron tras correctos saludos. Un momento después, Appleby y su huésped se encontraban nuevamente en el jardín, mientras la señorita Schmauch y sus acompañantes desaparecían tras un seto de tejo podado.

—Esperemos —dijo Appleby siguiéndolos con la mirada— que puedan resolverlo.

—¿Resolverlo? Realmente, señor Appleby, ha de comprender que todo esto me causa extraordinaria confusión. Puedo asegurar que, de ordinario, poco de cuanto ocurre en Santa Cecilia deja de ser de mi conocimiento. No es que no se permita a las muchachas mantener sus propios asuntos personales y reserva, por supuesto.

—Por supuesto —convino Appleby cortésmente.

—Mas desde que sir David dispuso que estas jóvenes alemanas llegaran hasta mí de vez en cuando...

—Así, pues, ¿fue sir David quien lo dispuso?

—Casi me consta que, en realidad, fue el estimado duque.

—El hombre, probablemente, más a propósito para organizado, diría.

—¿Para *organizado*? ¡Válgame Dios!, vuelve a intrigarme nuevamente. Pero pronto deduje que sir David era meramente el brazo ejecutor de los deseos del duque, y que existían considerables *entretelones* en el asunto. —La señorita Godkin miró prudentemente alrededor del desierto césped, como temiendo ser oída—. Si se hubiera tratado sólo de sir David, difícilmente hubiera convenido en ello. Particularmente desde...

—Desde que ha llegado la señorita Schmauch y ejercido tan fatal influencia sobre nuestros hombres maduros.

—Precisamente; diríase que a usted no se le escapa nada. —Y la señorita Godkin observó sorprendida a Appleby—. Ha resultado sobremanera embarazoso, particularmente porque a veces he temido que las demás muchachas pudieran observarlo. Quizá sepa que el propio sir David...

—¿Y Pluckrose y el profesor Prisk?

—Ellos también. Comidas y teatros. En un lugar como Nesfield no es posible comportarse así. Me he sentido especialmente preocupada con relación al señor Prisk, cuya reputación dista mucho de ser buena. El señor Lasscock, que es gran amigo mío, posee la más incontrovertible prueba de ello. Ha resultado muy enojoso.

—Lo supongo. Y si a esto se añade el asesinato...

La señorita Godkin profirió lo que únicamente podía ser llamado un grito de espanto.

—¡Señor Appleby, no puede pretender sugerir que exista la menor relación entre ese horrible asunto y *Santa Cecilia*!

—Innegablemente ha existido una rivalidad, supongo que así puede llamarse, respecto a su última protegida alemana. Y no es imposible..., bien, edificar una legítima teoría que permita conectar a Evans o Prisk con el crimen. No es que dejen de aparecer otros factores más. Se acumulan numerosos motivos; mas ninguno de ellos, que yo sepa, tan fundado como desearía. No obstante, a juzgar por las apariencias, me inclino a esperar que la señorita Schmauch sólo figure en los lindes del problema... Me pregunto cómo irán las cosas para aquellos tres.

—¿Elsa, el señor Church y la señorita Cavenett? ¿Sería tan amable que me explicara a qué se refería al afirmar que tenían algo que resolver? ¿Acaso ambas quieren casarse con él?

—¡Válgame Dios, de ningún modo! —Appleby se paró y miró apaciblemente a la señorita Godkin—. Una de las dos está casada ya.

—¡Señor Appleby! ¿Me ha obligado a concertar este almuerzo con el propósito de provocar un colusorio y horrible divorcio? —La señorita Godkin estaba atemorizada—. ¿A continuación de algún ignominioso casamiento clandestino?

Appleby hizo signos negativos.

—Dudo de que sea preciso todo eso. Si bien Church se halla casado con la señorita Schmauch...

—¡Oh Dios mío! ¡Oh Dios mío!

—... no es seguro que tal matrimonio sea válido. Sepa usted que él se había casado ya anteriormente.

—¡Casado anteriormente!

—Y con frecuencia. En realidad con *todas* esas muchachas alemanas... o con muchas de ellas. Y ahora está decidido a hacerlo con la señorita Cavenett.

La señorita Godkin, con un completo olvido de todos los principios del buen comportamiento, echó mano de una de las sillas del jardín.

—Señor Appleby —jadeó mientras se dejaba caer—, ¿estaré loca?

—Tenga la seguridad de que no. Mas una gran parte del mundo lo está, y la enfermedad es particularmente grave en la zona del centro de Europa.

—Sigue siendo sorprendente, en absoluto; y me cuesta trabajo interpretarlo. ¿Qué relación posible existe entre la situación de Europa central y la monstruosa poligamia de ese Church?

—¿Poligamia? No es ése su nombre. Caballería andante suena mucho mejor.

—¡Caballería andante! ¿Hemos de suponer que el señor Church recorre las cavernas de los dragones y las mazmorras de los tiranos en procura de *esposas*?

Appleby se sentó.

—Sí —afirmó con completa seriedad—. O recorre la Alemania de Himmler, que viene a ser lo mismo. Me parece que otros jóvenes lo acompañan en ello, y presiento que es algo en que el duque pone todo su interés para organizar y costear. Supongamos por un momento, señorita Godkin, que fuese usted la hija de un profesor judío de Berlín. O una joven de Munich que trabajó para la social-democracia u otro credo que estas gentes de ahora no toleran. ¿Cuál sería su mejor decisión? Contraer matrimonio con un inglés o un norteamericano y salir del país mientras todavía fuese tiempo.

—Pero eso...

—No sería la primera vez. Numerosos son los que han formalizado matrimonios con alemanas, sólo para facilitarles tal solución. Hasta el presente, los nazis no han observado el juego. Mas esto de Church aparenta ser algo en mayor escala. Un romántico Pimpinela Escarlata que corona dignamente su disfraz mediante un privilegiado cerebro organizador colocado en lo alto. Por ello Church ha rehusado incluso revelar el secreto a su propia prometida... Y a propósito, ¿quién es la señorita Schmauch?

—Temo no tener ni la menor idea. —La señorita Godkin pareció apenadísima al reconocer tan aterradora circunstancia social—. Sir David Evans me aseguró que pertenecía a una buena familia. Y la prueba de que ha sido esmeradamente educada...

—En una palabra, no es una señorita Schmauch. Parece, pues, que en esta empresa (que ha venido utilizando este hermoso lugar como una especie de bolsa de contratación) se oculta algo más que simple caballería andante. Debe haber un gran número de personas importantes en Alemania que obrarán con más libertad de acción en su día, si las hijas, por así decir, estuvieran fuera del alcance de las garras de la Gestapo.

—¡Todavía más extraordinario! Tenía, por supuesto, cierta noción de que estas muchachas se hallaban en calidad de refugiadas, ansiosas de tranquilidad por algún tiempo. No tenía, sin embargo, idea alguna de las azarosas y matrimoniales circunstancias de su salida de Alemania. Presentía, sí, que jugaba en ello cierto factor *diplomático*. De hecho, el ministerio de Relaciones Exteriores...

—Eso mismo. —Appleby huyó rápidamente del ilusorio tema—. Lo importante por ahora es el mantenimiento del secreto. Es la razón de que desee con más esperanza que no aparezca la menor ligazón con el caso Pluckrose. Y ahora, debo regresar a la universidad.

—¿Y qué hacer con esos tres jóvenes, señor Appleby? Pueden hallarse enzarzados en el más terrible zipizape.

—Estoy seguro, señorita Godkin, de que usted es muy capaz de entendérselas con esos tres jóvenes. Probablemente, ahora que hemos facilitado una decisión directa, todo se arreglará. Y espero que Church y la señorita Cavenett anunciarán sin tardanza su compromiso matrimonial.

Aunque visiblemente agradecida ante la afirmación, por Appleby, de su habilidad, la señorita Godkin mostrábase perpleja.

—No veo cómo será posible. Si se ha casado antes varias veces...

—Las partidas de matrimonio han de encontrarse distribuidas en varios consulados de Alemania... y no resultará muy sorprendente una pérdida inexplicable. Por añadidura, aparecerán, probablemente, todo un cúmulo de pasaportes falsos, en cuyas circunstancias cualquier tribunal rehusaría fundadamente, intervenir en el asunto. Añadamos a eso la improbabilidad de que alguna de las muchachas pretenda reclamar la validez de la unión contraída. Opino, por ello, que la señorita Cavenett no ha de reparar en tales obstáculos.

Y Appleby se fue. Mientras bajaba por el acceso de los coches alcanzó a vislumbrar el regreso de Church, las señoritas Schmauch y Cavenett; vio a la señorita Godkin levantarse y permanecer rígida, como revistando un batallón de explicaciones precipitadas. Quizá sus invitados se quedasen hasta la hora del té, y prosiguiera la discusión sobre Pablo Klee y Max Ernst, o Pasmore y Duncan Grant. Appleby sonrió. Sobre todo, probablemente, con el pensamiento puesto en *Zuleika Dobson*. Ahora dedicaría todo su esfuerzo al aspecto fundamental del problema, a lo que podría bien llamarse su entraña pickwickiana...

Mas antes de llegar a la entrada de los coches, habíase fruncido de nuevo su frente. No se hallaba, después de todo, tan seguro de haber descartado por completo la influencia de la magnética joven alemana. ¿De qué naturaleza era, por ejemplo, la información que Tavender ocultaba? Appleby experimentó el turbador presentimiento de un eventual retorno a Santa Cecilia. Y a Santa Cecilia, como quiera que fuese, no tenía el menor deseo de *regresar*.

CAPÍTULO XIII

COMO UNA PRUEBA MÁS DE la subyugante personalidad de la joven que decía llamarse Elsa Schmauch, el inspector Hobhouse, mientras mascaba bocadillos suministrados gratuitamente por el refectorio de la universidad, no podía apartarla de sus pensamientos. No conociéndola personalmente, no se hallaba en situación de considerar sus encantos, y, por esta razón, necesariamente lo hacía como una mera fuerza desconocida. Mas, aun así, sus reflexiones no dejaban de constituir un fuerte tributo a su atractivo. Hobhouse confiaba grandemente en la seducción; de acuerdo a su experiencia, siempre aparecía en uno u otro rincón de todo caso sangriento; y en el asunto Pluckrose la señorita Schmauch era la única en quien se personificaba plenamente.

Pluckrose había sido asesinado; para Hobhouse esto era lo único cierto. Y luego se había realizado una tentativa de asesinato contra Prisk; de esta conclusión sólo era posible evadirse mediante la improbable hipótesis de que Prisk mismo hubiera ingeniosamente preparado el accidente del automóvil. Más adelante sir David Evans, conecedor de lo sucedido a Pluckrose y al oír lo ocurrido a Prisk, había quedado azul —o verde— de miedo. Ahora bien, Pluckrose, Prisk y sir David habían sido, al parecer, tres maduras mariposillas aleteando en torno de la irresistible lámpara de la señorita Schmauch. ¿No podía componerse con todos estos elementos un cuadro suficientemente claro?

Admitamos que la muchacha tuviera ya un amante determinado; supongamos que se trata de un hombre apasionadamente celoso y con inclinaciones homicidas. ¿No podía haber matado a Pluckrose, intentado asesinar a Prisk... y aun hallarse en estos momentos preparando un fin tan expeditivo para el tercer obstáculo amatorio, sir David Evans? ¿Y no podía el conocimiento —o presentimiento— de esto justificar el pánico de Evans? Que estos tres admiradores pudieran llevar un amor hasta tal grado que incluso el más apasionado de los amantes se creyera en el caso de tratarlos en tal forma, resultaba en extremo sensacional y fantástico. Pero Prisk, cuando menos, era de todos conocido como persona sin principios... ¿Y acaso no había aludido aquel astuto Tavender a su conocimiento de hechos de naturaleza tan extravagante que parecían increíbles?

A esta altura Hobhouse se vio forzado a detenerse: había llegado al fondo de un callejón sin salida. No poseía medios de dotar a la joven germana de su imprescindible amante. La universidad de Nesfield no proporcionaba el tipo ideal. A no dudar habría en ella su natural complemento de callados sensualistas, efectivos e inefectivos, prácticos y teóricos; mas el homicida, dueño de una teutona fatal, no se encontraba allí. Para el ojo experimentado de Hobhouse, solamente Marlow tenía un aire de tal temperamento. Y Marlow, hasta donde era sabido, parecía completamente

aparte; su rencor alcanzaba sólo a Prisk, y por motivos que nada en común tenían con una muchacha, teutona o no. Cualquier intento de llevar adelante esta teoría habría de aguardar el regreso de Appleby. Con relación a Church, el joven sobre quien Appleby había deslizado las misteriosas insinuaciones de bigamia, Hobhouse habría querido tener esperanzas. Hasta el presente, Church no podía presentar ni el menor asomo de coartada para el cuarto de hora fatal alrededor de las once de la mañana. Las once... Hobhouse, súbitamente resuelto, tragó la última corteza —los bocadillos del refectorio se preparaban siempre con pan de la víspera— y se puso violentamente en pie. Ante él había aparecido la visión del execrable Teodoro Almeric de la Tour Lasscock, de quien tan buenas razones existían para suponer que, inmediatamente después de presenciar un asesinato grotescamente sangriento, habíase limitado a poner debajo del brazo su cojín y a emprender su andar incierto en busca de la apacible tranquilidad de ánimo. Hobhouse afinó cuidadosamente dos lápices —en el ardor de hallarse de lleno en plena pista rompía con frecuencia la punta de uno de ellos— y marchó en busca de este punto, exponente de la no cooperación.

En la habitación de Lasscock dos estudiantes ocupaban el propio pupitre del profesor de historia y examinaban unas fotografías. Explicaron que esperaban al señor Lasscock, quien sabían se hallaba con el vicerrector y debía regresar de un momento a otro. Bien pudo Hobhouse haber esperado también; en lugar de esto —y en virtud de premisas, no del todo claras, salvo que su impaciencia era grande— decidió inmediatamente confrontar a Lasscock con su infamia en presencia de sir David Evans. Adoptada la, en cierto modo, dramática actitud, procedió a penetrar sin más ceremonia en el despacho del vicerrector.

El sol daba sobre sir David Evans; pero Lasscock, empujando su silla hasta colocarla junto a él, se había asegurado una participación en las caricias de la luz. Con la ventaja de que mientras sir David soportaba la necesidad de permanecer al sol, él disfrutaba solamente del calor. Lasscock disfrutaba; y sir David hablaba enfáticamente, al parecer sobre aspectos de la organización de los estudios históricos de la universidad. Seguía discutiendo sir David, y Lasscock escuchaba sentado, con las manos estiradas y unidas por las puntas de los dedos; actitud que inclinaba a sugerir cierto grado de atención judicial, en compensación de lo que de otro modo se hubiese tomado por una desconcertante impresión de indiferencia, si se juzgaba por sus facciones.

En efecto, Lasscock tenía los ojos cerrados; la boca *ligeramente* entreabierta; su respiración normal y tranquila. Hasta podría creérsele dormido. Pero de cuando en cuando los dedos se separaban, permanecían suspendidos, por decirlo así, sobre los razonamientos de sir David, y luego se juntaban nuevamente como en señal de afirmación, de aceptación al menos, de cuanto se decía.

Sobre este cuadro universitario y deliberativo irrumpió Hobhouse. Lasscock y sir David, en dos sillones colocados uno al lado del otro, asistieron a su aparición con asombro y blanda reprobación; como dos viajeros de primera clase, de conducta

prudente y juicio severo, contemplarían a un tercero que, blandiendo un billete de tercera, se sentara con desenfado en un asiento vacante, frente a ellos.

—Inspector Hobhouse —dijo sir David con severidad—, interrumpe importantes asuntos, ¿entiende? ¿Acaso se trata de algo urgente?

Hobhouse sacó el primero de sus lápices y lo afiló. Apuntó con él al rostro de Lasscock que, rosáceo contra los marcos de cuero de becerro y tafilete iluminados por el sol, semejaba un melocotón madurando perezosamente contra un muro vetusto.

—Me traen también asuntos importantes, señor. Vengo a recordarle una cuenta atrasada al señor Lasscock...

—¡Cielos! Cambió de oficio. —Lasscock hizo un moderado gesto de asombro—. Policía, la primera vez que lo vi, rondando con el londinense. Y ahora salta a rentas públicas. Como algunos lepidópteros, querido Evans, que son una peste cuando orugas y lo siguen siendo después cuando mariposas. —Miró a Hobhouse con ojos desmesurados—. Pero no poseo bienes, nada que declarar. Nada de contribuciones. Mi hermano vendió hace años hasta la última hectárea. Ni un penique en valores. Vivo de mi labor de maestro. Sudor de mi frente. —Y Lasscock sacó un primoroso pañuelo color canario y se enjugó simbólicamente la frente.

—Vengo —replicó Hobhouse, respirando con dificultad— para *acusar* al señor Lasscock de...

Sir David se puso en pie.

—Inspector Hobhouse, ¿quiere usted decir que trae un mandamiento judicial para detener...?

—No señor, nada de eso. —Hobhouse, atacado tan de improviso, flaqueó momentáneamente y viose fluctuar el lápiz acusador.

—He venido... a exponer al señor Lasscock la gravedad del hecho de haber ocultado a la policía una importante información. Pretende no haber estado en la universidad el lunes; mas, conforme a informaciones recibidas —Hobhouse no vaciló en acudir a la útil aunque mendaz fórmula—, existen fundadas razones para creer tal declaración inexacta, lo que temo sería necesario considerar como engaño deliberado. En realidad, me inclino a sospechar que el señor Lasscock presencié todo cuanto ocurrió.

—¡Que presencié todo cuanto ocurrió! —Sir David volvió a sentarse con un brusco movimiento.

—El señor Lasscock se encontraba en el Patio de la Fuente cuando el meteorito cayó y aplastó a Pluckrose. El señor Lasscock, repito, se hallaba sentado en su sillón de tijera, como es habitual en él todos los días, alrededor de esa hora. E incluso no me extrañaría que mirase en tal momento a lo alto de la torre. —Hobhouse hizo una pausa—. La declaración de que se encontraba en cualquier otra parte reviste gravedad.

—¿Una declaración? —interrogó Lasscock—. ¿Qué se entiende por declaración, inspector? ¿Obtuvo tal cosa el londinense, debidamente autenticada y firmada?

Hobhouse interrumpió con la mayor indignación de que era capaz.

—¿Niega usted formalmente que el detective inspector Appleby, de Scotland Yard...?

Lasscock movió indulgentemente la cabeza y se volvió al vicerrector.

—No se refiere a una declaración. Alude tan sólo a una conversación privada con ese Appleby, la otra mañana. Muy correcto, pero embarullado. Era muy pasada la mañana en el huerto de la señorita Dearlove... se le puede perdonar. Pero me inclino a juzgar severamente a este Hobhouse, a fe mía.

—¿Pretende usted —Hobhouse golpeó su lápiz en el escritorio de sir David y se quebró la punta pretende negar en redondo que le dijo...?

Separando por un momento las puntas de los dedos, Lasscock señaló un calendario de mesa.

—¿Observa la fecha? —inquirió—. Han transcurrido muchos días desde el lunes. ¿Qué dirá el comisario jefe al enterarse de que todavía no ha tomado declaración formal a quienes juzga en posesión de datos de valor? Por supuesto que estuve, y el meteorito me pasó rozando.

—¡Magnífico! —Hobhouse se dominó lo suficiente para sacar íntegro el segundo lápiz—. Y ahora va a tener la amabilidad de decirme...

—¡Basta! —Sir David Evans, que escuchaba todo esto con evidentes muestras de preocupación, se puso de pie de un salto y, cruzando la estancia, cerró una ventana.

—Mi querido Lasscock —dijo mientras volvía—, hay que ser muy prudente. No podemos permitir, comprende, que se nos intimide en esta forma. Debe medir con un cuidado extraordinario cada palabra que salga de sus labios. Haríamos mejor en solicitar consejo, deberíamos procurarle abogados antes de proseguir.

—¿Abogados? —Lasscock movió la cabeza con firme decisión negativa—. ¿Con montañas de papel sellado y su horrorosa jerga? Creo que soy capaz de velar por mí mismo... Se lo agradezco mucho, sin embargo. Naturalmente que me encontraba sentado en el patio. Reclinado, podríamos decir...

El vicerrector barajaba a tontas y a locas los papeles de encima de su mesa.

—Lasscock —advirtió nuevamente—, le ruego que se detenga y medite. —Volvióse hacia Hobhouse—. Considero mi deber velar por los intereses del señor Lasscock en todos los terrenos. Es uno de mis más valiosos y respetados colaboradores, ¿entiende? No permitiré que un amigo, un íntimo amigo proceda precipitadamente. Dejaremos esto por ahora, inspector. Si necesita...

—Mi querido Evans, está usted excesivamente amable. —Lasscock observaba a sir David con gran curiosidad—. Pero puede saberlo todo ahora. Hallábame reclinado en el patio, meditando dos o tres cuestiones. Bien puede ser que mirase a lo alto de la torre...

—Lasscock, le suplico...

—... Sólo que mis ojos se hallarían cerrados, probablemente y quizá hubiera desplegado el *Times* encima de mi cara. Favorece mucho la meditación. Bien, a las

once en punto sonó el timbre: un chirrido molestísimo, que siempre me desp... me impide instantáneamente continuar meditando. Me puse de pie. Allí estaba Pluckrose, sentado enfrente. Y en ese momento cayó el odioso objeto sobre él. —Lasscock, para tratarse de quien tanto temía que los incidentes desagradables echaran raíces en su mente, relataba la catástrofe con gran serenidad—. ¡Fue horrible!, y confieso que me castañetearon un poco los dientes, si me está permitido mencionarlo.

El vicerrector se había tornado pálido bajo el halo blanco de su melena.

—¿Quiere decir —interrogó casi en un murmullo— que *vio* matar a Pluckrose?

—Eso es. Triste, no hay duda. Pero se trataba de Pluckrose. Del mal el menos.

Hobhouse, que escribía a toda velocidad, rompió la punta del segundo lápiz.

—¿Y dice —gritó casi— que se acercó a mirarlo?

—Naturalmente que me aproximé para mirarlo. —Lasscock había sacado una estilográfica y la alargó tranquilamente a Hobhouse—. No había duda de que estaba bien muerto; espectacular es el único término que puede aplicarse con precisión al terrible trabajo del meteorito. Bien, puse el cojín bajo el brazo (llevo uno allá de ordinario) y regresé al edificio principal... proponiéndome, ya supondrá, comunicar lo sucedido al conserje.

—¡Comunicar...!

—Parecía que era lo que correspondía hacer. No creo que las muchachas frecuenten el Patio de la Fuente; mas póngase en el caso de que alguna tropezase con eso. Aunque resulta sorprendente, a veces, la entereza de ánimo de que dan muestras: ¿conoce a la señorita Godkin?

Hobhouse profirió un gruñido ahogado de impaciencia.

—¿*Vio* en definitiva al conserje?

—En realidad no lo hice. Ya en el corredor, consulté mi reloj y observé que llegaba algo retrasado a mi próxima clase. Preferí, pues, dejar a Pluckrose por entonces (el muerto al hoyo) y ocuparme del asunto de los vivos, suponiendo que los alumnos de Nesfield merezcan el calificativo de vivientes.

—¿*Dio* la clase?

—Bien... no. Al dirigirme a mi habitación en busca de la toga, sucedió una cosa muy extraña. Comencé a sentir algo muy raro. Al fin y al cabo no ve uno todos los días espectáculos como el de Pluckrose.

—Ciertamente que no. —Hobhouse habló de corazón—. Así, pues, se sintió raro. ¿Y luego?

—Cuanto pude hacer por algún tiempo fue sentarme y tratar de recobrar me. Pasó el tiempo y se hizo tarde para la lección; todos los alumnos se habrían retirado. Volví al corredor y llegué hasta la puerta del patio. Ya estaba allí todo el mundo, alborotando alrededor del cuerpo. El asunto, podríamos decir, había salido de mi jurisdicción; así que me puse la americana y el sombrero y me volví a mi casa.

—¿Y no se le ocurrió...?

—Me alegro de que hayan acudido a mí. —Lasscock hacía chocar suavemente la punta de los dedos de ambas manos—. Es consolador poder apreciar que la policía hace acto de presencia, aunque algo a deshora. Proporciona una sensación de confianza. Ya sé que mis informes no han de añadir nada de interesante ni de nuevo, mas es de todo punto lógico que hayan acudido a mí por vía de rutina. Y supongo que habrá interpretado mis palabras con mayor claridad que lo hizo en el huerto su simpático pero atolondrado amigo.

—¿Se hace cargo, señor Lasscock —esta vez Hobhouse se esforzaba por dar a su pregunta un tono más de pesadumbre que de irritación—, de que es usted nuestro único testimonio de que el hecho ocurrió a las once en punto?

—¿Es cierto? —Lasscock parecía muy relativamente interesado—. ¿Y tal cosa reviste suficiente interés para el curso de sus investigaciones? No pensé en tal posibilidad, si bien es cierto que soy un novato en estas cosas.

Durante toda la última parte de la narración de Lasscock, sir David Evans había permanecido inmóvil en su escritorio con la elegante cabeza hundida meditativamente entre las manos; pero ahora clavaba en el historiador una mirada extraordinariamente penetrante.

—¿Asegura usted —preguntó— que no vio *nada*, excepto lo que ha relatado?

—Nada más. Pero, querido Evans, ¿cómo pudo haber sido de otro modo? Si estuve completamente..., completamente abstraído en la meditación hasta el mismo momento de ocurrir.

—¿Nada de la naturaleza de una..., de una figura en la ventana de la torre?

—En absoluto —repuso Lasscock con naturalidad—. Como testigo no soy de la menor utilidad. El único otro detalle que observé fue que alguien había abierto la llave de la fuente, y había encharcado la mayor parte del patio. Por supuesto que nada tiene que ver con el asunto.

Sin el menor preámbulo, sir David Evans se puso de pie y señaló con un dedo acusador al atónito Lasscock.

—¡Es lamentable, entiende! ¡Ha impedido a la policía el cumplimiento de su misión! ¿Me oye, Lasscock? ¡Estoy muy disgustado! ¡Y más que disgustado: ofendido! —El acento galés del vicerrector, mucho más perceptible ahora, testimoniaba lo sincero de tales expresiones; cerró tanto el dedo que era ya todo un puño convulsivamente contraído lo que apuntaba a Lasscock, y comenzó a continuación a blandirlo de una manera completamente personal—. ¡Ha prevaricado usted, señor! ¡Prevaricado vergonzosamente!

Abriéronse los ojos de Lasscock como Hobhouse nunca había visto y, poco a poco, quedó rígido en su asiento.

—Pero, sir David —dijo con mucha dignidad—, no comprendo a qué se refiere usted.

—Es triste, señor Lasscock; es muy triste. Es más que eso, es hasta sospechoso. —Las eses se precipitaban silbando por la boca del vicerrector como el vapor

sobrante por la válvula de escape de una locomotora—. No ha de quedar así. Habrá que investigar; la policía investigará, señor; y tendrá que justificarse, ¿entiende usted, señor Lasscock?

—¡Estoy aviado! —Lasscock se levantó también, no exactamente con brusquedad, mas sí con sobrada decisión—. ¿Y qué hay ahora de los abogados? Sería cosa de llamar a uno por cuenta de usted. Y que testimoniara acerca de la calumnia y la difamación. Un amigo entrañable... ¡puf!

—Llegará a oídos de quién deba saberlo, señor Lasscock; y será discutido. El rector tomará cartas en el asunto. ¡Es proceder indigno para un profesor!

Lasscock, que había sacado un pañuelo canario, lo volvió con gran compostura al bolsillo, como disponiéndose a abandonar el despacho con silenciosa indignación. Sir David, que parecía juzgar ahora indispensable permanecer en sus trece, prosiguió, con apariencias que eran ya de amenaza física.

—¡Y óigalo bien, señor Lasscock, es proceder indigno para un caballero...!

Con la mano ya en el picaporte, Lasscock dio media vuelta.

—¡Cornudo! —dijo—. ¡Cabeza peluda, mal pensado, torpe devorador de cardos! —Lasscock prosiguió en la forma más exaltada—. ¡Charlatán, reptil advenedizo! ¡Tenga buenas tardes! —Lasscock se dirigió a Hobhouse—. Muy común y frecuente —dijo—. Ya lo hizo notar Tennyson. El ardor infantil, la ciega historia del celta. ¡Tenga usted también buenas tardes! —Lasscock se fue.

Ninguna razón particular existía para que, en esta coyuntura, juzgase Hobhouse útil o conveniente entrevistarse a continuación con el profesor Hissey. Quizá, por contraste, se acordó de él como hombre de maneras invariablemente suaves, cuyo porte y conducta sería un descanso tras la deplorable escena a que acababa de asistir. Sea como quiera, es lo cierto que Hobhouse se encontró en camino a la habitación privada del celebrado epigrafista. La encontró vacía y, en su opinión, demasiado desordenada. Los cuadros —fotografías en su mayor parte, de inscripciones que Hobhouse estimó acertadamente como griegas— colgaban perfectamente ordenadas en estantes. Existían además, tales detalles de ordenada comodidad intelectual como una tetera, una cacerolita y un infiernillo, detrás de un pequeño biombo. Y había una caja de galletas en la que Hobhouse, no acostumbrado a sostenerse con bocadillos, estuvo tentado de picar. Logró, sin embargo, contener tan poco profesional impulso y marchó a buscar a Hissey a su hotel. Lo halló en la que era, al parecer, su habitación particular, clasificando tranquilamente trozos multicolores de cartón en un fichero.

Hissey recibió alegremente a su visitante.

—Querido señor —saludó—, adelante, adelante; ¿cómo marcha ese lamentable asunto? —Volvióse a la doncella que había acompañado a Hobhouse—. Marta, si están preparados los bollos, no veo por qué no has de servirnos ya un té. Vaya si lo hará; Marta es una buena muchacha. —Dirigió otra viva ojeada a Hobhouse, que se

hallaba emocionado por tan intuitiva percepción de sus más íntimas apetencias—. En la silla próxima a la ventana se hallará más a su gusto, inspector. Le ruego me disculpe si continúo con mi labor. Es casi puramente mecánica y no me ha de impedir atenderle. Pero en estos momentos se me acumula una gran cantidad de trabajo.

Hobhouse ocupó el asiento ofrecido.

—Me parece, señor —respondió afablemente—, que podría decir casi exactamente lo mismo.

—¿De veras? ¿De veras es así? —Y Hissey miró más bien vagamente a su visitante—. Ya supongo que un asunto como ése ha de proporcionar, a veces, no pocos quebraderos de cabeza. Por uno o dos datos que Merryweather me ha comunicado en los últimos días imagino que bien puede ser así.

—¡Hum! —dijo Hobhouse, un tanto desconcertado—. Comenzaba a poner en duda la existencia de los bollos y de cualquier otra cosa.

—¿Vendrá él también? Me refiero a Grant. Es decir a Appleby. Me interesa sobremanera el hecho de que Appleby haya abrazado una profesión tan moderna. —Trabajaba Hissey con tal concentración en el arreglo de sus tarjetas en colores, que Hobhouse se hubiera maravillado de que su interés por cualquier otra cosa fuera real—. Precioso día. —Hissey enderezó un tanto su cuello para mirar por la ventana, con el aire de quien pretende comprobar una afirmación aventurada—. Cualquiera anhelaría salir y pasear al sol. Por desgracia, me abruma el trabajo. —Hissey se acercó a una larga mesa y comenzó a revolver montones de papel; reinaba, observó Hobhouse, un gran desorden en aquel rincón íntimo—. ¿Qué puede haber ocurrido en esa villa romana de Gub-Gub? Por mucho que me esfuerce he de confundirla siempre con Dab-Dab. —Movi6 su cabeza, perplejo—. ¿No llama Shakespeare a la memoria el centinela del cerebro? Marlow nos lo diría en un instante. En mi concepto, se trata de una facultad esencialmente veleidosa. Olvidamos a menudo cosas fundamentales. Mientras tanto, otras insignificantes y privadas de todo interés pueden ejercer un dominio absorbente de la imaginación... ¡Válgame Dios! He aquí nuestro té. Marta, eres la más diligente de las chicas. —El profesor Hissey, que ya echaba mano de la tetera, sonrió, satisfecho de su cumplido—. ¿Azúcar, inspector? ¿Crema? —Miró dentro de una jarra—. Leche debí decir, probablemente.

Después de sir David Evans, resultaba algo delicioso. Hobhouse terminó un bollo en completo silencio... que pareció resultar a las mil maravillas para Hissey. Hissey se las entendía con una mano con su taza de té, mientras que con la otra maniobraba en el fichero; Hobhouse, comprobando la uniforme precisión con que proseguía su labor, y suponiendo lógicamente que el proceso continuaba de una manera ininterrumpida desde horas antes, sentía que, cuando menos, compartía una satisfactoria dosis de ese aire sutil y más enrarecido que, según se supone, habitualmente han de respirar los sabios. Pero en este momento se interrumpió Hissey.

—¿Cómo está el pobre Prisk? —se interesó—. Siempre me han parecido los automóviles inventos peligrosos, como muchos de los descubrimientos más recientes. Me afectó extraordinariamente la noticia de su grave accidente.

Informó Hobhouse de la salud de Prisk... con bastante detalle; pues se sentía desorientado acerca de cómo proceder. Su objeto, ahora lo apreciaba claramente, era una vez más moverse entre las personas sospechosas, dando aquí un empujón a una coartada y tropezando allí contra un motivo nuevo. Había, en un principio, pensado en Hissey con malas intenciones, y la hospitalidad de su recepción tornaba su posición muy delicada. Quedaban, además, tres bollos, todo sea dicho, un pastel de pasas y un plato íntegro de bizcochos de chocolate. Hobhouse, lógicamente, no debía proceder con rapidez.

—¿Tengo entendido, señor, que fue usted quien llevó la noticia de la muerte de Pluckrose hasta sir David Evans?

—¿De veras? —Por un momento Hissey recibió la pregunta de Hobhouse como una noticia indiferente que hay que admitir en cortesía. Luego afirmó con la cabeza—. Así es. Me hallaba en el cuarto oscuro al llegar la triste nueva y sentí vagamente que todo el mundo debía poner algo de su parte. Ésa fue la razón de que me ofreciera como voluntario para llevar la noticia a Evans. Quizá no empleo la expresión adecuada; quizá debí decir *dar* a Evans la noticia. —Hissey miró preocupadísimo a Hobhouse para leer en sus ojos su opinión—. Aunque, no me cabe la menor duda de que Evans, naturalmente, quedó muy impresionado... *Parecía* impresionado... —Hissey frunció el ceño un momento, como si encerrara algo inquietante su recuerdo—. Extraordinariamente impresionado, en verdad. —Por el espacio, quizá, de un par de minutos. Hissey se ocupó en silencio de sus tarjetas—. Ofrecía algo de extraño el aspecto de Evans —dijo.

Hobhouse se sobresaltó; no tanto por las palabras cuanto por el hecho casi imposible de dudar de que Hissey las había pronunciado para sí mismo, sin el menor ánimo de comunicación con su acompañante. Hobhouse, por encima de la taza de té, observó disimuladamente a su huésped. Sí, Hissey arrugaba su frente ensimismado... lo mismo que hacía con sus pedacitos de cartón. Mas, por primera vez desde la llegada de Hobhouse, hallábase con las manos vacías. La abstracción y concentración de aquel hombre eran completas.

Y Hobhouse quedó pensativo a su vez. ¿Qué era lo que aquel profesor, habitualmente distraído y despreocupado —y en aquella ocasión lógicamente agitado, por añadidura—, había encontrado de notable en Evans, al encontrarlo treinta minutos después de la muerte de Pluckrose? ¿O se refería a la forma en que reaccionó al comunicarle la noticia? ¿Acaso dejó el vicerrector de demostrar la lógica sorpresa o sobresalto? No era precisamente esto, sin embargo, lo que sugerían las palabras de Hissey. El aspecto de Evans había sido extraño... Súbitamente, una grotesca visión apareció ante Hobhouse, de ordinario escasamente imaginativo. Era sir David Evans, sentado en el refectorio de la universidad bebiendo su café. Todo en él era normal...

pero su magnífica cabellera blanca continuaba hacia abajo con una no menos magnífica barba exactamente igual a la de Murn. Y el profesor Hissey, siempre distraído, apreció que en la apariencia del vicerrector había un no sé qué de extraño, fuera de lo normal...

Pero esto era absurdo. Hobhouse aceptó un bizcocho de chocolate y la emprendió por un camino diferente.

—Consta, por las declaraciones que hemos recogido, que, al suceder el hecho, lo acompañaban a usted varias personas en el cuarto oscuro.

—¿El hecho? —Hissey se hallaba nuevamente en sus tarjetas. Por un momento recorrió la habitación con la mirada—. ¡Ah, sí! ¿Qué día fue ése?

—El lunes.

—¿Y hoy es?

—Jueves.

—Cierto. —Hissey se disculpó con una sonrisa—. No es extraño perder la cuenta de los días cuando no se duerme.

—¿Cuando no se duerme! —Hobhouse quedó atónito—. ¿Usted no duerme?

—¡Válgame Dios, sí! Temo que me descuido un poco en mi lenguaje. Me refiero a las últimas noches. Es; habitual en mí cuando me urge concluir un trabajo. Debo añadir que su visita constituye, realmente, el más inesperado y grato alivio. ¿Me permite ofrecerle otra taza de té? ¿Se refería usted al cuarto oscuro?

—Decía que se encontraban allí varias otras personas, además de usted, a las once de la mañana, hora de la muerte de Pluckrose.

—¿A las once? Créame, tenía la impresión de que había sido bastante después de esa hora. Cuando llegué adonde estaba Evans...

—Es muy cierto. Mas hubo de transcurrir cierto tiempo antes de que el cuerpo fuese hallado. O más precisamente, antes de que alguien admitiera haberlo hallado. El hecho de que Pluckrose fue muerto a las once en punto del lunes, es, sin embargo, algo comprobado. Nos consta por la declaración del señor Lasscock, que estaba presente.

Hissey, que había vuelto a la mesa y revolvía más papeles, se volvió de golpe.

—¿Lasscock? ¡*Lasscock presente!* ¡No es posible! Habríamos sabido...

—El señor Lasscock tenía sus motivos, motivos personales, para... bien, reservarse la información por el momento.

—¡Alabado sea Dios! —Hissey aproximose lentamente a la mesa de té y se sirvió como un autómatas, otra taza—. Me asombra usted sobremanera. ¿Y dice que puede precisar exactamente la hora?

—Minuto más o menos.

Hobhouse cortó un trozo de pastel.

—Espero que tal descubrimiento contribuya muy favorablemente al progreso de la investigación... Aquí está Dab-Dab, por fin. —Hissey, con su imaginación a medias en las tarjetas, se enfrascó en los montones de documentos—. Aunque

supongo que una conducta tan extraordinaria como la de retener información tan grave, ha de ir en desmedro del crédito de que pueda gozar Lasscock a los ojos de la policía.

—En cierto modo, sí. —Hobhouse sonrió tolerantemente; sus sentimientos hacia el soñoliento historiador se habían hecho mucho más amistosos tras su valiente reto a sir David Evans—. Mas en nuestra profesión tropezamos con muchas personas que obran de muy extraña manera y, sin embargo, prestan el testimonio exacto cuando llega la ocasión. —Repleto de bollos y bizcochos de chocolate, Hobhouse se inclinaba a la generalización filosófica—. Lo repito, señor. Ocurren cosas raras en nuestra profesión.

El profesor Hissey sonrió.

—Eso mismo —comentó— dice el amigo de Roberto Sawyer en *Pickwick*.

—¿En *Pickwick*? —Hobhouse quedó un momento en suspenso—. Es curioso, eso me recuerda algo que le oí al señor Appleby. Según decía, las *Aventuras de Pickwick* se hallaban entrelazadas con este caso. Afirmó que había algo en común con uno de los inmortales descubrimientos de *Pickwick*.

—Verdaderamente extraño. —Hissey, que estaba moviendo su rebanada de pastel en dirección bastante aproximada a la de su boca, quedó tan sorprendido por la noticia que interrumpió su acción y miró al trozo de pastel y a una tarjeta color de rosa que sostenía en la otra mano, como considerando cuál de los dos había de archivar—. Extraño a más no poder, aunque también lo es la declaración de Lasscock; pero no puedo evitar la sospecha de que su afirmación no sea de fiar. Es decir, en lo que hace a ese *pequeño* detalle de cronología. —Hissey dibujó una inocente sonrisa—. Opino que podría demostrarse que cuanto más firme se está en reinos, siglos y dinastías, menos probabilidades hay de situar exactamente cuanto ocurre entre el desayuno y la comida. Espero, pues —ahora revelaba absoluta seriedad—, que no irán ustedes a colgar a nadie fundados en el testimonio de las palabras de Lasscock.

—La cuestión corresponde al juez y a los jurados, señor. —Hobhouse se mostraba también serio—. No obstante, no creo que haya ningún error en ese aspecto. La declaración de Lasscock no apunta al culpable; se limita, por así decir, a señalar a los que son inocentes. Quizá pueda justificar sus acciones a las once...

—Comprendo. —Hissey había sacado otro fichero de tarjetas y maniobraba infatigablemente en su índice—. Para un lego en estos asuntos todo resulta bien..., bien raro, son sus propias palabras.

—Hay todavía otras muchas cosas en este caso, que serían dignas de ir a parar a un museo de policía. —Hobhouse mordió el último bizcocho de chocolate—. Las barbas, por ejemplo.

Por segunda vez en poco tiempo, Hissey experimentó un franco sobresalto. Contempló a Hobhouse con una expresión en él completamente desusada: un gesto de repentina y resuelta precaución.

—¿Dice usted barbas?

—Barbas. ¿Supongo que conoce al señor Murn, al auxiliar del profesor Pluckrose, y su magnífica barba blanca? Pues bien, el propio señor Murn encontró una barba exactamente similar, postiza por supuesto, en el interior de un armario del cuarto oscuro. Fue poco tiempo después del crimen.

Hissey permanecía silencioso.

—Luego, y esto es lo curioso, cuando se hallaba el señor Murn mostrándonos el armario vacío donde descubrió la sorpresa, aparecieron dentro del mismo mueble otras dos barbas idénticas.

Reinaba un gran silencio en el cuarto de Hissey, pero el inquilino ya no se abstraía en sus labores arqueológicas. Permanecía contemplando la ventana, con una especie de tranquila atención que se diría la de quien espera de un momento a otro presenciar a través de los cristales la caída de alguien.

—¿Sospecha algo? —Hobhouse dejó caer la pregunta al acaso—. Quiero decir, ¿existe algo o alguien que, en su opinión, pueda guardar alguna relación con tales barbas?

—Yo relacionaría las barbas postizas con la escena; o, con más precisión, con el teatro de aficionados. A decir verdad, bien pudiera ocurrir que perteneciesen a la sociedad dramática de la universidad; posee, tengo entendido, abundantes elementos para caracterizarse, si ésa es la palabra. Marlow es quien se halla a cargo de estas cosas. Un magnífico actor, según se dice, y poseído de un gran entusiasmo por el progreso de la sociedad.

Hobhouse consideró con atención la vaga pero quizá fecunda declaración.

—¿Se inclina, entonces, a asociar a Marlow con el hecho de las barbas?

—No.

Fue una respuesta tan resuelta como breve. Y como los monosílabos, al parecer, no formaban parte del código verbal de Hissey, Hobhouse fijó en él su mirada, sorprendido.

—Bien, posiblemente se trata sólo de una muy indirecta relación. Quizá las barbas nada tienen en común con esa sociedad teatral.

—Afirmaría todo lo contrario. —Detúvose Hissey, y Hobhouse sospechó que luchaba con algún oscuro problema de conciencia—. He de confesar, en efecto, que me consta que pertenecen a la sociedad. —Diríase que Hissey trataba de ganar tiempo—. No discuto —dijo con precaución— que es deber de todo el mundo comunicar cualquier testimonio de que tenga noticia, siempre que se refiera de manera directa e incuestionable a las circunstancias de un crimen, sea o no uno de los sospechosos la persona a quien afecte. Mas cuando se trata de circunstancias plenamente dudosas y hasta quizá sólo lejanamente colaterales, cuando, además, se corre el riesgo de envolver en grave sospecha a un inocente... —Hissey se interrumpió, dirigiéndose hacia la ventana—. ¿No se ofenderá —continuó enseguida en tono de disculpa— si me reservo consultar primero al señor Appleby? Fue uno de

mis discípulos predilectos, como usted sabe, y me produciría una gran tranquilidad cualquier juicio suyo en lo tocante a disciplinas de moral.

—No faltaba más. —Hobhouse, aunque ligeramente ofendido, era todo un modelo de diplomacia—. Ahora debo retirarme. He abusado demasiado de usted, especialmente hallándose tan ocupado en sus trabajos.

—De ningún modo, de ningún modo. —Una vez más Hissey lo contempló con amable regocijo—. Me felicito de los bollos. Le advierto que a cada dos por tres sirven sólo buñuelos; un acompañamiento para el té con el que nunca he hecho buenas migas. Muy pronto, sin embargo empezarán los bocadillos de pepino. Como dice el poeta, *Jam ver egelidos referi tepores*.

—¡Y que lo diga! Buenas tardes.

—Un momento —Hissey lo detuvo con la mano—. Quizá he cometido una gran torpeza. Un cobarde escrúpulo, como dice Shakespeare, de considerar demasiado francamente el asunto. Después de todo, el sujeto parecía tan alegre y despreocupado que sería absurdo imputarle una intención siniestra.

—No comprendo... —la confusión de Hobhouse era grande.

—Tavender. No tengo inconveniente en revelarlo. La razón de que pueda asegurar que aquellas barbas procedían del guardarropa de la sociedad dramática es ésta: yo mismo sorprendí a Tavender saliendo con ellas. Con dos barbas. Era —déjeme recordar— el martes por la tarde. Reía entre dientes regocijadísimo. Y se habría restregado también las manos (ya conoce su costumbre), a no ser porque, naturalmente, sujetaba una barba en cada una.

CAPÍTULO XIV

—HE CONVOCADO UNA REUNIÓN —DIJO Appleby.

—¿Una reunión? —Hobhouse quedó perplejo—. ¿De qué se trata?

—Una reunión de todos los sospechosos. ¿No las convocan ustedes a veces?

—¡Jamás he escuchado cosa parecida! —Hobhouse, estupefacto, miró a su colega.

—El asunto ha durado ya bastante. Me llama a Londres una ocupación urgente.

—La expresión de Appleby era solemne—. Así, pues, será mejor aclararlo todo de una vez.

Hobhouse estrujó sus notas en un gesto de desesperación.

—¡Pero si el caso se halla todavía hecho un lío! Piense en lo de Tavender y las barbas. Es un nuevo elemento que no encaja en parte alguna. Piense en la misteriosa conducta de Evans. Y en Pluckrose, aplastado por el meteorito que él mismo robó. Recuerde el automóvil de Prisk. Tenga presente el busto. Y toda la espantosa batahola de posibles motivos: la Academia de Prusia, Gerardo, las desavenencias sobre aquel trabajo de investigación bioquímica, la muchacha alemana...

—Ciertamente, es demasiado material.

Hobhouse hizo una mueca.

—¡Y las coartadas, señor Appleby! No olvide la confusa situación en el cuarto oscuro alrededor de las once de la mañana del lunes. Por eso le pregunto: ¿lo ha meditado bien? Si usted coloca frente a frente a toda esa gente...

—Hablarán.

—¡Mi querido Appleby! —La señorita Godkin en persona no hubiera atinado a expresar más completó desaliento—. Eso es lo que nos ha sobrado hasta ahora..., diluvios de conversaciones. Y nada en limpio ha salido de ellas, ¡Qué digo!, ni siquiera sabemos con certeza a quién se pretendió asesinar.

—No importa. Alguien hubo de ser el autor... y quizá nos lo digan.

—Y, por ventura, ¿no va a leer a la reunión unos pasajes de las *Aventuras de Pickwick*? —La ironía de Hobhouse era gigantesca.

—Podría hacerlo. Y había de ser el capítulo XI. —Appleby consultó su reloj—. Es mejor que vayamos. Faltarán Pinnegar y Prisk, pero los demás deben ya de hallarse allí.

Hobhouse puso en su bolsillo las notas, con un gesto expresivo de su intención de no volverlas a sacar.

—Sea. Mas deberíamos llevar a Prisk. Necesariamente es uno de los directamente complicados: de lo contrario no habría ocurrido lo del coche. A Pinnegar, en cambio, no se le halla un lugar a propósito. Es apenas... —Hobhouse se interrumpió—. ¡Eso es! —exclamó—. Cuando toma las de Villadiego en esa forma, las cosas han de ser

puestas en claro. Pero si no hay nada contra Pinnegar, lo hay contra Marlow. He recibido el informe hace tan sólo media hora. Se han obtenido, en la habitación de Marlow, lo que con toda probabilidad son sus impresiones dactilares, y coinciden con las encontradas dentro de la pequeña caja del teléfono.

—Era de esperar. —Appleby no reveló sorpresa—. Marlow hizo desde él una falsa llamada. En cuanto a Pinnegar, me atrevería a afirmar que se halla probablemente... bien, que no le llega la camisa al cuerpo, según el dicho vulgar. ¿No le parece que sabemos de él menos que de cualquiera de los otros?

—Ciertamente; así es.

Appleby sonrió.

—Y eso es siempre sospechoso en un asunto de esta clase.

Vasta y cuadrada, elevada de techos y sombría, la sala de consejos absorbía el crepúsculo. Pegábanse las sombras como telas de araña en los ángulos, y pronto el manto de penumbra colgaría sobre las ninfas y diosas poniendo fin a sus púdicos esfuerzos diurnos. Perdidas en su frágil prisión de enrejados y parras, las hermafroditas figuras de Burne Jones adquirirían una más descolorida palidez. En las paredes, las fenecidas celebridades flotaban inciertas en sus daguerrotipos, fotograbados y óleos; y en torno de la gran mesa, sentábanse los actuales profesores en una actitud de tanta incertidumbre como aquéllos. No era para menos, ya que se trataba de una ocasión solemne. Todos miraban con cierta ansiedad a Appleby, que había ocupado la cabecera de la mesa y tenía a su alcance un delgado rollo de papeles.

—Sir David y señores —dijo Appleby—: Les he rogado concurrir a esta reunión en la creencia de que se hallarán dispuestos, y deseosos, de colaborar en la terminación de la complicada pesquisa que he debido emprender. En los pasados días he logrado, creo poder afirmarlo, considerables progresos. No obstante, es necesario decir que la acusación —se detuvo y paseó su mirada por todos los presentes—, que la acusación contra el profesor Prisk no se halla de ningún modo completa.

Se produjo un alboroto contenido en el salón, pero duró sólo un instante. Fue cortado por la voz de Tavender; revelábase aguda y como alarmada.

—Prisk no ha comparecido. ¿Puede saberse si se halla detenido?

—El señor Prisk, como la mayoría de los aquí presentes ya conocen, hállase en estos momentos en una clínica de la ciudad... de resultas de lo que parece ser un accidente automovilístico. Como otras personas posiblemente complicadas, permanece bajo vigilancia policíaca.

—Dista mucho de ser satisfactorio. —Tavender parecía haber tomado sobre sí una dirección que, por razón natural, debería corresponder a sir David Evans. Sir David, por su parte, limitábase a escuchar, receloso y agitado; Tavender, en su porte y

su voz, se manifestaba formidable—. Dista mucho de ser satisfactorio —repitió—. Considero, además, todo esto extraordinariamente irregular.

—Pluckrose fue muerto, a las once en punto de la mañana del lunes, por medio de una pesada piedra, un meteorito, arrojado sobre él desde una de las ventanas de la torre. —Appleby había ignorado la interrupción—. El meteorito era, según los hechos, de su propiedad particular. Al menos, es la manera más cortés de decirlo. Aparentemente, el muerto se había considerado autorizado para sacarlo, con algún determinado propósito, de las posesiones del duque de Nesfield. La razón para hacerlo tan subrepticamente no me hallo en condiciones de explicarla a entera satisfacción; a pesar de ello parece probable que el duque lo habría entregado ante una simple petición. El vicerrector ha expuesto la ingeniosa teoría, fundada en premisas filosóficas algo abstractas, de que una piedra tal pudiera haber ejercido una especie de fascinación morbosa sobre Pluckrose; de ser así, quedaría explicado su impulso a apoderarse del meteorito secretamente. Sea como quiera, Pluckrose depositó su botín en uno de los almacenes de la torre, que apenas son visitados; desde ese almacén, por ironía del destino, fue arrojado sobre él con los resultados conocidos.

—Hasta ahora no se trata, al parecer, más que de un relato poco fundado. —Tavender había tomado la palabra nuevamente—. ¿Existe alguna prueba, sea ésta del género que quiera, de que Pluckrose robó, efectivamente, el meteorito? Porque robar parece la palabra más adecuada.

—¡Existen esas pruebas! —Marlow, desde el extremo de la mesa opuesto a Appleby, interrumpió nerviosa y bruscamente. Entre el señor Collins, bibliotecario del duque, y yo observamos lo suficiente para que no pueda quedar la menor duda acerca de ello.

—Sea, entonces; lo robó. Pluckrose, después de todo, era un excéntrico. —Y Tavender dio unos golpecitos sobre la mesa—. Mas de un asesinato a un extraño caso de cleptomanía media un abismo. Nadie va a alterarse porque Pluckrose huyera con un trozo de roca. Acusar a Prisk de asesinato es, sin embargo, algo de suma gravedad. Veamos, pues, inmediatamente las pruebas.

Appleby hizo signos afirmativos.

—Es muy justo. No afirmo que exista todavía una prueba concluyente. Empero, aparecen suficientes fundamentos para justificar mi presente decisión de llegar rápidamente al fin. Permítanme relatar algo que ocurrió en la tarde del miércoles. A la salida de una reunión en casa de la señora de Tavender me encontré con Prisk y, como es natural, hablamos sobre el caso. Hícele ver que todavía no se conocía exactamente contra *quien* había sido dirigido el atentado. Mas la peculiar circunstancia del teléfono compartido no descartaba por completo la posibilidad de que hubiera sido precisamente él la víctima señalada. Dos consecuencias derivaban de esta posibilidad, y tuve especial cuidado en ponérselas de relieve con toda realidad. La primera resultaba sumamente favorable para Prisk, y era ésta: de

comprobarse el atentado contra él, es evidente que quien ha sido elegido como víctima no puede ser el autor de un crimen; y por consiguiente, quedaba definitivamente libre de toda sospecha en el asesinato de Pluckrose. Mas la segunda consecuencia era inquietante: si el asesino había pretendido librarse de Prisk y había fracasado, era muy probable que repitiera el golpe. Al despedirme de él esa tarde quedaron ambas ideas en la mente de Prisk. Como comprenderán, constituían una especie de lazo. En otras palabras, podía sentirse inclinado a *representar* un atentado contra su propia vida. Tal ocurrió, exactamente, esa misma noche; fue hallado Prisk, más o menos ileso, junto a su coche destrozado. Un hombre arrojado pudo, perfectamente, haberlo preparado todo por su propia mano. Consideremos, sin embargo, que el esfuerzo nervioso requerido habría de ser exageradamente superior al producido por el simple accidente; tal sería la explicación del presente y duradero colapso de Prisk.

Estalló otro murmullo en derredor de la larga mesa y, nuevamente, Tavender intervino con impaciencia.

—Sigo creyéndolo todo extraordinariamente oblicuo y discutible. Queda, además, por resolver un punto fundamental. ¿Por qué había Prisk de pretender asesinar a Pluckrose? ¿No sería, presumiblemente irritado a causa de un teléfono?

—Casi ciertamente no. —Hizo una pausa—. Quizá sir David Evans pueda sugerir el motivo.

Sir David, que parecía dedicar mucha más atención a vigilar a Tavender que a escuchar a Appleby, miró bruscamente a la cabeza de la mesa y levantó una mano amenazadora. Parecía que la insinuación de Appleby iba a ser denunciada como impertinente y desagradable. Pero en vez de hacerlo así, sir David bajó la mano y movió negativamente su elegante testa.

—No —dijo lentamente—, no puedo sugerir nada, señor Appleby.

—¿No habría ninguna circunstancia de carácter privado en las relaciones entre Pluckrose y Prisk, sobre la cual cabría que estuviera usted especialmente bien informado?

Reinó el silencio en la sala del consejo, mientras el espectro de la señorita Schmauch rondaba bajo la mesa. Sir David desahogó un poco, con el dedo, su ajustado cuello almidonado... y quedó entonces en aparentes condiciones de hacer nuevos y mesurados signos negativos.

—No —repitió brevemente.

—No podía ser otra la respuesta. —Appleby se detuvo y simuló consultar sus notas—. No hay necesidad de encontrar ninguna razón para que Prisk deseara desembarazarse de Pluckrose. Porque no era a Pluckrose a quien se proponía asesinar. Era al señor Lasscock.

Tavender, que había sido visto en un corredor riendo y con una barba en cada mano, se encontraba ahora serio y preocupado. A decir verdad, la mayoría de los presentes compartían ese estado de ánimo. Sólo el propio Lasscock, quizá,

permanecía completamente tranquilo; y suya fue la primera voz articulada que se oyó.

—Asombroso —comentó—. Astuto el londinense. No se le escapa nada. Impresión de seguridad. Ninguna fe, en cambio, en este hombre local. Notable lo de Prisk; aunque a veces ya notaba yo algo odioso en su mirada. ¡Por milagro escapé! Pero, al final, todo salió bien. Libres de Pluckrose. Y ahora, por las apariencias, libres también de Prisk.

Appleby golpeó la mesa, como un presidente que llama al orden.

—Permítanme ahora insistir en un factor muy importante en un caso como éste: cualquier *costumbre conocida* de las personas afectadas. El señor Lasscock puede ser descrito como hombre de hábitos eminentemente regulares. Todos sabemos, por ejemplo, que contrae regularmente un resfriado a mediados del curso académico.

Estalló una carcajada de Timoteo Church, acompañada de una risotada, fuerte y nerviosa, de Martín Marlow. Mas, Lasscock movió solemnemente su cabeza.

—Completamente cierto —dijo—. Nunca me da antes. Siempre me ataca por esa época. Comprobado que ninguna cura supera a los traguitos repetidos de ron. Es lo mejor que hay.

—Durante el buen tiempo hace lo que aparentemente constituye una visita, diaria al Patio de la Fuente. A las diez, aproximadamente, aparece allí con un cojín, lo coloca sobre una silla de tijera en un lugar determinado, medita sobre varios problemas históricos; y, exactamente al terminar de sonar la campanada de las once, vuelve a sus ocupaciones. Ahora bien, sir David y señores, ¿cuál es ese lugar particular? Puedo decírselo, porque he visto al señor Lasscock llevar su cojín y su silla hasta él. No es otro que el punto exacto en que la silla de Pluckrose reposaba cuando éste fue muerto. Y siempre había de ser el mismo sitio, únicamente cuando alguien ocupaba ya tal lugar, veíase Lasscock obligado a trasladar su silla ligeramente hacia uno u otro lado. Es fácil deducir a dónde nos conduce esto. Un asesino, en lo alto de la torre, contaría con que Lasscock se encontrara exactamente debajo. Mas si aconteciera que otro hombre, casualmente y por una sola vez, ocupara ese lugar en un día fatal..., bien, fue la buena estrella de Lasscock y la desgracia del otro.

—¿Y el motivo? —Tavender formuló la pregunta sin apartar sus ojos de sir David Evans—. No hallamos ninguna razón para que Prisk atentara contra Lasscock. ¿Desaprobaba su catarro de mediados de curso?

—Prisk intentó asesinar a Lasscock porque Lasscock conocía demasiado de su vida privada. Obtuve la información esta misma mañana de labios de la señorita Godkin, la directora de Santa Cecilia. Prisk es persona de hábitos escandalosos, como el duque de Nesfield puede certificar y muchos otros saben. Pero el señor Lasscock, de fiar en la palabra de la señorita Godkin, había conseguido la más incontrovertible prueba sobre tal punto... y pudiera hallarse dispuesto, en nombre de la moral u otras razones, a hacer público el hecho. Y ése hubiera sido el fin de Prisk como catedrático. El motivo para el intento de asesinato es, pues, más que sobrado.

—Todo esto es más que sorprendente. —Desde un ángulo en sombras, al fondo de la mesa, llegó la voz del profesor Crunkhorn, reposada y severa—. Haya lo que quiera de positivo en la pretensión del señor Appleby, no es posible discutirla por el momento. Pero hay algo que me preocupa... y creo que el mismo señor Appleby contribuyó a llamar mi atención hacia ello. Me refiero al asunto del meteorito. Pluckrose lo sustrajo; lo cual es ya bastante extraño. Mas ¿por qué habría de idear usarlo para acabar con Lasscock?

—La respuesta es que no lo hizo. Prisk, una vez comprobado que el lugar en que Lasscock acostumbraba sentarse le proporcionaba la ocasión deseada, subió a la torre la mañana del lunes sin pensar en un proyectil determinado. Si encontraba un objeto aprovechable, lo usaría. De lo contrario, practicaría un reconocimiento, y dejaría su diseño para más adelante. El meteorito no se hallaba en su mente de antemano, y probablemente ni conocía siquiera su existencia. En realidad, se amontonaban en el almacén una serie de objetos a propósito. Había, por ejemplo, una pesada sentina de hierro y, en mi opinión, es lo primero que se propuso arrojar; hay señales de que la sentina ha sido arrastrada recientemente por el suelo. Entonces, descubriendo el meteorito, cambió de pensamiento... probablemente por ser más pesado y mayor. Hemos derrochado un exceso de ingenuidad martirizándonos con la busca de posibles simbolismos y significados del pedazo de roca. Significado ha podido tenerlo para Pluckrose (de lo contrario, no lo habría robado); pero una vez sustraído y oculto, se torna, simplemente, un objeto abandonado, de gran peso. No hay más asociaciones. Y los procedimientos de Prisk fueron extremadamente simples y resueltos. No le preocupó la coartada. Intentó, en cambio, como es natural, disminuir el riesgo de ser visto en momentos comprometedores. En la sección de ingeniería existe una puerta que se abre sobre el rincón opuesto del Patio de la Fuente, y desde allí sería posible ver la ventana del penúltimo piso de la torre..., la ventana desde la cual Pluckrose debía operar. ¿Qué hacer para evitar ser observado? Muy sencillo, bastaba deslizarse al patio unos minutos antes y abrir totalmente la llave de la fuente. El resultado sería un barrizal, mas ciertamente salía al paso de cualquier mirada comprometedora de algún ingeniero curioso.

—¡Es falso!

La oscuridad era completa en la sala del consejo y la exclamación de Marlow pareció habersele escapado involuntariamente. En el mismo instante, las luces centellearon por encima de la mesa. Appleby, junto al interruptor, volvióse con lentitud.

—Sí —dijo reposadamente—. Es falso. Ahora sabremos la verdad..., señor Marlow.

Marlow se había puesto de pie. Mas, al percibir los ojos de todos los presentes clavados en los suyos, volvió a sentarse, temblando violentamente.

—Pinnegar y yo proyectamos...

Appleby levantó una mano.

—Siento verme obligado a hablar tanto —dijo—. Y lamento también que haya sido imprescindible forjar toda una historia para mover al señor Marlow a una confesión. Es preciso, sin embargo, explicar algo más.

—El inspector Hobhouse y yo averiguamos cuidadosamente los movimientos de todos ustedes, como podrán suponer. —Appleby se hallaba de espaldas a la mesa, consultando sus notas—. Clasificamos cuidadosamente las horas y lugares y los consideramos como las bases de posibles coartadas. He aquí lo que constaba acerca del señor Marlow: «En el cuarto oscuro desde las diez y cuarto hasta conocerse la noticia del accidente. Confirmado por Atkinson». Ninguna otra coartada es tan perfecta salvo la del señor Murn. Y aun ésta, si se examina en detalle, es inferior a ella; porque si bien permaneció asimismo en el cuarto oscuro hizo, según acostumbra, varias escapadas al refrigerador. Marlow, por tanto, poseía la más segura coartada. Pero poseía, también, una barba postiza exactamente igual a la del señor Murn.

Si ya en dos o tres ocasiones se había producido sensación en torno de la mesa, esta vez fue algo parecido al furor. Incluso Hissey, quien hasta el momento asistía calladamente a la reunión con una especie de ligera impaciencia, ocasionada, sin duda, por el recuerdo de sus índices de fotografías, parecía ahora extraordinariamente alterado. Crunkhorn habíase enzarzado en una especie de altercado con Church; Tavender, por su parte, se dirigía en un tono bajo y apremiante a sir David Evans; Lasscock se había levantado, dio la vuelta a la mesa y ocupó un asiento junto a Marlow, tembloroso todavía con la cabeza entre las manos. Murn, sentado enfrente, se acariciaba la barba y parecía al mismo tiempo extraordinariamente incómodo, como dispuesto a trocar de buen grado aquel especial adorno humano por un equipo bien surtido de retortas y tubos de ensayo.

—Y Marlow, como el profesor Hissey ha revelado, es un actor consumado. —Appleby seguía hablando en un tono de realidad—. Mencionando a ustedes estos dos hechos los he colocado ante el mismo corazón del crimen. O, mejor dicho, tan cerca de él como por ahora creo conveniente. Pero, no es mi intención en este momento, discutir el motivo que tuviera Marlow para pretender asesinar a Prisk...

Marlow levantó la cabeza.

—¡A Prisk! —exclamó.

—... para intentar asesinar a Prisk. Ese motivo no guarda relación alguna con la universidad; corresponde a un incidente lamentable que pertenece a un lugar muy diferente; dejo a su rector comunicarlo a ustedes cuando lo crea conveniente. —Appleby descansó unos instantes y contempló a un auditorio que se mostraba ahora sumamente impresionado—. Es suficiente con decir que Prisk era la presunta víctima; que el proyecto fracasó por causas que me encuentro, creo, en condiciones de analizar; que Marlow entonces planeó otro intento del que tienen noticia: el atentado contra el coche de Prisk.

«Permítanme recordarles el carácter del cuarto oscuro; trátase de un paraje de luz velada, donde varias personas pueden trabajar a la vez sin tener noticias unas de otras

más que intermitentemente. Claro que todas las idas y venidas son observadas (mecánicamente y sin gran atención, sin duda) por el auxiliar Atkinson, quien trabaja en el gabinete fotográfico, único medio de salida. Bien; Marlow penetra en el cuarto oscuro a las diez y cuarto. En el momento conveniente se desliza por el laberinto, se coloca la barba, imita el andar de Murn y llega hasta un teléfono. Llama y Prisk contesta... por medio del teléfono que comparte con Pluckrose. Pero Marlow está agitado y existe en su voz algo que lo traiciona. Prisk es cauto con este teléfono; y receloso, también de las bromas que últimamente se han llevado a cabo. Y le asalta una idea extraña y malévola. Pasa a su lado Pluckrose; Prisk responde “Un momento”, y entrega el receptor a su colega con una indicación de que la llamada es para él. Marlow, desconocedor de esto, concierta una cita, con cualquier pretexto, en el Patio de la Fuente... donde el señor Lasscock dormita ya en una silla de tijera... y corta la comunicación. Corre afuera y abre la llave de la fuente, por la misma razón que ya indiqué. A continuación, sube a lo alto de la torre. Comienza a mover la sentina de hierro (elegida ya de antemano, probablemente, como su arma), pero cambia de idea y sube a la ventana el meteorito. Al mirar abajo distingue claramente al señor Lasscock, su *Times* inclusive, la otra figura, entonces, es su hombre. Suelta el meteorito y corre escalera abajo para regresar al gabinete fotográfico; en el laberinto se arranca la barba, y helo aquí de vuelta en su trabajo del cuarto oscuro, sin haber transcurrido en total, probablemente, más de ocho minutos. A todo esto, Atkinson no ha apreciado sino una de las habituales salidas del señor Mura, que escasamente ha considerado más duradera de lo usual. Tal es la historia íntegra de un crimen ingeniosamente concebido».

Siguió un silencio en la sala de consejos. Entonces Tavender habló muy lentamente.

—No se trata de la historia íntegra. Ni tampoco de la verdadera historia.

—Lejos de mi intención colaborar en la captura del asesino de Pluckrose. — Tavender miró fríamente alrededor de la mesa—. Es algo tan increíble que ningún jurado del mundo aceptaría como verdad; al mismo tiempo el escándalo del juicio ocasionaría a la universidad un daño irreparable. A ningún buen fin se servía, pues, con un intento para forzar una confesión. Un mal negocio en todos sus aspectos, en otras palabras, cuyo único consuelo consiste en el hecho innegable de que Pluckrose era un sujeto poco recomendable.

«Era mi propósito, por tanto, desentenderme totalmente del asunto; y aun debo reconocer haber ingeniado un expediente con el fin de complicar las cosas; fue en el detalle de las barbas postizas. Una barba sugiere la idea de una historia de un solo personaje; supuse que un *embarras du choix* en esto podría provocar la sospecha de una conspiración; y desde este momento el armario comienza a cultivar barbas. — Tavender dejó escapar su risita—. Tal acción, que estaba dirigida a confundir a la policía, constituía indudablemente un delito. Mas el motivo era altruista; deseaba ver el caso de Pluckrose transformado en un embrollo sin esperanza de solución, y evitar

un fútil escándalo. Y nos hallaríamos a punto de lograrlo, de no haber elaborado la fatal habilidad del señor Appleby esta acusación tan ingeniosa contra Marlow. Naturalmente, no puedo permitir verlo colgado. Él no tiene absolutamente nada que ver con el asunto».

Tavender hizo una pausa. Appleby, inmóvil a la cabecera de la mesa, mantenía la mirada fija en sus papeles; como un químico esperando tranquilamente, paso a paso, el final de una reacción.

—¿De manera que Marlow no tiene nada en común con el asunto? —Era Crunkhorn quien ahora interrogaba, lentamente y midiendo mucho las palabras—. Cuando Marlow se opuso al pretendido cargo contra Prisk admitió, sin embargo, que él y Pinnegar habían proyectado...

—¡Eso era muy distinto! —Marlow, recostado en el respaldo de su silla, miró casi como una fiera acorralada alrededor del salón—. La fuente... era una broma de Pinnegar y mía..., una broma contra... —Marlow echó atrás su cabeza en un gesto de desesperación—. ¡Oh, Dios —exclamó—, qué terrible problema! Permítanme recapacitar unos instantes y explicaré...

Tavender levantó su mana impacientemente.

—Que explique Marlow cuánto desee, pero luego. No es mi propósito explicar nada, gracias sean dadas a los dioses. Quiero, tan sólo, decir lo que yo vi. Y eso fue la barba. Pero no la llevaba puesta Marlow. Colgaba de la cara de Evans.

Prodújose un nuevo alboroto. Marlow movía con signos negativos la cabeza, aparentemente más turbado que antes. Church, inclinado sobre la mesa, intentaba estrecharle la mano, al parecer para celebrar el hecho de que la tormenta soplara ahora sobre la otra generación. Lassoock miraba boquiabierto al vicerrector, en mudo asombro y meditando, sin duda, sobre lo que pudiera llamarse conducta indigna de un catedrático. Los demás formulaban preguntas, prorrumpían en exclamaciones o reclamaban silencio en alta voz. Al cabo, Tavender hízose escuchar una vez más.

—La barba adornaba, en efecto, el rostro de Evans..., que es como decir que la bota está en el otro pie. —Tavender se detuvo para reír a su satisfacción la inocente broma... o con el fin de acentuar con la pausa el efecto de lo que iba a añadir—. Adornaba la cara de Evans, y Evans salía por la puerta de la torre. Era entre once y diez y once y cuarto. Espero, pues, que Marlow no será colgado.

—¡Son todas insidias! ¡Son alucinaciones! —Sir David, tras permanecer del todo silencioso unos momentos, gesticulaba puesto en pie—. ¡Había habido bromas!, ¿entienden? ¡Había habido impertinencias!

—Y algo más: era evidente que Evans había caído dentro de la fuente y se había puesto como una sopa. Era un detalle más que añadir a la fantástica apariencia del asunto. —Y Tavender se inclinó hacia atrás, regocijándose cómicamente—. Lo ocurrido fue esto. Había estado en la ciudad por la mañana temprano y, ya de regreso, me dirigí en derechura al refectorio para beber una taza de café. A la salida, al cruzar la calle, observé, que la puerta del piso bajo de la torre estaba abierta. En ese

momento salió Evans. Era casi él mismo, salvo que, según indiqué, se hallaba completamente empapado en agua. No me vio, mas distinguió al parecer, frente al salón de actos, a un par de estudiantes que en cualquier momento podían reconocerlo. Retrocedió, ocultose y, un instante después, volvió a salir a toda prisa, fantásticamente disfrazado de Murn. A continuación, se escurrió por el lado opuesto de la calle; lo más velozmente que pudo, imitando en lo posible el porte de Murn. ¡No es espectáculo que se vea a menudo!

Reinó un silencio de estupefacción en los presentes. Appleby levantó la vista de la mesa y miró en redondo.

—Vean —dijo— como, mediante un poquito de táctica de sorpresas, se ha llegado, al menos, a recolectar una buena ración de noticias frescas e interesantes. ¿Admite usted, sir David, que ciertas circunstancias lo llevaron a lo alto de la torre; que al mirar hacia abajo vio lo que había ocurrido en el patio, y que escapó lo más rápidamente que le fue posible, usando en la huida cierta barba postiza?

—Es cierto. Había impertinencias. —Evans movió afirmativamente su respetable cabeza con todas las apariencias de haber recuperado la ecuanimidad—. Pluckrose estaba muerto y era un compromiso. Se requería prudencia.

—Señor Marlow, ¿reconoce que entre Pinnegar y usted arreglaron y llevaron a efecto una jugarreta contra el vicerrector?

—Sí.

—¿Y usted, señor Tavender, guardó en el cuarto oscuro una barba postiza que había encontrado, y, más adelante, considerando que era preferible que el conjunto del asunto quedara en el secreto, aumentó la confusión añadiendo otras barbas?

—Usted lo ha dicho. Y posiblemente la confusión pudo haber sido la misma sin mi intención. Dudo de que muchos de los aquí presentes consideren el asunto muy diáfano.

Appleby afirmó gravemente.

—El problema es confuso y muchas cosas están aún oscuras. Varias circunstancias importantes no han sido ni siquiera mencionadas: entre ellas, un templo en Tartaria, una escalera y la resistencia de materiales. —Se detuvo y, por un segundo, su mirada pareció buscar la de alguien allá al fondo de la mesa—. Es posible que algunos de ustedes puedan necesitar algún tiempo para reflexionar o para consultar con libertad con alguno de los demás, o conmigo. Propongo, pues, que ahora nos separemos, y volvamos a reunirnos después de la cena. Transcurridas dos horas, por ejemplo.

La proposición pareció contar con el asenso general, y los reunidos fueron desfilando por la puerta del salón. En el largo corredor las luces, frías y desnudas, esparcían su débil resplandor. Appleby, con los papeles bajo el brazo, dijo unas breves palabras a Hobhouse y desapareció. Fuera, la noche había cerrado.

La oscuridad era completa en la sala del consejo, como si las ninfas hubieran huido sin dejar la dirección, y los patilludos personajes hubiéranse desvanecido en busca de un limbo más propicio. Una rata se deslizó suavemente entre los montones de calendarios escolares atrasados, y el soplo de la noche, colándose por la chimenea, hizo crujir levemente la seda invisible de la toga escarlata y oro del duque de Nesfield. Tiritando entre sus cargadas parras, las criaturas de Burne Jones aguardaban la luz vivificadora; y desde allá lejos, desde la ciudad, el sonido de las bocinas y motores resonaba en lo alto de la colina. La segunda hora del plazo llegaba a su término.

Appleby fue el primero en llegar; centellearon las luces en lo alto y lo mostraron como fatigado; un observador habría apreciado, también, que se hallaba tan pálido como Afrodita y su túnica. Ocupó su puesto en la mesa, colocó las notas enfrente, dirigió una ojeada en torno del lugar vacío y silencioso y comenzó a leer sombríamente la primera página.

Miércoles, por la mañana.

Llegado ayer tarde y familiarizado con el aspecto general del caso.

¿Por qué asesinaría un hombre en esta forma, usando un meteorito que solamente una persona carente de instrucción podría suponer instrumento de desgracia fortuita? Porque, o bien 1) el meteorito era el objeto más manejable; o 2) era el único objeto; o 3) poseía un significado simbólico para el ejecutor y, posiblemente, para una tercera persona; o 4) este meteorito particular provocaba asociaciones calculadas para desorientar o 5) un meteorito, genéricamente considerado, provoca asociaciones calculadas para despistar. La última posibilidad es la más sutil, y Tavender parecía tenerla presente anoche en la velada (a). Es también posible una combinación de varios de los factores arriba mencionados.

El cuerpo aparecía completamente triturado.

Bromas. Puesto que éstas han sido frecuentes, el crimen puede ser: 1) una broma trágicamente terminada, del estilo de la sugerida por Crunkhorn; o 2) combinado deliberada o casualmente con una broma o bromas inocentes en sí mismas. También Tavender ha pensado algo de esto al sugerir la relación del caso con el asunto del esqueleto del laberinto y con las chistosas posibilidades del teléfono Prisk-Pluckrose.

Ha existido la curiosa circunstancia de la tortuga del portero, que engendró en mi imaginación la teoría de Esquilo. A decir verdad, me sorprende a mí mismo considerando todas las extrañas asociaciones del complejo de la «muerte desde el aire» (a). Incluso asociación tan remota como la de Damocles.

Tiene razón el duque de Nesfield al temer que alguna otra persona pudiera haber sido la víctima elegida. Aquí la situación puede ser de tal género que: 1) da la razón al duque; o 2) ha sido intencionadamente explotada por el asesino para despistar; o 3) causa tal confusión por casualidad; o 4) es susceptible de explotación ulterior con el fin de ganar tiempo: ¡la vieja técnica!

Consideremos el teléfono compartido. Puede haber sido empleado para preparar 1) un asesinato o 2) una broma. Y podía ocasionar un factor de error en ambos casos. En mi opinión se trata de un elemento algo arriesgado para incorporarlo o explotarlo en la preparación de un crimen premeditado.

¿Crimen premeditado?

Sir David Evans pretende disimular el crimen. El papel más propio para un metafísico. Dudo si sería capaz de asesinar a alguien. Habría recordado demasiado que los profesores enloquecen. Es dudoso si el frío lenguaje de las estadísticas confirmaría esta opinión; mas, ciertamente, que entre los catedráticos aparecen a menudo hombres muy retorcidos y personas perversamente ingeniosas... Ver alguna revista de la especialidad.

¿Por qué corría la fuente?

El cuarto oscuro. Si uno de esos cerebros ingeniosos llegase a planear un crimen, bien pudiera sentirse inclinado a ejecutarlo. *¿Y si su deseo fuera improvisar medidas para escapar a las consecuencias de un crimen?* ¡La disposición del lugar es tan apropiada como teatro de un crimen!

El viejo Hissey, el eminente epigrafista, va a ser ahora profesor de literatura: se halla a punto de publicar un libro. Junto con Evans, es el único hasta ahora que produce una impresión de disimulo.

¿Marlow y Pinnegar? Bien, Pinnegar, quizá algo asustado.

Insistir en las notas arriba señaladas con (a). He experimentado por un momento una vaga pero inquietante sospecha. Digo vaga, a pesar de que —equivocadamente o no— su fugaz aparición fue como un rayo de luz.

Ya anteriormente he experimentado otras corazonadas como ésta.

Miércoles, por la tarde.

La señorita Dearlove, la de la casa de campo de los fosos y las insinuaciones. ¿Evans y Pluckrose tras una misma joven? ¿Por qué no? Sin embargo, uno lo imagina más bien en una forma ineficaz: comidas, teatros, flores. Muy común. Mas tal situación difícilmente conduciría a una pasión homicida. Trátase de un factor más o menos

extraño, pero que contribuye a complicar las cosas. Abre el enojoso capítulo de las vidas privadas. El curioso Pluckrose pudo haber sabido demasiado acerca, por ejemplo, de Prisk.

Lasscock, el hombre que sabe algo, *pero no mucho*.

Marlow era preceptor en el palacio de Nesfield. La suposición del duque de que la víctima elegida hubiera sido otra, se relacionaba, pues, con Marlow.

La novia de Church, la bigamia de Church, la señorita Godkin y el ministerio de Relaciones Exteriores. El contenido de esto es claro y constituye un asunto aparte. Pero puede hallarse relacionado con el «complejo Evans-Pluckrose de la muchacha».

El busto de sir David. Aquí se oculta la clave del misterio. ¡Lástima que todavía se resista!

Tavender recomienda la lectura de *Zuleika Dobson*, la novela de una muchacha que ejerció una atracción fatal sobre toda una universidad. Aquí la alusión tiende a justificarlo así (b).

Si Prisk mató a Pluckrose, puede simular ahora un atentado contra sí mismo, con la intención de sugerir que él fue también la víctima elegida para el primer asesinato. *Mas cualquiera puede hacer lo mismo*. Es decir, si existe un motivo fácil de descubrir para que X asesinara a Pluckrose, convendría ahora a X crear la impresión de que Prisk y no Pluckrose fue la víctima propiciatoria desde el primer momento (c).

Miércoles, por la noche.

En el palacio de Nesfield se nos reveló la categoría moral de Prisk, en la historia de Gerardo, el amigo de Marlow. Es un motivo cierto de homicidio por primera vez. Mas es un motivo para que Marlow asesinara a *Prisk*. Y, pese al teléfono, desconfió de la teoría del hombre equivocado como víctima de un crimen.

Hemos averiguado que Pluckrose sustrajo el meteorito.

¿Por qué robaría un hombre un meteorito?

En otras palabras, ¿qué es único en un meteorito?

Pluckrose robó el meteorito; Pluckrose pintó el busto.

GUILLERMO BORRA SUS RASTROS

Jueves, a mediodía.

¿Por qué pintó Pluckrose de verde el busto? Hissey ofrece una explicación (verde de envidia).

Hissey encuentra triunfalmente esa posibilidad (c).

Haciendo el verde uno se tiñe de rojo. Una pequeña broma de Hissey.

Lasscock había de, despertar a las once.

Crunkhorn y el meteorito de cincuenta toneladas.

La sentina de hierro fue movida; esto sugiere que no existía un plan preconcebido para usar el meteorito... aunque, si acierto en la teoría de Guillermo, su empleo revistió el carácter de una justicia poética (d). La sentina era ya empujada hacia la ventana; en ese instante fue visto el meteorito y usado en su lugar. Ver más arriba las notas (a) y (d). Nos hallamos ante una obra maestra de improvisación.

La falsa barba. Las barbas postizas se emplean en las *bromas*. Las llamadas telefónicas simuladas se usan en las *bromas*. Es una pesada broma arrojarlo a uno en la fuente. Recordemos el camino más directo de la vicerrectoría al cuarto de Pluckrose. He aquí, pues, materia para una broma fortuitamente sincronizada con el crimen. Además, quedaban señales de humedad en las escaleras de la torre: lo grotesco y la tragedia, jugando al escondite, integran un solo cuadro. Esto, desarrollado, permitirá explicar todos los hechos. Pinnegar ha escapado... aunque como si huyera de un aprieto, más bien que de un crimen.

Barbas adicionales. Esto representa simplemente una galga maliciosa en nuestra rueda. Colocadas por Tavender, apostaría. (Nunca se sabrá lo que ha descubierto Tavender; es detective nato, me inclino a creer).

Jueves, en las primeras horas de la tarde.

La bigamia de Timoteo Church se ha dilucidado en la forma esperada. El ridículo embrollo de Evans-Pluckrose-Prisk con la magnética alemana justifica la decisión de Evans de ocultar la broma que le fue jugada; ¡había estado en lo alto de la torre y con su libertino rival muerto en el patio!

¿Se comprende claramente la broma? Juzgo que sí. Desde poco después de las diez Lasscock dormita apaciblemente en el patio. Tanto podrá despertarse durante la jugarreta, como no: no cuenta para nada. A las diez y veinte, aproximadamente, Marlow pide comunicación con Evans desde el teléfono Prisk-Pluckrose; representa el papel de Pluckrose y ruega a Evans venir urgentemente. Evans, en consecuencia, sigue el camino más corto, a través del Patio de la Fuente. Pinnegar, en tanto, se ha transformado en Murn (americana, sombrero y una bufanda, y, por descontado, la barba); aparece ante el sorprendido Evans y, empujándolo dentro de la fuente, lo empapa.

Se despierta la sangre celta de Evans y persigue al bromista de aspecto de viejo. Pinnegar escapa alrededor de la torre y continúa escalera arriba. Evans todavía lo persigue, y Pinnegar se zafa de él bajando por el montacargas, previo abandono de la barba. Evans se halla jadeante y agotado; descansa en el piso más elevado de la torre; el asesino, en tanto, actúa. Y así, cuando Evans, repuesto, mira por la ventana, descubre los restos de Pluckrose en el patio. Se precipita escalera abajo, llevando la barba postiza que dejó Pinnegar: así no quedan rastros del suceso, excepto algunos charquitos por la escalera. A punto de salir a la calle, se siente temeroso de ser visto y, en un súbito impulso, se ajusta la barba hasta llegar a distancia suficiente. Luego, probablemente, intenta arrojarla a una alcantarilla... Allí la encuentra Tavender, que la guarda en el armario del cuarto oscuro: la primera de las chanzas de Tavender. Evans corre a su habitación (visto por el conserje); cambia su americana (un día caluroso, explica; algo extraño en su apariencia ulterior, informa Hissey a Hobhouse); y marcha al refectorio como de ordinario. Como epílogo jocoso de la bufonada, tan desgraciadamente sincronizada, entra inmediatamente en cortés conversación con un Pinnegar sin barba.

Las cosas toman un sesgo muy desagradable, al menos en cuanto a mí se refiere. Organizaré esta tarde una representación general con el fin de corroborar mis datos.

Todo es ya evidente:

La inscripción de Münchhausen se guarda en Cambridge.

El busto era nuevo: se volvió verde.

Además:

El meteorito era conocido como recientemente llegado a la Tierra.

Y sobre esto:

El ruido de un martillo pilón de vapor: la resistencia de materiales.

La forja es poco visitada.

La más evidente asociación de un meteorito es: *golpe de arriba*.

La escalera de mano.

El montacargas llega hasta el último piso.

El montacargas puede ser accionado desde el cuarto oscuro.

El peso de la prueba.

CAPÍTULO XV

APPLEBY GUARDÓ SUS NOTAS EN el bolsillo; sacó una carta y la colocó; sobre la mesa frente a él. Crunkhorn entró en el salón seguido por Hobhouse y Marlow, y con cortos intervalos fueron llegando los demás. Appleby no miraba a nadie ni hablaba, abstraído al parecer en alguna sombría meditación. Hobhouse, que iba contando el número de los presentes a medida que entraban, se inclinó hacia adelante en un momento dado y murmuró algo en su oído. Entonces Appleby tomó la palabra.

—Tengo aquí una carta dirigida al rector de la universidad por el profesor Hissey. He consultado al duque por teléfono y me ha autorizado para leerla a ustedes.

Y Appleby tomó la carta de la mesa, la abrió y leyó, lentamente y con voz clara y exenta de todo énfasis.

Universidad de Nesfield

Señor Duque:

He sido informado por el señor Appleby, de la policía metropolitana, de que los desagradables acontecimientos de que ha sido teatro recientemente la universidad constituyen para Vuestra Excelencia motivo de preocupación. Por esta razón, y porque el vicerrector, complicado en los hechos como consecuencia de una broma irresponsable, ha de hallarse deseoso de aclarar su situación, me he permitido dirigir esta carta a Vuestra Excelencia. Trataré de ser lo más breve posible. La mayor parte de cuanto tengo que decir será, necesariamente, explicativa. No obstante, la esencia de mi propósito es de disculpa. Lamento haber propinado a Pluckrose un puñetazo en la mandíbula. El hecho de que debido a ello cayera bajo el martillo pilón; que al retroceder oprimiera yo la palanca de la válvula; y que como consecuencia inevitable Pluckrose resultara instantáneamente muerto; todo esto son factores en relación a los cuales el remordimiento se hallaría fuera de lugar, por cuanto fueron secundarios, fortuitos e involuntarios. Mas siento, repito, haber golpeado a Pluckrose en la mandíbula.

Lamento haber expuesto a Prisk al riesgo de un grave accidente de automóvil. Legal y moralmente, tal acto constituye un asesinato frustrado. No me habría decidido a ello de no haber tenido en marcha importantes trabajos. Noche tras noche las pasé en vela en el afán de finalizarlos; mas aprecié en seguida que Appleby progresaba demasiado rápidamente para mí. Era preciso obrar. De lo contrario *Annotatiunculae Criticae* quedaría incompleta; pues no creo, en efecto, que el ocupante de una celda disfrute de muchas oportunidades

para disquisiciones literarias. La particular gravedad de la solución que intentaba fue posible, pero indiferentemente considerada... mas me cegaba el convencimiento de que si conseguía crear la impresión de que Pluckrose había sido, desde el primer momento, la víctima predestinada, mi situación se fortalecería grandemente. Fue una noche muy desagradable, con su interminable acecho en el palacio de Nesfield.

Y ahora debo ser algo más sistemático. Deseo, sin embargo, repetir antes, que esta carta está motivada por razones éticas. Me hallo ansioso —lo he estado desde un principio— de que todos los hechos se conozcan y de que la justicia pronuncie su última palabra. No pretendo eludir las consecuencias de los desgraciados acontecimientos que se han acumulado sobre mí. Y siendo así puede preguntar, echando mano de esa latinidad que es tan sólo uno de los adornos de Vuestra Excelencia:

Quid est, Catulle?, quid moraris emori?

La respuesta es, naturalmente, que no he querido apresurarme y morir; tenía, lo reitero, demasiada labor entre manos. No sería exageración el afirmar que, desde el instante en que comprobé la muerte de Pluckrose, me he entregado por completo a la preparación de lo que podría ser descrito como una sucesión de acciones dilatorias. Al comienzo mis aspiraciones no podían ser más modestas; trataba de conseguir unos días para ordenar mis papeles y preparar una o dos bagatelas —importantes sólo para mí— para la imprenta. Juzgué luego que podía disponer de un plazo algo mayor, y cuando menos finalizar mi proyectado libro. Mas que esto no iba a resultar factible, y que el tirón del cabestro —¿o quizá debería decir dogal?— era inminente, lo percibí cuando supe por el inspector Hobhouse, amable aunque incauto policía, que el perspicaz Appleby había penetrado en lo que pudiéramos llamar el aspecto pickwickiano del caso.

Hablemos ahora de Pluckrose. Era un individuo entremetido si los hay, y en una forma especialmente molesta. Se familiarizaba primero con la actividad de otra persona, en la medida suficiente para llevar adelante sus designios perturbadores con mayor o menor conocimiento de causa. Así procedió en relación a mi propia actividad, que es —quizá sea necesario mencionarlo— esa rama de la arqueología clásica conocida con el nombre de epigrafía; es decir, la ciencia que se ocupa de descifrar las inscripciones grabadas en piedra.

A lo largo de los últimos años hube de verme mezclado en las discusiones que suscitó el descubrimiento de dos o tres casos de fraude o falsificación en este campo del conocimiento. Pluckrose, al tener noticia de ello, concibió un extraordinario propósito. Declaró — nada menos— que las inscripciones del célebre obelisco de Tartaria, descubierto por mi ilustre maestro y querido amigo el profesor Münchhausen, de Riga, ¡era una completa patraña! Tal despropósito, con todo y ser bastante desagradable, no fue, sin embargo, suficiente. Pluckrose, además de entremetido, era químico. Y comunicó su intención de emprender un experimento químico que probaría la verdad de su aserto.

Aunque extraordinariamente contrariado por esta grotesca y ofensiva afirmación, no hube de sentirme realmente alarmado hasta que sobrevino el inquietante incidente del té en casa de la señora de Tavender. Fue allí donde Pluckrose me explicó la naturaleza de la prueba que proyectaba. Era posible, declaró, hacer reaccionar a una superficie de piedra, más o menos recientemente tallada, al someterla a una determinada acción química, de manera totalmente diferente a como lo haría una superficie que hubiera permanecido expuesta al aire durante muchos siglos. Era su intención acudir a Cambridge y vaciar un tubo de líquido sobre las inscripciones. En el caso de haber sido — aseguró— grabadas dentro de los dos o tres últimos años, las superficies así recientemente expuestas reaccionarían volviéndose verdes. Y para sostener su afirmación perpetró el increíble atentado contra el busto de sir David Evans, que había sido recientemente terminado.

No se escapará a su penetración —como no escapó a la de Appleby— que se trataba de una prueba muy deficiente como demostración de la capacidad de Pluckrose, y hasta de su determinación para llevar adelante su amenaza. ¡Hubiéralo yo entendido así en aquel momento, y cuán diferente hubiera sido todo! *Sed haec prius fuere.*

Discutí con Pluckrose muchas veces, tratando de hacerle comprender el desprestigio que su fútil y enojoso experimento atraería a la vez sobre Nesfield y sobre todo el mundo científico. Discutí con él una vez más aquella fatal mañana del lunes en el Patio de la Fuente; había concertado previamente una cita con tal propósito. Fue fijada para las diez y media, hora en que el lugar se hallaría, sin duda, silencioso y desierto, salvo la probable presencia de Lasscock dormitando debajo de la torre. Mas, esa mañana la permanencia en el patio se hacía algo incómoda; corría la fuente con toda su fuerza y,

debido a la dirección del viento, sólo el rincón de Lasscock se hallaba completamente seco. Ignoraba totalmente, por supuesto, lo que el asunto de la fuente significaba; es decir, que en aquellos momentos Evans perseguía torre arriba al disfrazado Pinnegar. Conduje a Pluckrose hacia la forja, lugar escasamente frecuentado donde los ingenieros tenían instalado su martillo pilón, y otros dos o tres aparatos pesados. Se mostró extraordinariamente injurioso. Fue entonces cuando le propiné un puñetazo en la mandíbula.

El martillo pilón lo pulverizó instantáneamente; algo sobremanera desagradable. En cierto sentido era sólo un accidente; jamás tuve, en efecto, la más remota intención consciente de darle muerte. Pero lo había derribado bajo la terrible máquina y, por un movimiento inadvertido de mi brazo, había puesto en marcha el mecanismo. Lo que Freud ha denominado psicopatología de los errores, resultaba de plena aplicación; ese oscuro proceso mental que hace que el hombre inconscientemente inclinado al suicidio se corte al afeitarse.

He aquí, pues, muerto a Pluckrose —un acusador público le llamaría, sin duda, limpia e ingeniosamente despachado— y por mediación (si así puede decirse) de una persona con quien, muy probablemente, hubiera podido probarse que había tenido una disputa. Confieso que jamás me vi en tan comprometida situación; tan *atado*, para emplear la expresión vulgar.

Por la muy tolerable ingeniosidad de mis subsiguientes disposiciones, estoy dispuesto a pedir un pequeño aplauso. Actué más bien como un hombre en sueños, y, sin embargo, con los más perfectos y rápidos cálculos. Diríase que las mismas fuerzas poderosas y desconocidas que, me veo forzado a admitir, fueron un factor en el final de Pluckrose, continuaban actuando, y con idéntico automatismo.

El principio rector era evidente. Eran las diez y media, y Pluckrose acababa de morir. Debía dar a la fatalidad la apariencia de haber ocurrido a cualquier otra hora, una hora en la cual, de una manera demostrable, no pudiera resultar complicado. He aprendido de boca de Appleby que a esto se llama preparar una *coartada*; el término es indiferente mas, su significado, claro.

Encontré una lona que los ingenieros debían de haber utilizado para proteger alguna maquinaria; en ella envolví el cuerpo. Lo trasladé a través del Patio de la Fuente —no pequeña hazaña— y lo senté en la silla, directamente debajo de la ventana de la torrecilla y al lado de Lasscock. Un periódico que encontré en mi bolsillo fue extendido sobre el torso aplastado de Pluckrose, con la intención de

que no se viera claramente su estado, ante la ojeada rápida de un hombre somnoliento. Porque me constaba que Lasscock sería despertado por el toque de las once, y en torno a tal circunstancia giraba todo mi proyecto. Me llevé la lona. La forja era un verdadero revoltijo. Hube de resignarme a dejarla en ese estado y exponerme al riesgo consiguiente.

Dando la vuelta al edificio, subí a la torre. Debe de haber correspondido mi subida a muy contados minutos después de la bajada de Pinnegar. Durante el curso posterior de los sucesos, Evans descansaba o yacía agotado en el piso superior. ¡En qué forma mis temores habrían aumentado de conocer esta extraordinaria coincidencia!

Guardábase una escalera de mano en el piso situado inmediatamente sobre la planta baja; subí las dos mitades por separado y volví a unir las: alcanzaba al montacargas desde el alféizar de la ventana.

Comencé a mover la sentina de hierro... y en ese momento vi el meteorito. ¡Ése era mi objeto! Pero solamente algo muy semejante a la clarividencia sería capaz de explicar lo que instantáneamente supe acerca de él. Porque comprendía a la vez que el propio Pluckrose lo había ocultado allí y su plan ulterior, de la más refinada habilidad y malicia. Pickwick, cuando estaba en Cobham, descubrió una inscripción que, precipitadamente, calificó de muy antigua; pero un pequeño análisis comprobó que solamente rezaba: Guillermo borra sus rastros. Pluckrose se había apoderado de un meteorito bien autenticado como de reciente caída. Se propuso remover todos los rasgos que lo caracterizaban como meteorito y grabar en él una inscripción que pudiera inducirme después a tomarla por un trabajo antiguo legítimo. A continuación Pluckrose explotaría su mina: ¡los griegos y romanos, o quienes quiera que fuesen, eran capaces de haber grabado una inscripción en un cuerpo que corría por el espacio interestelar a miles de millones de kilómetros de la Tierra!

Comprenderá Vuestra Excelencia por qué, pues, elegí el meteorito y no la sentina; podría observar, quizá, dos razones: una el placer de disponer del montacargas con su propia carga —lo que efectivamente podría hacer— y otra el hecho de que se me ocurriese cuán inevitablemente el meteorito sugiere la idea de un impacto desde arriba; idea que yo tenía que reforzar con ayuda de algún sutil poder de sugestión que yo rigiera. Sujeté, por tanto, el meteorito —*rudis indigestaque moles*— y, elevándolo con gran esfuerzo, lo apalanqué sobre la escalera. Se trataba de un enorme peso, y, con todo, incapaz,

según supongo, de producir todo el daño que el martillo pilón había hecho. En realidad, el excesivo peso del meteorito podía haber constituido una prueba negativa. Me siento inclinado a suponer que Crunkhorn tenía en su mente algo parecido al decir a Appleby que se había recogido un meteorito de nada menos que cincuenta toneladas.

Observe ahora la situación tal cual era. Un extremo de la escalera se apoyaba en el antepecho de la ventana y el meteorito descansaba sobre la escalera. El otro extremo de ésta se apoyaba sobre el montacargas, levantado unos veinte centímetros del suelo. *Y el montacargas podía ser accionado desde el cuarto oscuro.*

Como comprenderá, muy poco más resta por explicar. Corrí al cuarto oscuro y tuve buen cuidado de que Atkinson consultara la hora: las once menos diez. Y, justamente al comenzar a sonar el toque de las once, hice *elevantar* el montacargas unos palmos más para que empujara suavemente el *meteorito* hasta hacerlo caer.

Fue una curiosa sensación de ser un dios: *eripuit caelo fulmen*. Mas, el período siguiente fue inquietante. Veíame obligado a esperar pacientemente en el cuarto oscuro a que llegara la noticia. Había de confiar en que, en la confusión general, nadie subiese a la torre antes de que yo pudiera deslizarme hasta allí y desmontar la escalera. Y debía esperar también que mi buena estrella me hiciera posible encontrar el momento de llegar a una fragua que nadie frecuentaba, y limpiar el martillo.

El hecho de que Lasscock se escabullera sin comunicar nada, acrecentó extraordinariamente el segundo de los citados riesgos y lo alarmante de la situación, en general. Con posterioridad, durante cierto tiempo, ¡pareció incluso que su continuado silencio trastornaría mi *coartada* totalmente! Todo esto, sin embargo, se resolvió felizmente al final.

Empero, no había contado con Appleby. Y es curioso que haya padecido siempre la tendencia a confundirlo con Merryweather y Grant, personas —no debe de ser olvidado— de menos que mediocre mentalidad. Resulta consolador considerar que la concentración y eficacia con que su talento natural se ha aplicado a solucionar el caso pueden ser debidas, en cierta medida al menos, a sus estudios como alumno del viejo y estimulante plan clásico. De aquellos días poco tengo presente de él. Creo, con todo, recordar que periódicamente me presentaba ensayos y hasta es posible que yo contribuyera en algo en la tarea de enseñarle a pensar.

Cúmpleme, con disculpas por reclamar tan sostenidamente su atención, ofrecerme, señor duque, como el más humilde servidor de

Vuestra Excelencia.

S. Rutgersius Hissey
A Su Excelencia el duque de Nesfield, K. G.
Palacio de Nesfield,
Inglaterra.

FIN

Notas

[1] Comendador de la Orden de San Miguel y de San Jorge. (*N. del T.*) <<

[2] El vocablo inglés *business* en sus acepciones de *asunto* y *negocio* motiva este juego de palabras. (N. del T.) <<

[3] Cátedra, traducido del inglés *chair*, que también significa silla. (*N. del T.*) <<

[4] *To make no bones* tiene otro sentido más literal: no hacer huesos. De aquí el efecto humorístico en inglés. (N. del T.) <<

[5] Comendador de la orden de San Miguel y de San Jorge. (*N. del T.*) <<

[6] *Court*, en inglés, posee el doble significado de patio y palacio; y da así lugar a un juego de palabras. (*N. del T.*) <<

[7] Personaje diminuto de leyenda en la literatura inglesa. (*N. del T.*) <<

[8] *Ponche. (N. del T.) <<*

[9] Limón. (*N. del T.*) <<

[10] En inglés significa asimismo: mostrar los dientes y las uñas. (*N. del T.*) <<

[11] Alcalde de Londres a fines del siglo XIV y comienzos del XV. (*N. del T.*) <<

[12] K. G. (Caballero de la Orden de la Jarretera). (*N. del T.*) <<